

The image features a central scene of a couple in silhouette, embracing and kissing in a doorway. The scene is framed by large, vibrant blue and pink orchids at the top and bottom. The background is a deep teal color. The text is written in a white, elegant cursive font, centered over the couple's image.

*Entre flores
y
algo más*

LOREN GRAY

Entre flores y algo más

LOREN GRAY

Tabla de contenido

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

© 2019, Lorena Ureña Fallas

© Imágenes de portada:

Silueta de pareja: Bryan Schneider/Pexels

Orquídeas: Sophkins/Pixabay

© Ilustración del libro: Katemangostar/Freepik

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, sin autorización previa y por escrito del titular del *copyright*.

loregreyautora.wordpress.com

[Loren Gray](#)

[@lorengrayautora](#)

*Queda prohibido no sonreír a los problemas,
no luchar por lo que quieres,
abandonarlo todo por miedo,
no convertir en realidad tus sueños.*

Pablo Neruda

1

Melisa creía que sería un día normal en el vivero La hermosa flor. Lo que menos se imaginaba era que su vida daría un giro de ciento ochenta grados y que todo cambiaría por completo.

—Buenos días, señorita —la interrumpió un hombre mientras ella estaba regando unas plantas.

La voz gruesa del hombre la sobresaltó; sin embargo, se giró hacia él con una sonrisa. Era alto y delgado.

—Buenos días —saludó mirando fijamente sus ojos color champán—. ¿En qué te puedo ayudar?

El desconocido le sonrió, pero algo en su mirada hizo que Melisa sintiera desconfianza. No era común que hombres de saco y corbata se presentaran a su vivero.

—Me han hablado muy bien de este vivero —contestó él con una voz profunda y gruesa—. Dicen que es el mejor de la zona. ¿Es tuyo?

—Es de mi familia. Hemos trabajado muy duro en él.

El hombre miró alrededor.

—Eso veo. Es muy hermoso en verdad. Aunque en un lugar como este debe ser muy fácil cultivar tantas flores.

Melisa dejó de sonreír de inmediato. Odiaba cuando la gente hacía ese tipo de comentarios. Si tan solo supieran todo lo que conllevaba su trabajo. Esos terrenos estaban llenos de sudor y lágrimas, nadie lo sabía tan bien como ella. Si bien era cierto que esa zona tenía un clima y un suelo ideal para la siembra, cultivar flores no era un juego y mucho menos algo fácil. Y tampoco lo era llevar una empresa familiar que trabajaba duro en posicionarse a nivel nacional y quizá, algún día, internacional.

—Si fuera fácil podría hacerlo cualquiera y tal como te dijeron, somos el mejor de la región —replicó con la barbilla en alto, no iba a dejar que nadie menospreciara su trabajo—. Además, un gran porcentaje de las flores que producimos ni siquiera son nativas de la zona. Hemos conseguido aclimatar muchas especies que hace algunos años nadie hubiese imaginado posible.

El hombre la miró con curiosidad y Melisa se preguntó qué estaría

pensando, sentía como si ese desconocido estuviera tratando de meterse en su mente.

—¿Alguna vez te han dicho que te pareces mucho a tu abuela Regina?

Melisa se quedó boquiabierta. El solo hecho de escuchar ese nombre hacía que sintiera una punzada en el corazón. Pasaba lo mismo cuando caminaba junto a los jazmines y recordaba el perfume de su abuela cuando la envolvía en sus brazos y la hacía sentir alguien especial.

—¿Tú conociste a mi abuela?

—Sí, la conocí mejor de lo que te imaginas. —Melisa frunció el ceño, el hombre debía rondar los cincuenta y cinco, su abuela había muerto diecinueve años atrás—. Al parecer llevas lo de las flores en la sangre. A tu abuela Regina también le encantaban.

—¿Puedo preguntarte de dónde la conociste?

El hombre ignoró su pregunta y se fue hacia una flor que había estado llamando su atención desde que había entrado al lugar. Era de un color naranja tan bello como el de un atardecer y en el centro de sus pétalos estaba moteada de pequeñas manchas amarillas y rojizas.

—Es una orquídea *cymbidiums*. La especie es común, pero el color no.

—Nunca había visto una así.

Melisa no pudo evitar sentir orgullo. Las orquídeas eran sus flores preferidas y a las que más tiempo dedicaba. No dejaba que nadie más se acercara a ellas. El invernadero de orquídeas era su territorio, el lugar sagrado en el que se refugiaba cada tarde intentando crear la orquídea más hermosa y perfecta.

—Quiero llevarme esta —dijo el hombre sin poder despegar sus ojos de los llamativos colores de la flor.

—¿Es para regalar, necesitas alguna tarjeta o decorado?

—No, no te preocupes, así está bien.

Melisa se dirigió hacia el mostrador donde estaba la caja registradora.

—Es una planta que necesita de mucha luz —le dijo al hombre—; en verano es mejor que la tenga en el interior en un lugar fresco y en temporada lluviosa, si gusta, puede tenerla afuera en un lugar donde no reciba agua en exceso. Debe ser muy cuidadoso con el riego, es una planta que necesita agua con frecuencia; principalmente en época de floración.

El desconocido asintió, prestando más atención a los reconocimientos que había en la pared que a los consejos que le daba la joven. Por lo visto ese vivero en efecto era un lugar importante. Tenía varios premios por sus flores.

Pagó distraído pensando que había hecho muy bien en regresar. Al principio había tenido sus dudas, pero ahora sabía que ese vivero sería el que lo sacaría de todos sus problemas.

—Gracias por tu compra —dijo ella tendiéndole la factura—. Allí podrás encontrar nuestro número de teléfono por si tienes alguna duda respecto al cuidado.

Él sonrió, tomó la factura y se alejó unos pasos sin agregar nada más. Pero justo cuando llegaba a la salida se volteó y dijo:

—Por cierto, Regina era mi madre.

Melisa sintió un frío bajarle por la espalda. Un puñado de recuerdos dolorosos pasaron por su mente. No podía creer que ese hombre al que había estado sonriendo unos minutos atrás era el mismo que le había destruido la vida, a ella y a su familia. Salió del mostrador tan rápido como pudo con el dinero que él le había pagado en la mano y con el corazón a mil.

Cuando estuvo frente a él lo miró con desprecio. Muchas noches había imaginado ese momento, pensando en todo lo que le diría; sin embargo, ahora que lo tenía en frente no tenía idea de cómo reaccionar. Habían pasado dieciocho años desde la última vez que lo había visto, cuando la abandonó. Se había marchado sin ningún remordimiento, olvidando a su esposa y a sus tres hijos. Ni siquiera le había importado que su hermana fuera apenas una bebé.

No comprendía cómo no lo había reconocido, desgraciadamente esos ojos eran iguales a los suyos. Ahora que prestaba atención se daba cuenta que ese era el mismo color de ojos que miraba cada mañana en el reflejo del espejo. ¿Acaso no se lo había dicho su madre muchas veces mientras intentaba salir de su última crisis depresiva?

—¿Cómo tienes el descaro de aparecer por aquí? Después de tanto tiempo. Quiero que te marches y no vuelvas a poner un pie en este lugar. No quisiera que mi madre y hermanos te vean, sería algo muy desagradable y perturbador para ellos.

Le lanzó el dinero encima con toda su fuerza. El hombre tomó los billetes, luego la sujetó del brazo para obligarla a que le prestara atención.

—Sé que estás muy enojada, Melisa, y con toda la razón. Pero necesito hablar con todos ustedes, tengo algo muy importante que decirles.

Melisa se soltó con fuerza y lo miró a los ojos fijamente mientras sus mejillas se enrojecían de coraje.

—Hasta hoy no hemos necesitado nada de ti. Regresa por donde viniste. Te lo voy a advertir solo una vez, no se te ocurra acercarte a mi familia porque

por defenderlos soy capaz de cualquier cosa.

—Pero, Melisa...

—Vete, o llamaré a la policía.

—No creas que esto se acaba acá, Melisa, apenas empieza... Por hoy me marcharé, pero me verás más seguido, aunque no lo quieras tengo mis derechos.

—¿De qué derechos hablas? Los perdiste hace dieciocho años cuando nos abandonaste a nuestra suerte.

Melisa casi echaba fuego por las orejas, deseaba agarrarlo a cachetadas y quitarle esa sonrisita hipócrita de la cara, pero no caería en ese juego. Respiró profundo unas cuantas veces hasta que volvió en sí.

Mientras tanto Leonardo se dio la vuelta y lentamente se marchó del vivero dejándola tan enojada y confundida. No entendía el porqué de esa visita. ¿Qué buscaba? Después de tantos años se aparecía como si no hubiese pasado nada, reclamando unos derechos que jamás había merecido.

La chica estaba tan nerviosa que no se había dado cuenta de que su hermano Luis había estado observándolos.

—No te preocupes, Luis. Es alguien sin importancia. Anda, debemos terminar pronto el pedido o se nos hará tarde.

Melisa no quería que nadie se diera cuenta del regreso de ese hombre. Trataría sobre todas las cosas de protegerlos, no le gustaría ver a su madre recaer otra vez con la presencia de Leonardo. Y mucho menos que se acercara a Yineth, su hermana menor, la confundiría mucho. Esperaba que el comentario de él solo hubiese sido para intimidarla y que en realidad no quisiera regresar.

Hizo una mueca. «No lo creo capaz», pensó antes de volverse a poner a trabajar para olvidar lo sucedido. Ni siquiera se imaginaba todo lo que estaba tramando su padre.

—Oye, Luis, debes acomodar en estas cajas los claveles, las rosas y los lirios con mucho cuidado —ordenó con un tono serio y fuerte—. No quiero que se vayan a estropear en la camioneta. Doña María es muy exigente con las flores y es una cliente muy importante.

—Sí, lo sé. No es la primera vez que lo hacemos. Pero ojalá que hoy doña María esté de buen humor no como otras...

Miró a Melisa sonriendo, le dio un beso en la frente e hizo una mueca de burla.

—Ya, apúrate y deja de decir tonterías.

Melisa agarró una de las cajas ya lista para llevar a la camioneta, sin

percatarse de la cubeta que estaba en el suelo. El silencio del vivero se vio interrumpido por el ruido de la chica al tropezar y caer despatarrada sobre el suelo. Las flores salieron volando por el aire, quedaron regadas a su alrededor y otras sobre ella.

Melisa sacudió la cabeza y se llevó las manos a la nariz, pues sentía un fuerte dolor, la caja le había golpeado al caer. Por fortuna no era nada serio.

—Diablos. ¿Quién dejó esa cubeta ahí? —gritó con peor humor del que ya tenía.

Luis y Juan, el ayudante del vivero, se tapaban la boca con las manos, intentando no soltar una carcajada al mirar a Melisa en el suelo adornada con flores de colores como un árbol de navidad y la nariz roja como una manzana. Se aguantaron las ganas y corrieron a ayudarlo.

—Lo siento, Melisa, pero te vez tan graciosa —le dijo Luis mientras la tomaba del brazo para que se levantara.

Melisa se levantó quitando las flores que aún llevaba en su cabellera negra y risada.

—¡Oh, por Dios! ¿Qué vamos a hacer? Ya estábamos atrasados y ahora...

Luis junto con don Juan trataron de tranquilizarla mientras rescataban algunas de las flores que aún se encontraban en buen estado. Pero a Luis le costaba mantenerse serio. Melisa se veía tan graciosa con la nariz hinchada.

—No te preocupes, Melisa, pronto lo arreglaremos. Voy por más flores y todo estará listo, pero esta vez yo las llevaré. Tú estás muy distraída...

—Está bien. —Se llevó las manos a la cintura y examinó todo el desastre—. ¿Qué haría sin ustedes?

Abrazó fuertemente a su hermano y lo besó en la mejilla.

—Sí que estás extraña hoy —exclamó él—. Creo que el golpe te afectó.

Melisa le dio un manotazo a Luis, a pesar de que la había hecho sonreír por primera vez desde que tuvo la conversación con Leonardo.

—Ya, tonto. Apresúrate. No bromees. Sabes que ustedes son mi vida. Haría cualquier cosa por mi familia...

—Ah... no, no. Ustedes están muy sentimentales hoy, mejor me apresuro o terminaremos todos abrazados y llorando —dijo don Juan—. Voy a terminar de cargar las cajas lo antes posible.

Entre los tres lograron terminar pronto, así que se dirigieron hacia el mercado donde doña María, los esperaba con ansias para empezar a vender esas hermosas flores.

—Hola, doña María, disculpe el atraso —saludó Luis—. Es que alguien

por ahí... se quiso llenar de flores el día de hoy. Ja, ja, ja. Parecía un árbol de navidad.

Melisa le dio un fuerte codazo en las costillas, sacándole un quejido y lo miró deseando golpearlo más fuerte. Doña María pensó que estaban jugando y no era así. La señora los miró de reojo muy seria.

—Sí, es un poco tarde, creí que no iban a llegar. Estaba a punto de llamar, saben que no me gustan los atrasos y mucho menos si son por tonterías.

Los hermanos se miraron, Luis sabía que había metido la pata al bromear con lo sucedido.

—Lo siento mucho, doña María —se disculpó Melisa—. Le prometo que no volverá a pasar, mi hermano solo se levantó un poco chistoso el día de hoy. ¿Verdad, Luis?

—Sí, me disculpo por mis tonterías, doña María —contestó Luis un poco apenado.

—Bueno, está bien. Acomoden las flores, luego pueden pasar por el dinero a la oficina, yo les avisaré cuando necesite más. Den gracias a Dios que son las mejores flores de la zona y ya la gente las conoce, por eso son sus preferidas.

Alzó su barbilla y dio la vuelta dándoles la espalda.

Luis hizo una mueca, tratando de imitar a la vieja amargada sin que se diera cuenta. Melisa sonrió al ver a Luis, lo tomó del brazo y le susurró al oído:

—Para, Luis, es una de nuestras mejores clientes. Vamos, terminemos para regresar, estoy agotada.

Terminaron de acomodar todas las flores, cobraron el dinero y se dirigieron a casa. Durante el camino Melisa no pudo dejar de recordar a su padre, temía que volviera a regresar. Luis al mirarla tan ensimismada le preguntó:

—Oye, te veo muy pensativa. ¿Qué te sucede? Desde la visita de ese hombre estás nerviosa. ¿Qué fue lo que te dijo?

—Detente un momento, a ti no te lo puedo ocultar... Es mejor que lo sepas.

—Anda, Melisa, dime qué sucede, ya me estás preocupando.

—Ese hombre que llegó al vivero hoy es nuestro padre.

Luis se quedó sin palabras.

—¿Cómo no lo reconocí al verlo?

El joven golpeó con fuerza el volante de la camioneta.

—Yo tampoco me di cuenta.

—¿Cómo es posible que vuelva como si nada? Después de lo que nos hizo,

es un descarado. Si se atreve a regresar otra vez soy capaz...

—Ya, Luis. Debemos de tranquilizarnos, no podemos permitir que se encuentre con mamá y Yineth. Nuestra hermana ni se acuerda de él, estaba tan pequeña cuando se marchó, tan solo tenía cinco meses y tú solo tenías cinco años. Todavía no entiendo como hay personas que hagan algo así a sus propios hijos y esposa. Lo que me da rabia es que ni yo lo reconocí cuando estuvo frente a mí. No se parece en nada al hombre que nos abandonó, está tan cambiado, solo su voz me pareció familiar, pero ni así me di cuenta.

»Luis, pero si te lo conté es para que me ayudes a evitar que regrese al vivero. Antes de irse me dijo que esto apenas empezaba, que lo vería más seguido. Que venía a reclamar sus derechos, aun no entiendo de qué derechos estaba hablando.

Los ojos cafés de Luis parecían más grandes que de costumbre. Pasó sus manos sobre su cabeza, mientras hacía un gesto.

—Debe de estar desquiciado. Justo ahora que se acerca mi viaje... creo que lo mejor será que me quede con ustedes, no las puedo dejar solas.

—No. ¿Cómo se te ocurre? Has luchado tanto por esa beca y ahora que te la han otorgado no puedes perder la oportunidad. Es tu sueño ser agrónomo, lo que siempre te ha gustado. No me perdonaría si pierdes la beca. Yo me las arreglaré para que todo esté bien.

—No lo sé. ¿Y si viene a causar problemas? Tengo tanto coraje, es tan poco hombre. Lo odio.

—A mis veintiocho años he aprendido muchas cosas, Luis. Sé defender lo mío. Ya me conoces muy bien, un cobarde como él jamás se atrevería a meterse con Melisa López. —Sonrió tratando de dejar su preocupación de lado para tranquilizar a su hermano—. Tu viaje será en una semana, te extrañaré mucho. Has sido mi mano derecha, sin ti no lo habría logrado.

»Ahora tenemos este vivero en mejores condiciones, cada día son más reconocidas nuestras flores y plantas. Si mi abuela Regina lo pudiese ver estaría muy feliz. Gracias a ella aprendí muchas cosas sobre las plantas. Recuerdo que sus preferidas eran las orquídeas, igual que las mías. Justo antes de morir me regaló una especie de orquídea no muy conocida y me dijo que yo sí lograría reproducir una de las mejores y más hermosas especies del mundo. Dejó en mis manos el tesoro máspreciado para ella, por eso es por lo que no descansaré hasta tener la mejor orquídea que se conozca.

—Melisa, por cierto, se me había olvidado decirte que ayer llegó una carta. Creo que es una invitación, al menos eso me dijeron cuando la

recibí.

—¿Invitación a qué?

—No lo sé. Yo la recibí y la coloqué sobre el escritorio en la oficina, creí que tú la habías visto.

—No la he visto, Luis, solo espero que no sean malas noticias. Regresemos a casa que ya es tarde, ha sido un largo día, mañana veremos de qué se trata esa carta. Recuerda, ni una palabra de lo que pasó hoy en el vivero a mamá o Yineth. No tienen por qué enterarse del regreso de ese hombre.

—No te preocupes, Melisa, si vuelve a aparecer yo me encargaré de ponerlo en su lugar y regresará por donde vino.

—Lo sé. Me da tanto miedo que mamá lo vuelva a ver, no sé qué podría suceder. Ha sufrido tanto por su partida. ¿Recuerdas cuánto tiempo pasó encerrada en su habitación echándose a morir por él? ¿Cuántas recaídas ha tenido en todos estos años? Ahora que por fin se encuentra más animada, hasta la he visto sonreír y se ve más alegre, aparece ese tipo de nuevo. Y por otro lado Yineth es tan rebelde, la podría confundir con su presencia. Ella siempre ha anhelado la figura paterna a su lado, no puedo ni imaginar qué puede suceder.

Luis tomó la mano de Melisa y le besó la frente. Ambos suspiraron al mismo tiempo. Luego él se volteó sin decir palabra y encendió la camioneta para dirigirse a casa.

Al llegar abrieron la puerta. Yineth corrió a su encuentro, pues su madre les había preparado una deliciosa cena y ambas los esperaban con ansias.

—Por Dios, tengo tanta hambre —dijo Luis tocando su estómago que rugía como león.

—Yo también tengo mucha hambre, con todo esto que está preparado y servido en la mesa pareciera que estamos celebrando algo en esta casa.

Emma se acercó sonriendo y sostuvo la mano de sus tres hijos mientras los miraba.

—Hay mucho que festejar. Tengo a los tres hijos más hermosos, buenos y amorosos del mundo. Gracias a ustedes no me eché a morir, aunque les fallé muchas veces.

—Mamá, no vale la pena recordar el pasado, lo importante es que estamos juntos —dijo Melisa mientras los abrazaba muy fuerte a todos.

—Bueno, vayan a lavarse las manos —les dijo la madre—. Yo ya casi termino de poner la mesa... Puedo escuchar un león rugiendo por ahí.

Todos sonrieron y se apresuraron para empezar. Durante la cena Melisa y

Luis estuvieron muy callados, se miraban sin decir nada. Emma se extrañó mucho, pues no era normal tal silencio, así que decidió romper el hielo.

—Y ¿cómo estuvo el trabajo hoy en el vivero? Tengo tanto tiempo de no ir por allá.

—Bien, mamá, mucho por hacer. Cada vez crecen más los pedidos —le respondió Melisa.

—Sí, el vivero esta precioso. Tenemos gran variedad de plantas, sería muy lindo que te dieras una vuelta —dijo Luis.

Melisa recordó la visita inesperada de su padre.

—Lo siento, mamá, pero por el momento es mejor que no vayas al vivero... Tenemos tanto desorden, mejor espera unos días y así lo verás en todo su esplendor.

—Sí, mamá, Melisa tiene razón. Yo mismo te llevaré cuando todo esté limpio —agregó Luis un poco nervioso.

—Ay, no, hasta pareciera que no quieren que mamá se acerque al vivero —dijo Yineth—, pero por mi está bien. No me gusta mucho, eso de llenar mis hermosas uñas con tierra y abono.

La adolescente acomodó su cabello largo y castaño muy orgullosa de su belleza.

Luis la miró y le dijo en forma de burla:

—Ay, hermanita, muy pronto esas hermosas manos se llenarán de tierra, me marcharé a estudiar y tú tendrás que ayudar a Melisa con el vivero los días libres o después de clases.

—No me causas nada de gracia, Luis, pero ni modo, con tal de no tenerte cerca.

Yineth volteó su cara haciendo una mueca, sabía que a pesar de sus constantes pleitos amaba a su hermano y lo extrañaría mucho.

—¿Tan pronto? —dijo Emma con rostro de tristeza—. Como ha pasado el tiempo, creí que faltaba mucho para que te fueras, hijo.

—No, mamá, será la próxima semana. He esperado tanto este momento, por fin voy a estudiar lo que siempre he querido. Cuánto costó que me dieran la beca, no podría pagar los estudios por mi cuenta.

Emma se levantó de la silla, le dio un abrazo muy fuerte y lo besó en varias ocasiones.

—Como ha crecido mi bebé, recuerdo cuando todavía era un pequeño y corría por toda la casa, pronto se irá lejos... Pero no me pondré sentimental, se cuánto lo deseas. Le rogaré a Dios que te deje cumplir tus sueños.

—Así será, mamá. Luis es un joven muy inteligente, vendrá por acá cada vez que pueda, yo me haré cargo por completo de todo. Estaremos atentas para que no te falte nada, Luis, debes aprovechar esta gran oportunidad

—Yo también te ayudaré en el vivero, Melisa. Creo que me harán mucho bien el sol y las plantas. Juntas haremos crecer más la empresa. Tal vez hasta logremos tu sueño de exportar nuestras plantas y flores a otro país.

—Dios te escuche, mamá. Aunque todavía no se ha presentado esa oportunidad de exponer lo que producimos en el vivero La hermosa flor.

—Estoy tan orgullosa de ustedes, son mi gran tesoro —dijo Emma con sus ojos brillantes a punto de llorar.

—Yo la más preciosa de ellos. ¿Verdad, mamá? —Yineth sonrió muy contenta.

—Tú y tus cosas, Yineth —dijo el hermano—. Pero tienes toda la razón. Eres preciosa cuando estás de buen humor, porque cuando te enfadas, pareces un ogro.

—Mamá, ¡calma a Luis, ya no lo soporto!

—Vez, yo tengo razón, ya mi hermanita se convirtió.

—Ja, ja, ja... Muy chistoso, te perdono solo porque pronto te marcharás.

Melisa se había retirado un poco. Los observaba mientras reían y jugaban como niños.

—Lo siento, pero me voy a descansar, estoy agotada —informó—. Buenas noches, hasta mañana.

Les dio un beso a los tres.

Se fue a su habitación, se recostó en la cama después de ponerse su pijama y cerró sus ojos, aunque lo sucedido le daba vueltas en la cabeza una y otra vez. Deseaba obligar a su cuerpo a descansar, pero al parecer era imposible.

2

—Hola, amigo, me alegro tanto de que aceptaras mi invitación a este lugar —dijo Leonardo a David—. Sé que está un poco alejado de la ciudad, pero tú eres el mejor abogado, mi mejor consejero y amigo.

—Sí, gracias por confiar en mí. Sabes que siempre te ayudaré en lo que necesites, espero poder solucionar tu problema.

Desabrochó su saco, dejando salir su gran barriga para luego sentarse en una de las sillas.

—David, por eso acudí a ti, estoy seguro de que tú me ayudarás en este problema, necesito de tus consejos sabios.

—Anda, Leonardo, cuéntame tu problema mientras tomamos un café.

David le dio una palmada en la espalda.

—Es un lugar muy bonito, nunca lo había visitado antes. La vista al volcán es maravillosa, voy a tener que venir de vacaciones la próxima vez.

—Sí, es muy bonito, aquí viví toda mi infancia. Tengo tantos lindos recuerdos. Hasta el momento en que mis padres fallecieron en un accidente, después de eso todo cambió. Los amaba tanto, los extrañaba mucho y no soporté vivir más en este lugar. Por eso me marché a la ciudad, el resto de la historia ya la conoces.

—Sí, Leonardo, pero lo que no entiendo es para qué me dijiste que viniera hasta acá. Por qué regresaste a este pueblo si habías dicho que jamás lo harías.

—David, como sabes últimamente no me ha ido muy bien con mis negocios de ventas de autos. Económicamente no estoy muy bien. Amy es muy exigente con sus caprichos, ya no tengo mucho dinero, hay que pagar el departamento y algunas deudas, estoy desesperado.

—Sí, pero aun no comprendo en qué te puedo ayudar y para qué me hiciste venir hasta acá.

—Desde que me marché, nunca había tenido ningún problema de dinero, Amy se ha dedicado a gastar todo lo que recibo de mi trabajo. Pero la amo, ella se merece todo. Es tan bella...

—Amigo, esa jovencita realmente te tiene loco, ten mucho cuidado, no vaya a ser que te deje en la quiebra, no te confíes tanto.

David tomó un sorbo de café y frunció el ceño, mirando a Leonardo un poco preocupado por la situación.

—Pero no te preocupes, David, ya he encontrado la solución. —Leonardo sujetó su barbilla mientras sonreía con malicia—. ¿Recuerdas que hace tiempo te comenté que poseía un terreno al que podría recurrir cuando lo necesitara? Pues creo que llegó el momento, con él lograré salir de este dilema.

—Leonardo, si no me equivoco me habías dicho que solo con la firma de tu exesposa podrías disponer de esas tierras.

—Eso es lo de menos. Emma es una ignorante, ella sabe que por derecho tengo que pelear lo que es mío. Ahí es donde necesito de tu ayuda, con un documento donde yo quede como dueño de todo y pueda disponer de esas tierras. La casa si se la voy a dejar, al fin y acabo ella fue mi esposa por un tiempo, ahí viven mis hijos, que se conformen con eso. Por lo menos tendrán en donde vivir.

—¿Tienes hijos? Nunca me lo habías comentado. ¿Fuiste capaz de abandonarlos? Realmente eres malvado, amigo.

—No es para tanto, David... Al parecer les ha ido muy bien sin mí, ayer fui a visitarlos al vivero que tienen en el terreno. Me encontré con Melisa, mi hija mayor. Es una mujer hermosa se parece mucho a mi madre. Además, tiene mi carácter fuerte, se ve que no se deja de nadie o al menos así me lo hizo saber. A los otros dos, no los he visto aún. Luis debe ser todo un hombre como su padre y Yineth seguro se encontraba en el colegio.

Leonardo se encogió de hombros mientras tomaba otro sorbo de café.

—Entonces, Leonardo, si ese vivero se encuentra dentro del terreno que tú quieres recuperar, tus hijos no van a dejarte obtenerlo tan fácilmente. Es su trabajo y supongo que es de donde sacan el dinero para vivir.

—La verdad no me importa ni lo qué piensen ni lo que hagan. Necesito ser dueño absoluto de esas tierras. Ya incluso tengo un comprador. En estos días vendrá a conocer el terreno, fue una coincidencia que me lo encontrara. Por cierto, es el hijo de Ramón Fernández, el arquitecto. Al muchacho muy pocas veces lo había visto, pero hace unos días coincidimos en un restaurante, donde me encontraba cenando con Amy. Él estaba hablando con un amigo y sin querer escuché que le comentaba que quería comprar unas tierras para poner en práctica lo aprendido.

»Así que me acerqué y lo saludé. Casi no se acordaba de mí, en muy pocas ocasiones nos habíamos visto. Se llama Alexander Fernández. Conversamos un rato y luego aproveché para proponerle vender mis terrenos a un precio

muy razonable. No le pareció mala la propuesta, al parecer está muy interesado. Tanto que me dijo que quería conocer el terreno. Por eso me urge esa firma de mi exesposa cuanto antes. Tengo que convencerla de una u otra forma.

—Aun no comprendo cómo le vas a hacer, pero ese es tu problema, Leonardo. Yo te haré los documentos, deberás de conseguir esa firma. Porque de otro modo se te irá el trato y perderás esa buena oportunidad. Por lo que me dices, si no lo haces quedarás en la calle y sin esa jovencita a tu lado.

—No, ni lo digas. Si Amy me abandona no sé qué voy a hacer, tengo que tener esa firma y si es necesario volveré a seducir a la tonta de Emma. ¿Me ayudarás con el documento, David?

—Solo porque soy tu amigo y te veo muy desesperado. De lo contrario, no lo haría. Quitarle la tierra a tu familia... —Negó con la cabeza—. Eres cruel... Pero tú sabrás lo que haces, al fin y al cabo es tu vida.

De repente sonó el timbre del teléfono de Leonardo, era Amy, se disculpó con David y le contestó muy atento mientras se alejaba un poco de la mesa.

—Hola, mi muñeca preciosa, estaba a punto de llamarte. Me encuentro en una reunión muy importante.

—¿Por qué me dejaste sola? —Ronroneó la chica con voz infantil—. Estoy tan aburrida sin ti, mi papucho. Me voy a volver loca encerrada en este apartamento. Creo que saldré de compras con mis amigas para no sentirme tan aburrida y sola...

—Ten paciencia, mi amor, solo será por unos pocos días, pronto estaré de regreso. Comprende, esto es para poder consentirte como te lo mereces. Ah y por favor no utilices más la tarjeta de crédito, aún no la he podido cancelar y creo que ya tienes lo necesario, no necesitas más cosas por el momento.

—Encima de que me dejas encerrada, me dejas sin dinero... ¡Sabes que me encanta salir de compras! Y, además, hoy tengo cita en el salón de belleza, necesito un nuevo peinado y hacerme las uñas. No sé en qué andas, Leonardo, pero más te vale que valga la pena o no me volverás a ver nunca más.

—No, mi vida, no me digas eso. De acuerdo, tienes razón. Usa la tarjeta cuando quieras y compra todo lo que necesites. Pronto regresaré y por favor ni siquiera pienses en dejarme. Todo lo que estoy haciendo es por ti, mi amor.

—No comprendo por qué te fuiste. Sabes que yo te hubiera acompañado. Necesito vacaciones. Me hubieras llevado contigo, en lugar de dejarme aquí solita.

—Mi amor, no ando de vacaciones, estoy haciendo unos negocios, después

te contaré. Cuando regrese te prometo llevarte de vacaciones, yo también las necesito.

—Papi, ojalá no te demores, ya empiezo a extrañarte.

Al otro lado del teléfono Amy sonreía de oreja a oreja, burlándose del tonto de Leonardo. Tenía al vejete comiendo de su mano. Con tan solo una sonrisa lograba obtener todos sus caprichos.

—¿Cuándo regresas, mi papucho? Me gustaría esperarte con ese traje diminuto que tanto te gusta...

—Si por mi fuera me voy en este preciso momento. Sabes que me encanta cuando te pones ese traje, me vuelves loco con solo imaginarte. Pero no puedo regresar aún, tardaré unos días en este lugar. Te llamaré cuando regrese a la ciudad. Te amo, preciosa.

—Bueno, ni modo. No me queda más que esperarte aquí solita, hasta que regreses...

—Sí, mi amor, ten un poco de paciencia. Te veo pronto.

David observaba a Leonardo desde la mesa. Había podido escuchar parte de la conversación.

«Realmente lo de Leonardo es un caso perdido, esa chica lo tiene idiotizado», pensó, «Si le comento algo, sé que no le gustará, pero como su amigo es mi deber. Sé que si obtiene ese dinero esa chica se lo quitará con tan solo chasquear los dedos, no pierdo nada con intentarlo.»

Se recostó a la silla, mientras Leonardo se acercaba con la sonrisa de un veinteañero enamorado.

—Discúlpame por la demora, era Amy. A mi edad no puedo darme el gusto de rechazar su llamada o de hacerla esperar ni un segundo. Está tan sola mi princesa....

David, frunció el ceño.

—Siento mucho lo que te voy a decir, pero ten mucho cuidado con esa relación, no vaya a ser que...

—Termina de decir lo que pensaste, David, no me molesta para nada lo que me puedas decir, eres mi amigo —dijo Leonardo mientras cruzaba sus brazos y lo miraba con atención.

—No, la verdad no importa, ya estás muy grandecito para decirte esas cosas, tú sabes cuidarte muy bien, no creo que te dejes dominar por una muchachita a estas alturas de la vida.

—No, para nada. Sabes que soy muy macho. Hasta hoy ninguna mujer me ha dominado.

Tomó un gran sorbo de café, sin percatarse de que ya estaba frío, hizo una mueca, pues no le gustaba mucho el sabor amargo.

—Bueno, David, no te cité hoy para hablar sobre Amy —dijo Leonardo para cambiar de tema—. Quiero que me digas cuándo podrás tener esos documentos listos. Necesito planear muy bien cómo acercarme a Emma, sin que sus hijos me descubran. Lo echarían a perder todo si se dan cuenta.

—Sí, así es, Leonardo. Apenas salga de aquí iré a trabajar en esos documentos, te aseguro que para mañana mismo estarán listos, si no se presenta ningún inconveniente.

—Ni lo digas, David. Estoy poniendo toda mi confianza en ti, no me defraudes.

—Para nada, debes estar tranquilo. Será como quitarle el dulce a un niño. Te aseguro que todo va a salir de maravilla, aunque vas a tener que desempolvar tus dotes de conquista otra vez con tu exesposa.

—Ni me lo recuerdes, con solo pensar en esa mujer se me revuelve el estómago.

Leonardo hizo un gesto de desagrado.

—¿Tan mal esta tu exesposa? Te refieres a ella como si fuera un monstruo. Me asombran tus palabras, no eres un hombre de mal gusto.

Leonardo apoyó los codos sobre la mesa mientras recuerdos de su juventud se agolpaban en su mente.

—No, David, ella era muy hermosa, pero se marchitó y ahora debe ser una vieja decrepita. Cuando la conocí, era una joven encantadora. Se veía tan bella con su cabello negro, ondulado y largo. Era muy perseguida por los muchachos del lugar, llamaba la atención con su presencia.

»Con el tiempo pude conquistar su corazón y nos hicimos novios. Era maltratada por sus padres así que quería salir de su hogar. Decidimos casarnos muy pronto. Yo me sentía el hombre más afortunado de toda la zona pues la chica más hermosa había aceptado ser mi esposa. Tuvimos una boda sencilla, sus padres nunca me quisieron mucho que digamos. Pero el sentimiento era mutuo.

—Leonardo, pero si Emma era tan hermosa ¿por qué la dejaste?

—Al poco tiempo, Emma quedó embarazada, su apariencia cambió mucho. Cuando tuvo a Melisa engordó, su cintura ya no era igual que antes.

—¿No se supone que la amabas? El físico sería lo de menos y además ya estaba tu hija —dijo David muy emocionado por la historia.

Leonardo siguió abriendo su corazón a su amigo.

—Con el nacimiento de Melisa, todo empezó a cambiar. Ella era una niña hermosa, pero yo siempre quise un varón, ese siempre fue mi sueño. Aunque quería a mi hija, no era lo que yo había esperado. Cinco años después Emma volvió a quedar embarazada, esta vez sí tuvo un varón, me sentí tan orgulloso de ese niño. Pero Emma se volvió cada vez más fría.

»Me molestaba todo el tiempo pidiendo pañales, leche y muchas cosas más. Me estaba volviendo loco, con tanta necedad. Prefería salir con mis amigos a tomar, ahí nadie me molestaba con niños llorando todo el tiempo. Muchas veces no regresé a casa. En ese tiempo, tomamos la decisión de no tener más hijos, hasta que dos años después, Emma volvió a quedar embarazada. Estuve a punto de dejarla, pero por mi madre no fue así. Ella logró convencerme de que me quedara, al lado de mis hijos y de Emma. Mi madre amaba a mis hijos, pero con Melisa tenía una conexión muy especial, siempre estaban juntas, eran casi inseparables, la consentía siempre en todo lo que la niña le pedía.

—Si tu madre te convenció de quedarte, ¿entonces por qué cambiaste de idea después?

David acomodó su barriga un poco, tenía que terminar de escuchar con atención a su amigo.

—Al poco tiempo, mis padres sufrieron un accidente de tránsito, ese día todo cambió en mi vida. Tal vez ellos eran los que me mantenían aun en este lugar, al lado de una mujer a la que no amaba y que ya no me atraía en lo más mínimo. Me dolía tanto no tener a mis padres, así que tomé la decisión de marcharme.

»Emma insistió en que me quedara, que aún me amaba, que si la abandonaba ella moriría. Lloraba mientras sostenía mi brazo con fuerza arrodillada en el piso. Salí de la casa sin mirar atrás, me fui lejos donde nunca me encontrara y pudiese seguir arruinando mi vida con sus majaderías.

—Me imagino lo difícil que fue para ti la muerte de tus padres, el dejar a tus hijos y empezar de cero en otro lugar.

—No creas. David, tomé la mejor decisión de mi vida al irme de este lugar. No ha sido nada fácil, pero sí mejor. Podía hacer lo que se me viniera en gana sin que nadie me molestara y estar con muchas mujeres. Eso es algo que no hubiera echo si me quedaba con Emma y mis hijos.

—Sí, tú siempre te has dado la gran vida, Leonardo. ¿Pero nunca pensaste en tu familia? ¿Si tenían hambre o frío, si alguno estaba enfermo? ¿Cómo harían para salir adelante?

—No, el día que me marché me juré a mí mismo no tener ningún remordimiento por tomar esa decisión y así ha sido hasta hoy. Puede que haya sido lo mejor para ellos, con lo vivido se harían más fuertes y valientes ante la vida. Además, les quedó todo el terreno para trabajar, que más podían pedir. Sé que son los mejores de toda esta zona.

—Sí, pero ahora tú lo quieres vender.

—Solo quiero recoger lo que me pertenece, ya ellos lo explotaron lo suficiente. Además, les dejo la casa, ya salieron adelante una vez, lo volverán hacer de nuevo. Melisa sabe hacer muy bien su trabajo.

David miró su reloj, al ver la hora se levantó rápidamente.

—Lo siento, me tengo que ir, es muy tarde ya. Tengo que regresar a la ciudad a preparar todo. Te llamaré para que recojas los documentos.

—Está bien. Pronto regresaré a la ciudad, debo encontrarme con ese muchachito y terminar de convencerlo para que me compre esos terrenos. Le llevaré algo que lo convencerá de inmediato en cuanto lo vea.

—No sé de qué se trata, aunque espero que lo consigas. Nos vemos pronto, amigo.

Se dieron un fuerte abrazo y cada uno se marchó por su lado. Leonardo, sabía que no tenía tiempo que perder, así que haría una visita muy importante el día siguiente.

3

«Diablos, olvidé el teléfono en el apartamento. Debo volver por él», pensó Alexander.

Regresó de prisa, había quedado en almorzar con su mejor amigo, Daniel. Se le hacía tarde, por lo que subió las escaleras de dos en dos, el ascensor estaba dañado desde hacía días. Al llegar a la puerta del apartamento y ver lo vacío que se encontraba, una sensación de soledad estrechó su pecho. Aunque era un apartamento grande, costoso y muy bien amueblado; no se sentía completo, algo le hacía falta.

Suspiró mientras tomaba el teléfono. Tenía varios mensajes de su amigo diciéndole que ya iba de camino. Daniel debía tener mucha hambre, no lo esperaría para ordenar.

Durante el recorrido en auto, fue consciente de cuánto lo estresaban esas largas presas y la contaminación. Deseaba marcharse pronto de ahí, lejos de tanta basura y ruido. A veces creía ser de otro planeta, no entendía tantas cosas de las personas que lo rodeaban.

Su madre, una mujer muy refinada, siempre estaba preocupada por su apariencia y un hogar perfecto. Siempre en reuniones de caridad con sus amigas, tratando de buscarle la esposa perfecta, queriendo casarlo con alguna de las hijas de esas mujeres sin tener éxito. Ninguna lograba llenar sus expectativas, solo eran chicas frías y superficiales. Aún no conocía a la chica que moviera su corazón o que al menos tuviera algo en común con él.

Alexander suspiró, pues sabía que en la ciudad no encontraría al amor de su vida. Aunque ya había tenido varias relaciones, ninguna llenaba ese vacío en su corazón.

Llegó al restaurante justo a tiempo. Aparcó el auto y se dirigió a la entrada. El restaurante se encontraba lleno, algo no muy común, pues siempre lo frecuentaba con su amigo Daniel.

Miró su reflejo en una de las ventanas del lugar, le gustaba ir bien peinado siempre. Un día antes había ido al salón para que le hicieran la barba, la cual cambiaba un poco su apariencia. Pero sabía que su mayor atractivo eran sus ojos azules, siempre le decían que eran hermosos.

Al entrar recibió muchos gritos de bienvenida, confeti y aplausos. Había olvidado por completo la fecha de su cumpleaños. Alexander estaba muy sorprendido, no se lo esperaba. Ahí estaba casi toda su familia reunida y algunos amigos cercanos. Hasta Susan, su última novia y conocida de su madre.

Daniel se acercó y abrazó a su amigo mientras le susurraba al oído:

—Discúlpame, Alexander, por no decirte nada. Era una sorpresa y tu madre insistió tanto que no pude negarme, espero no te enfades.

Daniel, sabía cuánto le molestaban las fiestas sorpresa a Alexander.

—No te preocupes, Daniel, sé bien de quién tuvo que ser la idea. Conozco a mi madre, siempre se quiere salir con la suya en todo.

—Sí, así es. ¿Ya viste quién está al lado de tu madre?

—Sí, no puedo creer que la invitara. Aún no acepta que hayamos terminado nuestra relación.

—Amigo, esa fue una sorpresa hasta para mí —dijo Daniel, asombrado—. En fin, disfruta tu fiesta. Ahí viene tu madre y no viene sola.

Daniel se alejó con discreción.

Alexander en cambio tomó una copa de whisky y tomó un largo trago, sabía que lo necesitaría. Sus padres se acercaron con Susan del brazo. Alexander frunció el ceño, no le quedaba más opción que seguirle la corriente a su madre.

—Hola, cariño, espero que te haya gustado la sorpresa —comentó Norma mientras lo abrazaba y besaba en la mejilla.

—Sí, mamá. Te lo agradezco, no debiste molestarte.

—Feliz cumpleaños —felicitó Ramón a su hijo.

—Gracias por estar aquí, papá.

Ramón sonrió y le guiñó un ojo.

—Sabes que tu madre no me perdonaría si no me presento.

—Sí, lo sé, papá.

—Solo estoy bromeando. Disfruto compartir estos momentos contigo. Los últimos días no nos hemos visto tan seguido como quisiera. Pero ni modo, ya eres todo un hombre, estás cumpliendo treinta años. ¡Cómo ha pasado el tiempo!

—Sí, papá, muchas cosas han cambiado. Sabes que te quiero.

—Te dejo con tu madre. Juan me está llamando por allá. Deben ser cosas de negocios.

Le dio otro abrazo a Alexander y se retiró. Norma aprovechó el momento

para acercarse de prisa.

—Ven, cariño, mira quién te vino a ver hoy.

Norma acercó a Susan hasta Alexander. Alexander sin poder evitarlo se forzó a sonreír a la chica. No era precisamente la persona a quien más deseaba ver en ese momento.

—Hola, Alex —dijo Susan sonriendo mientras lo besaba en la mejilla.

—Hola, Susan —respondió él siguiéndole la corriente.

—Feliz cumpleaños. ¡Cuánta alegría me da verte! Le agradezco a tu madre que me invitara. Te compré este regalo. Es el perfume que tanto te gusta.

Norma sonrió y juntó las manos de la pareja.

—Bueno, los dejo un momento a solas. Debo ir al lado de mi esposo.

La mujer le guiñó un ojo a Susan, luego se retiró.

—Gracias por el regalo, no te hubieras molestado —contestó Alexander al tiempo que soltaba su mano.

Susan aprovechó el momento para deslizarse como una serpiente, envolviendo a Alexander con sus brazos alrededor de su cuello, tratando de besarlo sin ningún disimulo. Alexander la retiró de inmediato con firmeza, dejando claro lo que sentía.

—Susan, no hagas esto, por favor. No quiero hacerte sentir mal.

Susan volvió acercarse susurrándole al oído:

—No te imaginas cuánto te he extrañado, Alex. —Ella aprovechó para meter su mano por dentro del saco de él y acariciar su pecho con sugerencia, intentando provocarlo—. Desde que terminamos no he dejado de pensar en ti...

—Lo siento, Susan —la cortó él y se separó de ella—. Te recuerdo que fuiste tú quien se fue con ese pelirrojo.

—¿Sabes, Alexander? Ese chico era alguien sin importancia, fue un pequeño desliz en nuestra relación. —Lo tomó del brazo una vez más—. Me gustaría mucho que lo volviéramos a intentar, tu madre estaría feliz de vernos juntos de nuevo.

Alexander frunció el ceño, sabía que su madre estaba detrás de todo eso.

—No, Susan. Tengo que ser sincero contigo. El día que te fuiste con ese muchacho, fue un alivio. Nuestra relación no tenía ningún futuro desde hacía tiempo.

Susan siguió insistiendo.

—Yo te quiero mucho, Alex. El pasado no importa, estoy segura que volveré a conquistarte....

Alexander era uno más de sus caprichos de niña consentida.

Él lo sabía desde el principio, conocía lo mimada y consentida que era Susan. Siempre le gustaba salirse con la suya en todo. Se había convertido en una mujer carente de buenos sentimientos. Era fría y calculadora con sus víctimas. Trató de alejarse de ella, pero lo sujetó fuerte del brazo.

Daniel estaba mirando a su amigo desde el otro lado del salón. Notó que Alexander estaba muy incómodo con la presencia de Susan a su lado, así que fue en su rescate de inmediato.

Se acercó con una copa de vino en la mano, fingiendo no darse cuenta de la situación.

—Hola, Susan, tanto tiempo de no verte.

Se interpuso entre ambos y abrazó a la chica mientras hacía una mueca a Alexander. Luego tendría que cobrarle de alguna forma ese favor. Alexander suspiró aliviado, sabía que Daniel le quitaría de encima a Susan. Era su especialidad, muchas veces había salido bien librado de algunos enredos de faldas.

—Hola, Daniel. No te había visto, pero no es de extrañar que estés aquí. Al fin y al cabo eres el amiguito de Alexander.

Susan hizo un gesto de desaprobación, pues nunca le había agradado mucho el amigo de su ex.

—Sí, Susan. ¿Cómo perderme la fiesta de mi mejor amigo? Nunca lo dejaría solo con una serpiente... —Tuvo que obligarse a darle un trago a su copa para no terminar de decir lo que pensaba.

—Disculpa, ¿qué dijiste, Daniel?

—Qué Alexander seguramente está feliz de verte, eso fue lo que dije.

Alexander puso los ojos en blanco, le dio un codazo fuerte a Daniel en las costillas. Cómo se le ocurría a su amigo decir esas cosas, se suponía que lo ayudaría, aunque parecía lo contrario.

Susan aprovechó el momento y volvió a abrazar a Alexander, mientras le decía a Daniel:

—Ya es momento de que Alex y yo estemos juntos otra vez, ¿Verdad, Daniel? Lo deseo tanto, éramos la pareja perfecta.

Susan sonrió contenta, muy segura de lo que decía.

Alexander tomó un trago grande del vino que tenía en su copa. Pensando en qué momento Daniel reaccionaría y lo sacaría de las garras de Susan. Él no se atrevía a echar a perder su fiesta de cumpleaños, menos a hacer pasar una vergüenza a su madre, nunca se lo perdonaría. Así que debía de soportarla al

menos durante la fiesta.

Daniel al ver la cara de su amigo, recordó su misión de rescate. Puso una mano en el hombro de Alexander y dijo:

—Vamos, amigo, es tu fiesta de cumpleaños, no un velorio, tenemos que divertirnos. Nuestros amigos nos esperan en la mesa de allá. Lo siento, Susan, pero hoy mi amigo no tiene tiempo para tonterías.

Se dirigieron hacia la mesa dejando a Susan cruzada de brazos, haciendo un berrinche por lo que Daniel había hecho.

«Cuánto lo desprecio, cada vez me cae peor ese tipo», pensó ella.

Caminó hasta donde se encontraba Norma. Sabía que tenía en ella una aliada muy importante. Sería quien le ayudaría a reconquistar a su querido Alex.

Norma se levantó de la silla, recibió a Susan muy atenta, quería saber que había sucedido, esperaba con ansias la noticia.

—Anda, siéntate a mi lado, Susan. Cuéntame, ¿qué pasó? ¿Qué te dijo mi hijo? ¿Ha salido como lo planeamos?

—No, suegra. Tal como me pareció, no le agradó mucho mi presencia aquí.

—No, para nada, Susan. Sabes cómo es Alexander, ya se le pasará el disgusto. Lo que le hiciste no es fácil de olvidar, menos para un hombre, ellos tienen su orgullo. Sin embargo, cuentas con todo mi apoyo, Susan. Te ayudaré en lo que pueda, sé que mi hijo caerá en tus brazos tarde o temprano. Eres la mujer que he elegido como esposa de Alexander. Ya quiero tener a mis nietos y poder jugar con ellos, consentirlos y darles todo mi amor.

—Sí, suegrita, eso es lo que quiero también.

Susan no podía ni imaginarse perder sus medidas perfectas que tanto le habían costado. Mucho menos lo haría por culpa de un embarazo. Sentía escalofríos con tan solo pensarlo, sentía que no estaba preparada para algo así. No sabía hasta dónde llegaría con su capricho. Pero seguiría la corriente a Norma hasta lograr su objetivo.

Susan sostuvo en su mano una copa de whisky que se encontraba sobre la mesa, tomó un sorbo, sabía que no le sería sencillo volver a conquistar a Alexander. Pidió otro trago al mesero.

—Tráeme otro de estos —ordenó al joven mientras señalaba la copa.

Norma la sujetó de la mano.

—Susan, debes tranquilizarte. Sabes que te apreciamos mucho. Sé que pronto mi hijo recapacitará sobre este noviazgo. Eso te lo puedo asegurar, lo conozco muy bien.

Las dos voltearon a ver hacia la mesa donde se encontraba Alexander con algunos amigos. Sonrieron y se tomaron las manos.

Daniel se acercó a su amigo y le susurró al oído:

—Mira, Alexander, ahí está tu exnovia mirando hacia acá. ¿Quién sabe que estará planeando esa víbora junto a tu madre?

—Cuidado, Daniel, no te vaya a escuchar alguien.

—Tu madre no debió invitarla sin tu consentimiento, menos ponerla frente a ti así como si nada.

—Sí, amigo. Gracias por rescatarme hace un momento la estaba pasando muy mal. Ya no soporto a Susan, es tan hipócrita. Después de lo que me hizo. Mi madre pretende que volvamos a ser novios. No comprende que ya soy un hombre y no puede manipularme como lo hacía antes.

—Ni me lo recuerdes, Alexander. Tu madre es experta en esa materia, discúlpame, pero es la verdad.

—Sí, desgraciadamente es así. Se le ha metido entre ceja y ceja que me case y, peor aún, que le dé nietos pronto. Quiere como mi esposa a la mujer más vanidosa. No veo a Susan embarazada perdiendo su figura con unos kilos demás ni cuidando niños.

—Ja, Ja, ja, tienes toda la razón, Alexander. Es tan... Es que ni lo puedo explicar. Sabes que no me gustan mucho las mujeres así, aunque para pasar un buen rato me sacrificaría. Cualquiera se dejaría llevar por sus curvas. Susan tiene su belleza, pero solo en el exterior, por dentro está tan vacía. No sé en qué momento caíste en las garras de esa mujer.

—Ni me lo recuerdes, fue más por mi madre. Sabes que tampoco es mi tipo de mujer. A mí me gustan las mujeres fuertes, sinceras, que luchen por lo que quieren sin lastimar a nadie. El físico es lo de menos, no me importa mucho.

—Ah, pero no me vas a negar que unos buenos pechos y unas pompis redonditas ayudan. Yo soy feliz con una chica así.

—Tú y tus cosas. Yo sería feliz si conociera a alguien a quien le guste el campo, que tenga cosas en común conmigo y que no le importen las cosas materiales. Con Susan nunca tuve una química así.

Alexander se encogió de hombros, pues sentía que esa mujer solo existía en sus sueños.

Daniel con una risa burlona tocó la espalda de su amigo.

—Alexander, tu sí que estás loco. Una mujer con esa descripción no creo que exista. Eres muy difícil de complacer, que lo diga yo, que te conozco hace tanto tiempo. Desde que empezaste a estudiar de ingeniero agrónomo, tus

gustos han cambiado mucho.

—Daniel, ¿sabes qué deseo? Encontrar pronto un lugar en el que pueda sentirme libre y cultivar la tierra. Donde pueda aplicar mis conocimientos. Nunca me ha gustado mucho la ciudad y lo sabes. Ahora más que nunca deseo alejarme de aquí, no me gustaría seguir encontrándome con Susan. Estoy seguro de que mi madre planea más encuentros como este y no estará tranquila hasta verme en el altar casado con su querida Susan.

—Amigo, te considero, no sé cómo le harás. Tu madre sí que sabe meterse en tu vida, no te dejará tranquilo. Míralas. No dejan de mirarnos, ya hasta me siento como una presa asechada.

—No exageres, Daniel. Recuerda que es mi madre y a pesar de todo, la respeto mucho. Cuánto deseo que se olvide de esa tontería y me deje hacer mi vida.

Un sonido fuerte llamó la atención de todos, era Ramón desde su asiento, golpeando una copa con un tenedor. Todos lo miraron con mucha atención.

—Quiero hacer un brindis por mi hijo. Alexander. Sabes que eres lo que más quiero en la vida, por eso quiero felicitarte y desearte que cumplas muchos años. ¡Salud!

Todos alzaron sus copas mientras Alexander se acercaba a su padre para darle un fuerte abrazo.

Alexander dio un trago a su copa y agregó:

—Quiero dar las gracias a todos por venir a mi fiesta, realmente no me lo esperaba. Ha sido una sorpresa, es un detalle muy lindo. Espero que disfruten de todo lo que mi madre preparó, sé que lo hizo con mucho amor. Ya casi me tengo que retirar, la verdad tengo algo de trabajo.

Norma lo tomó de un brazo.

—Sabes que lo hice con mucho amor, hijo. Me alegro de que te gustara, pero todavía falta el pastel, te vamos a cantar ahora mismo.

—Me encanta esta parte de los cumpleaños —dijo Susan y se colgó otra vez del brazo de Alexander.

Alexander quitó la mano de Susan de inmediato, luego se alejó al otro lado de la mesa. Después de que los invitados cantaran, le pidieron en coro que apagara las velas y bromearon indicándole que pidiera un deseo.

Entonces Daniel gritó fuerte:

—¡Pide conocer a la mujer de tus sueños, tal vez tengas suerte y se te conceda!

Susan quiso fulminarlo con la mirada.

—Ese deseo no lo necesitas, Alexander —dijo la chica—. Para eso estoy yo.

Los amigos se miraron y sonrieron al ver la reacción de Susan, ella seguía intentando colgarse del brazo de Alexander, pero no lo lograba. Daniel se encargaba de alejarla, parecían niños empujándose el uno al otro, hasta que Norma carraspeó y los miró con seriedad.

Alexander volvió agradecer por la fiesta y pidió que lo disculparan, pues debía retirarse.

—¿Tan pronto te vas, cariño? —dijo Norma—. Esperaba que te quedaras con nosotros más tiempo.

—No, mamá. Tengo que regresar a terminar unos trabajos pendientes.

—Yo también ya me tengo que ir —dijo Susan—. ¿Sera qué me puedes llevar, Alex? No traje mi coche.

—Sí, cariño, no puedes dejar que Susan regrese en taxi.

Por un momento Alexander se sintió acorralado. Hasta que se le ocurrió mandar a otra persona en su lugar. Tocó el hombro de su amigo.

—Daniel te llevará, Susan, mi amigo disfruta de la buena compañía de una bella mujer. ¿Verdad que sí, Daniel? Tú la puedes llevar, vas cerca de su casa. En cambio yo voy al lado contrario. Se me hace imposible. Es muy tarde, ustedes comprenderán.

Daniel no tuvo más opción. Alexander clavó sus dedos en su hombro, no le podía fallar. Lo menos que deseaba era tener que soportar a Susan por más tiempo.

Susan miró Alexander con desprecio sus planes para nada habían sido esos. No soportaba a Daniel, pero si se reusaba sería muy evidente su desesperación por atrapar a Alexander. Y no quería dar de qué hablar a sus amigas y a los familiares de él.

Tomó su bolso y se despidió de Norma. Fue a toda prisa hasta donde Daniel.

—Vamos, tonto, o ¿te quedarás ahí parado toda la noche? No me gusta esperar y menos a alguien como tú que ni siquiera me agrada.

Daniel se despidió de Alexander y aprovechó para susurrarle al oído.

—Esto me lo pagarás, amigo. Te va a salir muy caro el favor.

Alexander le dio una palmada en el hombro.

—Anda, no la hagas esperar o se va a poner peor.

—Ni me lo digas.

Alexander sonrió. Ya se imaginaba a esos dos juntos, sabía lo mal que se

llevaban. Pero ni modo, alguien sería la víctima de la fiesta. Los miró alejarse del lugar y él lo hizo un poco después.

Al llegar a su apartamento quiso saber cómo le había ido a su amigo Daniel, tomó el teléfono y lo llamó.

—¿Cómo te fue con Susan?

—Sí que me la pagarás, Alexander, lo que me hiciste hoy es imperdonable, esa mujer no paró de tratarme mal durante todo el camino. Bueno, yo sé que nunca le he agradado mucho, pero hoy si me lo demostró.

—Daniel, no seas tan exagerado, no creo que fuera tan grave.

—¿Grave? Grave es poco. Casi me saca los ojos esa bruja

—Gracias, Daniel, sé que te debo una. Te lo recompensaré.

—Sí que lo harás, me debes más que una invitación a cenar. Te perdono porque te considero como mi hermano.

—Gracias, sé que siempre puedo contar contigo. Tú también cuentas con mi ayuda en lo que sea. Bueno, te dejo, solo llamé para saber si estabas bien. Te invito mañana a cenar. Estoy ansioso, en estos días tendré una reunión con el hombre de los terrenos, espero que este sí tenga lo que tanto he buscado.

—Está bien, Alexander, será una de tantas invitaciones a cenar. Solo espero que encuentres lo que buscas, has visto tantos terrenos y ninguno llena tus expectativas.

—Te veo mañana.

—Hasta mañana.

4

—Luis, ¿has visto al niño que desde hace días ronda el vivero? —preguntó Melisa.

—No. ¿Estás segura?

—Sí, nunca lo había visto en el pueblo, sin embargo, hace una semana veo que se acerca. El niño no se ve bien vestido, pero anda descalzo.

—Debe ser alguien que quiere aprovecharse de tu gran corazón, ya todos saben tú debilidad por ayudar a las personas.

—No, Luis, la mirada de este niño es diferente, se ve triste, como si sufriera. Me recuerda tanto a nosotros cuando ese hombre nos abandonó.

—Estás imaginando cosas, quizá por la nueva aparición de ese desgraciado.

—No, claro que no, Luis. Si lo vuelvo a ver trataré de acercarme.

—Sí, así podrás preguntarle de dónde es y qué busca por acá. Mira, Melisa, ahí viene la loca de tu amiga Tania. Mejor sigo con mi trabajo. Sabes que siempre me acosa con tonterías.

—Eres muy exagerado, Luis, Tania es mi mejor amiga, tenemos mucho tiempo de conocerla. Ella te quiere como a su hermano menor.

—Sí, voy a extrañar sus ocurrencias cuando me vaya.

—Luis, no hay nadie como ella de especial. Anda, sigue ayudando a don Juan, yo iré luego.

—¡Hola, Luis! —gritó Tania desde lejos—. No te vayas, quiero molestarte un rato.

Luis levantó su mano y la saludó.

—Hoy no, Tania. Estoy muy ocupado, será para otro día.

—Te salvas solo porque vengo por Melisa. —La chica sonrió a su amiga—. Hola, Melisa, ¿cómo estás?

Le dio un beso en la mejilla.

—Hola, me alegro mucho de que vinieras. Tengo algo que contarte.

—Sabes que me encanta cuando dices esas palabras mágicas, me huele a buen chisme.

—No, amiga, esta vez no es chisme, es algo muy serio que nos pasó ayer.

—Me estás asustando, Melisa. Vamos, invítame a un café y me cuentas. Te veo preocupada, tienes unas ojeras...

Tania colocó una mano en la frente de su amiga para saber si tenía fiebre o algo así.

—No estás enferma, no tienes fiebre.

—No, Tania, no es nada de eso...

—Entonces, de qué se trata. Cuéntame, por favor.

—Siéntate, ya te sirvo un café y te cuento.

Melisa sirvió dos tazas.

—Tania, ¿recuerdas la vez que te conté sobre mi padre?

—Sí. ¿Pero qué tiene que ver tu padre con tu preocupación? Por lo que sé, nunca volvieron a saber de él.

—Ese es el problema, ayer estuvo aquí en el vivero.

Tania se levantó de un salto de la silla.

—¿Cómo es eso posible, Melisa? Después de tanto tiempo.

Tania dio un par de vueltas alrededor de la silla, con sus manos en la cabeza tratando de asimilar la noticia.

—Anda, siéntate. No te podré contar lo que pasó si no te quedas quieta.

—Lo siento, perdí el control. Ahora sí, cuéntame qué sucedió. ¿Cómo es él?

—Eso es lo de menos, lo malo es que tuvo el descaro de aparecer como si nada.

—¿Pero qué te dijo? Me tienes comiéndome las uñas y eso que son postizas.

Melisa comenzó a relatar lo que había sucedido con Leonardo, mientras su amiga le prestaba atención.

—¿Pero de qué derechos habla ese hombre, Melisa? —dijo Tania—. Él se marchó hace tanto tiempo dejándolos sin nada, apenas es que tenían donde vivir.

—Sí, Tania, eso es lo que me tiene tan preocupada. Necesitaba sacar esto de mi corazón y tú eres mi mejor amiga.

—Melisa. ¿Quién más sabe de esto?

—Solo Luis y yo lo sabemos. No queremos que mamá y Yineth lo sepan. Tú has visto lo que ha sufrido mi madre por culpa de ese hombre, no quiero que recaiga otra vez.

—No te preocupes, Melisa. Sabes que soy como una tumba.

Tania pasó su mano por sus labios como si sellara su boca.

—Gracias, amiga, sabía que podía contar contigo. No sé qué haría sin ti, me has apoyado tantas veces...

—Y sabes que podrás seguir contando conmigo siempre. Ahora más que nunca me necesitas, no te dejaré sola en esto. Bueno, pero nada de sentimentalismos, vine a ayudarte no a llorar. Debemos pensar en qué es lo que quiere ese hombre. No creo que sea por remordimientos de conciencia.

—Ay, amiga, no me hagas sentir más enojada. En todos estos años no se dignó a buscarnos, ni siquiera una llamada para saber si estábamos vivos. No creo que tenga consciencia si quiera.

—Eso sí, Melisa, debes tener cuidado. Algo debe de estar tramando.

—Sí, Tania, ese es mi temor.

En ese momento escucharon unos pasos, las dos se miraron sosteniéndose las manos. Preguntándose en qué momento aparecería ese hombre otra vez.

Luis asomó la cabeza por la puerta.

—No quise interrumpirlas antes —dijo—, me imaginé que tenían mucho de qué hablar.

—Así es, Luis, ya le conté todo a Tania. Por un momento pensamos que era ese hombre otra vez.

—Ni Dios lo quiera —interrumpió Tania colocando su mano en el pecho.

—No creo que se atreva a venir otra vez. Sé que es muy cobarde para hacerlo y si lo hace se va a arrepentir. Será mi padre, pero el rencor que siento por él no tiene palabras. Además, a eso vine, Melisa. Mira la hora que es, hace rato debimos de cerrar.

Melisa miró a la pared en donde tenían un reloj antiguo muy hermoso que había pertenecido a su abuela Regina, el cual conservaban con mucho cariño.

—¡Oh, por Dios! No me di cuenta, ¿cómo pasó el tiempo tan rápido?

—Yo también me tengo que ir, quedé de llevarle a mi madre unas cosas para la cena. Espero llegar a tiempo. Recuerda, Melisa, cualquier cosa que suceda me avisas. Yo sí pongo a ese hombre en su lugar, para algo deben de servir mis uñas largas y mis clases de boxeo del año pasado.

—¡No lo quiera Dios! —dijo Luis sonriendo—. Te conozco bien, eres capaz de sacarle los ojos con esas largas uñas. Cuando te enojas eres toda una fiera y más cuando te da por usar todo lo aprendido en el boxeo, mejor que no se aparezca por acá.

—No te burles, Luis, así como me vez, con mis piernas delgadas, mis brazos poco musculosos y esta carita de ángel como de que no mato ni una mosca, sé defenderme muy bien de cualquier tipo que quiera hacernos daño.

¿Verdad, Melisa?

—Sí, amiga, conozco tus cualidades, es por eso que te quiero tanto. —Sonrió—. Luis, ayúdame a cerrar—. Te llevarás la camioneta. Yo tardaré un poco más. Por favor avísale a mamá.

Tania la miró extrañada sin poder evitar preguntar:

—¿Se puede saber qué vas a hacer, Melisa? No deberías estar sola con tu padre rondando por aquí.

—Tania tiene razón, Melisa. No me gustaría que ese hombre te encuentre sola otra vez.

Los dos la miraron fijamente, esperando una explicación.

—Tranquilos. Ese hombre no volverá más. Además, es aquí cerca del vivero, quiero ver si encuentro al niño del que te hablé, Luis. Seguro debe estar cerca, solo quiero preguntarle quién es y si necesita algo.

—Está bien, Melisa, pero ten mucho cuidado, no se sabe qué puede estar planeando ese niño.

—Luis, ¿cómo puedes pensar eso? Es solo un niño. No me va a pasar nada. Cambiando de tema, ¿dónde está el sobre que me dejaron ayer no lo he visto por ningún lado?

—Melisa, ¿revisaste debajo de la agenda que está en el escritorio? Yo lo coloqué ahí.

—No, Luis, en ese lugar no revisé, pero lo dejaré para mañana.

—Y alguno de los dos me puede explicar de qué hablan —dijo Tania mientras cruzaba sus brazos.

—Anda, amiga, que se te hace tarde, luego te cuento de qué se trata. Solo espero ver al niño otra vez.

Melisa no tuvo que alejarse mucho, sintió mucha alegría al encontrar al misterioso niño sentado en una piedra. Se acercó despacio, él estaba llorando con la cabeza entre las piernas. Podía escuchar su llanto al acercarse.

Melisa se inclinó tocando su espalda.

—Hola, pequeño. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás aquí solo y llorando?

El niño alzó la mirada, sus ojos estaban llenos de lágrimas. El corazón de Melisa se llenó de angustia al ver esa carita triste. Él quiso levantarse de prisa, parecía asustado, pero Melisa lo detuvo.

—No tengas miedo.

Se puso frente a él y extendió su mano a modo de saludo.

—Me llamo Melisa y tú, ¿cómo te llamas?

El niño parecía un poco tímido.

—Me llamo Damián —dijo mientras estrechaba su pequeña mano con la de Melisa.

—Hola, Damián, me da mucho gusto conocerte. ¿Me puedo sentar a tu lado? Si no te molesta, claro...

—No, por supuesto que no.

Damián aún tenía sus ojos mojados por las lágrimas. Melisa quería saber qué le sucedía, pero no se atrevía a preguntar. Apenas lo estaba conociendo.

—Dime, Damián, ¿qué edad tienes?

—Tengo nueve años, pronto cumpliré diez —contestó con una leve sonrisa en sus labios.

—Pero estás muy pequeño aún. ¿Cómo te va en la escuela? Pareces un niño muy inteligente y yo casi nunca me equivoco. Me di cuenta desde que te vi.

El niño volvió agachar su mirada, con una voz leve dijo:

—No voy a la escuela.

Melisa pudo comprender que sucedía algo, no era normal que un niño de esa edad no fuera a la escuela, así que le preguntó:

—¿Por qué no vas a la escuela? ¿Qué es lo que te sucede? Te veo muy triste, si quieres me puedes contar, puedo ser como una amiga.

El niño se quedó pensativo, no se atrevía a hablar. Melisa quiso animarlo para que lograra sacar todo de su corazón. Tomó su mano y se levantó.

—Vamos, Damián, en el vivero tengo helado. Dicen que con el dulce las penas son más gratas y creo que es así. Cuando estoy triste como helado y mi tristeza se va.

—¿En serio? —dijo Damián, emocionado.

—Ves, ya tu cara ha cambiado con solo pensarlo.

—Es que tengo mucha hambre, señorita. Hoy no conseguí nada de comer en todo el día. Mi madre debe estar esperándome con mi hermanito para ver si les llevo algo de comer. Por eso estaba aquí sentado, no puedo llegar sin comida, mi madre se pone muy triste y llora todo el tiempo.

Melisa no podía ni respirar al escuchar esas palabras. Recordaba cuántas veces ella había sentido lo mismo, sus ojos se llenaron de lágrimas al mirar a Damián. Ese niño necesitaba su ayuda. Lo primero que haría sería darle de comer.

—Ven, te prepararé algo de comer, no tengo mucho en la cocinita del vivero, pero te haré algo rico. Luego le llevarás a tu madre y a tu hermano.

Damián saltó de alegría.

—¿De verdad, señorita?

—Sí, Damián, pero dime Melisa, por favor.

—Está bien, señorita Melisa.

Melisa soltó una carcajada y tomó la mano de Damián, los dos se dirigieron al vivero que estaba muy cerca. Al llegar mandó a Damián a lavar su cara y manos mientras ella le preparaba una deliciosa hamburguesa.

—Ven, siéntate aquí, Damián, junto a la mesa. Iré por un refresco a la nevera. ¿Manzana o uva? —preguntó.

—Manzana, es mi fruta preferida.

—Qué coincidencia, también es la mía.

Damián sonreía mientras se preparaba para morder aquella deliciosa hamburguesa. Melisa lo miró comer sentada en la otra silla. Al terminar le preguntó:

—¿Te gustó la hamburguesa?

—Sí, estaba deliciosa.

Damián volvió agachar su mirada, su sonrisa se apagó lentamente.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué esa carita triste otra vez?

—Recordé que mi hermano y mi madre deben de tener mucha hambre y no les guardé ni un pedacito. Es que tenía tanta hambre que lo olvidé...

Melisa se acercó al chico, lo abrazó y lo besó en la frente.

—No te preocupes, he preparado más. Incluso te daré otra para que repitas.

—¿En serio? Gracias, señorita Melisa, eres un ángel. Yo tenía razón. Le dije a mamá que tú tenías cara de ángel y ella no me creyó.

—Dime, Damián, ¿por qué están solos, dónde está tu padre?

—No lo sé, nos abandonó. Nos dejó solos sin comida. Apenas tenemos una casita que casi se está cayendo. Mi madre llora mucho porque no ha podido conseguir trabajo. Tiene que cuidar a mi hermano pequeño, ya que no tiene quien lo cuide. Por eso yo no voy a la escuela desde ese día, necesito llevar la comida a la casa. Si no fuera así nos hubiéramos muerto de hambre.

— ¿Cómo le has hecho? Eres tan solo un niño.

Melisa no podía creer que se repitiera su historia en ese pequeño. Ella más que nadie sabía lo que Damián estaba viviendo.

—Todas las mañanas debo salir temprano. Ayudo a algunos vecinos con pequeños trabajos, algunas veces me dan un poco de dinero y otras veces me pagan con comida, pero no siempre es así. Muchas veces, he tenido que regresar con hambre y tan solo un poco de leche para mi hermanito.

Cada vez que Damián decía una palabra se clavaba una estaca en el corazón de Melisa y sin querer rodaban lágrimas por sus mejillas.

—Hace días me acerqué a este vivero, pero no me atreví a preguntarte si necesitabas de alguien que te ayude. Yo te podría ayudar en lo que sea, regando las plantas, sembrándolas, cortando flores y mucho más. Aprendo rápido.

—Dime una cosa, Damián, ¿te gustan las flores?

—Sí, mucho —contestó.

—Entonces desde hoy en adelante ya tienes trabajo en el vivero. Pero me tienes que prometer que volverás a estudiar, es muy importante que lo hagas. Podrás trabajar en tus ratos libres y cuando tengas exámenes, te tomarás esos días para estudiar.

Damián se lanzó sobre Melisa mientras lloraba de felicidad, no podía creer lo que ella le había dicho. Le agradeció muchas veces.

—Debes regresar, Damián. Tu madre debe estar preocupada por ti. Llévate esto para que coman. —Le tendió una bolsa de papel—. Mañana te esperaré, será tu primer día de trabajo.

—Aquí estaré puntual, no te vas arrepentir. Trabajaré muy duro para sacar a mi familia adelante.

—Sé que sí. Aunque no lo creas yo sé muy bien que así será. Hasta mañana, cuídate.

Damián caminó unos cuantos pasos, dio la vuelta y se acercó a Melisa para darle un beso y un fuerte abrazo, luego corrió directo a su casa. Dejó a Melisa con su mano sobre la mejilla y el corazón más conmovido que antes.

Al llegar a casa, todos la estaban esperando preocupados por la demora.

—Hija, ya me tenías preocupada te demoraste. Tu hermano llegó hace mucho y me dijo que te tardarías, pero no pensé que tanto tiempo.

—Tranquila, mamá, ya estoy aquí. Valió la pena mi demora.

—Supongo que encontraste al niño —le dijo Luis.

—Sí, así es. De una vez te cuento que mañana empezará a trabajar con nosotros en el vivero.

—Pero ¿cómo si es apenas un niño?

—Sí, lo es, tiene nueve años, pero lo que él está viviendo no es nada sencillo. Por cierto, se llama Damián.

Melisa les contó todo lo que había sucedido.

—Estaba tan feliz, si lo hubieran visto. No lo voy a dejar solo, nosotros más que nadie sabemos lo que es eso. No es justo que ese niño pase también por una situación así. Él quiere trabajar, le pagaré un salario justo, así podrá llevar comida a su casa. Un día de estos hablaré con su madre, me gustaría

mucho conocerla.

—Melisa, nosotros te apoyamos con esta decisión. Cuánto hubiéramos deseado una ayuda así cuando estuvimos solos.

—Es un niño muy inteligente y sé que pondrá todo su esfuerzo.

Cenaron mientras se ponían al día y hablaban como cualquier familia. Luego cada uno se retiró a su habitación. Melisa se recostó en su cama, no podía olvidar la carita de felicidad de Damián. Al menos ese niño había logrado distraerla de las inquietudes que le había dejado Leonardo.

5

—He dormido de maravilla —dijo Leonardo para sí mismo mientras estiraba sus brazos.

Estaba sentado sobre la cama del hotel donde se estaba quedando esos días. Se levantó muy feliz o al menos muy positivo, pensando en cómo lograr su plan malvado contra su propia familia. Tomó un baño, se vistió como de costumbre de saco y corbata, debía verse como un hombre importante.

No podía ir a buscar a su hija menor en fachas, tenía que impresionarla. Primero debía saber quién era Yineth, qué era lo que más le gustaba, no sabía qué cosas le habían metido en la cabeza sobre él. Aprovecharía a la joven para acercarse a Emma, su exesposa. Después de desayunar salió del hotel, subió a su auto y se dirigió en busca de la chica.

Tal vez se pareciera a Melisa o quizás a Emma, no tenía ni la más mínima idea de cómo era su propia hija.

Antes de ir al colegio le compraría un peluche. A todas las chicas de esa edad le encantaban esas cosas, tal vez unos chocolates, más unas hermosas flores para presentarse frente a Emma nuevamente. Al entrar en una de las tiendas, le llamó mucho la atención un gran oso de peluche café claro de ojos grandes. Estaba perfecto para la ocasión. Vinieron a su mente unos recuerdos de Yineth, amaba dormir con un oso de peluche que él le había comprado cuando tenía unos pocos meses de nacida. Era casi imposible poder apartarlo de su lado mientras dormía en su cuna, seguramente aún amaba esas cursilerías.

—Muchacha, ¿me puedes decorar ese oso por favor? —dijo a la dependienta de la tienda—. Quiero algo muy especial, no importa el precio.

La mujer asintió y se dispuso a realizar su trabajo.

Leonardo miró su reloj, no quería que se le hiciera tarde, aun debía conseguir las flores y los chocolates. Así que decidió ir por ello mientras la mujer terminaba con el oso.

Pensó en llevarle un ramo de rosas amarillas a Emma. Sabía cuánto le gustaban esas rosas y sobre todo ese color, eran sus favoritas. Consiguió uno de los ramos más lindos y unos ricos bombones blancos bañados de chocolate.

Pidió que se los empacaran lo mejor que se pudiera.

Ese día se jugaba todo, empezaba su gran plan y con lo que había hecho sabía que le sería muy difícil convencer a su exesposa. Finalmente, regresó por el peluche y salió de la tienda con una sonrisa que le llenaba todo el rostro.

«Esa jovencita será la más fácil de convencer, de eso estoy seguro», pensó.

Para cuando llegó al colegio, descubrió que aún no era la hora del receso. Esperó cruzado de brazos recostado a su auto, al escuchar el timbre decidió entrar y preguntar a algunas jóvenes sobre Yineth. Pero sabía que le costaría mucho encontrarla. Después decidió mejor ir con la directora. Tocó la puerta de la dirección, escuchó una voz que le indicaba que pasara y así lo hizo.

—¿Cómo está, señora directora? Me llamo Leonardo López, soy el padre de Yineth López.

—Bien, ¿y usted, señor Leonardo? Soy Ángela Ramírez. ¿En qué lo puedo ayudar? Por lo que tengo entendido Yineth no vive con su padre, al menos nunca lo hemos visto por acá.

—Sí, tiene razón nunca había venido antes. Pero no porque no quisiera, es por mi trabajo. Vivo en la ciudad. Aquí está mi identificación, por si tiene alguna duda.

La mujer tomó el documento y revisó en sus archivos, comprobando que el hombre decía la verdad.

—Yineth en estos momentos se encuentra en clases, tendrá que esperar a que salga.

—Por favor, señora directora, póngase la mano en el corazón, vengo desde tan lejos para ver a mi hija y hace mucho que no lo hacemos. Solo será un momento, se lo ruego. ¡Sé que se pondrá feliz! Hasta le compré un lindo regalo, déjeme tan si quiera dárselo.

La mujer suspiró resignada.

—Está bien, señor. Pero solo será un momento, ella debe seguir estudiando. La mandaré a llamar, espere aquí.

La directora salió de la oficina y llamó a una de las secretarias para que fueran por Yineth.

La joven se sorprendió cuando le informaron que debía presentarse a la oficina de la directora, siguió a la secretaria con desconfianza, no recordaba a ver metido la pata últimamente, pero nunca se sabía...

Cuando entró a la oficina vio a un hombre de espaldas en una esquina.

—Aquí estoy, señora directora. ¿Mandó a llamarme?

Miró de reojo hacia la esquina en la que estaba el hombre sin moverse.

—Sí, Yineth, alguien ha traído una sorpresa para ti. Los dejaré solos unos minutos. Estaré afuera por si necesitas algo.

Yineth estaba muy confundida, se le heló la sangre cuando escuchó la puerta cerrarse. El hombre se giró hacia ella. Iba vestido muy elegante y era algo mayor, no recordaba haberlo visto jamás.

Se sentó un poco nerviosa, no tenía ni idea de qué estaba pasando.

Leonardo estiró la mano frente a ella.

—Hola, me llamo Leonardo, por favor no tengas miedo, Yineth. Eres una joven muy hermosa, te pareces a tu madre cuando tenía tu edad.

Yineth se levantó de prisa, se sentía muy extraña con esas palabras.

—Lo siento, señor, no quiero ser grosera, pero no sé quién es usted. Nunca lo he visto y no comprendo por qué me dice esas cosas.

—¿No habías escuchado mi nombre anteriormente?

—Sí, pero es de alguien sin importancia en mi familia, ese nombre no es agradable. ¿Pero cómo es que conoce a mi madre?

Leonardo dio media vuelta, pensando en cómo le diría la verdad sobre quién era. No podía imaginar cual podría ser la reacción de Yineth. Debía usar una de sus mejores actuaciones. Se acercó de nuevo a Yineth y la miró a los ojos.

—Yo te tuve en mis brazos cuando apenas estabas recién nacida, muchas veces quise venir a verte. Pero hasta hoy lo pude cumplir, soy tu padre, Yineth.

La chica estaba en *shock*, una lágrima bajó por su mejilla. Desde niña soñó con ese momento, conocer a su padre era su mayor ilusión, cuánto anhelaba tenerlo cerca y poder abrazarlo. Aunque a la vez saber que los había abandonado y el daño que le había hecho a su familia, lograba matar cualquier otro sentimiento. Lo miró con mucha rabia, limpió sus lágrimas.

—Usted está equivocado, señor, mi padre está muerto, murió el día que nos abandonó.

—No sé qué te han dicho de mí, Yineth. Sé que tal vez lo que hice no tiene perdón, pero estoy muy arrepentido, ustedes son mi vida, te pido que me perdones. Sé que no puedo pedirte que me abrases y ames como si nada, solo quiero que me des la oportunidad de acercarme a ti, de darte el amor que todos estos años no te he dado. Dame la oportunidad, hija, te lo pido con el corazón en la mano.

Yineth estaba tan confundida, siempre había anhelado ese amor paternal. Si de verdad estaba arrepentido, sería su apoyo. No la verían como a la niña

abandonada, siempre sintiendo ese vacío en su corazón y las muchas veces que de niña deseó tenerlo a su lado. Le ganaban las ansias de tenerlo cerca, de decir con orgullo que tenía un padre que la amaba.

Leonardo notó la desesperación de Yineth por tener a un padre presente en su vida. Lo veía en esos ojos claros llenos de lágrimas. Debía aprovecharse de eso para lograr su objetivo, no podía detenerse a pensar si realmente le conmovían esas lágrimas de Yineth, así que decidió seguir con aquel plan malvado.

—Hija, si quieres te pido perdón de rodillas, pero dame la oportunidad, solo una oportunidad.

Leonardo se arrodilló, logrando fingir unas cuantas lágrimas. Le tomó la mano mientras la miraba a los ojos.

—Perdóname, Yineth, por favor, sé que me necesitas tanto como yo a ti.

El corazón rebelde de Yineth no pudo contra esas lágrimas falsas de su padre. Se inclinó y levantó a Leonardo que aún estaba de rodillas junto a ella. Él abrió sus brazos y Yineth casi sin darse cuenta se encontró abrazada fuertemente a Leonardo. Por primera vez sentía esa sensación que nunca había tenido con alguien, ese abrazo llenaba muchos vacíos en su vida. Llorando le dijo:

—Me has hecho tanta falta, papá. ¿Por qué te fuiste?

Leonardo por un momento casi pudo percibir el sentimiento de padre. Casi. Y tal vez un poco de remordimiento por las palabras de su hija. Pero no fue así, debía olvidarse de cursilerías y seguir con su plan.

Un golpe en la puerta los sacó de tan bello momento, era la directora que tocaba para entrar.

—Lo siento mucho, señor Leonardo, pero se terminó el tiempo. Yineth debe regresar a clases.

—Señora directora, déjenos un ratito más —le dijo Yineth.

—No, Yineth. Sabes muy bien que no puedo hacer eso, regresa ya a tu salón.

—Anda, hija, yo te esperaré afuera hasta que salgas, luego te llevaré a casa. Te tengo una linda sorpresa, sé que te gustará.

—Está bien, papá, pero prométeme que no te marcharás sin mí otra vez.

—Te lo prometo. Obedece, regresa a tu salón.

Yineth se alejó, pero no podía dejar de mirar a su padre, estaba tan feliz. Al llegar al salón sus amigas estaban esperándola con una lluvia de preguntas, desesperadas por saber qué había sucedido en la oficina de la directora.

Yineth se encontraba tan feliz, aún no podía creer lo que le estaba pasando. Le contó todo a sus amigas y empezó a contar los segundos para poder salir del colegio ese día. Su padre por primera vez la esperaría fuera del colegio tal como ella lo soñó tantas veces.

Leonardo agradeció a la directora y después fue a buscar algún lugar donde comer, así aprovecharía para llamar a su amada Amy. Ya extrañaba su voz, deseaba regresar pronto para estar con ella.

El teléfono timbró varias veces, pero Amy no contestó aunque insistió por varios minutos.

«Debe estar muy ocupada, intentaré más tarde », pensó.

Yineth no logró concentrarse durante toda la clase. Su inquietud era grande, su padre había aparecido de la nada. Lo que había escuchado siempre de su madre y hermanos sobre él jamás había sido bueno, sin embargo, las personas cometían errores y no había nada de malo en darles una segunda oportunidad. Las lágrimas y la emoción que él había reflejado se habían sentido tan reales como las suyas. Eso no podía ser mentira.

Al sonar el timbre de salida, Yineth fue la primera en dejar el salón. Corrió a la salida casi sin respirar, ahí estaba Leonardo como se lo había dicho antes, no era un sueño, era algo real. Se acercó más lentamente, sus amigas iban justo detrás.

Él la recibió con una gran sonrisa.

—Este regalo es para ti, espero que te guste, Yineth.

—Gracias, papá. Está precioso.

Sostuvo al oso entre las manos sintiendo como se le aguaban los ojos una vez más.

—Cuando lo vi me acordé de ti. De pequeña tenías uno que no soltabas nunca.

—Es el regalo perfecto. Me encanta. Amo los osos, siempre había querido uno así de grande.

—Me alegro mucho que te gustara, hija.

Leonardo tocó su barbilla, sabía que su plan estaba saliendo a la perfección, luego miró el reloj, se hacía tarde.

—Hija, vamos, te llevo a casa.

Leonardo encendió el auto, antes de empezar a conducir miró a Yineth a los ojos y la tomó de la mano.

—No te imaginas lo feliz que me haces, pensé muchas veces en este momento, tenerte así a mi lado y conocerte, ver lo hermosa que eres, ver esa

sonrisa que ilumina mi vida por completo...

—Yo también soñaba con conocerte, papá, aun no comprendo por qué nos abandonaste, mamá nunca nos dejó hablar de ti. Ni siquiera mencionar tu nombre. Algunas veces, quise buscarte, pero no tuve ni idea en donde podía hacerlo. Mamá sufrió mucho con tu partida, entró en depresión. Melisa ha sido la que se ha encargado de todo en la casa, no te imaginas lo valiente que es. Sé que también le dará gusto verte.

Leonardo empezó a manejar. Debía de encontrar la forma de que Yineth no dijera nada.

—Princesa, te quiero pedir algo. Por el momento, me gustaría que este sea nuestro secreto, no debes de decir nada a tu hermana, ni a tu hermano, por favor. Ellos nos volverían a separar. Tus hermanos no me aceptarán como tú, sé que eres diferente, lo puedo ver en tu mirada.

—No lo creo, papá. Melisa es tan comprensiva, ella te entenderá...

—No, Yineth, mejor esperemos un tiempo, disfrutemos nuestro reencuentro. A la que sí quiero ver es a tu madre, debe de estar tan hermosa como siempre. Sabes que ella fue la mujer más hermosa del pueblo, fui la envidia de todos en ese tiempo.

Yineth lo miró y le volvió a preguntar:

—¿Entonces por qué te fuiste?

—Sé que fui un tonto, reconozco que me equivoqué. Pero me marché solo pensando en ganar dinero y poder darles una buena vida. La muerte de mis padres fue un golpe tan duro que me convertí en un estúpido egoísta. Fueron tiempos muy difíciles, los primeros años apenas ganaba para comer, me sentía tan indignado por no poder mandarles nada. Hasta hace poco tiempo fue que tuve un trabajo mejor, pensé en regresar y poder darles todo lo que no pude. He sufrido por no estar al lado de mis hijos. Pero ya estoy aquí a tu lado, mi querida Yineth, espero poder compensarte.

Yineth se recostó al brazo de su padre mientras una lágrima bajaba por su mejilla.

Leonardo se dio cuenta, así que aparco el auto. Con la mano secó las lágrimas de su hija, su corazón casi se conmovió con lo que estaba viendo.

—Lo siento, hija, perdóname por el daño que te hice, pero no llores por favor, me partes el corazón con esas lágrimas, no quiero que sufras más.

La joven lo abrazó fuerte, tal vez sus lágrimas eran más bien de alegría por el regreso de él. No importaba qué motivos tuvo para alejarse, lo único que deseaba era su regreso y que se quedara a su lado.

—Está bien, papá, no diré nada. Pero, por favor, no nos vuelvas a dejar, mi madre no soportará otra vez tu partida.

Leonardo se quiso atragantar con su propia saliva al escuchar a su hija. Por un momento se sintió miserable con su plan.

—Ya casi llegamos, debemos apurarnos o Emma se preocupará. Hablaré con ella apenas llegue, recuerda nuestro secreto y ayúdame con tu madre, para que no diga nada a tus hermanos. Te aseguro que esto será por poco tiempo, luego hablaré con todos.

—Está bien, yo te ayudaré para que mamá te acepte otra vez.

La inocencia de Yineth no la dejaba ver las malas intenciones que tenía Leonardo en mente, ella nunca había sufrido como lo hicieron sus hermanos, estaba muy pequeña cuando se fue.

6

Melisa se encontraba en la entrada del vivero, no había dejado de mirar su reloj, ansiosa, esperando a su nuevo amigo. Luis se acercó a ver qué sucedía. Melisa llevaba una hora haciendo el mismo recorrido una y otra vez.

—¿Aún no llega tu amiguito, Melisa?

—No, Luis, estoy preocupada. ¿Y si le sucedió algo?

—Te estás preocupando sin motivo, vas a hacer una hendidura en la entrada de tanto moverte de un lado a otro. Ya me estás mareando. De seguro ese chico se tardó un poco. Le dejaste como condición volver a estudiar, supongo que no ha salido todavía de la escuela.

—Tienes razón, lo olvidé por completo. Soy una tonta. Ya debe estar por llegar, si hubieras visto su carita de felicidad ayer...

—Te conozco muy bien, Melisa. Hasta el perro del vecino te conmueve el corazón, con mucha más razón ese niño. Por eso te amo, tienes un corazón de oro. Siempre estaré orgulloso de ser tu hermano.

Melisa se acercó para darle un abrazo mientras besaba su mejilla.

—Gracias, me haces tan feliz con esas palabras. Tengo mucha suerte de tener un hermano como tú. Siempre apoyándome en las buenas y en las malas. Te amo y lo sabes.

Don Juan los sacó de sus suspiros y apapachos de hermanos.

—Lo siento, no quería interrumpir tan lindo momento. Pero desde hace días les quería preguntar algo. Es sobre un rumor que escuché en el pueblo...

Los hermanos se miraron al mismo tiempo, imaginando que se trataba de la aparición de Leonardo.

—¿De qué se trata, don Juan?

—Hace unos días alguien me preguntó si ya teníamos la invitación. Cuando le pregunté que cuál, esa persona no supo decir mucho, solo que alguien de un vivero en otro pueblo le habló sobre una importante invitación y que buscaban los viveros más prestigiosos de la zona.

Melisa suspiró aliviada.

—¿Pero de qué se tratará? Aquí no ha llegado ninguna invitación.

En ese momento Luis recordó el sobre que estaba debajo de la agenda.

—Espera un momento, Melisa, recuerda el sobre que te dije que recibí hace unos días, el que dejé debajo de la agenda. ¿Ya sabes de qué se trata o no lo has visto aún?

—Hace rato tomé la agenda, pero no le di importancia a ese sobre. No lo he visto todavía.

—Entonces ¿qué estamos haciendo aquí parados? Vamos a ver de qué se trata.

—Vamos, don Juan, y gracias por preguntar. Ojalá sea lo que estamos pensando —dijo Luis.

Todos se dirigieron de prisa hacia la oficina, querían saber cuánto antes de qué se trataba. Melisa echó un vistazo al sobre, pero no logró ver ninguna pista del remitente.

Rasgó una esquina del papel. Luis y don Juan tenían sus miradas puestas sobre ella.

—Anda, Melisa, dinos pronto de qué se trata.

—Ya, Luis, no seas tan impaciente. Me estas poniendo nerviosa.

Ella empezó a leer.

+Estimada señorita Melisa López

Tenemos el grato placer de anunciarle que su vivero, La preciosa flor, ha sido seleccionado para participar en el Festival Nacional de orquídeas que se llevará a cabo el próximo 25 y 26 de agosto en Escazú, San José, Costa Rica.

Contaremos con la presencia de jueces internacionales en busca de la orquídea más hermosa y exótica. El ganador obtendrá reconocimiento internacional y podrá exportar sus productos, además de treinta mil dólares.

Esperamos contar con su presencia.

Favor confirmar asistencia antes del 20 de abril.

—Melisa, está es la oportunidad que llevas esperando hace mucho tiempo, por fin podrás dar a conocer tus hermosas orquídeas.

—Sí, Luis, qué emoción. He escuchado mucho de ese festival. Es muy importante, escogen solo a los mejores para participar. No puedo creerlo, es mi sueño.

Luis se quedó algo serio mirando el calendario sobre la pared.

—Melisa, ¿cuándo es el último día para confirmar?

Ella miró la invitación otra vez.

—Dice que el veinte de abril.

—Mira la fecha, hoy es veinte de abril.

Los ojos de Melisa se abrieron como platos. Estaba a punto de perder su oportunidad.

—Luis, dame el teléfono.

Melisa llamó y logró confirmar sin ningún problema.

—Ya está todo listo —dijo la mujer cuando terminó la llamada—. ¡Estamos dentro!

Los tres se envolvieron en un abrazo de felicidad. Luego Juan se apartó un poco, su edad ya no le permitía exaltarse de esa forma.

—Lo siento, chicos, pero mis piernas no dan más. Mejor me sentaré un rato.

—Está bien, don Juan, le dijo Melisa. Es que estamos tan felices.

—Sí y con toda la razón, han trabajado muy duro, se merecen esto y mucho más.

—Gracias, este será apenas el primer paso, pronto estaremos exportando a otros países. Dios, pero faltan tres meses. —La sonrisa de Melisa desapareció por completo—. Aún no tengo lista la orquídea...

—¿Cuáles orquídeas, Melisa? —le preguntó Luis, confundido. Pero si tú tienes muchas y todas son hermosas.

—No, no tengo la orquídea perfecta. Por más que he tratado no lo he logrado, las que tenemos en el vivero son muy hermosas, pero algo les falta. No es lo que la abuela Regina me pidió antes de que sufriera el accidente. Cuando estoy a punto de conseguirlo, ese hongo aparece y las orquídeas no florecen, no sé qué más hacer...

—No te preocupes —la consoló Luis—, esas horas de trabajo metida en tu refugio, donde ni a nosotros nos dejas entrar, valdrán la pena. Estoy seguro de eso. Lástima que pronto me marcharé, pero te mandaré todas las buenas vibras para que ganes.

—No sé si podré preparar las orquídeas para antes del festival. Temo que me suceda lo mismo que con las otras.

Melisa encogió sus hombros, poniendo un rostro de tristeza, debía poner todo su corazón en el sueño de su vida. Y sobre todo lo que su abuela con tanto amor había puesto en sus manos.

Escucharon unos suaves pasos llegar al vivero. Luis miró a un niño que entraba lento, un poco tímido.

—Melisa, ya está aquí el niño que te tenía caminando de un lado a otro sin

detenerte.

Ella salió de prisa al encuentro de Damián, por la noticia había olvidado que la tenía preocupada.

—Hola, Damián. ¿Cómo estás? Me alegro de verte. Ven, te presentaré.

—Hola, Melisa, se me hizo un poco tarde. Fui a la escuela, tuve que ponerme al día con la materia —dijo Damián, apenado.

Melisa colocó la mano sobre la espalda del niño.

—No te preocupes, Damián, primero es el estudio, ahora más que nunca tienes que ponerle ganas y yo te ayudaré.

El niño sonrió, Melisa le daba toda la confianza que él necesitaba en ese momento.

—¿Así que este es el famoso Damián? Melisa está maravillada contigo, amiguito. —Luis estiró su mano, saludando—. Hola, soy Luis, el hermano de esta joven tan hermosa. —Señaló a Melisa con una sonrisa en el rostro.

Damián respondió al saludo, apretó fuerte la mano de Luis,

—Hola, soy Damián, el amigo de Melisa.

—Sí que es fuerte este jovencito —dijo Luis mientras sujetaba su mano.

Melisa se acercó un poco.

—Te presento a, don Juan. Es como un padre para nosotros. Él nos ayuda en el vivero.

—Hola, don Juan —dijo Damián muy sonriente.

El hombre le colocó la mano en el cabello.

—Pero que niño más adorable, me alegro mucho de conocerte. Sé que vamos a ser muy buenos amigos. —Le guiñó un ojo—. Te ayudaré en todo lo que pueda.

—Gracias, don Juan —respondió Damián.

—Como puedes ver, Damián, estamos muy felices de que estés aquí. Sé que aprenderás mucho de don Juan, es un gran conocedor de plantas. A mi hermano no le hagas mucho caso, es un poco exigente y molesto a veces, pero por desgracia pronto se irá a estudiar. Recibió una beca y estudiará ingeniería agrónoma en la ciudad.

—Ay, hermanita, lo vas asustar. Me haces ver como un viejo gruñón.

Luis se acercó a Damián y le susurró al oído:

—Melisa es la gruñona debes obedecer o si no...

—¿Qué le estás diciendo, Luis? No lo molestes.

—Damián, solo estamos bromeando —dijo Luis—. Pronto te darás cuenta de que somos totalmente inofensivos. En estos días te enseñaré muchas cosas.

Tú vas a cuidar a mi hermana en mi ausencia, ella va a necesitar mucha ayuda, sé que puedo confiar en ti.

El niño solo miraba y escuchaba con mucha atención lo que todos le decían, al parecer se sentía feliz por estar ahí, sabía que aprendería mucho de sus nuevos amigos.

—Me voy a trabajar —dijo don Juan—. Debo terminar de cortar algunas rosas para entregar mañana.

—Melisa, yo también debo trabajar. Después de tanta emoción, todo se nos olvidó. Ahora más que nunca ocupas de nuestra ayuda, debes lograr esa orquídea perfecta. Solo nos quedan tres meses para preparar todo. Chao, nos vemos luego.

Luis miró a Damián.

—Mi hermana te mostrará el vivero, espero que te sientas como de la familia.

—Está bien, Luis, yo le ayudaré a Melisa, no te preocupes. Aprendo rápido, me gustan mucho las plantas y me gustaría ser como tú.

Esas palabras tocaron el corazón de Luis. Melisa tenía razón al querer ayudarlo, se veía que estaba sufriendo. Pero quería salir adelante a pesar de lo que estaba pasando en su vida.

—Anda, Damián, ve con mi hermana, ella te enseñará. Es la mejor persona que conozco con las plantas y no es porque sea mi hermana que digo esto. Algunos debemos estudiar para aprender todas estas cosas, mientras otros lo traen en la sangre y lo hacen todo con mucho amor.

—Vamos, Damián, te llevaré a conocer el vivero. Luego regresarás a casa, me imagino que debes de tener mucha tarea. ¿Cómo están tu madre y tu hermanito?

Él se encogió de hombros.

—Bien, Melisa, mi madre está muy contenta. Se puso tan feliz cuando le conté que te ayudaría en el vivero. Sus ojos se llenaron de lágrimas, me imagino que de felicidad, por lo menos ya tendremos para comer todos los días. Me dijo que te diera las gracias por lo que le mandaste ayer, estaba delicioso. También me dijo que le gustaría conocerte, quiere darte las gracias en persona. Dice que tú eres un ángel caído del cielo y que ya no se encuentran muchas personas como tú.

Melisa se estremeció con cada palabra, comprendía muy bien ese sentimiento. Los días de angustia que también había pasado su madre tantas veces y que hicieron que cayera en depresión. Emma no había sabido cómo

salir adelante con tres hijos. Cuántas veces había deseado una mano amiga que la apoyara y no había encontrado nada.

—Dile a tu madre que cuando quiera puede venir. Me dará mucho gusto conocerla, debe de ser una mujer muy especial. —Los dos sonrieron y empezaron el recorrido—. Te llevaré primero adonde se empieza con el proceso de las plantas.

Damián estaba emocionado, sus ojos brillaban. Siempre había querido saber sobre el crecimiento de las plantas y sobre todo aprender cómo crecían las hermosas flores que había en ese lugar.

—Mira, estas son camas de germinación. En ellas regamos las semillas que escogemos con mucho cuidado. Todas las plantas tienen diferente sistema de riego, tenemos algunas que ya están a punto de germinar. Luego debemos de trasplantarlas, algunas las plantamos al aire libre y otras las dejamos en otro cubículo. Te llevaré donde preparamos la tierra, Damián.

Caminaron hasta donde se encontraban las plantas florales en todo su esplendor. Damián miraba en todas partes flores de muchos colores. Nunca había visto tanta belleza, por un lado estaban los geranios, por otro las petunias y rosas de todos los colores, entre muchas más flores. El lugar era muy grande.

—¿Te gusta? —preguntó Melisa.

—¡Oh, vaya! ¡Este lugar es hermoso! Hay tantas flores. Todas están muy lindas.

—Y espera a que veas mi lugar favorito.

—¿Hay más?

—¡Sí, el más especial para mí! Vamos, te lo mostraré.

Había otro lugar más pequeño, estaba más protegido.

—Te confieso, Damián, que estas son las plantas que más amo, son a las que más dedico tiempo.

—Melisa, son hermosas, hay tantos colores.

Los ojos de Damián se iluminaron aún más al ver tal belleza. Era solo un niño, pero siempre las plantas llamaban su atención. Y como lo había dicho Luis, eso se traía en la sangre.

—Este ha sido el regalo más preciado que me dejó mi abuela Regina. Desde entonces lo he cuidado con mucho amor, espero que tú también me ayudes. Te cuento que justo hace un rato nos llegó una invitación, debo preparar las orquídeas más hermosas para competir en un festival. —Ella suspiró—. Bueno, por hoy creo que es suficiente. Mañana te diré en qué nos

vas ayudar.

El niño se quedó mirando hacia un invernadero que estaba cerrado totalmente, era un lugar más pequeño y aún Melisa no se lo había mostrado.

—¿En ese lugar qué tienes?

—Ahí es donde cultivo estas hermosas orquídeas, es donde experimento con ellas. Mi abuela me encomendó una misión muy importante, lograr una de las orquídeas más hermosas en el mundo, pero no lo he conseguido aún. Hasta el momento solo yo entro ahí, ni siquiera mi hermano Luis lo ha hecho. Tal vez algún día te deje entrar, estoy muy cerca de lograr esa orquídea perfecta, espero tenerla lista para el festival y ganar ese premio. Anda, Damián, ve a despedirte de don Juan y Luis. Mañana te espero después de clases. Ah, se me olvidaba ten este dinero, compra lo que necesites para comer, será como un adelanto de tu trabajo en el vivero.

—Gracias, Melisa, eres un ángel.

Se despidió con un beso en la mejilla y se retiró corriendo.

Melisa suspiró mientras entraba a su invernadero, debía encontrar la forma de curar sus orquídeas de ese misterioso hongo que le estaba haciendo la vida imposible.

—Gracias por traerme, papá. Supongo que vas a saludar a mamá —dijo Yineth mientras se bajaba del auto.

Leonardo miró el reloj, debía asegurarse de que era temprano y que Melisa y Luis estuvieran trabajando aún.

—¿Estás segura de que tus hermanos están en el vivero?

—Sí, papá, ellos siempre regresan hasta tarde.

Suspiró esperando que todo le saliera tal como lo había planeado. Bajó del auto, cerró la puerta y sacó el ramo de flores de la parte de atrás junto con la caja de bombones. Yineth se acercó.

—¿Esas flores son para mamá? Están hermosas, son sus preferidas.

—Sí, lo sé, espero que aún le gusten los bombones.

—Claro que sí, le encantarán.

—Vamos, buscaré las llaves para entrar. Mamá debe estar recostada a esta hora.

«Vieja inútil, durmiendo a esta hora», pensó Leonardo, «siempre será una floja. Pero ni modo, esta será la forma en que lograré mi plan». Suspiró un par de ocasiones mientras Yineth abría la puerta de la casa .

—Si quieres me esperas aquí, papá, yo iré arriba a buscar a mamá a su habitación.

—Por favor no le digas que estoy aquí, quiero sorprenderla, la esperaré al pie de la escalera.

—Está bien papá, ya regreso.

Yineth subió de prisa las escaleras, como nunca lo había hecho antes. Ni cuando perseguía a Luis de niños tratando de que le devolviera sus muñecas favoritas. Cuando a Luis le entraban las ganas tremendas de enfadarla.

Al llegar a la habitación, abrió la puerta despacio para no asustar a Emma que estaba dormida, se encontraba en uno de sus sueños profundos. Se acercó le dio un beso y luego le tocó el hombro para despertarla mientras la llamaba:

—Hola, mamá, despierta. Ya estoy aquí.

Emma no logró desprenderse de su sueño profundo, con muy pocas ganas abrió sus ojos para luego volver a cerrarlos.

—Ya, mamá, despierta por favor, te tengo una sorpresa —dijo Yineth.
Con tanta insistencia Emma se levantó.

—Hija, me siento tan cansada, los nuevos medicamentos me causan mucha somnolencia. Me recosté y me quedé profundamente dormida.

—Sí. Lo sé, mamá, me costó mucho despertarte, te encontrabas como la bella durmiente. Pero te tengo una sorpresa, sé que te encantara.

—Bueno, déjame ir al baño a lavar mi cara, no seas tan impaciente.

—Mamá, ponte guapa. Te espero abajo, date prisa por favor.

Yineth salió de la habitación a toda prisa, había logrado su objetivo. Bajó las escaleras sintiéndose feliz y ansiosa.

—Papá, ya casi viene mi madre. Espera un momento, te traeré un refresco mientras ella baja.

—Está bien, hija, por mí no te molestes. Pero si insistes, te acepto el refresco.

—Ya regreso, quedas en tu casa.

Leonardo observó cómo habían cambiado todo, no se parecía en nada a la casa que él les había dejado años atrás. Ya no existían los muebles viejos que tenían en ese tiempo. Seguro Melisa se había encargado de retirar todos los recuerdos de él en ese lugar. De pronto una pregunta vino a su cabeza. ¿Cuál sería el aspecto de Emma? ¿Sería la misma que él abandonó?

No, definitivamente, no. Debía estar más fea que antes, como una anciana, arrugada y decrepita. Sintió escalofríos con solo imaginarlo. Ni aunque Emma se conservara podría superar la belleza y lozanía de su adorada Amy. El cuerpo firme y curvilíneo de la joven era lo que más lo volvía loco.

Siguió mirando hasta donde sus ojos le permitían. Habían cambiado su vida por completo sin su ayuda. Vio algunas fotos donde estaban muy felices los cuatro. Unos pasos bajando por las escaleras lo interrumpieron. Sintió una corriente de energía recorrerle los brazos, se volteó lentamente y cuando sus ojos se cruzaron con Emma, fue como si le hubieran dado un golpe en el estómago. Era evidente que ya no era tan joven como antes, pero su antigua belleza arrebatadora aún no se había ido. Con rapidez se colocó el ramo de flores en una posición que le cubriera el rostro.

Emma bajó las escaleras confundida, sin saber quién se encontraba esperándola.

—Buenas tardes —saludó ella.

Leonardo tuvo que aclarar su voz para poder ser capaz de articular una respuesta.

—Buenas tardes, Emma. ¿Cómo estás? Te traje estas flores... tus favoritas.

Esa voz Emma la conocía de memoria. La había atormentado por años en sus pesadillas más oscuras. Recordaba con toda claridad cuando no tenía ni siquiera fuerzas para ducharse y caía de rodillas bajo en chorro de agua repasando las últimas palabras que él le había dicho antes de desaparecer.

Dio un paso hacia atrás por la sorpresa, se sostuvo de la baranda de la escalera intentando encontrar algo en que apoyarse. No podía creer que Leonardo estuviera frente a ella. Había deseado tantas veces que regresara a su lado y ahora, cuando por fin se resignaba a la pérdida y creía haberlo superado, él volvía como si nada. Con un ramo de sus flores preferidas.

Clavó sus ojos en los de él y entonces sintió una oleada de rencor en el pecho.

—¿Qué haces en mi casa? —espetó—. ¡Sal ahora mismo! No tienes ningún derecho de estar aquí.

—Por favor, perdóname. Quiero estar con mi hija... ella está tan feliz de verme...

—Sabes o siquiera puedes imaginar, ¿cuánto hemos sufrido por tu culpa? ¡No te quiero cerca de mi hija!

—Pero...

—Cállate. No entiendo cómo eres capaz de estar aquí.

Tomó las flores que él estaba ofreciéndole y se las lanzó con todas sus fuerzas. El rostro de Emma estaba teñido de furia y decepción.

Yineth al escuchar los gritos de su madre fue corriendo a ver qué sucedía, la encontró llorando desconcertada.

—Mamá, no te pongas así por favor. Estoy tan feliz de conocer por fin a mi padre. Es lo que siempre anhelé, no te imaginas cuántas veces soñé con poder abrazarlo y mirarlo a los ojos.

—Sí, pero tú no sabes el daño que nos hizo este hombre. Mírame, Yineth, no creo que sea bueno que él esté aquí. Te puede causar mucho daño y no quiero que te lastime.

Yineth la miró a los ojos.

—Mamá, dame la posibilidad de descubrirlo. Estoy en todo mi derecho. Además, pronto seré mayor de edad, podré tomar mis propias decisiones.

—Es cierto, pero... —Emma titubeó al querer contradecir a su hija.

—Anda, Emma. En verdad estoy muy arrepentido, jamás debí marcharme. Lo siento mucho. Nunca dejé de amarte, no te olvidé ni por un momento... siempre estabas en mi mente.

Esas palabras empezaron a remover los sentimientos de Emma, su corazón a pesar de tanto tiempo seguía amando a ese hombre.

Cómo siempre, Leonardo supo aprovechar esos momentos de debilidad. Notó que Emma todavía sentía algo por él, así que se arrodilló frente a Ella.

—Perdóname, Emma... Puedo ver en tu mirada que aún sientes algo por mí. Estoy de rodillas pidiéndote perdón, te comprendo si no quieres hacerlo... Sé que fui un idiota por dejarte...

—Mamá, por favor, papá está muy arrepentido. No quiero que se aleje otra vez de mi lado. Hazlo por mí, mamá.

Los ojos de Yineth brillaban como dos luces en mitad de una noche de invierno. Emma estaba muy confundida, no sabía qué hacer en ese momento. No quería dejarse llevar por su corazón.

—Levántate, Leonardo —dijo al fin—. Te dejaré ver a Yineth, pero eso no significa que ya olvidé todo. Lo haré solo porque mi hija me lo está pidiendo.

—Gracias, mamá.

Yineth dio un salto de alegría, besó a su madre una y otra vez.

—Hija, te voy a pedir que me dejes a solas con tu madre —intervino Leonardo sintiendo que ya había ganado—. Es necesario que hable con ella. Ya tendremos tiempo de estar juntos, yo te llamaré antes de marcharme.

—Déjanos solos, cariño —le dijo Emma—. Cualquier cosa yo te llamo, no te preocupes.

Yineth se fue a su habitación un poco angustiada, pero seguro que sí tenían mucho de qué hablar después de tanto tiempo.

—Ahora sí, dime qué es lo que quieres. No creas que me convenciste con tus palabras. Hace mucho que aprendí la lección. No quiero seguir sufriendo por tu culpa. Lo que hiciste no tiene perdón, nos abandonaste a nuestra suerte. Vete cuanto antes, no quiero que Melisa y Luis te vean aquí. El rencor que ellos tienen contra ti es muy grande y con toda la razón. Ni siquiera te dignaste a llamarlos o siquiera escribirles una carta...

—Pero yo quise volver muchas veces, solo que no me atrevía a mirar a los ojos a mis hijos. Aunque no lo quieras creer estoy arrepentido.

Los ojos de Emma cambiaron totalmente, parecían fuego ardiente. Se puso frente a él y alzó su barbilla.

—¿Crees que puedes aparecer diecisiete años después como si nada? Queriendo ser el padre perfecto, trayendo regalos, aprovechándote de la inocencia de mi querida Yineth, que es la única que ha deseado siempre que vuelvas.

Leonardo se asustó, por un momento vio una leona herida que sería capaz de sacarle los ojos con sus propias manos. Dio dos pasos hacia atrás, dándole espacio a Emma para que se tranquilizara, no se atrevía a abrir la boca otra vez.

Leonardo pensó que su plan de conquistarla de nuevo no iba a funcionar. No era la mujer que creía que encontraría, debía inventar algo pronto o perdería la oportunidad de vender esas tierras.

—Créeme, Emma, de verdad sí me importan. Por eso regresé. Hace unos días recibí una notificación, decía que si no me presentaba en el banco nos quitarían las tierras donde se encuentra el vivero.

Emma suspiró profundo.

—Debe ser otra más de tus mentiras, Leonardo.

—Para nada, Emma, te estoy diciendo la verdad, debes creerme si no, no hubiera venido.

—Eso sí lo creo, tuvo que haber un motivo muy grande para que te aparecieras por acá.

Aunque no lo creas estoy muy preocupado. Tuve que hablar con mi abogado, es muy serio lo del banco. No entiendo qué sucedió, pero están por perder los terrenos.

—Pero no entiendo, ¿por qué te enviaron esa notificación a ti y no a mí? —preguntó Emma muy confundida—. Debo preguntarle a Melisa, ella debe de saber de esto.

—¡No! A ella no tienes por qué molestarla. La miró a los ojos muy serio—. No tenemos por qué decirle a ella y a Luis, es algo que tú y yo podemos solucionar sin tener que contarles.

Emma insistió.

—Creo que es lo mejor, Melisa siempre se ha encargado de todo, le diré en cuanto llegue.

—Sigo insistiendo, Emma. Quiero hacer algo por mis hijos. Esta es la oportunidad de hacerlo, ya hablé con mi abogado, según me dijo yo puedo arreglarlo, solo que tengo que pagar un poco de dinero. Luego deberás firmar unos documentos para no perder las tierras. Pero es algo muy sencillo, por eso te digo que no es necesario que nuestros hijos se enteren.

—La verdad no entiendo mucho de esto, no sé qué será lo mejor. No quiero que mis hijos pierdan esas tierras. Han trabajado tanto para tenerlas como están en este momento. El vivero es lo que nos ha ayudado a salir adelante con los gastos de la casa. Dios, no puedo ni pensar qué sería de nosotros sin esas

tierras.

»Melisa se moriría de tristeza, ha trabajado toda su vida en esos terrenos. Al principio pensé que todo esto eran tonterías, pero el don que tiene Melisa con las plantas no se puede explicar. Tu madre, le heredó algo muy lindo a mi querida hija, lo lleva en la sangre. Aunque Luis no se ha quedado atrás, siempre ha estado al lado de Melisa apoyándola en todo. Son casi inseparables, ellos se hicieron cargo de esta familia desde el día en que tú nos abandonaste.

—Por eso es que debemos actuar cuanto antes, no tenemos mucho tiempo, Emma.

Leonardo estaba planeando cuál sería su siguiente jugada.

—Si tú me lo permites, vendré por la mañana con el documento para que lo firmes. Y mañana mismo se lo llevaré a mi abogado para que solucione este problema.

Emma se quedó callada, en su mente daba vueltas todo lo que Leonardo le decía. Pensaba en sus hijos, lo mal que la pasarían si algo le sucedía a esos preciados terrenos. Dudó por un momento, pero con un gesto de descontento comentó:

—Está bien, Leonardo, pero prométeme que no dejarás que mis hijos pierdan esas tierras. Prométemelo. Por favor.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, cuanta angustia estrechaba su pecho, muchas sorpresas para un solo día.

—Emma, te lo prometo. Debes de estar bien. Mañana mismo el problema estará resuelto, tienes que estar tranquila para que los chicos no se den cuenta.

Emma suspiró mientras secaba rápidamente sus lágrimas, al escuchar los pasos de Yineth bajando las escaleras.

Emma se dio la vuelta y la esperó, mientras trataba de poner una sonrisa en su rostro.

—Hija, bajaste rápido. Creí que ibas a descansar un rato.

—No, mamá, quiero estar más tiempo con papá. Por si no te has dado cuenta hace una hora de que ustedes están hablando. No les quise interrumpir antes, me imaginé que tenían mucho de qué hablar aun, pero será otro día.

—Mamá, invita a papá a un café, ni si quiera lo has invitado a tomar asiento, debe estar cansado de estar de pie.

Yineth tomó el brazo de Leonardo.

—Hija, ya casi me tengo que ir, tengo algunas cosas importantes que hacer, te aceptaré un café solo porque tú me lo pides. Bueno, si tu madre está de

acuerdo.

Emma puso los ojos en blanco al ver el compromiso en que Yineth la estaba poniendo. No estaba para nada cómoda con la sorpresa desagradable que había recibido, pero por Yineth lo soportaría. Haría el café sin decir ni una palabra. Se fue hacia la cocina recordando una y otra vez la situación de los terrenos.

Los ojos de Yineth brillaron de felicidad, quería conocer tantas cosas sobre su padre que no sabía por dónde empezar.

—Papá, dime. ¿En qué trabajas? ¿Dónde vives? ¿Cómo es el lugar? Tengo tantas preguntas.

—Ya, hija, deja a tu padre tranquilo, a él seguramente no le interesa responder a tus preguntas.

—Déjala, Emma, es normal que quiera preguntar muchas cosas, apenas nos estamos conociendo.

Yineth miró a su madre con impaciencia.

—Sí, mamá, quiero saber todo sobre mi padre, muchas veces he preguntado, pero nadie me ha dado respuestas sobre él. Así que no desaprovecharé el momento. ¿Qué sucede, papá? Aún no respondes mis preguntas.

Leonardo empezó a sudar. No era precisamente porque hiciera calor, el clima estaba muy fresco. Era evidente que ya se estaba incomodando y sin empezar a inventar sobre todas las preguntas que le hacía su hija.

Emma podía ver el sudor de Leonardo, pero no iba a evitar que Yineth preguntara. Al fin y al cabo ella estaba en todo su derecho, él se lo había buscado. También ella quería escuchar muchas de esas respuestas. Aunque sabía que Yineth no lograría mucho, porque a Leonardo no le gustaba dar explicaciones, siempre había sido así.

—Hace mucho tiempo que vivo en un lugar llamado...

Leonardo fue interrumpido por el timbre de su teléfono.

—Lo siento, hija, es algo importante —se excusó., Tengo que contestar, discúlpeme un momento.

Se alejó lo más que pudo, no podía permitir que se dieran cuenta de que era su querida Amy quien lo estaba llamando. Miró a los lados y se aseguró de estar solo. Con voz baja contestó el teléfono.

—Hola, mi amor, te estuve llamando hace rato y no me contestaste. ¿Te encuentras bien?

—Hola, Leonardo, me encuentro bien, solo que me recosté un rato y no

escuché el teléfono. Estoy muy sola y aburrida.

—Mi amor, ¿puedo llamarte más tarde?

—Me da igual, tú sabrás si tienes tiempo para mí. ¿Por qué estás hablando tan bajito acaso...?

—No, mi muñeca, no pienses en tonterías, es que estoy en una reunión importante. Besos. Te llamo más tarde. Te amo.

—Chao, mi papucho, tendré que ver televisión, sola y abandonada.

Leonardo colgó el teléfono mientras se dirigía a la cocina, era el momento perfecto para retirarse sin contestar preguntas.

—Lo siento mucho, pero me tengo que ir. Justamente me llamaron para algo importante, lo del café será otro día.

—Papá, no te vayas. Quédate un rato más...

—De verdad que no puedo, mi niña, me tengo que ir. Te veré mañana.

Le dio un beso en la frente.

Luego se acercó a Emma y le susurró al oído:

—Nos vemos mañana, vendré con todo listo.

—Está bien, Leonardo, pero por favor arregla ese problema.

Se dirigió a la puerta marchándose deprisa, esa llamada sí que lo había sacado de apuros. No tuvo que inventar ninguna dirección, menos contar de su vida. No podía revelar nada, con lo que iba hacer seguro que lo iban a buscar por cielo y tierra. Sin mirar atrás subió a su auto, deseaba alejarse pronto.

—Mamá, estoy tan feliz—dijo Yineth mientras se recostaba en el sofá. ¡Aún no lo puedo creer! Conocí a mi padre, estuve a su lado hoy...

—Sí, hija, pero recuerda que tus hermanos no deben de enterarse, se enojarían mucho con nosotras si se dan cuenta de que Leonardo estuvo aquí. Debes calmar tu ansiedad frente a ellos. Quiero pedirte algo, prométeme que no te vas a ilusionar con lo que ha pasado, no quiero que sufras.

—No, mamá, papá ha cambiado sé que no nos dejará otra vez. Él me lo dijo.

Emma abrazó a Yineth y la besó en la frente, conocía muy bien a Leonardo. En cualquier momento volvería a desaparecer de sus vidas otra vez.

«Debe de ser Daniel», pensó Alexander al escuchar que llamaban a la puerta de su apartamento. Era temprano, habían quedado en cenar a las siete, pero como siempre su amigo aprovechaba cada minuto para pasearse por su apartamento. Como lo había imaginado, ahí estaba Daniel de pie un poco impaciente por entrar.

—Hola, Alexander, discúlpame que llegara más temprano de lo planeado, pero es que estaba tan aburrido en mi apartamento.

—Hola, Daniel. Pasa, no te preocupes sabes que siempre eres bienvenido, puedes venir cuando quieras.

—No me digas eso que me lo puedo tomar muy en serio. Ja, ja, ja... después no me podrías sacar de aquí.

—No lo creo, Daniel, tu vida de conquistador no te dejaría. Siempre tienes una mujer diferente en tu apartamento, no sé cómo le haces. Deberías enderezar tu vida. ¡Oh, diablos! Me escuché como mi madre.

—Me asustas, Alexander. A ti sí te hacen falta nuevas aventuras, deberías de aprender de tu querido amigo. No quiero nada serio con ninguna mujer. Sabes que son muy complicadas. Y yo aún quiero disfrutar de mi vida como soltero, no me veo con una sola mujer el resto de mi vida. El matrimonio no se hizo para mí, eso es seguro.

—Solo espero que no te metas en ningún problema, Daniel, no sé cómo le haces, de verdad que no sé. Si quieres toma una cerveza del refrigerador, puedes encender la televisión mientras tomo una ducha. Hace rato salí al parque a correr, aproveché la linda tarde para ejercitarme un poco.

—Me hubieras avisado, Alexander, me hace falta un poco de ejercicio, creo que he subido de peso. No quiero perder mi encanto con las mujeres. Hay tantas chicas corriendo en el parque, podría conseguir mis próximas citas ahí.

Daniel sonrió con malicia en su rostro.

—Tú y tus ideas, Daniel, solo en mujeres piensas; a veces me preocupas. Sobre lo del ejercicio, sí que te hace falta. Estás muy comelón últimamente.

Alexander le lanzó uno de los almohadones encima.

—Ya vete a bañar que empieza a molestarme el olor a sudor —bromeó.

Alexander se apresuró en alistarse y cuando estuvo listo, Daniel le preguntó:

—¿A cuál restaurante iremos a cenar, Alexander? Podemos ir a un bar que conozco, está por acá cerca. Siempre llegan unas chicas preciosas buscando diversión. Algo de lo que los dos estamos muy necesitados últimamente, no nos harían mal unos tragos y buena compañía.

—No, Daniel, hoy no quiero seguir tus locuras. No he olvidado la última vez que te hice caso. Casi terminamos en la cárcel y todo por fijarte en esa rubia que se encontraba con su novio. Vaya bronca se nos armó, después de ese pleito si no salimos de ese lugar nos llevan presos.

—Ni me lo recuerdes, me duele el pómulo con solo pensarlo. Me golpeó fuerte ese hombre, yo jamás creí que esa chica tan hermosa estuviera acompañada, solo la invité a un par de copas. Si ella no las hubiera aceptado yo no me hubiese acercado en son de conquista, pero soy tan irresistible que ella no se pudo negar a mi encanto.

—Ya se te subió la cerveza a la cabeza, estás diciendo tonterías, Daniel. O será que tienes mucha hambre... ¿Sabes?, hoy mejor solo iremos a cenar. Te lo debo por lo de ayer.

—Bueno, aunque me hubiese gustado lo de las chicas... Ya sabes que hace tiempo que no salgo con una y eso me está bajando un poco la moral...

—No te pongas así, no es para tanto. Solo es una mala racha, pronto tendrás a muchas chicas como siempre las has tenido, estoy seguro de eso.

—¿De verdad lo crees?

—Sí, te lo puedo asegurar, Daniel. No sé por qué te preocupas, tú siempre serás el ligador, el don Juan. Pero, vamos que muero de hambre. Elije tú el restaurante.

—De acuerdo, iremos a uno que te va a encantar.

—No quiero ni imaginar qué clase de lugar puede ser, en qué momento te dejé escoger. Solo espero no encontrarme en un lugar de esos donde las mujeres te sirven la comida con muy poca ropa.

—Ya me estás tentando. Pero no, esta vez no, también tengo mi parte refinada. A algunas chicas las he conocido en esos lugares. Solo te puedo asegurar que hoy te saldrá cara esta cena, me lo merezco, soy tu mejor amigo.

—Sí, tranquilo hoy pago todo lo que te puedas comer. ¿Cómo se llama el lugar?

—No comas ansias. Pronto te darás cuenta.

El lugar se encontraba alejado del bullicio, era rústico, estaba diseñado

con maderas finas muy bien detalladas, era cálido y agradable. A Alexander le gustó mucho, estaba muy contento con la elección de Daniel. Esta vez sí lo había sorprendido, no le conocía ese lado de seriedad y fineza.

—Vamos a sentarnos por este lado, Alexander, desde aquí se logra ver una linda vista de la ciudad.

—Daniel, ¿cómo es que se llama este lugar? Es muy linda la vista y sus acabados en madera son perfectos.

—¿Desde cuándo sabes de arquitectura Alexander? Y sí, es muy lindo este lugar, se llama El tenedor argentino. Solo espera a probar su comida, es deliciosa. A las mujeres que han sido importantes para mí las he traído aquí y han quedado encantadas.

—¿A quiénes, Daniel? ¿Tu madre o tu abuela quizás? Ah no, ¡tu hermana!

—Ja, ja, ja. Muy gracioso. Ha habido mujeres que han marcado mi vida, Alexander. Pero cambiemos de tema, ¿qué decisión has tomado? ¿Sí me piensas abandonar? ¿Te vas a ir? ¿Comprarás esas tierras? No comprendo por qué te gusta todo eso. Estás muy bien aquí, siempre has vivido en la ciudad, no sé cómo te puede llamar la atención el campo.

—No lo sé, Daniel, ese hombre quedó en llamarme. Pero aún no lo hace. Ya me había hecho ilusiones, creí que esta vez sí conseguiría algo de mi agrado. Lo que he estado buscando todo este tiempo. Quiero hacer algo diferente de lo que hago en este lugar .

—Realmente sueñas desesperado, Alexander, ¿estás seguro?

—Sí, es algo que anhelo. Deberías de acompañarme, cambiar tu cómoda vida, puede que te guste ensuciar tus manos con tierra.

Daniel puso rostro de espanto. Para nada le simpatizaba lo que Alexander le decía. Parecía hasta ser alérgico a la tierra. Imaginar mosquitos en su piel le causaba escalofríos, odiaba tanto los insectos.

—No, tú estás loco, Alexander. Sabes que eso no es para mí. Amo la ciudad, mi trabajo y todo lo que aquí me rodea. Nunca me han pasado esas ideas tan locas por la cabeza.

Como plato fuerte Daniel ordenó un corte de carne *chorice* a término medio y Alexander un plato de lomito de cerdo.

Los amigos estaban platicando sobre el último partido de su equipo de fútbol favorito cuando Alexander vio a una chica que llamó su atención.

—Mira, Daniel, esa es la mujer que estaba en el restaurante con Leonardo, ¿la recuerdas?

—Claro que sí, como olvidar esa linda rubia, Alexander. Pero por lo que

vi ese día, ella era su pareja, estaban muy acaramelados...

—Sí, lo mismo pensé yo, Daniel, ella parecía más su hija, pero con los besos que se daban está claro que no lo es.

—O al viejo le ponen tremendos cuernos o solo era algo pasajero, porque con este joven sí hace una bonita pareja. Pobre hombre... no quisiera estar en su lugar, si es que aún son algo —dijo Daniel mientras tomaba un trago de vino.

—Nadie lo manda a buscar una jovencita que podría ser su hija. En fin, cada quien con su vida.

—¿Se lo vas a decir cuando lo vuelvas a ver? Seguro que en estos días te contacta de nuevo para terminar con la venta.

—Tú estás loco, Daniel, cómo se te ocurren esas cosas. No me interesa si esa chica es su novia o no, si le ponen los cuernos es su problema no el mío. Lo que deseo es saber de su terreno cuanto antes. Y ya, Daniel, deja de mirarlos que se van a dar cuenta. No me gustaría estar metido en ningún problema.

—Pero no entiendo por qué te preocupas tú, Alexander, la que se tiene que preocupar es ella, si es que le pone los cuernos al hombre ese.

—Sí, en eso tienes mucha razón.

Los dos amigos cenaron muy a gusto, la comida estuvo deliciosa y la plática interesante. De pronto los interrumpió el sonido del móvil de Alexander.

—¿No vas a contestar? —dijo Daniel con los ojos clavados en el móvil.

—No sé, es un número que no conozco.

—Con más razón deberías de contestar, recuerda que podría ser Leonardo López.

Alexander asintió y respondió la llamada. Daniel había tenido razón.

—Te llamo para decirte que ya casi tengo todo lo del terreno listo —le dijo el hombre a Alexander—. Tuve que solucionar unos inconvenientes, pero ahora todo está casi listo. Sé que te encantarán estas tierras, con decirte que hasta tienen un lindo vivero muy conocido en la zona. Mis hijos lo han sabido cuidar muy bien, se llama La hermosa flor.

—Es justo lo que ando buscando. Pero por lo que dices tus hijos trabajan ahí...

—Sí, claro que sí, pero ellos han sido los de la idea de vender, seguro que ya no quieren trabajar en el campo. Además, un dinero extra no le hace daño a nadie. Entonces dime, ¿sigues interesado?

—Sí, claro, Leonardo. Esperaré tu llamada para reunirnos cuanto antes, nos vemos.

—Está bien, yo te llamaré apenas tenga los documentos en mis manos.

Alexander colgó el teléfono quedando un poco pensativo.

—¿Ahora que te dijo ese hombre? —preguntó Daniel—. Te quedaste callado.

—Se me está ocurriendo una idea antes de que ese hombre me llame para reunirnos, quiero conocer el lugar para estar seguro de comprar. Ahora más que nunca quiero verlo, algo me dice que es el que he buscado desde hace tiempo.

—Si no tuviera tanto trabajo, te acompañaría. Solo te pido que no te dejes llevar por la ansiedad de comprar, tienes que estar muy seguro.

—Sí, lo tendré presente, Daniel. Sabes que no me dejo llevar por mis emociones. Mañana mismo iré.

9

Alexander abrió los ojos incluso antes de que sonara la alarma. Estaba ansioso por ese nuevo día, sobre todo porque iría a conocer el lugar que tanto anhelaba. Se había levantado feliz y positivo y había conducido a través de la ciudad hasta perderse en montañas y pequeños pueblos.

Había conducido durante más de una hora y media, acompañado por la voz robótica de su aplicación de GPS y la impaciencia que aumentó cuando divisó la belleza del volcán Turrialba.

Sonrió cuando vio la señal que mostraba la dirección a tomar para llegar a La Isabela, el pueblo que sería su destino. Había sembradíos por doquier, árboles y fincas lecheras. Justo el lugar con el que siempre había soñado. Estaba feliz con lo que encontraba a su paso, era perfecto.

El clima era fresco y se notaba que había llovido la noche anterior. La aplicación de GPS le indicó que estaba a pocos metros del vivero y entonces lo vio. Se le erizó la piel al leer el rótulo y pensar que pronto ese hermoso lugar sería suyo.

Melisa tendría que abrir el vivero ese día. Luis estaba encargándose de los últimos preparativos antes de irse y don Juan iba a llegar más tarde.

Se subió a la camioneta y encendió la radio, aunque apenas y notó la música, estaba pensativa. Desde la tarde anterior su madre había estado muy distraída y callada. No era normal en ella. Sin embargo, cuándo le preguntó qué le pasaba, Emma solo se había limitado a sonreír y cambiar de tema.

Había llovido fuerte toda la noche, la calle estaba cubierta de charcos y hacía frío. Los rayos del sol se asomaban tímidos por las faldas del volcán.

Estaba a punto de llegar al vivero cuando vio a un hombre en la entrada, recostado a su auto. Sintió un escalofrío. Era evidente que ese auto había sido diseñado para la ciudad y no para el campo. Por un momento pensó que era Leonardo y se había atrevido a regresar, pero luego notó que no era él. El hombre que estaba allí era joven y no lo había visto jamás. Estaba segura de ello porque un hombre así de guapo no se le habría olvidado nunca.

De pronto fue interrumpida por el sonido de su móvil que se encontraba

sobre el asiento del pasajero. Extendió la mano para tomarlo, pero el aparato cayó al suelo. Se inclinó para cogerlo quitando la mirada del camino por unos segundos. Los suficientes para no darse cuenta de que pasaba por un gran charco justo al frente del misterioso hombre. Sin querer lo empapó de los pies a la cabeza.

Alexander lanzó un juramento mientras trataba de sacudir el agua sucia de su ropa.

—¿Acaso es que no sabes conducir? —le gritó enojado a la mujer de la camioneta.

Melisa de inmediato se detuvo, estaba tan avergonzada, se bajó de un salto olvidando la llamada entrante y corrió hacia donde estaba el hombre muy enojado.

—Lo siento, no fue mi intención.

Melisa se acercó hasta él y trató de sacudir la camisa, pero solo lo empeoró al ser esta de color blanco. Tenía restos de lodo hasta en la punta de la nariz.

Alexander dio un paso atrás.

—Mi ropa se echó a perder por tu culpa.

Ninguno se había tomado el tiempo para mirarse a los ojos. Melisa porque se sentía apenada y Alexander porque estaba muy enfadado.

—Ya te dije que no fue mi intención —dijo Melisa esta vez un poco seria.

Alexander alzó su mirada al escuchar el tono de ella y entonces sus miradas se cruzaron.

Melisa quedó impresionada por sus hermosos ojos azules que contrastaban muy bien con su piel bronceada. Era un hombre muy atractivo, al tiempo que masculino.

Por su parte, Alexander se sentía igual. La mujer que tenía al frente era preciosa. Tenía unos lindos ojos color champán, el cabello negro largo y unos labios carnosos que no necesitaban de trucos de maquillaje. El enojo de Alexander se fue de inmediato y una sonrisa resplandeció en su rostro.

—No vi el charco —explicó ella—. Pero trabajo justo en este vivero, podemos ir dentro y lavar tu ropa. No es bueno que estés mojado con este frío, déjame arreglar mi descuido.

—Está bien. No te preocupes, traigo más ropa en el auto, solo necesito un lugar donde cambiarme —respondió él, esta vez más amistoso y amable.

Alexander extendió su mano.

—Soy Alexander Fernández.

—Melisa López. Mucho gusto.

Estrecharon sus manos, por un momento pareció que ninguno deseaba romper el contacto. Los dos sintieron cómo la electricidad recorría a través de sus venas, algo que nunca habían experimentado antes. Melisa soltó su mano mientras sus mejillas se enrojecían. ¿Cómo era que tenía a un hombre tan atractivo de pie frente a ella?

—Vamos, te llevaré adentro para que te puedas cambiar.

Melisa buscó las llaves y se dirigió al portón del vivero mientras él sacaba la ropa de su auto. Con manos temblorosas logró abrir.

—¿Eres la dueña de este vivero? —dijo Alexander—. Se ve muy bonito.

—Es de mi familia y gracias, eres muy amable.

—Solo digo la verdad. Se nota que está bien cuidado.

Alexander entró atento, observando todo a su alrededor. Estaba muy emocionado, tanto que hasta olvidó lo sucio que se encontraba.

—Ven acá, te mostraré el cuarto de baño para que te puedas cambiar.

—Me gustaría conocer el vivero, me gustan mucho las plantas y más cuando son cuidadas por una chica tan hermosa.

Melisa sonrió y bajó el rostro. Hacía mucho tiempo que un hombre no le decía que era hermosa. Su vida transcurría entre el trabajo y la casa. Parecía irreal que de la nada tuviera a un hombre como ese poniéndola nerviosa con un cumplido. Se preguntaba qué estaba haciendo ahí.

Alexander se acercó al sector en donde tenían las calas y Melisa aprovechó para acomodarse el escote y mirarse en un pequeño espejo que había en el mostrador, con discreción arregló su cabello arrepentida por no haberse tomado más tiempo para peinarse esa mañana o ponerse si quiera un poco de bálsamo en los labios. «Diablos, estoy peor que Tania», pensó al ser consciente de su repentina vanidad.

Alexander comenzó a sentirse más frío, así que decidió que lo mejor sería cambiarse o terminaría enfermándose. La chica le indicó el lugar donde estaba el baño y luego aprovechó para preparar un café. Sacó unas galletas y las sirvió en un pequeño plato. Alexander no tardó mucho en salir, siguió el delicioso aroma del café que lo condujo a la oficina de Melisa.

—¿Trabajas sola en el vivero?

—No, mi hermano y un buen amigo de la familia me acompañan. Ya deben de estar por llegar. ¿Quieres una taza de café y unas galletas? —Sonrió—. Como recompensa de mi torpeza...

—Oh, gracias. Por supuesto, Melisa, será un placer. Además, esas galletas se ven deliciosas.

—Lo están. Las hizo mi madre y es muy buena cocinera. Están recién horneadas, espero que te gusten.

—¿Desde cuando trabajas aquí?

—Desde los doce años que fue cuando empecé con este sueño. Es lo que he logrado con la ayuda de mi hermano, han sido muchos días de esfuerzo y dedicación. Esto de las plantas no es tan sencillo. Desde antes de sembrar una semilla, ya debes de tener la tierra bien preparada, luego todos los cuidados que son muchos, el riego, el abono, las fumigaciones y muchas cosas más.

—Estoy fascinado escuchándote, Melisa, al parecer amas tu trabajo. No hay muchas personas como tú, siempre he creído que esto es un don, no todas las personas saben lo que se siente sembrar una planta. Y más cuando logras ver tan lindos resultados. Te admiro, eres muy especial.

Melisa volvió a sonreír, sus mejillas estaban más rojas que nunca, era lo más bello que había escuchado. Casi nadie valoraba su dedicación y entrega. Sus antiguos novios ni siquiera sabían cómo sembrar una lechuga. La buscaban solo por su físico, pero luego se quejaban de todo el tiempo que ella le dedicaba a las plantas.

—Nunca te había visto por acá.

—Hace unos días escuché de este lugar por coincidencia, me entró mucho la curiosidad y quise venir a conocerlo. Vengo desde la ciudad. Lo que han visto mis ojos es muy hermoso, incluyéndote a ti.

Melisa quiso cambiar la conversación, se estaba sintiendo apenada.

—Si quieres, puedo mostrarte el vivero.

—Claro, me encantaría. Así podré aprovechar y comprar algunas de tus plantas, me gustaría llevarme un lindo recuerdo de ti.

Melisa estaba como hipnotizada con la sonrisa de él, no lograba hacer que su mente y cuerpo se pusieran de acuerdo en lo que iban hacer. Se sentía más torpe que nunca. Si su amiga Tania la hubiese mirado en ese momento, no lo habría creído. Por fin un hombre la hacía temblar mientras la miraba, se sentía como una adolescente.

Mientras tanto, Alexander no podía dejar de mirarla con admiración. El lugar tenía todo lo que él quería. El terreno era perfecto, ahí pondría en práctica todos sus conocimientos y lo mejor: se alejaría de la ciudad.

Aunque se sentía un poco confundido al notar la pasión con la que ella le hablaba de cada sector del vivero y el brillo en sus ojos. Se preguntaba por

qué quería deshacerse del lugar. Seguramente la familia tenía planeado mudarse a otro sitio, ya que era obvio que ella adoraba ese lugar y su trabajo la hacía feliz.

—Ven, te quiero mostrar unas de mis más preciadas plantas, —dijo Melisa—. A ellas les dedico más tiempo, son mis orquídeas.

Alexander se quedó sorprendido con tanta belleza.

—Nunca había mirado tanta variedad y colores. Son distintos a los que he visto en otros lugares. ¿Cómo le has hecho?

—Es la herencia de mi abuela, ella transmitió en mí el amar las orquídeas, también eran sus flores favoritas.

—Tu abuela ya no está contigo, lo veo en tus ojos. Pero debes estar tranquila, donde se encuentre sé que está muy orgullosa de ti, has logrado unas hermosas orquídeas.

—Sí, mucha gente me ha dicho lo mismo, tal vez por eso es que nos hemos dado más a conocer y eso me hace muy feliz. El vivero ha ganado varios concursos locales y regionales.

Melisa miró su reloj, el tiempo se había pasado volando. Ya era tarde y tenía que preparar varios pedidos. No deseaba terminar la conversación con Alexander, pero su trabajo estaba primero.

Alexander notó la preocupación de Melisa. Ya le había quitado bastante tiempo, así que lo mejor sería que se retirara.

—Ya me tengo que ir, perdóname por haberte distraído de tu trabajo, se ha pasado muy deprisa. Debo regresar a la ciudad. Me habría gustado conocer más de ti, pero sé que no va a ser la última vez que te veré. Valió la pena mi viaje, he visto unas de las plantas más hermosas que conozco. Quiero llevarme dos lindas orquídeas, las dejo a tu gusto. Todas son hermosas.

Miró a Melisa de una forma muy seductora. Ella se sintió desmayar con esa mirada.

—Está bien, ya te las prepararé.

Nuevamente sus mejillas se sonrojaron, no era algo que le pasaba seguido, nadie la hacía sentir de esa forma.

—Espero que estas te gusten —dijo cuando tuvo listo el pedido—. Son de mis preferidas y no son muy comunes.

—Sí, a mi madre le encantarán. Gracias otra vez. ¿Cuánto es? —preguntó llevando la mano a su cartera.

—No, no es nada. Tómallo como un recuerdo de nuestro vivero, ya sabes, por el accidente.

—Melisa, no puedo aceptarlo.

—Será suficiente con que nos recomiendes. En serio, deja que te las regale.

—De acuerdo. Muchas gracias, de verdad.

—Cuando quieras regresar, serás bienvenido. Puede que tenga más tiempo para terminar de mostrarte el vivero.

—No deberías de decirlo, me lo tomaré muy en serio. Ahora sé que queda pendiente mi visita otra vez.

Alexander tomó la mano de Melisa y puso unos cuantos billetes.

—Toma, sé que no es suficiente. Pero te pago una de las orquídeas, la de mi madre, y la otra será mía, tu obsequio. Así quedamos a mano. Me sentiré mal si no lo aceptas.

Ella suspiró.

—Está bien, Alexander, es muy justo tu trato. Solo espero que a tu madre le guste.

—Sé que así va a ser. Hasta pronto, Melisa, fue un placer conocerte.

—Lo mismo digo.

Se despidieron con una sonrisa.

Melisa soltó todo el aire que había contenido mientras tomaba su teléfono para contar su emocionante encuentro a su amiga Tania.

—Hola, Tania. No te imaginas lo que me sucedió hoy.

—Hola, no me digas. ¿Te ganaste la lotería? ¿Conociste un extraterrestre y te va llevar al espacio?

—No, tonta, nada de eso. Conocí al hombre más guapo que he visto en mi vida... si lo hubieras visto. Un cuerpo fenomenal, cabello negro un poco largo y unos ojos azules encantadores.

—Esto sí que es una noticia, no te había escuchado nunca decir nada así. Incluso estoy dudando que seas mi amiga Melisa... ¿Acaso estas tomando a esta hora de la mañana?

—¡Estoy bien! ¿Por qué no me crees? Es cierto que conocí al hombre más guapo, estuvo aquí en el vivero.

—Es que tú no eres así, Melisa. Además ¿cómo? No comprendo.

—Alguien le habló del vivero y quiso venir a conocerlo, por eso estuvo aquí. Es tan lindo y además le gustan las plantas igual que a mí.

—Dichosa tú que te caen los hombres guapos del cielo, en cambio a mí ni un feo...

—Tania, tú y tus ocurrencias.

—Tienes que contarme cada detalle, ni creas que me vas a dejar así con la incertidumbre.

Melisa le prometió que así sería y luego recordó lo tarde que era y se tuvo que despedir abruptamente de su amiga.

Por su parte, Alexander iba en su auto hablando con su amigo contándole sobre lo hermoso del lugar y la impresión que la mujer de ojos cafés le había dejado, mientras Daniel se burlaba de él diciendo que había ido en busca de un terreno y había encontrado el amor.

Alexander había puesto los ojos en blanco, aunque en el fondo sabía que la impresión que Melisa le había causado no la había sentido con ninguna otra mujer antes.

Leonardo quedó en reunirse con su amigo David a las nueve de la mañana en el restaurante del hotel. El abogado ya tenía todos los documentos listos para que Emma los firmara.

Leonardo le contó al hombre cómo había sido su reencuentro con su exesposa y la maniobra que se había visto obligado a utilizar cuando vio que ella no caía rendida a sus pies. Aunque David le insistió en que se lo pensara mejor y fuera consciente de que estaba a punto de dejar a sus hijos sin trabajo, su amigo lo ignoró.

Yineth lo había conmovido un poco, no podía negarlo, pero su egoísmo era más grande que cualquier sentimiento paterno. Además si tenía que elegir entre su hija y su amante, la adolescente era quien salía perdiendo. Ocupaba vender esas tierras y volver a desaparecer de ese lugar.

—Aquí está todo lo que me pediste —dijo David al ver que Leonardo no pensaba renunciar a su plan—. Estos son los documentos que debe firmar tu exesposa, son tres firmas. Asegúrate de que no falte ninguna.

—¡Tres firmas! Creí que con una sería suficiente. Espero que a Emma no se le ocurra leer nada de esto, sería mi perdición.

—Sí, así es, debes asegurarte de que no lea nada, se daría cuenta de inmediato de todo.

—Deberías de acompañarme, David, se me haría más sencillo enredarla...

—No, para nada, yo te ayudaré con todo el papeleo, pero no quiero involucrarme en tus mentiras, menos que me vea tu familia. Tendrás que arreglártelas solo.

Leonardo tomó los papeles aceptando la decisión de su amigo, sabía que no lograría convencerlo. Le tocaría seguir solo con su gran mentira, al menos en lo de convencer a Emma en firmar.

—Espérame aquí, David, regresaré pronto. Hoy mismo iré a la ciudad, ya no quiero estar más tiempo lejos de Amy. Por ella es que hago todo esto, la consentiré comprándole todas esas tonterías que le encantan, sé que se enamorará más de mí.

—Está bien, date prisa, que mi tiempo vale oro. Te va a salir muy cara toda

mi espera y los viajes hasta este lugar.

Leonardo salió de prisa hacia la casa de Emma. Durante el camino practicó su actuación. No le podía fallar su encanto de charlatán, a fin de cuentas sería algo parecido a lo que hacía en su trabajo. Muchas veces cuando algún cliente no estaba convencido en comprar, sacaba su poder de convencimiento logrando vender hasta un seguro extra.

Emma era su víctima esta vez y con la preocupación que la había dejado no costaría mucho que firmara. Puso cara de seguridad, confiaba en sí mismo. Antes de llegar a la casa, vio a Emma despidiéndose de un joven muy bien parecido.

«Ese debe de ser Luis, no puedo dejar que me vea», pensó.

Apenas Luis se alejó, bajó del auto mirando hacia todas partes para cerciorarse de que Emma se encontrara sola en ese momento. Sus manos sudaban.

Acomodó su corbata, revisó una vez más los papeles y finalmente tocó el timbre. Seguía un poco nervioso. Si Melisa estaba en casa no sabría qué hacer, pero solo tenía una forma de averiguarlo. Volvió a tocar el timbre, de seguro que Emma ya estaba mal de los oídos y no lo había escuchado antes.

Entonces se abrió la puerta y la mujer apareció ante él. Estaba ansiosa por saber que estaba sucediendo con las tierras.

—Pasa —dijo con frialdad—. Te estaba esperando.

Leonardo sonrió.

—Hola, Emma. ¿Te encuentras sola? No sabía que me extrañabas...

Emma hizo un gesto de disgusto.

—Sí, no te preocupes y no digas estupideces, Leonardo. Sabes a qué me refiero. No me agrada para nada tu presencia, hace tiempo que dejé de quererte, lo único que puedo sentir por ti es desprecio.

—Tranquila, Emma, no te enojas, eso lo tengo bien claro. Solo te traigo los papeles para que los firmes, luego no me volverás a ver.

—¿Y qué ha pasado? ¿Lograste hacer un arreglo con el banco, no nos quitarán las tierras? Dime que todo está arreglado...

—Ayer hablé con mi abogado, me recomendó hablar con la gente del banco. Fui directamente a hablar con el encargado. Llegamos a un acuerdo, solo debes de firmar los documentos que te traje y todo quedará solucionado.

Emma miró a Leonardo con alivio.

—Gracias por preocuparte por nosotros. Esas tierras son muy importantes. La dedicación de mis hijos ha sido muy grande, como para perderlas de un día

a otro. No me lo perdonaría si por mi culpa no las podemos salvar. ¿Dónde están esos documentos?

—Aquí los tengo.

Señaló su portafolio y se dirigió a la mesa donde se encargó de sacarlos. Le tendió un bolígrafo mientras ella lo miraba con atención.

—Estoy tan nerviosa —contestó tomando el bolígrafo.

—Son tres firmas, debes apresurarte. Mi abogado me espera. Hoy mismo debo regresar a la ciudad.

Él le mostró cada uno de los espacios donde debía firmar.

Emma quiso leer los documentos, pero Leonardo al notar lo la distrajo con preguntas.

—Y Luis, ¿qué ha hecho de su vida? Hace un momento pude ver que es un hombre guapetón, creo que en eso salió a su padre.

Ella apartó los ojos de lo que estaba leyendo y fulminó con la mirada a Leonardo.

—Mi hijo no se parece a ti ni un pelo. Luis es un verdadero hombre, no un cobarde. El sí tiene las cosas muy claras, en estos días se irá a estudiar lo que siempre ha querido. Es noble, sincero y trabajador. Su corazón no es cruel como el tuyo.

Emma suspiró y firmó la primera hoja, deseosa de que Leonardo se largara de una vez por todas, sin siquiera terminar de leer lo que decía.

Leonardo estaba a un paso de su objetivo, estuvo a punto de dar un salto de felicidad. Justo cuando faltaba la última firma, se escuchó el teléfono de la casa. La cara de felicidad de Leonardo cambió al instante.

—Maldita sea mi suerte —susurró.

—¿Dijiste algo, Leonardo?

—No, nada, nada. Ve a contestar, pero solo te falta una hoja por firmar... Podrías terminar de una vez.

—No, puede que sea algo importante, solo será un momento.

Leonardo se pasó la mano por la frente con preocupación. Otra vez regresaron los nervios a su cuerpo. Revisó las firmas para ver si todo estaba bien. Luego caminó de un lado a otro esperando que no tardara mucho.

Emma contestó el teléfono al otro lado de la sala.

—Hola, Melisa. ¿Qué sucede, por qué llamas tan temprano?

Los ojos de Leonardo se quedaron en blanco, su cuerpo casi se paralizó al escuchar quién llamaba en ese preciso momento. Su temor creció, sí Emma le decía algo sobre su presencia en ese lugar, todo se echaría a perder.

Estuvieron hablando unos pocos minutos, pero a Leonardo se le hizo una eternidad.

Cuando Emma regresó a la mesa, Leonardo le sonrió lo mejor que pudo.

—Solo te falta una firma para terminar y así no perder las tierras. Una vez lo hagas podrás estar feliz de no volverme a ver más.

—Eso es lo que más deseo —murmuró Emma mientras firmaba—. Ahí tienes, ya hice lo que me pediste.

Él recogió los papeles y los guardó en el portafolio con rapidez.

—El lunes iré al banco para cerciorarme de que todo esté bien.

—He confiado en ti, Leonardo, espero que en verdad soluciones este problema.

—Deberías de agradecer que a pesar de que los abandoné, volví solo para que no perdieran lo único que tienen...

—Es lo mínimo que debías hacer.

Él no pudo evitar soltar una carcajada.

—Querida Emma, lo que digas me tiene sin cuidado. Siempre has sido una tonta sentimental, seguro que tus hijitos son iguales a ti.

—Lárgate de una vez por todas, eres un...

—No deberías de tratarme de esta forma, Emma. Recuerda que estoy salvando las tierras donde trabajan tus hijos. Todavía estoy a tiempo de arrepentirme.

—No, por favor. Te pido que arregles este problema, no hagas caso a mis palabras.

Leonardo disfrutaba al ver cómo Emma se humillaba frente a él, sentía que podía lograr lo que fuera con sus mentiras.

—Mejor ya me voy. Siempre me ha fastidiado tu presencia, sigues igual que antes. Ja, ja, ja. No sé en qué momento me fijé en ti. Ahora sí tengo a mi lado una mujer de verdad. Joven, bella, sexy... Todo lo que tú no eres. Estás llena de arrugas, canas y has engordado.

Emma no pudo soportar más tanta humillación, esas palabras estremecían su alma, pero al mismo tiempo le daban las fuerzas que hacía mucho tiempo creía haber perdido. Le dio un par de cachetadas, lo miró a los ojos sin derramar una sola lágrima.

—Hoy pude confirmar lo poco hombre que eres. Tarde o temprano pagarás todo el mal que has hecho. Eres un ser despreciable y alguien así nunca será amado por nadie. Mírame muy bien, Leonardo, porque sé que te vas acordar de mí el resto de tu vida. Te arrepentirás cuando estés solo, sin nadie a tu lado

que te soporte.

—Ja, ja, ja. Bruja. Amy me ama de verdad, es lo mejor que hay en mi vida y a ella sí la amo con todo mi corazón.

Emma le cerró la puerta en la cara sin siquiera perder el tiempo discutiendo más. Leonardo se retiró un poco disgustado, aunque satisfecho, subió al auto y se fue directo al hotel donde había quedado David esperándolo. Durante el recorrido las palabras de Emma dieron vueltas en su cabeza.

«Está loca», pensó, «no va a opacar mi felicidad con sus tonterías».

Una vez entregó los documentos a su abogado, se fue a la ciudad ansioso por ver a su preciosa Amy. De camino llamó a Alexander.

—Hola, ¿Alexander?

—Sí, con él hablas.

—Soy Leonardo, te tengo buenas noticias, muchacho. ¿Aún sigues interesado en el terreno?

—Claro que sí, Leonardo. Solo que tengo una duda, ¿su familia sí está de acuerdo en vender esas tierras?

—Me extraña tu pregunta. Si las estoy vendiendo es porque es así. Pero si dudas de mi palabra, puedo buscar otro comprador.

—No, Leonardo, discúlpame por la pregunta. Claro que sí quiero comprar ese terreno, solo dime cuándo nos podemos ver para cerrar el trato.

—Está bien, para eso te llamaba. ¿El lunes a primera hora te parece bien?

—Por mí no hay ningún problema, Leonardo. Puede ser en mi oficina. Te enviaré la dirección luego, espero que no me quedes mal.

—Claro que no, ahí estaré sin falta. Nos vemos el lunes, entonces.

Alexander estaba muy contento con la noticia, pero tenía un mal presentimiento sobre Leonardo, no le agradaba mucho tratar con él, dudaba de que Melisa quisiera vender esas tierras. La ilusión con la que hablaba del vivero, no era de alguien que quisiera vender algo tan importante en su vida.

Aunque si no lo compraba él, sería alguien más quien lo hiciera y tal vez todo lo logrado por Melisa se perdería con alguien que no sintiera interés por las plantas.

Cuando Luis llegó al vivero Melisa estaba corriendo de un lado a otro debido al atraso. Él se disculpó por haberse tomado tanto tiempo y se acopló al ritmo de su hermana.

—Aún no puedo creer que mañana me vaya y las clases inicien el lunes —dijo él con tono alegre.

Era el primero de la familia en entrar a la universidad, eso lo hacía sentirse agradecido y feliz. Sin embargo, de pronto perdió la sonrisa y su gesto se volvió más triste.

—¿Por qué esa cara, Luis? Tienes que disfrutar de esta nueva experiencia y esforzarte como siempre has hecho...

—Estoy feliz, solo es que creo que extrañaré mucho esto. Además, hay tanto trabajo y me preocupa...

Melisa puso sus manos en jarras y lo miró con una gran sonrisa.

—No debes preocuparte por mí. Ya sabes que yo siempre encuentro cómo solucionar las cosas. El tiempo pasará muy rápido y pronto estarás aquí otra vez, pero con la diferencia de que ya serás todo un profesional. Este vivero es mi sueño y tú has sido parte de él por mucho tiempo, ahora es hora de que vayas afuera y busques tu propio sueño. Si hace falta contrataremos a alguien más, mientras tanto vamos a seguir trabajando duro.

—Está bien, Melisa, como tú digas. Solo espero que mamá me prepare esa sopa de albóndigas que tanto me gusta como cena de despedida, pasará mucho tiempo sin que pueda volver a probarla. Cuanto extrañaré la comida de mamá.

—Ten por seguro que a mamá no se le va a escapar ese detalle.

La familia pensaba hacer una cena de despedida y tanto Tania como don Juan, Damián, su madre y su hermanito estarían invitados, además de los amigos más cercanos de Luis.

Él le dio un fuerte abrazo a Melisa.

—Eres la mejor hermana del mundo, ¿sabes que te quiero mucho?

—Yo también te quiero. Te extrañaré demasiado. Pero, ya, no quiero llorar, debemos estar felices por la oportunidad.

—Ya me puedes soltar, Melisa, me está faltando el aire, me estas apretando

muy fuerte, si sigues así no me podré ir.

Melisa lo soltó mientras sonreía.

—Ya no exageres, apenas es que te estaba abrazando, además fuiste tú quién me abrazó primero.

Luis hizo una mueca como si necesitara aire, los dos rieron, sabían lo mucho que extrañarían esos lindos momentos juntos. Casi se podía decir que eran inseparables, tenían un lazo muy fuerte entre hermanos.

Melisa llamó a su madre para recordarle lo de la sopa y preguntarle si necesitaba algo más para la cena o si necesitaba ayuda.

—Claro que no, hija. Sabes que me encanta cocinar y así me olvido de...

Emma se interrumpió de pronto al ser consciente de lo que iba a decir.

—¿Qué ibas a decir mamá? ¿Qué quieres olvidar?

—Oh, nada... Solo son tonterías mías. Será mejor que empiece a preparar todo. Cuando llegue Yineth le diré que me ayude, debe ser una cena muy especial. Voy a extrañar a mi hijo, hace tan poco eran un pequeño y ahora es todo un hombre que va para la universidad.

—De acuerdo. Si necesitas algo, no dudes en llamarme.

Melisa terminó la llamada muy confundida. Su madre estaba muy rara. Negó con la cabeza y suspiró, debía de ser por lo de Luis.

La chica volvió a concentrarse en su trabajo, empezó a acomodar rosas en unas cajas y girasoles en otra hasta terminar con todos los pedidos.

—Listo, hermana.

—Está bien, Luis. Debemos darnos prisa con los pedidos para volver a casa. Quiero ayudar a mamá y tú debes ponerte bien guapo. Le diré a don Juan que nos haga el favor de cerrar el vivero, también le pediré que pase por la casa de Damián para que se encargue de llevarlo a él y su familia a casa.

Hicieron todas las entregas justo a tiempo. Después Melisa pasó a comprar cervezas, vino y refrescos.

—Melisa, ¿te puedo preguntar algo y no te enojas? —preguntó Luis de camino a la casa—. Quiero que me hables con la verdad.

—Sí, claro dime.

—¿No me ocultas nada sobre Leonardo? ¿De verdad no lo has vuelto a ver? Me da miedo marcharme y que él se vuelva acercar otra vez, aprovechando mi partida para cumplir con su amenaza.

—No, jamás te ocultaría algo así. Desde ese día no lo volví a ver. Solo quería fastidiarme, pero como vio que no caí en su juego se largó por donde vino.

Luis asintió aunque no estaba completamente seguro y dudaba de que siquiera Melisa lo estuviera. Cuando su hermana le contó sobre la visita del misterioso ciudadano esa mañana, había sentido cierta sospecha. ¿Por qué Leonardo no había buscado a Yineth o a su madre?

—Ese hombre que conociste hoy no me da buena espina —dijo a Melisa—. Sabes que no es usual que gente de la ciudad venga solo para conocer un vivero. Los ciudadanos vienen para hacer turismo en la zona, no exclusivamente para ver o comprar flores. ¿Y si Leonardo lo envió a averiguar algo más sobre ti o el vivero? Ese hombre apareció de la nada, justo unos días después de Leonardo. Me parece demasiada coincidencia.

Melisa se quedó callada, las palabras de su hermano la habían dejado confundida. Tenían mucho sentido, a pesar de que algo en su interior le decía que no. Alexander no tenía nada que ver con Leonardo.

—No, hermano, no lo creo. Alexander no parece ser de esos hombres que se prestan para algo así. Lo que me dijo sonó sincero. Será mejor que no nos preocupemos más por este asunto y lo dejemos en el olvido.

—Prométeme que me dirás si Leonardo vuelve. Sé que no podré hacer mucho estando lejos.

—Te lo prometo.

Luis ayudó a Melisa a bajar las cosas que había comprado, su preocupación se esfumó una vez cruzó la puerta de su hogar. El olor a su comida favorita lo hacía olvidar hasta el peor de los pensamientos.

—Ya era hora de que llegaran —dijo Yineth—. Todos nuestros invitados se encuentran aquí. Melisa, ya tuvimos el gusto de conocer a Damián, es un niño muy simpático, a su hermanito y a su madre. Ven para que los conozcas. La mujer es un poco tímida, pero sé que te caerá muy bien.

Melisa y Luis siguieron a Yineth hasta la sala donde estaban todos reunidos.

Todos estaban muy alegres platicando y picando algo de comer. Felicitaron a Luis por su entrada a la universidad y bromearon con él, recordaron viejas anécdotas y le desearon lo mejor del mundo.

Melisa se presentó ante Mireya, la madre de Damián, y la mujer no se cansó de darle las gracias por todo lo que había hecho por ellos.

Minutos después apareció Tania con un regalo en las manos y un buen alboroto alrededor suyo. Abrazó a Luis entre lágrimas, pidiéndole que no hiciera ninguna estupidez en la ciudad y que nunca la olvidara como si el chico fuera a irse para toda la vida.

Luego Melisa la separó de su hermano que no sabía cómo deshacerse de ella y le pidió que fuera a la cocina para que ayudaran a Emma. Como siempre, Tania tuvo la mala suerte de que a ella le tocara lavar los platos.

—Lo que me temía —susurró Tania entre dientes.

—¿Qué dijiste? —preguntó Emma.

—¡Que me encanta lavar platos!

Se encogió de hombros, sabía que no tenía escapatoria.

—Ya, Tania —la regañó Melisa—. Sé que no te gusta para nada, pero tranquila que te ayudaré. No vaya a ser que el monstruo del lavaplatos se te aparezca.

—Ya no te burles, Melisa. Justo hoy me fui a hacer las uñas.

—No exageres. Tus uñas no se echarán a perder solo por un poco de agua y jabón. Quizá se te arruguen los dedos, pero nada m...

—No me digas eso que soy capaz de fingir dolor de estómago para que tu madre se compadezca de mí. Sabes que sí soy capaz.

Melisa puso los ojos en blanco.

—Solo bromeaba, eres una dramática. Entre las dos terminaremos rápido. Además, quiero contarte lo de esta mañana.

—Sí, ni creas que se me ha olvidado. Vaya, no me lo puedo perder.

—Después de la cena te lo cuento todo.

Todos se sentaron a la mesa, disfrutaron de la charla y la deliciosa sopa de albóndigas que tanto le gustaba a Luis.

Emma, sin embargo, estuvo callada todo el tiempo, recordando el mal rato que había pasado con Leonardo. Pensaba en la reacción de sus hijos si se enteraran de lo sucedido. Se consolaba solo recordándose que lo que había hecho era lo correcto. Había impedido que perdieran el vivero. Aunque la preocupaba que Leonardo no terminara de hacer su trabajo y arruinara la felicidad de su familia una vez más.

De pronto Tania tomó una copa y la golpeó con un tenedor para llamar la atención de todos.

—Quiero dar un consejo a mi querido, casi hermano, Luis. Estoy feliz por qué sé que tu sueño se hará realidad, pero te extrañaré mucho. ¿Ahora a quién voy a molestar? —Todos sonrieron—. Luis, quiero que sepas que me comprometo a cuidar de estas bellas mujeres que dejas aquí y siempre han sido como de mi familia.

Todos se quedaron sorprendidos por las lindas palabras de Tania, pues habían asumido que sería uno de sus disparates. Luis se levantó de la silla y

fue hacia ella para darle un abrazo.

—Gracias, mi loquita regañona. Me llevaré tus palabras en el corazón.

La reunión terminó bien entrada la noche, poco a poco todos se fueron a sus casas. Melisa y Tania se encargaron de recoger todo y dejarlo como si no hubiese pasado nada, mientras Emma y Yineth se fueron a dormir. Luis, por su parte, se fue de fiesta con sus amigos.

—Ahora sí, suelta el chisme —dijo Tania—. Cuéntame lo que te sucedió hoy. No perdí mis bellas uñas con esa lavada de platos por nada...

Melisa estuvo a punto de soltar una carcajada. Le indicó a su amiga que la siguiera a la habitación y ahí se sentaron en la cama. Como era fin de semana Tania se quedaría a pasar la noche.

—No es para tanto —dijo Melisa a su amiga—. Mmm solo es que... conocí al hombre más guapo que he visto en mi vida. Ojos azules, piel bronceada, cabello oscuro, facciones masculinas, alto...

—¡Justo lo que te recetó el doctor!

—Pues a mí nadie me ha recetado nada, pero yo me tomo esa medicina.

Las dos rieron al mismo tiempo.

—Pero cuéntame, ¿cómo pasó todo?

Melisa le contó el torpe encuentro y lo dulce que le había parecido, no dejaba de suspirar cada vez que se acordaba de él. Tania no dejó de burlarse ni por un momento al ver los ojos de Melisa y la emoción con la que lo recordaba.

—Por lo que dices es todo un caballero. Te ha dejado muy tontita, amiga. Nunca te había visto así. Parece que a alguien le movieron el piso.

—Sí, parezco una tonta, porque es obvio que nunca lo volveré a ver. Solo fue una linda casualidad. Es un hombre de ciudad y yo una simple campesina que se pasa la mitad del día con las manos sucias...

—Puede que seas una campesina, pero la más hermosa e inteligente de todas. Ya quisiera ese hombre encontrar en la ciudad una mujer que fuera la mitad de lo que eres tú.

—Gracias, amiga. La verdad es que me encantaría volverlo a ver.

—No solo a ver. Yo que tú me le lanzaría sin más, no lo dejaría pensar demasiado. Sabes bien que yo no pierdo oportunidad y menos cuando se trata de un bombón bronceado y de ojos azules.

—Ay, Tania, yo no soy tan alocada como tú. No me atrevería. Sí me atrajo, pero de ahí a lanzarme en sus brazos... lo dudo.

Luis despertó temprano, se sentía como si fuera el primer día que iba a la escuela. Casi no había logrado dormir. Sus ansias eran notables, una nueva vida le esperaba de ahí en adelante, no era nada fácil dejar a su madre y sus hermanas.

Pondría todo de su parte para que su familia se sintiera muy orgullosa de él. A las once de la mañana tenía que estar en la estación de autobuses. No tenía mucho tiempo que perder, los nervios debían quedar atrás y ver solo el futuro que lo esperaba. Un golpe en la puerta lo sacó de sus ensoñaciones.

Eran sus hermanas y Tania que venían a ayudarlo con las maletas, o al menos eso fue lo que dijeron, pero en realidad lo que querían era disfrutar hasta el último minuto a su lado. Bromearon y rieron por la forma tan rara en que él organizaba sus cosas. Había utilizado tres maletas solo para su ropa. Al final Melisa consiguió reacomodar todo en una sola maleta y sin usar brujería tal como su hermano aseguró.

Conforme más se acercaba la hora de la partida de Luis más tristes se ponían todos. Tania estuvo a punto de echarse a llorar en dos ocasiones. Cuando por fin terminaron con el equipaje, Luis tomó la maleta y la bajó al salón, tras él fueron Yineth y Tania.

Melisa se quedó al pie de las escaleras observándolos alejarse. Suspiró profundo, qué rápido había pasado el tiempo, se sentía feliz por tener a su familia unida.

Por un momento deseó que Leonardo pudiera estar allí para que viera que no lo necesitaban y jamás lo habían hecho. Lo mejor que había podido hacer era largarse. Como decía el dicho, mejor estar solo que mal acompañado. Un hombre sin sentimientos como él solo habría transmitido cosas negativas a sus hijos.

Emma les había preparado un delicioso desayuno. Cuando sus hijos entraron tenía los ojos llorosos, pero aseguró que era por haber estado picando cebolla.

Luis se acercó para darle un beso y un abrazo tan fuerte que le costó soltarla.

—Eres la mejor, mamá. Te voy a extrañar un montón.

—Estoy muy orgullosa de ti, Luis. Solo serán tres meses. Sé que vas a conseguir cosas muy importantes.

Esta vez Emma no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Ya, mamá, no queremos verte triste otra vez. Has sufrido mucho y no lo mereces, quiero verte feliz. Te llamaré seguido y estudiaré mucho para lograr mi sueño.

Emma sonrió, Luis logró quitar un poco la tristeza de su corazón. Aunque estaba un poco sentida por su hijo, lo que más le daba vueltas en la cabeza era el haberles ocultado lo sucedido con Leonardo. Ellos no se merecían eso de su parte, sentía como si los hubiese traicionado.

—¿Qué sucede, mamá? Te quedaste callada —preguntó Melisa.

—Nada, hija, es por el viaje de Luis... No me he sentido muy bien, pero tranquila pronto se me pasará. Desde luego que estoy muy feliz por él.

Las chicas se encargaron de poner la mesa y servir el desayuno mientras Emma empacaba galletas y pan casero para Luis, asegurando que así extrañaría menos el hogar y advirtiéndole que debía alimentarse bien.

El desayuno estuvo delicioso, Emma se había esmerado como si hubiese preparado un manjar para los reyes y Luis se había abotargado con las deliciosas preparaciones de su madre.

Al final Tania se despidió de todos antes de irse para su casa.

—Hasta luego, Luis —dijo al joven mientras lo abrazaba con fuerza—. Espero que tengas un buen viaje y que no te olvides de mí.

—Claro que no, Tania. Eres como una hermana más —contestó él.

Luis se giró hacia su madre y volvió a abrazarla.

—Recuerda llamar cuando llegues a tu nuevo apartamento —dijo Emma.

—Sí, mamá. Lo haré. Cuida a estas dos y tenme al tanto de todo lo que pase en casa. Sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa.

—Tranquilo, cariño, todo estará bien.

Yineth estaba a punto de soltar el llanto.

—Te quiero, Luis, cuídate —dijo cuando le tocó su turno de despedirse.

—Yo también, traviesa. Pórtate bien y deja de dar tantos dolores de cabeza —dijo mientras la despeinaba solo porque sabía que a ella eso la ponía de mal humor.

—¡Nunca dejarás de molestar!

—¡Por supuesto que no!

Luis llevó su maleta a la camioneta de Melisa, ella fue quien se encargó de

llevarlo a la estación de autobuses. Cuando los hermanos se abrazaron para despedirse, Luis susurró en el oído de Melisa:

—Gracias, por siempre preocuparte por cada uno de nosotros, la vida pronto te recompensará.

—Ustedes son lo que más quiero en esta vida.

—Me haría muy feliz verte con el hombre de tus sueños, hermanita. Siempre has puesto nuestra felicidad por encima de todo y es justo que te concentres más en la tuya. Sé que mejores cosas te esperan...

Luis ocupó un asiento junto a la ventana. Deseaba guardar en su memoria el paisaje de su pueblo para poder recordarlo cuando lo extrañara. El autobús arrancó al tiempo que la nostalgia y la ansiedad crecían en su interior. Estaba impaciente por descubrir el nuevo mundo que se abría ante él.

Melisa mientras tanto se subió a la camioneta feliz por Luis, encendió la radio y tarareó una vieja canción romántica sin ser consciente de ello. Había valido la pena su esfuerzo.

Cuando llegó a la casa sintió el ambiente un poco raro, la ausencia de Luis era notoria. Yineth estaba en su habitación chateando con uno de sus admiradores y su madre se encontraba en el patio trasero. Decidió ir hasta ella. Desde hacía varios días la notaba distante.

—Ven, mamá, quiero que hablemos. Ahora que estamos solas, dime qué es lo que te sucede, estás muy diferente. Te noto distraída y preocupada, siento que nos ocultas algo. Hace un rato nos quisiste convencer de que era por el viaje de Luis, pero algo me dice que no es así. Quiero saber qué es lo que te está molestando.

Emma se puso nerviosa, Melisa la conocía tanto que no lograría engañarla o convencerla de que no sucedía nada, además lo que estaba ocultando era un peso muy grande para ella sola, no soportaba seguir engañándola de esa manera.

—Quiero decirte, antes que nada, que todo lo que he hecho es por el bien de ustedes... No quiero que te molestes conmigo Melisa. Tal vez me equivoqué al ocultarte lo que te voy a decir; pero, créeme, ya todo está bien.

—Anda, mamá, dime... Me estas asustando con tus palabras, no te quedes callada, necesito saberlo.

Emma tomó las manos de su hija y la miró a los ojos antes de empezar a hablar.

—Hace pocos días tu padre se presentó ante Yineth en el colegio.

Melisa se quedó de piedra al escucharla. No podía dar crédito a lo que le

contaba su madre.

—¡Maldito sea, cómo fue capaz! Le dije que si se acercaba a ustedes, se las vería conmigo y al parecer no le importó.

—¿Entonces tú ya lo habías visto? ¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería que te volviera a hacer daño otra vez, mamá. Además, a Yineth no le haría nada bien, si vieras cómo me amenazó ese día en el vivero.

Esas palabras se clavaron como espinas dentro de la piel de Emma.

—¿Qué te dijo ese desgraciado, Melisa? Necesito saberlo.

Melisa empuñó sus manos con fuerza, cada vez odiaba más a ese hombre.

—Me amenazó, dijo que no sería la última vez que lo vería, que había venido a reclamar sus derechos. Luis y yo no entendimos qué quiso decir, pero sea lo que sea él no tiene derecho a nada, perdió tal cosa el día en que nos abandonó. No puedo creer que se haya presentado ante Yineth, aprovechándose de que ella no lo conoce. ¿Cómo reaccionó mi hermana? ¿Leonardo ha venido a casa?

Emma agachó la cabeza, qué error había cometido al no decirle nada a sus hijos. Ahora era consciente de ello, temía lo peor por parte de Leonardo. Algo en su interior se estremeció al escuchar una voz en su cabeza que le decía que había sido una tonta por permitirle a Leonardo regresar.

—Sí, Melisa, él llegó ese día con Yineth, la enredó con su labia. Sabes cuánto ha sufrido tu hermana por no tener a su padre. Ella llegó muy feliz por haberlo conocido, me pidió que lo dejara pasar y no pude decirle que no al ver sus ojos llenos de felicidad como nunca antes. Perdóname...

—Sabes cuánto daño nos hizo ese hombre, mamá. Sabes lo que hemos sufrido por su culpa.

El rostro de Melisa expresaba todo el odio que sentía. Caminó de un lado a otro sin comprender ni a su hermana ni a su madre. Ella jamás le habría permitido regresar.

—Hija, por favor, tranquilízate. Comprende a Yineth, si hubieras visto su cara de emoción... Yo tampoco deseaba verlo de regreso. Pero no pude destrozarse el corazón de mi hija. Leonardo es astuto y supo embaucarla con regalos y palabras bonitas. Además, sí que le pedí que se marchara y le dejé claro que no lo quería ver más por aquí... pero fue entonces cuando él...

—¿Qué, mamá?

—Me dijo que había regresado por un motivo importante. El banco le había notificado que estábamos a punto de perder los terrenos donde se encuentra el vivero.

Melisa miró a su madre atónita.

—¿Qué estás diciendo, mamá? ¡Eso es imposible! Tiene que ser una mentira más de ese desgraciado...

—No, hija, no es ninguna mentira. Yo vi los documentos.

—¿Qué documentos? ¿De qué hablas?

Las manos de Emma temblaron, estaba tan confundida al ver el enojo de Melisa que se estremecía su corazón.

—Los que firmé...

Melisa sintió un frío bajar por su espalda. Emma se echó a llorar ocultando su mirada de la de su hija. La joven fue hasta ella, acunó su rostro en sus manos. Primero tranquilizó a Emma, luego le pidió que le explicara todo lo que había pasado sin obviar ni un solo detalle.

Emma procedió a hacer lo que Melisa le solicitó entre hipidos y lágrimas.

Las mejillas de Melisa parecían un par de manzanas rojas, tuvo que obligarse a contener el enojo que sentía solo para no poner a su madre peor.

—¿Qué decían los papeles que firmaste?

—Melisa, perdóname...

La chica respiró profundo.

—¿Los leíste?

Emma volvió a echarse a llorar al darse cuenta de lo estúpida que había sido.

—No... Lo siento tanto... Leonardo estaba presionándome y mi deseo de que se marchara era tan grande que no leí nada y firmé de inmediato.

—Ay, mamá —exclamó Melisa temiendo lo peor—. ¿Por qué lo hiciste? Tenías que haberme consultado antes... ¿Cómo caíste en su trampa? Dios mío, ahora qué va a suceder.

Melisa se separó de su madre, caminando en círculos y con la cabeza a mil. Leonardo no había regresado por ningún buen motivo, de eso estaba segura.

—Perdóname, Melisa, yo creí en lo que él me dijo. Cuando terminé de firmar los papeles él cambió su rostro, empezó a tratarme mal y a decirme cosas que me dolieron mucho. Fue cuando comprendí que me había utilizado, aun no sé cuál fue su motivo, por eso no sé qué pensar. He estado atormentándome desde entonces. Ayer te quise decir todo, pero si lo hacía Luis no hubiera aceptado irse a estudiar.

Emma no podía soportar el daño que había causado al aceptar firmar esos documentos.

—Ya, mamá, quiero que te tranquilices, aún no sabemos cuál es la

verdadera intención de ese hombre.

—Si es lo que me imagino, ahora es él el dueño absoluto de esos terrenos.

—Eso no puede ser posible...

—Cuando heredamos ese terreno de tus abuelos, había una cláusula que decía que ninguno de los dos podía disponer de ellos sin la firma del otro.

—Mamá, ¿eres consciente de lo que me estás diciendo? De seguro eso es lo que buscaba, adueñarse de esas tierras quién sabe con qué motivos. Es un desgraciado, no le bastó con todo el daño que nos hizo antes y ahora decidió regresar y volver a dejarnos sin nada. ¿Qué va a suceder si lo que tememos es verdad? Necesito hablar con nuestro abogado, debe haber una forma de averiguar lo que sucede.

—Pero, hija, por más que queramos hoy no podremos hacer nada, es domingo. Perdóname, soy una tonta...

—Mamá, no te culpes, ese desgraciado planeó muy bien todo esto, supo envolverte en sus mentiras. Ahora más que nunca lo odio con toda mi alma, es un ser despreciable. Mañana a primera hora iré a preguntar, no queda más que esperar.

Leonardo tuvo una larga noche, desesperado por reunirse con Alexander y tener ese dinero entre sus manos de una vez por todas. Aun no podía creer que era el dueño absoluto de las tierras del vivero, no dejaba de imaginar la cara que pondría Melisa al enterarse de todo.

Se sentía agotado, ya no era un jovencito para complacer en la cama a Amy, temía necesitar una pastillita mágica para resucitar su miembro flácido. Por eso necesitaba el dinero cuanto antes, no quería que su hermosa jovencita se aburriera de él y lo abandonara. Debía compensar el pequeño problemita sexual comprándole todo lo que ella pidiera.

No quería ni imaginar lo que pasaría si Amy lo abandonaba y se marchaba con otro, era uno de sus peores temores, a su edad no le gustaría para nada estar solo.

Miró a Amy mientras aún estaba dormida, se sentía orgulloso de tenerla a su lado, pronto la podría complacer, estaba tan seguro de que iba a conseguir más dinero del que había imaginado con esos terrenos, pronto dejaría su mala racha de pobre. No sentía el más mínimo remordimiento por dejar a sus hijos sin su vivero, el sostén de su familia, se conformaba con saber que por lo menos les dejaba una casa donde vivir, ya bastante habían sacado provecho de esos terrenos, ahora era su turno de disfrutar de ellos.

«Emma fue tan tonta al creer todo lo que le dije, debe ser por su vejez que ya no piensa bien las cosas, es tan ilusa», pensó Leonardo.

Se acercó a la cama para darle un beso en la frente a Amy, no la iba a despertar, le daría la sorpresa cuando regresara y le contaría por qué la había dejado esos días sola.

Amy mientras tanto fingía estar dormida, ya estaba aborreciendo estar al lado de ese anciano aburrido, hasta sentía escalofríos al saber que tenía que dormir con él. Pronto se marcharía con su novio. Ahora que había estado con ese galán los días que Leonardo no se encontraba, disfrutó mucho de su vida.

Si soportaba a ese anciano era porque siempre le daba lo que ella quería, pero al parecer ya ni dinero tenía, así que lo dejaría muy pronto. Desde hacía días Leonardo estaba muy misterioso, ese viaje de varios días le había

parecido muy extraño, pero por lo menos había tenido un descanso de sus majaderías.

Leonardo finalmente revisó si llevaba todo listo para la reunión con Alexander. Amy lo vio examinar su portafolio con atención, leyendo cada uno de los documentos.

— ¿A dónde vas tan temprano, Leonardo? ¿Y por qué llevas esa linda orquídea? —preguntó.

—Sigue durmiendo, preciosa. Cuando regrese te daré una linda sorpresa, sé que te gustará mucho.

Leonardo sonrió mientras le daba un beso a Amy, no quiso dar más detalles, se despidió para irse a su reunión, llevando su maletín y la orquídea que había comprado en el vivero.

Amy se quedó muy pensativa, preguntándose cuál sería la sorpresa de la que Leonardo hablaba. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar que él le iba a proponer matrimonio. Movié la cabeza de un lado a otro susurrando:

—No lo quiera Dios, ya no lo soporto por más tiempo. Mañana mismo me voy de su lado, solo esperaré a ver de qué se trata la sorpresa.

Llamaría a su amante, Jefferson, y le contaría su decisión, mañana la tendría solo para él, sin tener que ocultarse más. Solo esperaba que el anciano no la buscara, porque sería peor para él y tendría que decirle cuánto lo aborrecía. Leonardo bien podría ser su padre o hasta su abuelo.

Mientras ella tomaba el teléfono para hacer su llamada, Leonardo estaba subiendo al auto, llegaría justo a la hora acordada.

Mientras manejaba, no dejaba de imaginarse en un hotel todo incluido junto a alguna hermosa playa paradisiaca, dándose las largas vacaciones que tanto se merecía. Casi podía ver los hermosos atardeceres junto a su hermosa mujer vestida con un diminuto traje de baño.

Aparcó el auto, luego se miró en el retrovisor para acomodar su corbata y el poco cabello que aún tenía.

Subió al elevador para dirigirse al tercer piso, donde seguramente ya lo esperaba Alexander. Al llegar encontró varias oficinas, la reunión iba a ser en la oficina número cuatro.

Alexander había tenido un atraso, durante el camino una de las llantas de su auto había estallado, tuvo que ingeniárselas para solucionar el problema aunque terminó con la camisa sucia.

Cuando por fin llegó a la oficina vio a Leonardo apunto esperándolo.

—Hola, Leonardo, disculpa el atraso. Tuve un inconveniente.

Extendió la mano hacia el hombre para saludarlo. Leonardo respondió el saludo, pero su cara de malhumorado no pudo ocultarla.

—Ya estaba a punto de irme. No tengo tiempo para estar perdiéndolo, así que será mejor que pasemos de inmediato a tu oficina.

Alexander tomó asiento y mientras lo hacía susurró entre dientes:

—Viejo amargado.

—¿Qué dijiste? —preguntó Leonardo con gesto serio.

—Que estoy de acuerdo... ¿Traes todo listo?

—Sí, así es. Hoy mismo, si llegamos a un acuerdo, esas tierras serán tuyas.

—Está bien, llamaré a mi abogado, él también trabaja en este edificio. Necesito que me dé su opinión y revise todos los documentos. Espera un momento.

Alexander tomó el teléfono y llamó a Daniel para pedirle que se presentara allí. Mientras llegaba, Alexander dijo a Leonardo:

—Si gustas puedes irme mostrando los documentos. Me gustaría ver qué me traes.

Leonardo abrió su maletín y sacó los planos y escrituras de los terrenos.

—Aquí los tienes. Como puedes ver, todo está en orden. Si lo deseas hoy mismo puedes ser el dueño de todo, hasta de ese vivero que se encuentra allí. Ah, por cierto, te traje esta linda orquídea para que veas lo que se produce en esos terrenos. El clima se puede decir que es perfecto, esta es solo una pequeña muestra de lo que hay.

—Gracias, Leonardo, es muy linda la orquídea. ¿Realmente es de tu vivero? Este color no es muy común.

Alexander sabía muy bien que era cierto, él mismo lo había comprobado. Volvió a su mente ese día en que conoció a la hermosa mujer del vivero, Melisa.

—Sí, no entiendo por qué lo dudas. Si vieras las lindas plantas que hay ahí, te aseguro que no dudarías ni un momento en comprar. Además, no tengo por qué mentirte, son las mejores tierras.

—Lo siento, tienes razón, Leonardo. No tengo por qué dudar de tu palabra.

Tocaron a la puerta. Era Daniel.

Alexander fue a recibirlo y luego lo presentó a Leonardo.

—Creo que ya podemos empezar —comentó Leonardo con impaciencia al ver que Daniel tomaba asiento.

—Sí —dijo Alexander—. Daniel, como puedes ver, aquí está lo que

necesitamos para hacer el trato.

—No, todo no —interrumpió Leonardo—. Falta lo más importante, el dinero.

El hombre soltó una carcajada, los otros dos sonrieron más por compromiso que por sincera diversión.

Daniel empezó a revisar los papeles, observó algo que le llamó la atención. Alexander lo miró inquieto, deseando terminar pronto con dicho trato.

—Tengo una pregunta, Leonardo. En esta escritura habla de que usted puede vender solo con la firma de una mujer llamada Emma...

—Justo aquí tengo el documento firmado —dijo él—. Es la autorización de mi exesposa, todo está totalmente en orden, ella es la más interesada en vender lo antes posible.

Daniel miró los documentos, Leonardo tenía toda la razón, todo estaba bien, no había ningún problema en cerrar el trato en ese preciso momento.

—¿Qué me dices, Daniel? —preguntó Alexander.

—Todo está bien, puedes hacer el negocio tranquilo, no hay ningún problema.

—Leonardo —comentó Alexander—, tú me habías dicho que los terrenos me costarían ciento cincuenta mil dólares, si es así aquí los tengo en mi caja fuerte. Recuerdo que me dijiste que no querías que te pagara por medio de una transferencia bancaria.

Leonardo se quedó pensativo con el ceño fruncido.

—Creo que hay un problema, Alexander. Lo he pensado bien, al principio no valoré realmente lo que valen esas tierras, sin embargo, ya lo he meditado con más tranquilidad. Si las quieres, tendrás que pagar un poco más.

—No te comprendo, Leonardo, me dijiste que ese era el precio, no entiendo por qué ahora lo has cambiado. Puede que sí sean muy buenos esos terrenos, pero para ser justos el precio que me cobraste al principio ya era elevado. Me interesan esas tierras, pero ahora realmente no estoy seguro de cerrar el negocio.

Leonardo se puso de pie, estaba muy seguro del interés de Alexander por comprar, tomó los papeles que estaban sobre el escritorio.

—Por mí no hay ningún problema, buscaré a alguien que sí esté dispuesto a pagar lo que pido por los terrenos, sé que hay muchos que estarán felices de adquirirlos.

Alexander lo detuvo.

—¿Cuánto quieres por ellos? Podemos llegar a un acuerdo.

Leonardo tomó asiento nuevamente mientras cruzaba los brazos.

—Ciento setenta mil dólares.

Alexander miró a Daniel, en sus ojos pudo ver cómo le indicaba la locura de Leonardo al cobrar tanto por esas tierras. Daniel no pudo evitar opinar, debía aconsejar a su amigo Alexander, así que los interrumpió:

—¿Nos puede disculpar un momento, Leonardo?

Tomó a Alexander del brazo y lo llevó afuera de la oficina.

—¿Qué te sucede, Daniel, acaso estás demente? ¿Por qué me sacas de esa forma?

—Estás tan ilusionado con esos terrenos que eres capaz de pagar esa locura de dinero que está pidiendo ese hombre. Como tú mismo lo dijiste, el precio ya estaba alto al principio. Creo que ese tipo está loco. Además, tú no tienes ese dinero, se está aprovechando al ver tu gran interés.

—Dime, Daniel, ¿qué puedo hacer? Vi en la mirada de Melisa el amor hacia esas tierras... Si hubieras visto todo lo que ha logrado, no creo que sea cierto que ellos quieran vender. No confió para nada en Leonardo, tengo mis dudas del cómo consiguió esa firma, algo me dice que él está mintiendo. Sin embargo, si otro comprador obtiene esos terrenos, destruirá lo que Melisa ha logrado con tanto esfuerzo.

—Pero si apenas hablaste con ella, ¿cómo puedes decir todas esas cosas? En serio que te volviste loco, amigo, o esa joven te ha hechizado.

—No, nada de eso, si conocieras ese lugar y a Melisa, te darías cuenta de lo que te digo.

—¿Esto quiere decir que estás dispuesto a pagar ese capricho? Deberías de pensarlo muy bien, no es una decisión que se tome a la ligera.

—Lo sé, Daniel, pero no puedo permitir que otra persona compre esos terrenos, le haré una propuesta y espero que la acepte. Tendré que llamar a mi padre, sé que él me prestará el dinero que falte. Vamos, que ese hombre no es de esperar mucho.

—Piénsalo, amigo, ya te di mi opinión. Leonardo no me termina de caer bien, es un aprovechado. Espero lo logres convencer de tu propuesta.

—Discúlpalos por la demora, Leonardo. Te tengo una propuesta, espero que podamos llegar a un acuerdo.

—Está bien, te escucho. ¿Cuál es tu propuesta?

—Ciento sesenta mil dólares.

Leonardo se quedó callado, sabía que lo que había pedido por las tierras

era un disparate, nadie le daría esa cantidad de dinero, pero su avaricia era muy grande.

—Ciento sesenta y cinco mil y son todos tuyos. Lo tomas o lo dejas... tú decides. Esas tierras valen justo eso, el clima es idóneo...

Daniel se mordió la lengua para no decirle unas cuantas cosas. Leonardo se estaba aprovechando de su amigo. Él lo habría enviado con uno de sus otros compradores, pero Alexander pensaba muy diferente, su obsesión lo tenía cegado y él no podía hacer nada para evitarlo.

—Está bien. Solo dame unos minutos. Eso sí, tendrás que aceptar el dinero que me falta por medio de una transacción.

Leonardo no pudo evitar su felicidad, siempre lograba lo que se proponía, ese negocio no era la excepción.

—Por mí no hay problema. Esperaré el tiempo que necesites.

Alexander tomó el teléfono para llamar a su padre. Nunca le había fallado antes, le pediría que le hiciera una transferencia a su cuenta. Los dos amigos salieron nuevamente de la oficina.

—No puedo creer que le des gusto a este tipo, es un abusivo, entiende que se está aprovechando de ti.

—Ya, Daniel. Tú mismo viste que fue la única forma de conseguir esos terrenos, si no se habría ido con otro comprador.

—No creo nada de lo que dijo, seguro te engañó con eso, no creo que nadie le diera esa cantidad de dinero.

Alexander llamó a Ramón y le explicó de lo que se trataba el favor que necesitaba. Al igual que Daniel, su padre no estaba muy de acuerdo con esa compra. Pero confiaba en Alexander, sabía que le pagaría ese dinero, su hijo siempre le había cumplido en todo.

Le hizo la transferencia de inmediato para que Alexander pudiera cerrar el trato. Luego los dos amigos regresaron junto a Leonardo. Alexander sacó la otra cantidad de dinero de su caja fuerte.

—Aquí está el dinero, primero firmarás los documentos para que las tierras sean mías, la otra parte te la transfiero a tu cuenta.

Los ojos de Leonardo brillaron de emoción, nunca había visto tanto dinero junto, había logrado todo lo que planeó, se sintió el mejor hombre del mundo para los negocios.

—Está bien, como digas. Te firmo todos los documentos. ¿Cuándo puedes ir a conocer las tierras? Si quieres yo te acompaño para que conozcas a mis hijos.

—Está bien, Leonardo, mañana mismo iré allá. Quiero empezar cuanto antes a trabajar en esas tierras, me iré temprano por la mañana.

—Te acompañaré, Alexander, quiero ver la cara de mi hi...

Alexander lo miró.

—¿Qué ibas a decir, Leonardo?

—Nada, nada... Envíame un mensaje para llegar contigo al mismo tiempo al vivero, no se te vaya a olvidar.

—Como quieras, yo te aviso. Ya te hice la transferencia, si quieres puedes revisar, te darás cuenta que ya está todo el dinero de los terrenos.

Leonardo revisó la cuenta de inmediato.

—Sí, joven, todo está listo, yo tengo mi dinero y tú tus deseadas tierras. Ya no los atraso más, debo regresar con mi novia que me espera en el apartamento, no la quiero hacer esperar mucho. Ya saben, a mi edad no puedo darme el gusto de hacer esperar a ninguna mujer.

Alexander miró a Daniel con complicidad, los dos recordaron el día en que vieron a la joven con otro hombre. Tremendos cuernos le estaban montando al anciano.

—Con ese dinero puede tener muchas mujeres como ella a su lado —soltó Daniel sin pensarlo.

—No creas, muchacho, a mi edad lo único que quiero es tranquilidad. Quiero una mujer que me ame, que esté a mi lado por amor y no por mi dinero. Sé que Amy me quiere de verdad y yo estoy perdidamente enamorado de ella. Fue un placer hacer negocios contigo, Alexander. Saluda a tu padre de mi parte.

Daniel cerró la puerta una vez Leonardo se fue.

—Viste, amigo. Pobre tonto, no sabe que tiene tremendos cuernos, esa joven podría ser su hija y él piensa que lo ama. Aunque no me cae nada bien, siento lástima por él.

—Pienso igual que tú, seguramente ese dinero lo aprovechará más su amante, que toda su familia.

—¿Tú crees, Alexander? Me imagino que la mitad debe ser para su exesposa... Aunque la verdad da mucho que pensar que ella firmara el papel y no se presentara... En fin, solo él sabrá sus enredos.

—Mañana mismo iré al vivero, seguiré con él tal como está. Pondré en práctica todo lo que sé y mejoraré todo lo que pueda. Aunque por lo que pude ver, Melisa lo ha hecho muy bien. Como puedes ver esta linda orquídea es de ese vivero, mira sus colores, son poco conocidos y hay mucha más variedad.

—Sí, Alexander, tienes razón. Esta orquídea es hermosa. Bueno, ya tengo que regresar a mi oficina, tengo algo de trabajo acumulado, me gustaría acompañarte mañana, pero justo tengo una reunión muy importante con un cliente. Te prometo que en cuanto pueda iré a conocer la nueva aventura de tu vida.

—No es ninguna aventura, Daniel, es lo más serio que he hecho. Sabes que es lo que he deseado desde siempre, es un lugar hermoso y sé que también te gustará mucho.

—Sí, amigo, era una broma. Sé lo importante que es para ti y más con esa cantidad de dinero invertido. Pero sé que esta vez tú corazón no te fallará, es el terreno indicado y más si hay una linda chica de por medio...

—Lo sé, Daniel, es el correcto, no tengo ninguna duda.

Daniel se fue a su oficina, mientras Alexander terminaba de arreglar unos asuntos pendientes para regresar a su apartamento a empacar algunas cosas. Regresaría otro día para despedirse de sus padres.

Leonardo mientras tanto regresó al apartamento feliz por su gran éxito, decidió comprar una linda joya para Amy, algo digno de su belleza.

Escogió un lindo collar, sabía que esas cosas brillantes le encantaban. Fue directo al apartamento, donde lo esperaba Amy muy aburrida. Abrió la puerta y se dirigió hacia donde estaba ella.

—Mira la sorpresa que te traje, mi amor. Si quieres te compraré muchos más —dijo sonriendo mientras abría la cajita donde se encontraba el regalo.

—¿Qué es? ¿La sorpresa de la que me hablaste en la mañana? —Los ojos se le abrieron como platos cuando vio la joya—. ¡Es hermoso! Debió de costarte mucho... se ve muy fino...

—No, mi amor, esto es solo una parte de la sorpresa, en este maletín esta la otra parte.

—Ya, dime de qué se trata, Leonardo. Me tienes en suspenso.

Leonardo tiró todo el dinero sobre la cama.

—Aquí está, nos podremos ir de vacaciones como tanto querías, te compraré muchas de las cosas que siempre soñaste y no pude comprarte antes.

Amy se quedó con la boca abierta, nunca había visto tanto dinero junto.

—¿Acaso robaste un banco, Leonardo? ¿De dónde sacaste todo este dinero?

—Recuerda que estos días salí de la ciudad, fui a reclamar algo que era mío, lo vendí y me dieron todo este dinero. Bueno, un poco más, pero ese está en mi cuenta. Mañana tengo que salir temprano a hacer algo... pero cuando

regrese tú y yo podremos gozar de esta fortuna, mi amor.

Muchas cosas vinieron a la mente de Amy, la vida le estaba poniendo todo en bandeja de plata.

Se desharía de ese anciano y encima con mucho dinero para darse la gran vida.

Abrazó a Leonardo mientras sonreía de oreja a oreja planeando su gran escape de esa vida aburrida al lado del anciano.

Cuando él se fuera, recogería sus cosas y se marcharía sin dejar rastro.

—Amy, te pido que cuides del dinero mientras vuelvo. Mañana por la tarde lo llevaremos al banco, te depositaré un poco en tu cuenta, pronto nos podremos casar.

—Sí, amor, así será, como tú digas, Leonardo.

Le dio un beso.

—Tomaré una ducha, mi amor, me siento muy cansado, luego comeré algo y me recostaré. Hoy te llevaré a cenar a un lugar precioso. Toma esto. —Le tendió un puñado de billetes—. Cómprate un bonito vestido, quiero verte más hermosa que nunca.

—Está bien, Leonardo, descansa un rato. Yo iré de compras, regresaré más tarde. También voy a ir al salón, hace días quiero un cambio de imagen.

Le dio un beso, guardó el dinero en su cartera y salió del apartamento. Apenas pudo llamó a su amante y le contó el nuevo plan.

Melisa regresó a la casa después de hablar con su abogado y guardó la camioneta para luego dirigirse a la puerta. Emma la esperaba con ansias, quería saber qué había sucedido. Abrió la puerta sin esperar siquiera a que la chica llamara.

—¿Qué sucedió? ¿Qué te dijo el abogado? Estoy muy angustiada, no he podido ni comer nada de tanta incertidumbre.

—Vamos a la sala, te contaré todo, aunque no es mucho lo que pude averiguar. —Las dos se dirigieron a la sala donde tomaron asiento—. Mamá, no logré dormir en toda la noche, pensando en lo que planea ese hombre. Hoy, desde que me levanté, no he deseado otra cosa más que saber de qué se trata todo esto.

Emma se acercó y la abrazó, cuanto le dolía ver a su hija sufrir así, Melisa no merecía tener a ese padre que les hacía tanto daño.

—No me gusta verte así, hija, me duele mucho. Soy tan tonta, no sé cómo fui a creer en Leonardo de esa forma.

Emma puso sus manos en su rostro, lágrimas salían de sus ojos.

Melisa tomó las manos de Emma entre las suyas.

—No es tu culpa, mamá, ese hombre se aprovechó de las circunstancias.

—Hija, dime qué te dijo el abogado...

—Antes de salir en la mañana muy temprano, quise llamar a Luis, pero luego pensé en mejor dejarlo así, no quiero que él también se preocupe por lo que pasó. Aunque le prometí que le contaría todo, es mejor que no se entere de nada.

—Sí, Melisa, anoche cuando me llamó para contarme del viaje, no tuve el valor de decirle nada. Pienso lo mismo que tú, es mejor que no se entere.

—Sí, mamá, nosotras tres enfrentaremos lo que sea solas, sin que él se entere, al menos por el momento.

—Iré a la cocina por un té que preparé para los nervios. ¿Quieres, Melisa?

—Sí, mamá, lo necesito.

—Ya te lo traigo, para que me cuentes todo.

Emma regresó casi de inmediato, traía en una bandeja dos tazas de té,

estaban calientes, su aroma a tilo y hierva buena se respiraba desde lejos. Cada una tomó la suya para volver a sentarse y seguir con la conversación.

—En este momento, mamá, estoy más preocupada que nunca. Le conté lo sucedido al abogado y lo primero que me preguntó fue de qué se trataban los documentos que firmaste. Le dije que no teníamos ni la más mínima idea. Le comenté nuestras sospechas y me dijo que era una situación muy riesgosa en la que estábamos. También quiso saber sobre la posesión de esta casa.

—Mi padre al parecer presentía lo que iba a suceder cuando me dio la herencia —dijo Emma—. Me pidió que no le diera ningún derecho a Leonardo sobre esta casa. Aunque fuera mi esposo, no podía decidir sobre ella. Por lo menos con la casa no podrá hacer nada.

—Sí, gracias a Dios así es, mamá. Pero qué acuerdo había respecto a los otros terrenos.

—No lo sé muy bien, Melisa, solo sé que esos terrenos los dejaron los padres de Leonardo a nuestro nombre, pero que él no podría disponer de ellos, si yo no estaba de acuerdo. Había una cláusula escrita sobre eso, pero nunca le puse atención, solo lo escuché una vez.

—¿Por qué no nos hablaste sobre esto, mamá? Mis hermanos y yo creíamos que todos estos terrenos estaban a tu nombre, jamás imaginamos que existiera algún testamento de mis abuelos y mucho menos esa cláusula escrita en él.

—Sí, la verdad es que es algo que ni siquiera recordaba. Muy poco escuché sobre eso, nunca me preocupé por esas cosas, no lo creí importante.

—El abogado nos dijo que solo nos quedaba esperar un tiempo para saber qué es lo que va hacer ese hombre con esos documentos que le firmaste. Debemos esperar a ver si Leonardo te estaba diciendo la verdad por lo del banco o no.

Melisa terminó de tomar su té y suspiró.

—Estoy muy preocupada —continuó la joven—. ¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué no nos deja en paz? Estábamos tan bien sin saber nada de él, ¿por qué tuvo que regresar a fastidiar nuestras vidas?

—No lo sé, hija, quisiera poder responder todas tus preguntas, decirte que todo va estar bien, pero después de volver a escuchar sus ofensas, me da cuenta que Leonardo es capaz de muchas cosas, no tiene corazón, quizás nunca lo tuvo. Él no merece el amor de ninguno de ustedes, me duele mucho el daño que le sigue causando a esta familia.

»Pero tarde o temprano lo va a pagar, se merece lo peor. Desde el momento en que decidió abandonarnos marcó su destino. Debemos estar más unidos que

nunca, hija, no puedo imaginar qué es lo que trae entre manos al regresar a nuestras vidas.

Las dos se abrazaron dándose fuerzas la una a la otra. Al mismo tiempo voltearon su rostro al escuchar pasos en las escaleras, Yineth se acercó de prisa.

—Melisa, ¿qué haces aquí tan temprano? ¿Creí que estabas en el vivero?

—¿Y tú por qué no estás en el colegio? No me digas que te escapaste de nuevo...

Melisa frunció el ceño, si era así, seguro la llevaría a rastras ante la directora, con todo lo que estaba pasando, no tenía ni un poquito de paciencia para aceptar las tonterías de su hermana.

—No, claro que no, tonta. Solo que hoy no tuve que ir al cole, no había clases.

El rostro de Yineth se veía diferente, estaba sonriendo, parecía hasta más feliz.

—Perdóname, Yineth, solo es que no estoy de buen ánimo.

—No respondiste a mi pregunta, ¿por qué estás aquí, Melisa? Debes de tener mucho trabajo en el vivero con la partida de Luis...

—Sí, tienes razón, hay mucho trabajo, pero todo está bajo control, hablé con don Juan. Entre él y Damián están encargándose de todo, mañana iré muy temprano para ponerme al día con lo que quede pendiente hoy.

—No sé, pero siento que ustedes dos me ocultan algo, no piensen que soy una niña, ya me doy cuenta de muchas cosas que suceden.

Yineth miró a Emma y le hizo una mueca.

—¿Acaso ya...?

—¿Ya qué, Yineth? ¿Qué me ocultas tú?

—No, nada, Melisa. ¿Qué te puedo ocultar yo?

Emma le tomó la mano a Yineth que se empezaba a poner nerviosa con la mirada de Melisa clavada sobre ella.

—Yineth, Melisa ya lo sabe, sabe que tu padre estuvo aquí.

—Pero, mamá, ¿por qué se lo dijiste? Sabes que era un secreto que debíamos de guardar tú y yo, mi padre nos lo pidió.

—Lo siento, Yineth, pero tu hermana debía saberlo. Tú no sabes muchas cosas que han sucedido, te voy a pedir que escuches a Melisa, por favor.

—No quiero escuchar nada en contra de mi padre, él me pidió perdón, dijo que desde hacía tiempos me quería conocer y hasta me trajo un lindo regalo.

Melisa y Emma se miraron, no sabían cuál sería la reacción de Yineth al

escuchar todo lo que pasaba.

—Ven, Yineth, siéntate. Debo hablar contigo sobre algo muy serio. Es muy cierto que ya no eres una niña, sé que nos entenderás y al final nos darás la razón, no quiero causarte ningún dolor o herirte. Eres muy importante para nosotras.

Melisa le tomó la mano para que se sentara a su lado.

—Ya, dime, Melisa, me estas asustando. ¿Qué es lo que sucede? ¿Le pasa algo a mi padre? ¿Acaso se encuentra muy enfermo y por eso fue que regresó?

—Tranquila, no es nada de eso. Es sobre otro asunto, cosas de las que es mejor que tú te enteres cuanto antes, no quiero que ese hombre se vuelva a acercar.

Yineth se levantó de inmediato soltando su mano.

—Te dije que no voy a permitir que hables mal de él, ¿acaso no quieres que papá vuelva? Sabes que siempre soñé con ese momento...

Emma se acercó con lágrimas en los ojos.

—Por favor, Yineth, debes de escuchar a tu hermana, luego tú sabrás qué pensar de todo esto, lo que menos deseamos es que sufras.

Yineth se sentó nuevamente, estaba un poco enojada y confundida, temía saber cosas sobre su padre. Después de estar tan feliz por haberlo conocido.

—Dime, Melisa, ¿de qué se trata? Te escucho—dijo Yineth mientras cruzabas sus brazos.

—Lo primero que quiero decirte es que a veces las personas no son lo que parecen, sé que ese hombre que es nuestro padre te dijo muchas cosas lindas, cosas que siempre quisiste sentir al no tener una figura paterna a tu lado. Yo sé lo que has sentido, el vacío que nuestro padre dejó cuando nos abandonó no es sencillo de llenar con nada en el mundo. He sentido ese dolor, también lo he vivido. Pero eso no quiere decir que si regresa con regalos y cara de arrepentido nosotros debamos recibirlo como si nada.

—Pero...

—Déjame continuar, Yineth, hace unos días ese hombre se presentó en el vivero.

—Entonces, ¿ya tú lo sabías?

—Sí, pero no es lo que tú piensas, Yineth.

—¿Por qué no nos lo dijo a mamá y a mí?

—Eso es lo que quiero que sepas, ese día desgraciadamente cuando se presentó ante mí no lo reconocí, llegó como cualquier otro cliente, al final cuando ya se iba a marchar me dijo quién era. Entonces fue cuando mi rencor

salió de mi ser, le dije muchas cosas que guardaba en mi corazón desde que nos abandonó.

—¿Pero por qué lo hiciste, Melisa? Es nuestro padre.

Melisa se levantó, su rostro se llenó de rabia al recordar ese día.

—Tú piensas que yo he olvidado el sufrimiento que ese hombre nos causó, lo que vivimos después de su abandono, pasamos hambre, miserias, las enfermedades de mamá por su culpa. Dime, ¿a él le importó? Tú tenías apenas meses de nacida, no te diste cuenta de todo lo que pasamos, no sentiste el abandono de esa persona que veías como tu héroe a quien querías imitar por su fuerza.

Algunas lágrimas bajaron por las mejillas de Melisa mientras ella las secaba con sus dedos evitando que cayeran al suelo.

—Pero es lo que siempre deseé, Melisa. Cuántas veces mis compañeras de clase me molestaron por no tener padre, deseaba desaparecer de la tierra cada vez que lo hacían, por eso me salía de clases y me encerraba en el baño a llorar hasta que alguien me descubría. Tú no te imaginas lo que tuve que pasar por no tener a un padre a mi lado.

—Yineth, ¿crees que yo no tuve que pasar por todo eso? También lo vivimos Luis y yo. Hemos sufrido el doble que tú, tuvimos que trabajar sin parar para que no faltara nada en esta casa. ¿Sabes cuántas veces preferimos comprarte leche en lugar de poder comprar un pedazo de pan para nosotros? Fueron muchos los días que pasamos pidiendo en la calle para que alguien sintiera compasión y nos diera algo de dinero o comida para seguir adelante. ¿Cres que ese hombre nos dejó el vivero así como está ahora? No, tuvimos que empezar de cero, poco a poco y gracias a Dios y a mi abuela Regina por todo lo que me enseñó pudimos salir adelante. A pesar de todo no nos dimos por vencidos.

Yineth se quedó callada mientras agachaba la mirada, lágrimas corrían por sus mejillas sin parar, nunca Melisa le había dicho nada de esas cosas, no se había puesto a pensar por qué lo odiaban tanto, tal vez ellos tenían razón al tener ese sentimiento contra su padre.

—Lo siento, Melisa, nunca me habían dicho nada de esas cosas, no lo sabía...

—Por eso es que no quiero que ese hombre te haga daño. Ese día me amenazó antes de irse. No sabíamos de qué se trataba, pero ya nos estamos dando cuenta. Créeme, Yineth, no vino por su familia, él está interesado en otras cosas.

—¿Pero de que otras cosas me hablas, Melisa? Dime.

—Aún no lo sabemos con seguridad, Leonardo aprovechó para hablar con mamá cuando tú lo trajiste a la casa, le dijo que el banco nos quitaría las tierras si ella no firmaba unos documentos. No quería que nos diéramos cuenta de lo sucedido, luego regresó una vez más y consiguió la firma de mamá. No sabemos qué fue lo que firmó realmente. Pero sospechamos que no era nada bueno, pues antes de irse la trató muy mal y le dijo palabras que la destrozaron. Es tan poco hombre...

—No, tú debes estar equivocada, Melisa. Dime que todo esto es mentira, mamá, por favor... dime que es mentira.

Emma lloraba al ver el sufrimiento de Yineth, sabía que el corazón de sus hijas estaba destrozado al igual que el suyo, la miró a los ojos.

—Lo siento tanto, Yineth, pero todo es verdad. Él solo te usó para venir a casa. No sabemos cuál es la intención de Leonardo al querer que yo firmara esos papeles, pero debemos estar unidas. Ahora más que nunca estoy dispuesta a luchar al lado de ustedes, ese hombre no podrá separarnos o hacernos más daño, él siempre será un perdedor sin escrúpulos.

Yineth lloraba al sentirse engañada por su propio padre, no lo quería aceptar de ninguna forma, su corazón se estremecía al comprender lo que sucedía- Cuántos sentimientos encontrados. Por un lado, lo que siempre había querido, estar con su padre; y por el otro su familia.

—Apenas pueda lo buscaré, yo sé que él tiene una explicación para todo esto... No quiero escuchar más cosas en contra de él.

—Yineth, tienes que entender, Leonardo no es una buena persona. Solo nos quiere hacer daño, comprende.

—Sí, Yineth, si lo vuelves a ver no le hagas caso, él solo te hará daño, no queremos que te lastime, no te mentimos cuando te decimos que no es alguien en quien confiar.

—¡Ya! Basta, no las quiero escuchar más.

La adolescente salió corriendo hacia su habitación llorando decepcionada, pero sin querer aceptar lo que estaba pasando.

Emma quiso ir tras de Yineth, pero Melisa la detuvo con su mano.

—Déjala, mamá, ella tiene que entender tarde o temprano, necesita estar sola. Espero que ese hombre no se acerque a ella otra vez.

Emma secó sus lágrimas, deseaba haber tenido el valor para poner a Leonardo en su lugar, se sentía tan triste.

Melisa miró el rostro de su madre, sintió miedo de que otra recaída la

dejara sin ganas de vivir. Se acercó a ella mientras extendía sus manos para darle un fuerte abrazo. Nuevamente tendría que sostener a su familia en pie. Rogaba a Dios que no pasara nada y que lo que había causado su padre solo fuera un mal rato en sus vidas.

—Tranquila, mamá, todo va estar bien. Debemos esperar para que todo vuelva a la calma.

—Eso espero, Melisa, eso espero...

—Estoy segura, prométeme que estarás bien, no vale la pena que sufras más por ese hombre.

—Te aseguro que esta vez todo ha cambiado, me siento más fuerte que nunca. Al escuchar a Leonardo el otro día y ver cómo me trató, despertó en mí un sentimiento de fortaleza para defender a mi familia, él ni se lo imagina.

—Me alegra mucho escuchar eso, mamá. Creo que Leonardo logró lo que ningún médico pudo en todos estos años, al menos es algo bueno —dijo Melisa mientras sonreía.

Al final, Melisa decidió ir a trabajar al vivero. Necesitaba ocupar su mente en algo que no fuera Leonardo. No tenía sentido que atrasara el trabajo.

Melisa se levantó muy temprano, debía trabajar más que nunca, no le quedaba mucho tiempo para preparar todo para el importante festival en el que con mucho esfuerzo había logrado un lugar.

Se arregló como de costumbre, se puso frente al espejo antes de salir de la habitación y suspiró un par de ocasiones tratando de cambiar su rostro, debía tener optimismo. Antes de bajar a desayunar pasó por la habitación de Yineth, pero al parecer ya se había ido al colegio.

—Me hubiera gustado hablar con ella —susurró.

Bajó las escaleras y se dirigió hacia la cocina donde escuchó a su madre tarareando una vieja canción.

—Hola, mamá. Hace mucho no te escuchaba hacer eso.

—Hola, hija. ¿De qué me hablas?

—De tararear una canción, parece que sí estas mucho mejor, me alegro mucho.

Emma sonrió.

—Solo recordé cuánto me gustaba esa canción, no sé, me vino a la mente y sin querer cambió mi día. Ven siéntate para que tomes el desayuno.

—Gracias, mamá. Pasé por la habitación de Yineth, pero no estaba ahí, ¿tú la viste salir?

—Sí, Melisa, ella se levantó muy temprano, apenas si me dirigió unas palabras, al parecer aún estaba un poco enojada, no quiso desayunar.

—Creí que ya había recapacitado, espero no cometa alguna locura.

—No lo creo, Melisa, Yineth tiene sus arrebatos, pero es una joven muy inteligente. Podrá salir de esta situación.

—Eso espero, al menos Luis está muy contento en la universidad. Me dijo que son muchos libros por estudiar, pero está feliz.

—Cuanto me alegro de que Luis esté bien. ¿A qué hora llegaste anoche? No te escuché llegar, seguro que debes de estar muy cansada.

—Llegué como a las once, sin querer me emocioné con mi nuevo proyecto. Cuando me di cuenta era tarde, llegué a casa y estabas dormida, no quise despertarte.

—Sí, lo imaginé, me sentía muy cansada. Seguro por todo lo que está pasando. Cuéntame cómo te va con tus orquídeas.

—Bien, mamá. Sabes que me he esforzado mucho por tener las mejores orquídeas. Por dicha siempre el nacimiento *in vitro* de las semillas me ha resultado. Solo espero que esta vez mis orquídeas estén bien para el festival.

—Yo sé que así será, hija, tú tienes ese don, mi querida Regina lo sabía desde que eras una niña. Por eso te enseñó lo que ella sabía y te confió tan preciada planta.

—Lo sé, mamá, por eso es que no la puedo defraudar, en mis manos está la oportunidad de lograr su sueño. Ya me tengo que ir.

Melisa se despidió de Emma, quería estar cuanto antes en el vivero.

Ese día también Alexander se había levantado muy temprano, todo lo dejó preparado para el viaje, no quería perder más tiempo. Antes de salir mandó un mensaje a Leonardo, tal como se lo pidió, quedaron en llegar al mismo tiempo al vivero.

Alexander tenía muchas ganas de estar en ese lugar, por momentos no sabía si era por su sueño de tener al fin las tierras, o por saber que tal vez se encontraría con esa bella mujer que había llamado tanto su atención.

Sonreía mientras conducía y recordaba cómo la había conocido. Ya no se encontraba muy lejos, primero pasaría a comer algo, el viaje era largo y necesitaba estirar un poco las piernas.

Seguramente lo esperaba mucho trabajo ese día, era mejor estar con el estómago lleno, no sabía qué encontraría en el vivero.

Seguro que la familia de Leonardo se habría llevado muchas cosas y encontraría todo vacío, aunque según el contrato todo debía quedar tal como estaba.

Al salir del restaurante, vio una pequeña venta de flores, chocolates y muchas cosas más, no pudo evitar querer comprar unos deliciosos bombones. Con suerte podría dárselos a Melisa, no sabía si ella estaría en el vivero aún, pero iría preparado, no podía perder esa oportunidad.

Aunque apenas la había visto una vez, se sentía demasiado atraído. Había sido un flechazo. Aprovechó para llamar a su amigo Daniel. De seguro estaba esperando esa llamada con curiosidad.

—Hola, Daniel. ¿Cómo estás?

—Hola, amigo. Estaba a punto de llamarte. ¿Te fuiste a los terrenos?

—Sí, ya estoy en camino. Estoy muy emocionado.

—Cómo no, seguro deseas encontrarte con esa mujer que te dejó como un adolescente de quince años, me imagino que vas preparado y le compraste un detallito.

Alexander se quedó pensativo, si le confesaba a su amigo lo de los bombones no lo dejaría de molestar por mucho tiempo, seguro que lo vería muy cursi. Incluso a él le costaba reconocerse, nunca lo había hecho antes con ninguna chica.

—No, claro que no, Daniel. No soy así, tú me conoces. Seguramente ella ya ni se encuentra en ese lugar, debe de estar disfrutando del dinero que pagué por esos terrenos.

—A mí no me puedes engañar. Te conozco muy bien, seguro que vas con la esperanza de verla otra vez. Si compraste esas tierras fue en parte porque ella estaba ahí, ¿o me lo vas a negar?

—No, Daniel, a ti no te lo puedo ocultar. Me conoces y claro que deseo verla otra vez, pero no creo que el destino esté de mi lado. Seguro ya hasta se fue a vivir a otro lugar. Desearía tener la oportunidad de conocerla mejor, pero no creo que sea así.

—Espero que puedas verla, Alexander, y si no puedes pedirle su número a Leonardo. Él tiene que tenerlo. Además, vas a ocupar mucha ayuda en el vivero, ella deberá de darte muchos de sus consejos, porque tal como me dijiste es experta en la materia de las plantas.

—Espero que sea así, aunque mejor no me hago ilusiones. Ya no soy ningún adolescente y no tengo tiempo para perder en imposibles.

—Te digo que el destino a veces nos da oportunidades que no hay que desaprovechar. Te deseo lo mejor, con o sin esa chica, podrás alcanzar tu sueño. Ahora podrás poner a producir ese terreno, tú sabes muy bien cómo hacerlo. Eres la persona más esforzada que conozco y no es porque eres mi amigo que te digo estas cosas, es porque es la verdad.

—Gracias por tus palabras, son de gran ayuda. Me vas a hacer mucha falta, voy a extrañar tus locuras, pero espero que me visites con frecuencia.

—También me harás mucha falta. Sin embargo, no creas que te voy a visitar muy seguido. Es una lástima que sea en el campo, si no me lo pensaría para ir a vivir contigo. ¡Dos solteros codiciados en un lugar desconocido! Pero sabes que eso no es lo mío. En fin, este fin de semana iré a conocer. Quizá yo también encuentre una chica para mí.

—Si tú lo dices, Daniel. Ja, ja, ja. Eres como un caballo salvaje. Indomable.

—Solo es que aún no llega la chica adecuada para mí. Mientras tanto puedo tener muchas aventuras, estoy en la mejor etapa de mi vida.

—Yo sí quisiera tener algo más que una aventura y no es porque mi madre me lo haya pedido. No quiero más de lo mismo.

—Te comprendo, Alexander, pero sabes que no soy como tú. Yo sí disfruto de todos esos cuerpos bien formados que me hacen sentir...

—Ya, mejor no sigas o creo que tu secretaria estará muy ocupada, como muchas veces. Mejor seguiré mi camino, quiero llegar cuanto antes. Te llamaré más tarde para contarte cómo me fue en mi primer día como todo un agricultor.

—Cuidado se te olvida llamar, amigo, estaré muy ansioso en saber qué sucede por allá. Hasta luego.

—Chao, Daniel.

Colgó el teléfono con una sonrisa en su rostro, su amigo siempre lo hacía reír, era su mayor apoyo en esos momentos.

En ese nuevo lugar tendría que empezar de cero. Encendió el auto para continuar su viaje, justo antes de llegar llamaría a Leonardo.

Mientras tanto Melisa empezó a trabajar como todos los días. Tenían muchos pedidos pendientes para entregar, debían de apurarse.

No sabía cómo le iba a hacer con tanto trabajo, creía que debía contratar a otro empleado, aunque don Juan y Damián la ayudaran no iba hacer suficiente. Escuchó unos pasos en la entrada, Melisa volteó a ver y vio que era don Juan quien llegaba a trabajar.

—Hola, Melisa. Buenos días. ¿Cómo has estado?

—Hola, don Juan. Buenos días. Bien. ¿Y usted?

—Bien, mi niña. Dispuesto a trabajar mucho este día.

—Qué bueno, sí que lo necesitamos, don Juan. Hay tanto trabajo por hacer, estamos tan atrasados.

Don Juan notó algo extraño en Melisa, se veía preocupada y no era normal verla así. Le sostuvo la mano y la miró a los ojos.

—¿Qué te pasa, Melisa? Te veo extraña hoy. ¿Qué te sucede?

—Nada, don Juan, son solo tonterías mías. Todo está bien.

Don Juan le sostuvo la barbilla entre sus manos.

—Te conozco muy bien, Melisa, esa carita me dice todo lo contrario, he estado a tu lado desde que eras una niña. No me puedes engañar.

—Tiene razón, don Juan. No se lo puedo ocultar.

Melisa le tomó la mano y lo miró a los ojos.

—Hace unos días mi padre volvió.

—¿En serio?

—Sí, don Juan, él estuvo aquí en el vivero, me amenazó y yo le dije unas cuantas cosas, creí que no volvería, pero no fue así.

Juan la abrazó.

—Lo siento mucho, Melisa, cuanto daño les ha causado Leonardo. Cómo una persona puede actuar de esa forma, pero dime ¿ha vuelto a molestarte?

Melisa le contó todo lo que había sucedido.

—¿Cómo se atreve Leonardo a hacerles esto? —dijo el hombre con las manos empuñadas—. Lástima que no lo he tenido al frente, también tengo algunas cosas que decirle. Les ha hecho tanto daño.

—Yineth ha quedado muy confundida.

—¿Cómo lo ha tomado Emma?

—Mamá, está bien, la reacción que tuvo es diferente a la que yo temía. ¡Ese hombre es despreciable!

—Leonardo es capaz de muchas cosas, es mejor que estén preparadas para cualquier jugarreta de su parte.

—Sí, lo sé. Pero por más que lo pienso, no comprendo qué es lo que él quiere. Bueno, ya, dejemos la charla para más tarde, hay que trabajar.

—Está bien, pero debes ser fuerte. mi niña. Después de toda tormenta viene la calma, tal vez ni vale la pena preocuparse por eso.

—Eso espero, don Juan. Dios lo escuche y esto solo haya sido un mal rato.

En ese momento los interrumpieron unas voces en la entrada del vivero.

—Yo iré —dijo Melisa—. Deben de ser unos clientes, los atenderé rápido para venir a ayudarlo a preparar las flores para los pedidos de hoy.

—Ve pronto, Melisa, yo empezaré con las rosas y claveles, luego seguimos con las otras que faltan.

Melisa dio la vuelta y se dirigió a la entrada, desde lejos pudo ver de quién se trataba, su corazón se aceleró a mil al ver frente a ella otra vez a su padre. No se detuvo ni un segundo, lo recibió muy enojada.

—¿Qué haces tú aquí? Te dije que no quería volver a verte en mi vida.

Leonardo sonrió.

—Pero ¿qué forma de recibir a tu padre es esta, Melisa? Esos no son unos buenos modales...

—¿Tú vienes a hablarme de modales? No lo creo, eres tan despreciable.

Alexander permaneció callado, no comprendía lo que sucedía entre Melisa y Leonardo. Al parecer no se llevaban muy bien.

Melisa ni siquiera había notado la presencia de Alexander, su enojo con su

padre era evidente, se puso frente a Leonardo mirándolo a los ojos fijamente.

—Te advertí que no te acercaras a mi familia y te valió lo que te dije.

Leonardo volvió a sonreír mientras movía el dedo índice de un lado a otro frente a ella.

—No, no, no. Recuerda lo que te dije ese día o acaso lo olvidaste, por si no lo recuerdas te lo digo otra vez: regresé por lo que es mío, vine a reclamar mis derechos sobre estas tierras. De hecho, en este momento voy a presentarte al nuevo dueño de todo esto.

—¡Estás loco! ¿De qué me estás hablando? ¿Qué derechos puedes tener tú?

—Solo te digo que ya no hay nada que hacer, pregúntale a tu madrecita... Ella me firmó los documentos donde me hacía dueño absoluto de todo.

—¡Te valiste de engaños para lograr que mi madre te firmara todo, eres un ruin sin corazón!

Melisa se lanzó sobre él, no deseaba otra cosa que quitarle esa sonrisa del rostro. Alexander la detuvo con sus manos.

—¿Y tú quién te crees que eres? Suéltame, déjame darle su merecido a este desgraciado.

—Por favor, Melisa, no vale la pena —dijo Alexander.

La apartó un poco mientras se volteaba hacia donde estaba Leonardo aún con una sonrisa.

—De este tipo me encargo yo, Melisa.

Le dio tremendo golpe, quitándole la sonrisa y rompiéndole la boca.

—Lárgate de aquí, Leonardo. Eres un hombre sin escrúpulos, lo que le has hecho a tu familia no tiene nombre.

Leonardo miró a Alexander mientras limpiaba la sangre de su boca.

—Te vas arrepentir por esto, estúpido. No debiste de golpearme, no sabes de lo que soy capaz.

—Claro que lo sé, lo he visto. Si le has hecho algo así a tu familia, eres capaz de muchas cosas. Pero ya lárgate, Leonardo, o soy capaz de darte lo que te mereces.

—¿Tú y cuantos más? —dijo Leonardo sonriendo.

Alexander no pudo evitar empujarlo, ya le estaba agotando la paciencia y estaba a punto de darle una paliza.

Melisa se acercó poniéndose de nuevo frente a Leonardo.

—Quiero que te vayas de aquí en este momento. No quiero verte nunca más, lo único que haces es hacerle daño a mi familia.

—Tranquila, Melisa, ya te cumplo el deseo. No me volverán a ver. Solo

quería ver tu cara al saber la noticia, tendrás que buscar donde acomodar tus plantitas, porque esto tiene nuevo dueño.

—Eres un maldito desgr... —gritó Melisa mientras se lanzaba contra Leonardo.

Otra vez Alexander tuvo que detenerla, Melisa resoplaba como animal salvaje al ver cómo su propio padre se burlaba de ella. Y, peor aún, les quitaba todo por lo que habían trabajado toda su vida.

—Suéltame, Alexander, eres igual a él. Seguro que eres su cómplice, debes de ser amigo de este desgraciado.

—No, para nada, Melisa. No me compares con este tipo. Yo no sabía nada de esto.

Melisa no pudo contener sus lágrimas, le estaban arrebatando su vida, jamás había esperado algo así.

Leonardo seguía burlándose de ella, sin darse cuenta que justo atrás de él se encontraban Emma y Yineth.

Habían escuchado todo lo que le dijo a Melisa. Yineth se abalanzó a golpes contra él, rasguñándole el cuello. Había descubierto de la forma más ruin la verdad sobre su padre. Tuvo que aceptar que todo lo que decían sobre él era verdad.

—Eres un maldito. ¿Cómo nos pudiste hacer esto? Te odio, te odio —gritaba Yineth desesperada—. Te creí todo lo que me dijiste el otro día, te aprovechaste de mí.

—Lo siento, Yineth. No quería que escucharas nada de esto—dijo Leonardo—. Eres la única que vale la pena en esta familia, a ti no te quiero hacer daño, lo que te dije es verdad.

Leonardo trató de acercarse a Yineth.

Emma se paró frente a él.

—A mis hijas no les vas a hacer más daño, te largas de aquí en este instante o te sacaré los ojos con mis uñas. No sabes de lo que soy capaz de hacer por ellas.

La mirada de Emma no era la misma, hasta Leonardo lo pudo ver. Lo mejor era salir de ese lugar cuanto antes. Leonardo dio la vuelta y se marchó sin mirar atrás, sentía temor de que Emma cumpliera lo que le había dicho.

Don Juan llegó en ese preciso momento.

—¿Qué sucede? —preguntó—. Escuché que discutían?

—Leonardo regresó, nos acaba de dejar sin nuestras tierras —dijo Emma—. Las vendió.

—¿Por qué no me avisaron? Le hubiera dado su merecido.

—No vale la pena, don Juan. Ya no podemos hacer nada, lo hemos perdido todo —aseguró Yineth.

Emma abrazó a sus hijas con fuerzas. Las tres se sentían impotentes y tristes.

—¿Cómo es que llevamos la misma sangre de ese hombre? —susurró Melisa.

—Mamá, ¿qué vamos hacer? ¿Cómo vamos a sobrevivir sin estas tierras? —dijo Yineth mientras lloraba.

Alexander carraspeó sonoramente para llamar la atención de las mujeres, las tres se voltearon hacia él.

—Y tú, ¿qué haces aquí todavía? —dijo Melisa.

—Ya, hija, tranquila, recuerda que él ahora es el dueño de todo esto. Además, le dio un buen golpe a ese patán.

—Pues hasta que no vea los documentos firmados, no lo voy a creer... todo esto puede ser una gran mentira de estos hombres.

Alexander se acercó a Emma.

—Lo siento mucho, señora, de verdad no sabía nada de esto, estoy muy confundido. Aquí tengo todos los documentos. Como pueden ver estas tierras me pertenecen.

Melisa lo tomó por el brazo.

—Así que no sabías nada, pues fijate que no te creo, todo esto lo planearon juntos. Por eso estuviste aquí el otro día.

Melisa lo miró fijamente a los ojos.

—¿Es cierto que ya había estado aquí? —preguntó Emma a Alexander.

Melisa se le adelantó en contestar.

—Claro que es cierto.

—Así es, pero si vine aquí fue con la intención de saber qué era lo que iba a comprar, no tenía ni idea de lo que Leonardo estaba haciendo. Es más, le pregunté si ustedes sabían de la venta de estos terrenos y él me aseguró que eran las más interesadas en vender. Dudé de su palabra al ver el amor con el que Melisa me habló de sus plantas y el esfuerzo que hizo para tener este vivero así. De verdad no sabía nada sobre esto, no era mi intención ocasionar ningún problema.

Melisa insistió:

—Entonces si sabías el amor que le tengo a este lugar, ¿por qué lo compraste?

—Porque si no lo hacía yo, tu padre se lo vendería a otra persona que quizá no apreciara la joya que has construido. No quiero que todo lo que has hecho en este lugar sea destruido. Quiero que esto se mantenga tal como está e incluso que mejore. Siempre he amado el campo. Había buscado por mucho tiempo un lugar tan especial como este, me encantó el día en que lo conocí...

—Sí, te comprendo —aseguró Emma—. No creo que tengas algo que ver en esto, en tus ojos puedo ver que no eres ese tipo de persona.

—¿Y le vas a creer, mamá? —Melisa se cruzó de brazos—. ¿Quiero ver esos papeles? ¿Me permites?

No dejó que él contestara, le arrebató los documentos de las manos.

—No seas tan mal educada, hija, tú no eres así... Discúlpela, joven...

—Alexander, señora, me llamo Alexander.

—Alexander, mi hija está muy afectada por esta situación.

—Lo comprendo, yo estaría igual si mi padre me hace algo así.

Melisa miró los documentos una y otra vez, todo estaba bien, no había nada ilegal en ellos. Era cierto, lo habían perdido todo.

—Mamá, ¿ahora qué vamos a hacer?

Es todo lo que teníamos —dijo Yineth.

—No lo sé, realmente no lo sé.

Melisa se retiró un poco, miró todo por lo que había trabajado. Justo cuando se encontraba en su mejor momento, el vivero por fin se estaba dando a conocer y hasta habían logrado ser invitados en el festival más importante del país. Su corazón se estremecía de dolor, amaba esas tierras y su vivero.

—Supongo que nos quedamos sin trabajo —comentó don Juan muy triste.

—No quiero que se vayan, quiero que todo permanezca como está, voy a necesitar de su ayuda —contestó Alexander.

—¿Cómo puedes pensar que voy a trabajar para ti? ¡Esto es nuestro, lo construimos con mucho esfuerzo! Fueron muchos años trabajando duro para lograr tener lo que tenemos aquí.

—Yo sí lo ayudaré, joven. Lo necesito —replicó don Juan—. A mi edad ya nadie me dará trabajo y es lo que me gusta hacer, tengo muchos años trabajando en este vivero.

—Gracias, señor, le pagaré mejor si es necesario.

Los ojos de Melisa quedaron en blanco, se sentía tan humillada.

—Hija, deberías de pensarlo bien. No tenemos nada que hacer y además no tenemos dinero para sobrevivir por mucho tiempo.

—Conseguiré trabajo en otro lugar si es necesario, mamá, pero no compartiré mis plantas con un extraño. Me voy ahora mismo, no quiero estar más aquí.

Alexander la tomó del brazo y la miró a los ojos.

—Por favor, Melisa, quédate. No quiero que te vayas, este lugar no será el mismo sin ti. Te quiero proponer algo.

—Aunque aceptara ya nada será igual...

—Déjame hablar, Melisa, lo puedes pensar y luego darme tú respuesta. Mira, si Leonardo no me hubiera cobrado tanto por estas tierras te las devolvería sin pensarlo, pero no me lo puedo permitir. Invertí mucho e incluso adquiriré una deuda. Pero te propongo que seas mi socia, así podrás seguir haciendo lo que has hecho hasta ahora. Me puedes ir pagando poco a poco, sé que el vivero está en un buen momento y sé que crecerán mucho más las ventas, entre los dos podemos lograrlo.

Melisa se quedó callada, estaba tan confundida, aún no podía asimilar lo que sucedía.

—No lo sé, necesito pensar sobre todo lo que ha pasado, quiero estar sola.

Melisa se retiró del lugar.

—Espéranos, hija, vamos contigo.

—Mamá, es mejor que la dejemos sola —susurró Yineth.

—Nosotras sí te ayudaremos, Alexander, solo que será otro día, hoy necesitamos asimilar lo que está pasando, entiende que no es nada fácil para nosotras esta situación. Y quiero que lo sepas de una vez, aquí la experta es Melisa, pero aprenderemos rápido. Debes darle tiempo a mi hija, ella es la más afectada con todo esto.

—Eso espero, señora Emma... eso espero.

—Bueno, será mejor irnos a casa.

Emma y Yineth se despidieron marchándose del lugar.

—Ahora sí, don Juan, ¿qué tenemos que hacer? Tengo mucho que aprender aquí.

Don Juan le explicó sobre los pedidos que estaban pendientes, así que prepararon todo logrando cumplir con el compromiso de ese día. Se hizo tarde y don Juan se fue.

Alexander estaba muy cansado, comió algo y tomó un baño. Acomodó un poco la cama que se encontraba en la oficina del vivero y rápidamente se

quedó dormido.

Mientras tanto Leonardo la estaba pasando muy mal en el apartamento. Al regresar no había encontrado ni a su querida Amy ni al dinero. No podía creer lo que estaba pasando, se negaba a aceptar que se había quedado solo y sin un centavo. Deseó no haber sido tan tonto al enamorarse de Amy de esa forma. En su mente resonaron las palabras de Emma el otro día, estaba pagando el daño que le había causado a su familia.

Melisa pasó casi toda la noche sin poder dormir, eran muchas cosas en qué pensar, aún no asimilaba lo que les había hecho su propio padre, no era algo fácil de entender. Se preguntaba una y otra vez por qué tanto odio hacia su familia. Ni su madre, ni sus hermanos merecían tanta crueldad de su parte.

Además, pensaba en la propuesta de Alexander. No creía que no estuviera involucrado con Leonardo, era culpable por comprar esas tierras. Pero, por otro lado, lo que dijo tenía un poco de sentido. Si no hubiese sido él, otro las habría comprado y no tendrían la misma suerte de que quisieran seguir con el vivero y todo por lo que había luchado durante tanto tiempo. Melisa llamó a su amiga Tania para desahogarse, sentía quemarse por dentro con tanto dolor.

—Hola, amiga, ¿podemos hablar?

—Hola, Melisa. ¿Qué sucede? Te escucho triste.

—Creo que voy a explotar...

—Ahora sí me preocupaste. ¿Estás en tu casa? Dame unos minutos y llego...

—Eres la mejor, Tania...

—¡Lo sé!

Melisa sonrió con tristeza. A pesar de que todo su mundo se derrumbara, su amiga siempre estaría ahí. Se recostó en la cama, sin ánimos de nada, solo quería que eso fuera una horrible pesadilla. Cerro los ojos por un momento, qué cruel era la vida, el hombre tan encantador del otro día se había convertido prácticamente en su peor enemigo, al menos así era como lo sentía.

No pasó mucho tiempo para que llegara Tania.

—Gracias por venir —dijo a la rubia cuando entró a su habitación.

—Las amigas estamos para ayudarnos. Dime ¿qué es lo que está pasando? Melisa, te conozco, tú eres una mujer fuerte y verte así solo significa que algo realmente malo pasó.

—Hace unos días regresó mi padre.

Tania se llevó las manos a la boca debido a la sorpresa.

—¿A qué vino?

—A terminar de destruirnos. Engañó a mamá para que le cediera las tierras del vivero y... —Se le hizo un nudo en la garganta—. Lo vendió. El sueño por el que he luchado toda mi vida... ya no existe. Me siento destrozada...

Muchas lágrimas bajaban por las mejillas de Melisa. Tania no podía creer lo que su amiga le estaba contando.

—Lo siento, Melisa. Algo debe poder hacerse...

Melisa le contó a su amiga todo con detalle y le explicó todo lo sucedido dejando claro que no había marcha atrás.

—Siempre he admirado tu fortaleza —dijo Tania—, sé que podrás salir adelante de todo esto. No eres de las que se dan por vencidas fácilmente.

—No lo sé... Estoy cansada... Perdí todo por lo que siempre luché. Ni siquiera sabría cómo volver a empezar.

Tania abrazó a su amiga, estuvieron así varios minutos hasta que notó que ella volvía a recuperar el control de sí misma.

—¿Quién es el nuevo dueño, Melisa? ¿Alguien de la zona?

—Eso es lo que me da más rabia —murmuró.

—¿A qué te refieres?

—Es el hombre del que te platicué el otro día.

Tania abrió los ojos como platos.

—¿El bombón de ojos azules?

Melisa asintió.

—Leonardo le vendió todas las tierras a él.

—Amiga, no lo puedo creer, ¿cómo es posible? Me has dejado pasmada, entonces quiere decir que no es un chico bueno como te lo hizo creer el otro día.

—Eso mismo pensé. Mientras me sonreía debía estar maquinando todo lo que haría con mi vivero. Luis me lo advirtió y yo no quise creer que fuera cierto. Según él solo quiso ayudarme, dijo que si no compraba esas tierras otro lo haría y aceptó porque no quería perder todo lo que yo había logrado.

—Melisa, sé que ahora estás cegada por todo lo que estás sufriendo; pero si lo analizas, él no tenía por qué saber las verdaderas intenciones de Leonardo.

Quizá no merezca que lo juzguemos tan fuerte. ¿Quiere conservar el vivero?

—Eso dice.

—Bueno, pues otro en su lugar podría echarlo abajo y crear un supermercado o cualquier otra cosa... Él al menos quiere conservarlo.

Melisa le contó lo que él le había dicho.

—Ves, Melisa —contestó Tania tras escucharla—. No es que yo lo defienda, porque ni siquiera lo conozco, pero él no sabía nada de los planes de Leonardo, simplemente quería hacer un negocio.

—No sé qué pensar. Él me hizo una propuesta...

—¿Qué clase de propuesta?

Tania la miró fijamente a los ojos.

—Quiere que sea su socia... Pero ya no sé ni qué pensar de ese hombre. —Se cruzó de brazos—. Tengo mis dudas respecto a si lo dijo en serio. De seguro solo quiere aprovecharse de mi conocimiento. Ni siquiera debe haberse ensuciado las manos nunca. Debe ser un hijo de papá y mamá a quien todo se lo dan con solo pedirlo y quiso esas tierras como un capricho más en su vida. Es un hombre de ciudad, ¿por qué habría de querer un pequeño vivero en medio de la nada?

—No lo creo, Melisa. Estás siendo muy injusta con él. Si compró estos terrenos es por algo. Deberías de pensarte mejor su oferta. Recuerda que toda tu familia depende de ti y en este momento no tienes cómo sacarlos adelante. Necesitas tener la cabeza fría.

Tania sonrió al ver la cara de confusión de su amiga.

—¿Y si solo es una broma de su parte? ¿Si es cómplice de Leonardo?

Melisa se recostó sobre la cama mirando hacia el techo.

—Piénsalo, amiga, ¿qué gana Alexander con mentirte?

—Tienes razón. No tengo muchas opciones. Será mejor que deje a un lado mi dolor y orgullo y piense en nuestro futuro, si pudimos antes vamos a poder ahora. Ya no soy una niña, mi familia es fuerte y unida. Hablaré con ese hombre para saber qué es lo que quiere y bajo qué condiciones, yo también tendré las mías. Le demostraré a Leonardo que soy más fuerte de lo que él cree.

—Esa es mi amiga, me alegro de que pienses así. Sabes que cuentas conmigo.

Tania se acercó a Melisa y le dio un fuerte abrazo.

Al día siguiente Melisa le contó a su madre que había decidido negociar la propuesta de Alexander y que ese mismo día iría a hablar con él. Además, ambas decidieron que lo mejor sería que Luis no se enterara de lo sucedido o de lo contrario se preocuparía tanto que dejaría la universidad con tal de regresar a ayudarlas.

Emma al igual que Tania, también creía que Alexander era inocente en esa

situación. Cuando lo vio sintió una buena vibra de su parte. Él jamás había sido grosero o las había tratado mal. Más bien había puesto a Leonardo en su lugar.

Melisa salió de su casa confusa, pero decidida a volver a tomar las riendas de su vida.

Alexander se levantó muy temprano, el aire puro del campo era muy diferente al de la ciudad, la paz que lo rodeaba sin el ruido de los autos le confirmaban la buena decisión que había tomado al comprar esos terrenos.

No tenía ni idea de cómo le iba a hacer para sacar adelante el vivero, pues su única salida era la propuesta que había hecho a Melisa. Tenía que convencerla de algún modo, él no sabía cómo cuidar de esas plantas. Ella era la única persona que sabía cómo hacerlo.

Alexander tendría que conseguir nuevos clientes, abrir su propio mercado, pero eso tardaría mucho tiempo y con lo que había gastado con la compra de los terrenos, no podía darse el lujo de perder los clientes antiguos. O de no producir las mejores flores de la región, tal como lo estaba haciendo Melisa.

Alexander sabía que convencerla para que fuera su socia no sería una tarea fácil, pero lo intentaría, ambos se necesitaban el uno al otro.

Había tenido que dormir en una pequeña cama que se encontraba en la oficina y seguramente la utilizaban de vez en cuando. Alexander no estaba acostumbrado a esas cosas, pero no la pasó tan mal, tal vez por el cansancio del viaje y del trabajo que tuvo que hacer.

Tenía que ver cómo se adecuaba a ese sitio para vivir, le hacían falta algunas cosas, pero con un poco de tiempo y esfuerzo lo lograría.

Preparó un café, encontró pan y pudo preparar un emparedado, no había mucho que escoger, definitivamente tenía que ir de compras. Siempre fue un hombre independiente, estaba acostumbrado a preparar sus cosas y arreglárselas con las comidas. No era un chef, pero lo que preparaba le quedaba muy bien, al menos eso le decía su amigo Daniel, que siempre tenía hambre.

Más tarde saldría a comprar lo que necesitaba. Se puso una camiseta sin mangas que dejaba ver sus bien formados músculos y unos jeans azules.

Cuando ya estuvo preparado salió a empezar con el trabajo que lo esperaba ese día. Buscó las llaves, se dirigió hacia la entrada del vivero y abrió el portón justo cuando llegaba don Juan. Era el único que le ayudaría a seguir con el trabajo, jamás pensó en lo que le tocaba aprender en el cultivo de las

plantas.

—Buenos días, Alexander, al parecer se levantó muy temprano. ¿Acaso no pudo dormir?

—Buenos días, don Juan. No es lo tradicional, pero está bien, pronto me adaptaré al campo. Estoy acostumbrado a levantarme temprano. No crea que soy uno de esos riquillos a quienes le han dado todo en las manos, sé lo que es trabajar duro para tener lo que quiero, así que tengo mucho que aprender. No quiero que el esfuerzo de Melisa se eche a perder por mi culpa. Quiero dejar todo como está, ella ha sabido tener este vivero de la mejor forma.

—Sí, joven, así es. No conozco a ninguna mujer como Melisa y eso que ya tengo mis años, desde niña ha sabido salir adelante sola. La he visto luchar por su familia en todo momento, hasta se ha olvidado de sí misma. Se dedicó por completo a sus plantas y a tener esto tal como lo ve, aun no entiendo cómo Leonardo le pudo hacer lo que le hizo. Melisa debe de estar destrozada.

—Lo sé, don Juan, me di cuenta el otro día que vine a este lugar. Pude ver el brillo en sus ojos cuando me hablaba de sus plantas, tampoco lo he visto antes en ninguna persona, el amor a lo que hace aquí cada día es admirable. Por eso necesito que Melisa acepte mi propuesta, la necesito a mi lado, solo ella sabe tratar estas plantas, sin Melisa aquí nada será igual.

—Yo te puedo ayudar, joven. He aprendido mucho al lado de Melisa, pero el amor con que ella trata a sus plantas nadie lo podría reemplazar. Debe convencerla o esto se puede perder.

—Te agradezco, don Juan, gracias por quedarte aquí a ayudarme. Sé que es mucho trabajo para nosotros, pero tengo que intentarlo. No me voy a rendir sin haber empezado. Necesito la dirección de la casa de Melisa, creo que lo mejor es que la busque y hable con ella. Deseo que se dé cuenta de lo importante que es para mí su ayuda, sé que para ella no es nada fácil, pero Melisa necesita también seguir aquí. En este lugar esta todo lo que ella ama.

Don Juan corrió a buscar un lápiz y un papel para anotar la dirección.

—No está muy lejos, joven, puede llegar muy fácil. Me alegro de que vaya a buscarla, de verdad estamos perdidos sin ella.

—Iré de una vez, no quiero perder tiempo. Por favor, don Juan, cuida de este lugar hasta que llegue, solo espero que cuando vuelva sea con Melisa como mi socia.

Alexander se dirigió al auto dispuesto a ir a buscarla; justo iba a subirse al vehículo cuando vio que Melisa llegaba en su camioneta. Esperó a que aparcara y se quedó de pie junto a su auto.

Melisa se bajó de la camioneta, dejando a su amiga Tania adentro, la chica se quedó inmóvil con tal belleza de hombre frente a ella. Melisa tenía razón, era todo un bombón.

—Hola, Melisa. Qué gusto verte, justo te iba a buscar a tu casa —dijo Alexander con una hermosa sonrisa en su rostro.

—Hola, Alexander. No va a ser necesario que vayas a mi casa. Creo que es preciso que hablemos, tenemos que aclarar muchas cosas.

Los interrumpió una voz chillona que se acercaba, era Tania con su minifalda roja y sus tacones.

—¿No me vas a presentar, Melisa?

Tania se anticipó dándole la mano Alexander.

—Soy Tania Elizondo, la mejor amiga de Melisa. Un placer conocerte.

Alexander sonrió mientras Tania estrechaba su mano suavemente.

—El placer es mío. Soy Alexander Fernández.

Melisa puso los ojos en blanco al ver el comportamiento de su amiga.

—Ya, Tania, suelta su mano —la reprendió Melisa—. Pareces boba.

—Con un hombre tan guapo como este, es imposible contenerse. Tenías razón, Melisa. ¡Está como quiere, está hecho un...!

Melisa abrió los ojos como platos y sintió cómo poco a poco se encendían sus mejillas. Le dio un codazo a su amiga y agregó:

—Ya, Tania, no digas tonterías.

Tomó a su amiga por el codo, alejándola de Alexander y en voz baja le murmuró:

—Será mejor que nos dejes a solas. Puedes venir más tarde. Ya lo conociste, así que puedes darte por satisfecha.

—Está bien, Melisa, pero más tarde vendré. Mis ojos están encantados con lo que ven aquí.

Le dio un beso en la mejilla a su amiga y aprovechó para despedirse de Alexander también con un beso.

—Los veo luego —agregó guiñándole un ojo a Alexander y luego se marchó.

—Disculpa a mi amiga Tania, algunas veces no sabe lo que dice. Ella es muy especial. No le hagas mucho caso.

—Tranquila, Melisa. Tengo un amigo muy parecido a ella, creo que se llevarían muy bien si se conocieran. Es mi mejor amigo, lo quiero mucho, es como el hermano que nunca tuve, ahora que voy a vivir aquí, voy a extrañar sus locuras y su compañía.

—Sí, sé de qué hablas, Alexander. Tania es como de la familia, crecimos juntas, ha sido mi cómplice en todo. Ella es así, no cambiará, a veces es un poco alocada. Pero no vine a hablar de ella.

Alexander sonrió.

—¿Así que te parecí guapo el otro día?

Melisa se sonrojó, deseaba que la tierra se la tragara. ¿Cómo Tania le hacía pasar por esas cosas?

—Ya, no te apenes —prosiguió él—. Me alegró mucho saber que piensas eso de mí.

—Como te dije antes, Tania algunas veces no sabe lo que dice. Pero ya, en serio, es mejor que nos concentremos en lo que realmente es importante para los dos.

—Lo sé, Melisa. ¿Qué te parece si vamos a tomar un café para conversar en la cafetería del pueblo?

—De acuerdo.

—Si no te molesta podemos ir en mi auto.

—No, gracias, prefiero ir en mi camioneta. No creas que somos amigos, ni cerquita estamos de eso. Esto va a ser solo cuestión de trabajo.

Melisa dio la vuelta y se dirigió hacia su camioneta.

—Solo quería ser amable. Como prefieras, nos vemos allá.

«Es rebelde, pero me gusta», susurró Alexander mientras subía a su auto.

Esperaba que Melisa aceptara su propuesta. Así podría verla todos los días. Aunque había estado muy poco tiempo junto a ella, se sentía muy bien a su lado. Sensación que ella no parecía compartir en absoluto. Sonrió al encender el auto, al menos lo consideraba guapo.

Estaba seguro de que no era un buen momento para ella, pero ya cambiaría de parecer cuando lo conociera mejor.

Los dos se dirigieron hacia el restaurante, ambos pensando en el otro.

Por su parte, Melisa no dejaba de preguntarse cómo le haría para no ponerse nerviosa frente a él. No importaba qué tan atractivo fuera, ella debía concentrarse en cosas más importantes y ser firme en su decisión.

No podía dejar que la manipulara por su situación, a pesar de que esos ojos azules la perdían por completo, su cuerpo musculoso y esos brazos fuertes...

Sacudió la cabeza al ser consciente del giro que estaban tomando sus pensamientos. Por Dios, se estaba comportando como una niña tonta. No tenía que dejarse llevar más por su apariencia, tenía que ser fuerte y pensar en

lo que realmente era importante.

Ambos llegaron al mismo tiempo a la cafetería. Antes de bajar de la camioneta, Melisa acomodó su cabello y se aseguró de estar radiante, estaría frente al hombre más guapo que había visto así que podía permitirse cierta vanidad.

Disimuló mientras miraba de reojo a Alexander. Por un momento ambos cruzaron sus miradas. Aunque Melisa quería evitar mirarlo no lo lograba y Alexander no se quedaba atrás. Melisa llenaba todas sus expectativas, era la mujer que necesitaba a su lado, aunque a su madre no le gustaría mucho y diría que no era de su clase social.

Como si eso le hubiera importado a Alexander antes, nunca había visto diferencia entre unas personas u otras, él no era así.

Se acercó a Melisa.

—Es muy lindo este lugar, su volcán, la naturaleza que lo rodea. Con tan poco tiempo de estar aquí ya estoy muy feliz.

—Sí, estoy orgullosa de haber crecido en este lugar, no lo cambiaría por ningún otro en el mundo.

—Vamos, entremos. Después de ti, Melisa —dijo él mientras le abría la puerta para que pasara.

Melisa le sonrió.

—Gracias, al menos eres todo un caballero, espero que no perdamos el tiempo hoy.

Los dos se dirigieron hacia una de las mesas, era un lugar rústico y agradable. Alexander retiró una de las sillas y esperó a que Melisa se sentara en ella. Se sentó al otro lado de la mesa.

Ambos ordenaron un café. Alexander le comentó a Melissa que le gustaba mucho la bebida y que había adquirido el hábito de tomarla cuando estuvo en la universidad, ya que era la única forma de mantenerse en pie durante los exámenes.

—¿Qué estudiaste? —preguntó Melisa—. ¿En qué trabajabas antes de venir aquí?

—Soy ingeniero agrónomo, en eso me especialicé y ese era mi trabajo, por eso es que quería comprar desde hacía tiempos los terrenos, Para poder poner en práctica todo lo que aprendí, en la ciudad no podía hacerlo.

—Así que conoces sobre la tierra y las plantaciones.

—Sí, pero no creo que tanto como tú. Tienes el don, lo vi el otro día.

—Eso dicen todos. Amo lo que hago, seguro que es por eso que lo he

logrado. Mi hermano está empezando a estudiar lo mismo que tú, ese ha sido su sueño.

—¿Tienes un hermano? ¿Y él sabe sobre lo que hizo tú padre?

—Sí, se llama Luis. Hace poco se fue a estudiar a la ciudad. Y no, él no sabe nada de esto y es mejor así. Pero creo que no vinimos a hablar sobre estas cosas.

—Lo siento, Melisa. No quise incomodarte. Pero entiende, si aceptas ser mi socia tengo que saber más sobre ti.

—Aun no comprendo cómo es que quieres que sea tu socia. Te puedes dar cuenta que no tenemos dinero, mis ahorros no creo que alcancen para mucho, la venta de flores apenas empezaba a mejorar. Leonardo nos ha arruinado por completo.

—Por eso insistí en comprar las tierras, algo me decía que Leonardo no era de fiar. Lo he pensado bien, tú tienes el conocimiento de cómo tratar con las plantas en estas tierras, yo sé sobre mucha teoría, pero en lo práctico quiero aprender de ti, ese amor que tienes con tus plantas te hace especial. Lo que quiero es que tu sigas igual, como si el vivero fuera tuyo. No quiero quitarte algo que sé que te pertenece. Te propongo trabajar juntos, yo pondré el dinero de los terrenos y tú me enseñas a trabajar en ellos, podemos hacer crecer más el negocio, las ganancias las dividiremos.

—No lo sé, por un lado, quiero aceptar, pero no te conozco. ¿Por qué haces esto? ¿Cuál es tu verdadero interés?

—Ninguno, Melisa. No quiero aprovecharme de nadie, sé que necesitas ayuda y yo también. No puedo con todo esto sin alguien como tú.

—Si acepto, será bajo ciertas condiciones. Te pagaré hasta el último centavo, sé que pagaste mucho dinero por los terrenos y yo te lo devolveré. Cada mes te iré abonando algo. El vivero está en sus mejores momentos y como dijiste, puede crecer mucho más. No voy a trabajar bajo las órdenes de nadie, sé muy bien lo que tengo que hacer.

—Lo sé, Melisa, como te dije antes, seguirás igual como si fueras la dueña. No te impondré nada, solo quiero aprender y puede que te sirvan mis conocimientos, no quiero que sean en vano tantos años de estudio. Entonces, ¿trato hecho, Melisa López?

Alexander extendió su mano frente a ella, sonrió al ver el rostro serio de la chica.

Melisa estaba aún insegura. ¿Cómo confiar en un desconocido? Sin embargo, no tenía más opción, ya se daría cuenta con quién se asociaba. De

seguro que debía enseñarlo hasta a vestirse para trabajar en el campo, porque por lo que podía ver, no tenía ni la mínima idea de qué ponerse.

—Está bien. Acepto ser tu socia, pero ya sabes mis condiciones. ¿Podemos empezar a trabajar? Creo que estamos perdiendo tiempo muy valioso. Y de una vez te digo que te equivocaste con la ropa que elegiste para trabajar. A los insectos les encantará tu sangre fresca y te quemarás con el sol. Así que, lo primero que necesitas, es buscar una camisa adecuada.

Melisa sonrió, mientras pensaba en lo bien que se veía con esa camiseta y como dejaba ver esos músculos bien formados. Había valido la pena la mala decisión de Alexander, la había deleitado con tremendo cuerpo. Tania sí que tenía razón, era todo un papasito.

—La verdad no pensé en eso. ¿Ves cómo te necesito, Melisa? ¡Hasta para escoger la ropa adecuada me tienes que guiar!

Alexander tocó su barba con sus dedos dándose cuenta de la forma en que lo miraba Melisa. No le era tan indiferente...

—¿Pero tan mal se me ve la camiseta, Melisa?

—No, no es eso. Se te ve muy bien. Demasiado bien... —susurró entre dientes.

—¿Qué dijiste, Melisa?

—No, nada, la verdad ni me había fijado en eso, solo que no es la adecuada para el campo.

Melisa se sonrojó, sabía que Alexander se había dado cuenta de cómo lo miraba de reojo.

Alexander sonrió, estaba encantado con la compañía de Melisa. Ya había olvidado todo el trabajo que tenían.

Melisa miró el reloj.

—Oh, por Dios, es tarde ya, como ha pasado el tiempo tan deprisa. Será mejor que nos vayamos. No creo que don Juan pueda con los pedidos pendientes para hoy.

—Sí, por un momento lo olvidé, cancelaré la cuenta y nos vamos—dijo Alexander.

—Me adelantaré, pasaré por la casa. Luis tiene algunas camisas que te puedan servir, ya que supongo que no tienes una que te sirva para trabajar.

—No quiero molestar con esas cosas, Melisa, pero pensándolo bien mis camisas de la oficina no son las más adecuadas.

—No es ninguna molestia, Luis no volverá en mucho tiempo, es mejor que tú las aproveches, tal vez te queden un poco ajustadas, pero será mejor que

nada.

Ambos sonrieron.

Alexander le tomó la mano a Melisa, la miró a los ojos.

—Gracias por aceptar ser mi socia, espero que no te arrepientas de esta decisión, pondré todo de mi parte para que tú y tú familia estén bien. Estoy seguro que hoy empieza algo muy hermoso para los dos.

Melisa sonrió, sentía que sus piernas le estaban por fallar, que dulce y tierno que era, con esos ojos azules y esa carita de ángel la hacía estremecer, debía retirarse cuanto antes.

—Te veo en el vivero —dijo retirándose a su camioneta.

—Hasta pronto, Melisa, te veo allá.

Melisa entró a la casa y se dirigió hacia la habitación de Luis. Emma al escucharla entrar fue hasta ella.

—Llegaste pronto. ¿Qué buscas en el armario de Luis?

—Unas camisas.

—¿Camisas?

—Son para Alexander, el nuevo dueño de las tierras.

—Sé muy bien quién es Alexander, Melisa. Creo que eso significa que ya hablaste con él. ¿Qué pasó? ¿Aceptaste su propuesta?

—Sí, mamá, puedes estar tranquila, ya hablamos, le dije mis condiciones y si las cumple todo estará bien.

—Me alegro, Melisa, él parece un buen muchacho. ¿Pero para que le lleves las camisas?

—El muy sonso no trajo camisas adecuadas para el campo. Tú sabes cómo son los mosquitos por acá y cuando esté bajó el sol puede que quede como un tomate. No puede enfermarse, ya es mi socio y ocupo que trabaje como tal.

—Pobre muchacho, no sabe en el problema que se metió contigo.

Emma sonrió.

—Lo dices como si yo fuera un ogro. —Melisa se encogió de hombros—. Hay mucho trabajo, debemos esforzarnos si queremos que el negocio crezca más.

Emma se acercó a Melisa, le tomó las manos. Le dijo que estaba orgullosa de ser su madre. Que sabía que todo saldría muy bien, siempre había confiado en sus decisiones y esta vez no sería la excepción. Se abrazaron, cuánto necesitaba Melisa esas dulces palabras de su madre.

—Gracias, mamá, por tan lindas palabras. Sabes cuánto te amo, haría cualquier cosa por todos ustedes.

—Lo sé, Melisa, lo has demostrado muchas veces.

—Te dejo, tengo que ir a trabajar.

Le dio un beso en la mejilla y se marchó hacia el vivero, durante el camino no pudo sacar de su mente aquellos hermosos músculos del cuerpo de Alexander ni su hermosa sonrisa.

Sí que tendría que contenerse para no caer rendida en esos brazos fuertes. Al llegar aparcó la camioneta al lado del auto de Alexander, tomó las camisetas y se dirigió hacia la oficina. Lo encontró sentado frente al escritorio. Alexander se puso de pie al verla entrar.

—Llegaste pronto, te esperaba ansioso. —La miró de arriba abajo, acercándose hasta ella—. De verdad gracias por estar aquí, Melisa.

Ella le dio las camisetas, necesitaba apartarse un poco de su lado.

—Aquí está lo prometido, espero que te sirvan de algo. Si quieres te puedes poner una, necesitamos ir a cortar las flores cuanto antes.

Alexander sonrió mientras suspiraba.

—Como tú ordenes, eres mi maestra y yo tu alumno.

—Ya no te burles de mí, Alexander, o tendré que castigarte el primer día de clases.

Alexander se quitó la camiseta que traía puesta frente ella, dejando ver todo su torso bien formado. Melisa tragó con dificultad cuando vio su abdomen, tuvo que disimular mirando hacia otro lado.

—Al parecer tu hermano es de mi talla, me quedó bien la camiseta.

—Qué bueno, al menos ya tienes que ponerte en estos días. Alexander, disculpa la pregunta, ¿piensas seguir durmiendo en esta cama tan incómoda? Este pequeño dormitorio de la oficina no está adecuado para vivir.

—Lo sé, Melisa, pero por el momento no veo otra opción. No tengo ningún otro lugar donde quedarme.

Melisa se quedó pensativa.

—Tengo la solución a tu problema.

—¿Cuál?

—Entre las propiedades que compraste hay una pequeña casa. Hace mucho que no se usa, así que puede que necesite alguno que otro arreglo, pero te vendrá genial. Es la casa que está justo al lado del vivero, mis abuelos la construyeron antes de fallecer. Tiene tres cuartos, sala, un baño y cocina.

—Cuanto me has alegrado el día, Melisa. De verdad que arreglas mi vida en un instante. ¿Cómo es que no vive nadie en esa casa?

—No sé, mi madre nunca estuvo a gusto en ella, siempre decía que sentía que no le pertenecía, aunque mis abuelos querían mucho a mi madre, ella tenía esa sensación. Tuvimos que vivir en ella por un tiempo, mientras le hacían unos arreglos a la nuestra, pero desde entonces ha estado vacía. Además, es muy pequeña para nosotros.

—Me gustaría conocerla, pero será más tarde. Melisa, debemos ir ayudar a

don Juan, debe estar muy angustiado.

Los dos se dirigieron hacia donde se encontraba el hombre. Don Juan estaba muy feliz de que Melisa hubiera aceptado el trato y estuviera de vuelta en el vivero.

—Gracias a Dios que has aceptado la propuesta —dijo a Melisa—. Temí que no lo hicieras justo ahora que se acerca el festival.

—Disculpen, ¿de qué festival están hablando? —intervino Alexander.

—¿No le has contado nada del festival? Mejor los dejo a solas, creo que deben ponerse al día con los asuntos del vivero.

—Está bien, don Juan, ya casi lo ayudamos con los pedidos.

Alexander se acercó a Melisa un poco serio.

—Ya somos socios, cuéntame ¿de qué festival estaban hablando?

—Se me había olvidado por completo, perdona. Es que estamos invitados a el festival de orquídeas más importante del país, vendrá gente de otros países y el ganador tendrá la oportunidad de exportar sus productos. Será algo maravilloso para quien gane, además hay un premio en efectivo. Hace mucho tiempo que esperaba la oportunidad de poder participar, pero nunca estaba entre los favoritos de la zona. Fue una sorpresa que llegara la invitación este año.

—Soy testigo de que tienes las orquídeas más hermosas, sé que ya tienes ganado ese primer lugar —dijo Alexander.

—Eso quisiera yo, pero en ese festival participan muchos viveros ya conocidos, tienen mucho tiempo de hacerlo... Tengo miedo de salir decepcionada y ni siquiera lograr llamar la atención de alguna persona del jurado.

Melisa agachó la mirada.

Alexander se acercó a ella, se quitó uno de sus guantes y le alzó la barbilla con sus dedos para que lo mirara a los ojos.

—No tengo mucho tiempo de conocerte, se puede decir que unos cuantos días, pero he visto lo que haces aquí. Eres maravillosa, esas flores que tienes son hermosas. Cualquiera desearía poder comprar tus orquídeas. ¿Cómo no van a llamar la atención del jurado?

Melisa se sonrojó, nadie nunca le había hablado así, pudo ver en la mirada de Alexander su sinceridad. Y eso la hacía sentir muy bien, más decidida que nunca en dar a conocer sus hermosas flores.

—Gracias, Alexander, por tus palabras. Son muy reconfortantes para mí, pero debo trabajar muy duro . Desde hace tiempo estoy trabajando en un grupo

de orquídeas diferentes, espero tenerlas listas para esa fecha.

—¿Para cuándo será ese festival?

—Veinticinco y veintiséis de agosto. Tengo menos de tres meses para tener las orquídeas listas y no sé si lo voy a lograr.

—Tranquila, yo te voy ayudar en todo lo que esté a mi alcance. Esas orquídeas estarán listas para el festival.

—Eso espero, Alexander, esa sería nuestra gran oportunidad.

Melisa suspiró más aliviada, al menos ya contaba con una nueva ayuda en el vivero, quizás pronto hasta tendrían que contratar más personas para que les ayudaran. Si lograban ganar ese concurso las ventas crecerían mucho más de lo que ya lo estaban haciendo.

Los dos empezaron a preparar las flores. Melisa le explicaba a Alexander cada detalle de lo que debía de hacer, por el momento le enseñaba cómo cortar las flores y como debían de acomodarlas en las cajas donde las transportaban con mucho cuidado hasta su destino.

—Al parecer aprendes rápido, Alexander.

—Debe de ser porque me enseña la mejor.

Le guiñó un ojo y siguió con lo que hacía. Melisa sonrió mientras tomaba un pequeño descanso, había sido un día de mucho trabajo. Ya era hora de ir almorzar, para luego ir a entregar las flores.

Emma llegó justo en ese momento, llevaba comida para todos, incluso para Alexander. Melisa salió a su encuentro.

—Hola, mamá, ¿te ayudo con eso? Debe de estar muy pesado, huele delicioso y con el hambre que tengo sería capaz de devorarlo todo.

—Lo imaginé, hija, por eso les traje a todos algo para que comieran.

—Gracias, mamá.

Emma se acercó a Melisa y le preguntó en voz baja:

—¿Dónde está Alexander? No lo veo por aquí.

—Está con don Juan, fue a traer más flores. Ah, mira, ahí vienen ya.

Los dos hombres avanzaron hacia ellas con una gran sonrisa en la cara.

—Hola, señora Emma, que gusto volver a verla.

—Hola, Alexander, les traje algo de comida. Pasen al comedor para servirles.

—Es usted un ángel, señora Emma. Y con esta hambre que tenemos nos cayó del cielo. Muchas gracias.

Emma sonrió.

—Ningún ángel, ya quisiera yo serlo, solo imaginé que tendrían hambre.

Melisa me comentó que tienen mucho trabajo aquí. Esta es mi forma de cooperar. Aunque puedo quedarme a empacar las flores que todavía faltan. Además, estar fuera de casa me hace bien, más cuando en este lugar se respira aire tan fresco y se está rodeada de tan hermosas flores.

—Mamá, si quieres nos puedes ayudar un rato. Ya casi terminamos y no quiero que te canses mucho.

—Para nada, hija, me siento muy bien. Esperaré a Yineth que también viene para acá después del colegio, nos iremos juntas. Recuerda que de hoy en adelante también ayudaremos con el vivero.

Emma les sirvió el almuerzo, todos saborearon el delicioso pollo en salsa que había preparado. Cuando terminaron Alexander no pudo evitar elogiar a Emma por tan sabrosa comida.

—¿Le han dicho que cocina muy rico, señora Emma? Gracias por el almuerzo, estoy a punto de reventar. Creo que por hoy no voy a poder comer más —dijo Alexander.

—Y eso que no has probado la costilla a la barbacoa que prepara Melisa, te chuparías los dedos...

Melisa se sonrojó.

—Ya, mamá. No seas exagerada, no es para tanto.

Alexander se levantó y recogió los platos para llevarlos al fregadero y lavarlos. Miró a Melisa y sonrió.

—¿Así que eres una experta con las plantas y también una buena cocinera? ¿Que más descubriré de ti, Melisa López?

Alexander le guiñó un ojo.

Melisa se levantó enseguida y se acercó también al fregadero.

—Deja, Alexander, yo lavaré los platos. Y mi madre solo exagera, la cocina no es mi especialidad.

Frunció el ceño, mientras trataba de coger la esponja para lavar los platos.

Alexander colocó su mano sobre la esponja justo en el mismo momento en que Melisa lo hacía. Los dos se quedaron en suspenso mirándose a los ojos, volvieron a sentir como sus corazones se aceleraban otra vez. Melisa quitó su mano, dando un paso atrás.

—Tranquila, Melisa... Es lo menos que puedo hacer, ustedes ya me invitaron al almuerzo, así que a mí me toca lavar los platos.

Melisa sonrió y volvió a sentarse. Ojalá Tania fuera la mitad de entusiasta que Alexander respecto a lavar los platos.

Emma se acercó a su hija, poniéndole la mano en el hombro.

—Déjalo que lave los platos, Melisa, ya no hay muchos hombres así.

—Es cierto, Emma, yo fui criado a la antigua. No soy muy bueno con los quehaceres de la casa —dijo Juan mientras reía—. Prefiero comer que lavar los platos. Pero, bueno... me retiro a seguir con el trabajo. Como siempre, Emma, tu comida estaba deliciosa, gracias por acordarte de mí.

—Con mucho gusto, Juan. Me alegro de que te gustara. Iré contigo, quiero ver en qué les puedo ayudar.

—Está bien, mamá, ya casi te alcanzó, puedes ir acomodando las flores que faltan.

Emma y don Juan se retiraron dejando solos a Melisa y Alexander, aunque no por mucho tiempo ya que de pronto Tania apareció.

—Hola, hola, los veo muy solitos aquí. ¿Qué hace este bombón lavando los trastos, Melisa? Sí que me gustaría un hombre así.

Melisa la fulminó con la mirada.

—Creí que ya no vendrías —dijo Melisa.

—¿Y privarme de mirar a este buen mozo? Ni tonta que fuera.

Melisa la tomó del brazo, alejándola un poco de Alexander que sonreía con las ocurrencias de Tania.

—Por favor, Tania, tienes que comportarte o tendré que pedirte que no vengas más. Te lo comes con la mirada y lo estás incomodando con tus locuras.

Tania le sonrió.

—Ay, Melisa, no es para tanto. Además, creo que le gusta.

—Deja de decir tonterías, pareces desesperada por un hombre.

—Pues si es uno como ese... —Se mordió los labios como si pudiera saborearlo—. ¿No será que estás celosa, amiga?

—De verdad que te tomaste algo, Tania. Baja la voz que te va a escuchar.

—Está bien, Melisa, ya me voy a comportar.

Tania se acercó a Alexander.

—Lástima que me tengo que ir, me gustaría conocer más de ti o saber si tienes algún amigo tan guapo como tú.

Alexander sonrió.

—Creo que a mi amigo Daniel le encantaría conocerte, Tania. Él vendrá el fin de semana, así que tal vez lo llegues a conocer.

—Me has alegrado el día, Alexander, espero que sea igual de lindo que tú.

—Por favor, Alexander, no le hagas caso a mi amiga.

Melisa fulminó a Tania con la mirada, cómo no iba a obedecerla con

semejante amenaza.

—Sí, Alexander, lástima que ya me tengo que ir, pero vendré muy seguido, eso lo puedo asegurar.

Tania le dio un beso en la mejilla mientras le cerraba un ojo a Alexander, luego se acercó a su amiga.

—Chao, Melisa, cuídate. Y tranquila que ya voy a dejarte sola con este bombón —le susurró al oído.

Luego se marchó sonriendo.

—Es muy linda tu amiga, sí que me hace reír.

Melisa suspiró y se encogió de hombros.

—Algunas veces es mejor que no le sigas la corriente, tiende a ser un poco insistente cuando se propone algo. Será mejor que sigamos trabajando.

Una hora después todo estaba listo para entregarse, Melisa y Alexander se encargarían de los pedidos. Alexander conocería cada uno de los clientes que tenían.

—Melisa, ya casi llega Yineth. No sé qué podemos hacer más en el vivero y aún es temprano.

—Tienes razón, mamá, pero se me acaba de ocurrir algo en lo que nos pueden ayudar.

—Dime de qué se trata.

—Hace un rato le hablé a Alexander sobre la casa de al lado, la que construyeron los abuelos, creo que se puede adecuar para que él viva ahí. Sé que no es muy agradable dormir más de una noche en la cama que hay en la oficina, los resortes de ese colchón se te clavan en las costillas. No creo que sea muy saludable.

—No tienes que molestarte por mí, Melisa, puedo acostumbrarme a eso, aunque anoche estaba tan cansado que no me di cuenta de esos resortes que hablas.

—Si sigues durmiendo ahí te aseguro que te darás cuenta muy pronto. Sé que no la pasarás muy bien. Es mejor que te mudes cuanto antes a la casa, te gustará. Además, si tu amigo viene el fin de semana podrá ocupar una de las habitaciones.

—Alexander, Melisa tiene razón, yo me encargaré de dejarte esa casa limpia para que puedas vivir. Para nosotras no es ninguna molestia, lo haremos con mucho gusto. Vayan tranquilos que de la casa nos encargaremos nosotras.

—Gracias, Emma, son muy amables. Les pagaré todo lo que están haciendo por mí.

—No, para nada, lo hacemos con mucho gusto, ya estás haciendo suficiente con dejar a Melisa como tu socia. Te estamos más que agradecidas, ¿verdad, hija?

—Sí, Alexander, mamá tiene razón, tenemos mucho que agradecerte.

—Para mí es un honor trabajar con tan bellas mujeres.

Alexander miró a Melisa y le sonrió.

—Ya, hija, váyanse que se les hace tarde.

—Está bien, mamá, estamos de vuelta como en tres horas.

—Justo el tiempo que necesitamos para limpiar la casa, Melisa.

Los dos se despidieron y subieron a la camioneta. Melisa le presentó a todos sus clientes del mercado mientras entregaban todo como de costumbre. Los clientes quedaron complacidos con el nuevo socio, sabían que era lo mejor para el vivero ahora que Luis no estaba. Hasta la amargada de doña María había expresado una leve sonrisa.

—Sí que le caíste bien a todos los clientes, nunca había visto a doña María sonreír con alguien y eso que Luis trató de hacerlo en muchas ocasiones.

Melisa sonrió mientras manejaba de regreso.

—Me halagas mucho con lo que dijiste, Melisa, pero no me pareció tanto una sonrisa, más bien parecía una mueca.

—Te lo digo en serio, es que no la has visto de mal humor. A Luis no le agradaba mucho cuando le teníamos que entregar los pedidos, pero es una de nuestras mejores clientas.

—Pues espero que siga de buen humor la señora.

Los dos sonrieron, al parecer ya se empezaban a llevar muy bien.

Al llegar al vivero, fueron directo a la casa donde ya se encontraban todos terminando de limpiar. Emma estaba justo en la entrada.

—Regresaron pronto. ¿Qué te parece la casa, Alexander?

—Está muy linda, no me la imaginaba así, los acabados son preciosos.

—Y eso que no conoces su interior, mis suegros tenían muy buen gusto, amaban esta casa, aunque vivieron muy poco tiempo en ella.

—Vamos, pasa a tu nueva casa, Alexander —dijo Melisa—. Puedes cambiar los muebles si no te gustan, nos hemos encargado de mantenerla lo más limpia posible, todo lo que se encuentra en ella, está muy bien cuidado.

—No, Melisa. No cambiaré nada, todo se quedará tal como está. Además, todo es muy lindo, se siente el calor de hogar que busco.

Yineth salió de una habitación.

—Hola, Alexander. Ven a ver las habitaciones. Mamá y yo colocamos

sábanas limpias, espero que te gusten.

—Hola, Yineth. Gracias, todo está muy lindo. No sé cómo les voy a pagar por esto.

Las tres sonrieron.

—Al menos hoy podrás dormir bien, Alexander —dijo Melisa.

—De eso no tengo ninguna duda y todo gracias a ustedes, me encanta.

—Nos alegra mucho que te guste, los abuelos deben de estar muy felices de que alguien cuide de su amada casa —dijo Yineth.

Melisa miró a su madre.

—Es mejor que nos vayamos a casa. Dejemos que Alexander acomode sus cosas, creo que por hoy ya terminamos el trabajo. Mañana llegaré temprano, debo cuidar mis orquídeas —dijo Melisa.

—Gracias de nuevo a todas —dijo Alexander mientras sonreía.

—De nada —dijeron en coro.

Las tres se retiraron y fueron a casa.

Alexander aprovechó y cerro el vivero, ya don Juan también se había marchado, recogió sus cosas y se las llevó a su nueva casa. Debía ir por el resto de sus pertenencias a la ciudad el fin de semana.

Hizo una llamada a su amigo Daniel, le contó todo lo que estaba viviendo y cómo se había portado con él la familia de Melisa. Lo feliz que estaba de haber tomado esa decisión. Luego se despidió muy contento ya que pronto Daniel sabría de lo que le estaba hablando.

Melisa llegó temprano tal como lo había dicho. Alexander ya estaba en pie regando las plantas. Había dormido muy bien y cómo no, todo estaba perfecto en la casa, no podía pedir más. Solo pensaba en cómo conquistar a Melisa que cada vez se metía más en su corazón.

—Hola, Melisa, sí que llegaste temprano hoy. Te ves muy hermosa.

—Gracias, tú también te vez muy bien, Alexander. Al parecer dormiste de maravilla en tu nueva casa.

—Sí, dormí bien, me sentí como un rey en su palacio, solo que me hace falta algo...

Melisa se extrañó, todo parecía estar bien.

—¿Qué paso, Alexander, qué te hizo falta?

Él sonrió y tomó la mano de ella.

—Lo que me falta es una reina para ese palacio.

Melisa se sonrojó, su corazón se aceleraba con solo verlo. En tan poco tiempo de conocerlo ya deseaba ser la reina de ese rey de ojos azules.

Pero era muy pronto para expresar sus sentimientos hacia él, debía conocerlo más para dejarse llevar por sus emociones. Se separó un poco quedándose callada.

Alexander se acercó de nuevo a Melisa.

—Lo siento. No quise incomodarte, pero quiero confesarte que desde que te conocí me gustaste mucho. No había conocido a nadie como tú, sé que eres muy especial y en cada momento me doy cuenta de eso. Espero tener una oportunidad para conquistar tu corazón.

Melisa sonrió.

—Por el momento solo seré tú profesora, de lo otro ya veremos... el tiempo lo dirá. Se me hace tarde, debo ir con mis orquídeas.

—Si necesitas ayuda, recuerda que soy ingeniero agrónomo, tal vez pueda darte una mano con mis conocimientos en esa materia. Debo hacer que valgan la pena tantos años de estudio.

—Gracias por la información, lo tendré en cuenta.

Melisa se giró y se dirigió hacia su lugar casi secreto, ya tenía varios días

de descuidar su proyecto, no podía seguir descuidando sus plantas más preciadas.

Alexander la miró alejarse y entrar a un lugar que él aun no conocía del vivero. Más tarde se daría la vuelta por ahí, pues sentía curiosidad.

Siguió con el riego de las plantas, luego tendría que arreglar un poco de tierra. Todo llevaba su proceso y poco a poco lo iría aprendiendo.

Don Juan llegó muy puntual como de costumbre, sonriendo y alegre a pesar de su edad.

—Buenos días, Alexander, parece que hoy también se levantó muy temprano.

—Buenos días, don Juan. No soy el único, Melisa también ya está aquí.

—De ella no me extraña, lo hace con mucha frecuencia. ¿Dónde está? Necesito preguntarle algo.

—La miré entrar en ese lugar. Ya que estas aquí, quiero preguntarte algo. ¿Qué es lo que tiene en ese invernadero? Aun no lo conozco.

—Ni lo conocerá, joven. —Don Juan soltó una risita—. Ahí solo Melisa entra, es su lugar secreto, ni yo que tengo tantos años de estar aquí he entrado. Solo sé que de ahí saca las más lindas orquídeas que he visto, el don que tiene esa niña es fascinante. Lo siento, me retiro a trabajar, más tarde la veré.

—Está bien, don Juan, yo también continuaré con mi trabajo.

Don Juan se retiró, pero Alexander tenía mucha curiosidad por lo que Melisa tenía en ese lugar, así que decidió ir y tocar la puerta. Melisa estaba muy concentrada desinfectando unas semillas de orquídea que luego debía colocar en los vasos para su germinación.

Al escuchar que llamaban a la puerta fue hacia ahí, salió y cerró la puerta enseguida. Alexander por más que trato de ver no alcanzó a observar nada.

—¿Qué se te ofrece?

—Nada importante, Melisa, disculpa que te interrumpa. Solo quería decirte que don Juan te busca, creo que necesita hablar contigo.

—Está bien. Gracias, Alexander. Lo iré a buscar de una vez, puede que sea algo importante.

Melisa cerró la puerta con candado, lo miró de reojo y se retiró sin imaginar la verdadera intención de Alexander.

La curiosidad de Alexander creció más, no lograba ver nada en el interior del lugar.

«Es mejor que siga trabajando, debo tener paciencia, tal vez algún día me gane su confianza», pensó.

Fue hacia la entrada al escuchar que alguien se acercaba, era Damián que llegaba justo en ese momento.

—Hola, pequeño, ¿qué se te ofrece? —preguntó creyendo que el niño iba a comprar flores a su madre.

Damián se quedó mirándolo un poco desconcertado, pues nunca antes lo había visto en el vivero.

—Nada, yo trabajo aquí. ¿Quién eres tú, acaso eres un nuevo trabajador del vivero?

—Se puede decir que sí, amiguito. Me llamo Alexander extendió la mano hacia Damián.

Damián lo miró al rostro y sonrió mientras apretaba la mano de Alexander con fuerza.

—Mi nombre es Damián Segura, un gusto conocerlo.

—El gusto es mío, Damián.

—¿Se encuentra Melisa en el vivero? Ella es mi amiga, es un ángel... Me dio trabajo para que mi familia y yo no muriéramos de hambre, es tan buena.

—Lo sé, además es tan bella por dentro como por fuera.

Alexander suspiró y se quedó callado unos segundos. Melisa apareció en ese preciso momento, los miró a ambos con atención.

—Veo que ya se conocieron. Hola, Damián. ¿Cómo has estado?

—Hola, Melisa, muy bien gracias. Hoy no tuve clases, así que aproveché para venir ayudarte.

—¿Y cómo es que no me habías hablado de este simpático jovencito, Melisa?

—Lo siento, Alexander. No lo creí necesario, era mejor que lo conocieras tú mismo, te darás cuenta que es un niño encantador y además muy valiente.

—De eso no tengo ninguna duda, Melisa, si es tu amigo, también es mi amigo.

Alexander le tocó la espalda a Damián, al parecer ya se empezaban a caer muy bien.

—Dime, Damián, ¿ya terminaste los exámenes? No quiero que vengas a trabajar hasta que hayas terminado, ese fue nuestro trato lo recuerdas —dijo Melisa un poco seria.

—Sí, Melisa. Como te dije, esta semana hice los exámenes, por eso no había venido antes, tuve que estudiar mucho y más que me tocó ponerme al día con las materias. Pero me fue muy bien, mamá está muy feliz con los resultados.

—Me alegro mucho, Damián, sé que eres muy inteligente, por eso no dudé en ayudarte ni un segundo.

—Gracias, Melisa, sin ti no lo hubiera logrado, te lo voy agradecer toda la vida.

—Al parecer ya somos dos los hombres encantados con esta bella mujer —dijo Alexander mientras le guiñaba un ojo a Damián.

Melisa se sentía orgullosa de sí misma y más con tan bellas palabras.

—Sí, mi madre dice que es nuestro ángel de la guarda y yo creo que es así —dijo Damián con una sonrisa en su rostro.

—No soy un ángel, Damián. ¿Cómo no te iba ayudar? Cualquier persona lo habría hecho, eres un amor.

—Cualquier persona no. Hasta ese día solo había recibido miradas de desconfianza porque pedía dinero o comida en las calles, muy pocas me ayudaron con un poco de pan, los demás solo me miraban feo. Tú si nos ayudaste sin ningún miedo. Nos has dado lo que nadie me quiso dar antes. Por eso eres nuestro ángel, Melisa.

—Así que además de ser muy hermosa, tienes un gran corazón, cada vez me sorprendes más —dijo Alexander.

Melisa quiso cambiar de tema.

—Alexander, ¿ya le contaste a Damián que eres el dueño de todo esto?

—¿Ya no eres tú la dueña? —preguntó Damián sorprendido—. Eso significa que ya no voy a trabajar más aquí.

Su pequeño e inocente rostro estaba teñido de tristeza.

Alexander se puso frente a Damián y lo miró a los ojos.

—Claro que no, amiguito. Melisa no supo explicarse bien, yo solo soy su socio y todo seguirá igual. Aquí nada va a cambiar. Tú puedes seguir con el trato que has hecho con Melisa. No tengo ningún problema. Más bien si te puedo ayudar en algo, lo haré con mucho gusto.

—Gracias, Alexander. Eres genial, igual que Melisa. Creo que ya tengo dos ángeles de la guarda, estoy muy feliz.

Damián los miró y sonrió mientras juntaba las manos de ambos.

—Y se ven muy bien juntos —agregó—. Bueno, me voy a preguntar a don Juan en qué lo puedo ayudar.

Damián desapareció corriendo. Dejó a Melisa y Alexander tomados de las manos. Los dos se quedaron suspendidos en el tiempo mirándose a los ojos sin darse cuenta que Damián ya no estaba a su lado.

—Tienes unos ojos hermosos, Melisa, pero me imagino que ya lo sabes. Tu

novio te lo ha de decir muchas veces.

Melisa soltó sus manos dándose la vuelta.

—No tengo novio, Alexander. Creo que aún no ha llegado el adecuado a mi vida.

Alexander sonrió, sabía que tendría oportunidad de conquistarla.

—Así que no tienes novio... pero me imagino que sí muchos pretendientes. Eres muy hermosa.

—Para nada. Me he dedicado por completo a mi trabajo. No soy de salir y los pocos novios que he tenido no disfrutaban las plantas, se han aburrido y se van. Pero ha sido lo mejor. No quiero a alguien a mi lado que no ame lo que hago, esto es lo que quiero hacer el resto de mi vida. Y ¿tú que me cuentas? Debes tener muchas mujeres locas por ti.

—No, nada de eso, Melisa. Sé de qué hablas, lo sé muy bien. Yo también lo he vivido. A mi vida solo han llegado mujeres vacías que solo se preocupan por la apariencia, llenas de cirugías y sin ningún sueño por cumplir. Además, al igual que tú, no les gusta mi trabajo. No haré mi vida al lado de una mujer así. Aunque mi madre insista en buscar a una mujer de la misma clase social de la familia, según ella.

—Tu madre debe ser muy exigente, imagino.

—Mucho, Melisa, si la conocieras. No le va a gustar nada que yo viva aquí en el campo, creo que hasta se desmayará de la impresión. Ella ama la ciudad, sus reuniones de caridad y todo eso, para ella el campo sería el peor lugar para vivir.

—¿Quieres decir que tu madre no sabe que estás aquí?

—Aún no se lo dicho, solo lo saben mi amigo Daniel y mi padre. Mi madre nunca ha estado de acuerdo con mis deseos de vivir en el campo. Lo contrario a mi padre que siempre me apoya en todo.

—¿Y cuándo se lo dirás? Se disgustará más si se da cuenta por otra persona.

—Lo sé, Melisa, mañana iré a la ciudad. Hablaré con ella, sé que se enojará mucho. Pero es mi decisión y tiene que comprender. Quizás me dejará de hablar un tiempo. Aunque es normal en ella, siempre se enfada cuando no se hace lo que dice.

—Qué mal, ojalá no sea para tanto y te comprenda.

—Eso espero, Melisa. No me gusta cuando mi madre se enfada conmigo y menos cuando se trata de tonterías.

—¿Así que mañana te vas a la ciudad?

—Sí, pero no te alegres mucho, Melisa, solo me ausentaré en la mañana, regresaré por la tarde.

—Qué cosas dices, Alexander. Te puedes ir tranquilo yo me haré cargo de todo.

—Suena a ironía. No creo que yo te haga mucha falta aquí, hasta hoy has podido muy bien sola sin mí, Melisa.

—No, para nada, Alexander. Tengo muy claro que eres mi socio, aunque no lo creas soy consciente de que los dos debemos tomar las decisiones juntos.

—Gracias por ese punto a mi favor, pero sé que sola te las arreglas muy bien, más cuando se trata de plantas y todo lo del vivero.

Melisa se quedó callada, un poco triste.

—No todo, aun no puedo lograr que algunas de mis orquídeas florezcan.

—¿Por qué lo dices?

—Por el festival de orquídeas, no sé si estoy preparada.

—¿Por qué te preocupas, Melisa? Tienes muchas orquídeas y todas son hermosas.

—No lo suficiente, Alexander, comprende que solo las mejores participan. Y esta vez estará una de las grandes atracciones, la más famosa y multipremiada orquídea negra. Es la más admirada en muchos países. ¿Tú crees que pueda contra eso?

—No te preocupes yo te ayudaré a ganar el primer lugar, trabajaremos juntos. Solo que para ayudarte debo saber por qué dices eso. ¿Cuál es el problema con las orquídeas de las que hablas?

Melisa se quedó pensativa, la única forma de enseñarle el problema a Alexander era llevándolo a su escondite secreto, como lo llamaban todos.

—Está bien, te enseñaré cuál es mi problema.

Se dirigieron hacia el invernadero, ella tomó la llave y abrió el candado.

—Te confieso que solo yo entro a este lugar, nadie más lo ha hecho antes, aquí es donde he sacado todas las lindas orquídeas que has visto afuera.

Alexander quedó sorprendido con todo lo que miraban sus ojos, parecía un laboratorio secreto, como en las películas, con muchas filas de frascos llenos de plantas. Por otro lado, muchos ingredientes extraños. Alexander no sabía mucho sobre los procedimientos de germinación *in vitro* en las orquídeas.

—Esto parece un laboratorio científico, Melisa. No me lo esperaba...

—Aquí es donde empieza todo el proceso de germinación, pero antes debo escoger las mejores plantas para sacar las semillas. He logrado muchas variedades que he podido combinar. Llevo muchos años investigando con

resultados muy buenos, pero la variedad que quiero y sé que sería casi perfecta no he logrado que tenga el resultado deseado. Hay un hongo que no las deja florecer, he probado muchos productos y no logró combatirlo. Son mi única esperanza.

—Pues espero poder ayudarte, Melisa. En la universidad vimos muchos problemas de hongos en las plantas, si lo veo te diré si te puedo ayudar, aunque no lo creas fui uno de los mejores estudiantes.

—Vamos, te enseño cuáles son las orquídeas —dijo Melisa mientras se dirigían al otro lado del invernadero.

—Aquí es donde tengo las orquídeas que estarán listas para el festival.

—¡Son muchas, Melisa, y de muchos tamaños!

—Así es, Alexander, son muchos años de trabajo en estas orquídeas.

Melisa se dirigió hacia donde estaban las orquídeas con el problema. Las señaló, el hongo todavía no era tan evidente, ya que siempre aparecía justo antes de la floración.

—Estas son las plantas de las que te hablé, Alexander, espero me puedas ayudar.

Alexander las miró detalladamente. No parecía un hongo muy común, pero sí lo había visto antes.

—No estoy muy seguro, Melisa, pero creo saber cómo lo podemos solucionar. Este hongo no es muy conocido, a muy pocas plantas las afecta. Cuando estuve en la universidad vimos un caso muy parecido, solo que no era en una orquídea, pero estoy casi seguro de que es la misma enfermedad. Mañana mismo te conseguiré la cura para este problema.

—¿En serio lo harás?

—Claro que sí, Melisa.

—Es que he probado muchos productos y ninguno ha logrado combatir este hongo.

—Es porque no es muy común, por suerte yo ya traté con este problema, puedes confiar en mí.

Alexander miró hacia el centro de las orquídeas, había una que sobresalía entre todas las demás. Su tamaño era perfecto, estaba muy sana y esplendorosa, pero aún no tenía flores. Se dirigió hacia donde estaba la orquídea y la señaló.

—¿Y esta orquídea, Melisa? Es diferente a las otras.

—Es la más especial de todas, nunca ha florecido, pero la he cuidado mucho desde que mi abuela Regina la puso en mis manos. Ha sido como un

tesoro en mi vida. No sé por qué no ha florecido si se encuentra en todo su esplendor.

—Es muy extraño, Melisa, pero sé que el valor sentimental es muy grande. Debes de seguir cuidándola, tal vez algún día te sorprenda y florezca.

—Será maravilloso, Alexander, siempre me recuerda a mi amada abuela, por eso la tengo en el centro de todas. Pero ya, debemos de regresar a trabajar.

Salieron del invernadero, esta vez Melisa no colocó ningún candado a la puerta.

—Aquí has visto lo máspreciado que tengo aparte de mis hermanos y mi madre. Ya no cerraré con candado, puedes entrar cuando gustes, al fin y al cabo todo esto te pertenece.

—Suena como si yo fuera el malo de la película, Melisa.

—Para nada, solo quería ver tu rostro. Te vez bien cuando te pones serio.

Ambos sonrieron, el amor sí que rondaba en el aire. Continuaron el resto del día junto con los demás haciendo sus trabajos. Por la tarde, justo antes de irse a casa, Melisa se quiso despedir de Alexander.

—Espero que te vaya muy bien en el viaje, me imagino que te vas muy temprano.

—Gracias, Melisa. Sí, quiero regresar mañana mismo, debo aprovechar cada minuto en la ciudad. Le dije a Daniel que me preparara algunas cosas para no tener que empacar. También le pedí que me comprara ropa adecuada para trabajar, así podré devolverte las camisas de tu hermano. Creo que lo que me llevará más tiempo es hablar con mi madre, costará mucho que me entienda.

—Bueno, te deseo mucha suerte con eso, espero que todo te salga muy bien. Buenas noches, te veo luego, Alexander.

—Buenas noches, Melisa. Gracias por confiar en mí.

Los dos sonrieron y luego Melisa se marchó dejando a Alexander con una sonrisa enorme en el rostro y una sensación de felicidad que jamás había sentido.

«Será un largo viaje, espero que Daniel tenga listo todo lo que le pedí», pensó Alexander apenas encendió su auto dispuesto a volver a la ciudad. Tan solo iban a ser las cinco de la mañana, pero era mejor así. Tendría que dedicarle mucho tiempo a su madre y eso esperando que no terminara en el hospital debido a la impresión.

Al llegar a su apartamento ya su amigo lo estaba esperando. Daniel se anticipó en abrir la puerta y se abalanzó a abrazarle. Alexander se quedó inmóvil, al parecer sí que lo había extrañado su amigo.

—Ya, Daniel, solo me fui una semana. Hasta pareces una esposa desesperada por su marido después de un viaje.

Daniel se apartó un poco.

—Es verdad, me he visto patético. Pero no importa, amigo, me has hecho mucha falta.

Daniel le puso una mano en la espalda y con la otra le despeinó el cabello mientras entraban al apartamento.

Una vez dentro se sirvieron una taza de café con galletas. Hacía días que no disfrutaban de un buen café hecho por Daniel.

—Yo también te extrañé mucho, pero con tanto trabajo en el vivero lo he superado.

Alexander sonrió, burlándose de Daniel.

—Ahora sí has herido mis sentimientos, ya no te hago falta, mi amigo del alma, me has cambiado por el campo —dijo Daniel con dramatismo fingiendo que se le hacía un nudo en la garganta.

Alexander soltó una carcajada y le dio una palmada en la espalda.

—Ya cálmate, Daniel, que me estas asustando. Sí que te hace falta una chica.

—Ja, ja, ja. Debe de ser eso, justo ayer terminaron conmigo, mi última conquista me dejó por otro. A mí que soy el que siempre termina con todas antes de que me atrapen por completo. Creo que he perdido mi chispa de don Juan.

—Puede que sea lo mejor, amigo, ya es hora de que formalices una

relación —contestó Alexander con una risita.

—No, jamás. Aun no llega la mujer que conquiste a este bombón. Pero cambiemos de tema. ¿Cómo te está yendo en el campo? ¿Cómo se ha portado la familia de Leonardo?

—Como te dije, es la mejor decisión que pude haber tomado en mi vida, estoy feliz. Melisa es encantadora. No me equivoqué el día que la conocí. Pero ya te darás cuenta tú mismo de lo que estoy hablando, sé que también te gustará, más aún cuando conozcas a Tania, su amiga.

—¿De verdad? ¿Y qué tal está la amiga?

Daniel arqueó las cejas como muestra de expectación.

—Sé que te gustará, Daniel, hasta creo que harían bonita pareja.

—Ummm, ya me está gustando más la idea de ir a conocer ese lugar. Solo dime a qué hora debo estar listo y nos vamos.

—No comas ansias, yo te avisaré la hora en que nos vamos. Pero dime, ¿conseguiste lo que te pedí?

—Aquí está la ropa que me pediste y también este producto que aun no comprendo para qué lo necesitas. Me dijeron que no era muy común que lo compraran, hasta me interrogaron. No supe qué decir, solo que me lo pidió un amigo con urgencia.

—Gracias, Daniel, era muy importante conseguirlo, lo necesitamos para curar un hongo de unas orquídeas.

Daniel puso mirada maliciosa.

—Cómo, cómo... ¿Cómo es eso de necesitamos, tú y quien más? Hay algo que no me has contado aún.

—Daniel, está semana pasaron muchas cosas, pero por el momento solo te contaré que Melisa y yo somos socios. De lo demás te darás cuenta, cuando estés allá estos días.

—Está bien, Alexander, pero debo hacerte una pregunta más. ¿Hay muchos insectos donde vives? Sabes que no me gustan para nada esos bichos.

—Claro que no, Daniel. Puedes ir tranquilo, pero por aquello lleva un buen repelente.

—Será lo mejor, quiero prevenir todo eso. No vaya a ser que me tenga que venir esta misma noche.

—No exageres, te va a gustar mucho, lo sé.

—Eso espero. Sabes que no soy tan amante del campo como lo eres tú.

—Te puedo decir que todo es muy diferente a la ciudad, puede que extrañes el bullicio y las discotecas, pero solo serán unos días. Es mejor que nos

apuremos. No quiero regresar muy tarde y primero tengo que ir con mis padres.

—¿Ya le dijiste a tú madre?

—No, Daniel, a eso voy. Sabes cómo es ella, seguro que hará uno de sus dramas.

Alexander suspiró profundo.

—Pobre de ti, te considero. Doña Norma hará temblar la tierra hoy con esta noticia. Hará todo lo posible por traerte de regreso.

—Lo sé, Daniel, pero ya es hora de que entienda que soy responsable de mis actos y que ella no puede seguir metiéndose en mi vida.

Alexander frunció el ceño y se quedó pensativo.

—Bueno, amigo, te deseo la mejor de las suertes con tu madre. Luego me cuentas, por el momento iré a preparar mi maleta. Avísame a qué hora nos vamos. Hasta pronto.

Daniel salió del apartamento y Alexander preparó otras cosas que necesitaba en su nueva casa. No era mucho y sería rápido. Metió al auto las maletas y cajas y se dirigió hacia la casa de sus padres. Durante el camino buscó la forma de darle la noticia a su madre. Lo bueno era que su padre estaría en casa y lo apoyaría.

Antes de entrar a la casa tomó aire y suspiró profundo. Norma lo recibió en la puerta, tenía días de no verlo.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás? —preguntó Alexander mientras le daba un beso y un abrazo.

—Muy bien, cariño. Mucho mejor ahora que te veo, ya estaba a punto de irte a buscar. ¿Dónde te habías metido?

—Hola, Alexander, que alegría verte —interrumpió Ramón con su voz gruesa.

El hombre sabía que Norma no dejaría en paz a Alexander con sus preguntas.

Alexander se acercó y le dio un fuerte abrazo a él también.

—Qué alegría de verte, papá, ya tenía muchas ganas de venir a saludarlos.

—Pasa, hijo, que tenemos mucho de qué hablar.

Ramón le puso la mano en el hombro mientras se dirigían a la sala.

—Me imagino que vienes a contarle todo a tu madre —le susurró.

—¿Qué tanto se dicen ustedes, acaso me ocultan algo? —dijo Norma con rostro de enfado al verlos cuchicheando.

—La verdad es que sí, mamá. Será mejor que te sientes porque debo

confesarte algo.

—Lo que me tengas que decir lo puedo escuchar de pie. No creo que sea importante.

—Mujer, ven a sentarte y deja que nuestro hijo hable.

—Tiene días de que no sé nada de él y ahora viene a decir sabrá Dios que desgracia —dijo Norma mientras se sentaba—. Ya estoy sentada, dime de qué se trata todo esto.

Norma se quedó callada con el ceño fruncido.

—Ya, mamá. No te enfades. Sabes que te amo con todo mi corazón y por eso te quiero confesar lo que hice. Pero prométeme que no te enojarás con papá o conmigo.

—Dime ya que me estas asustando.

Alexander tomó una silla y se sentó frente a ella mientras le tomaba las manos en las suyas.

—Mamá, sabes que siempre he escuchado tus consejos y he tratado de hacer lo que has dicho, pero siempre he deseado tener mis terrenos en el campo. Ya soy un hombre adulto y he tomado mis propias decisiones.

Norma soltó las manos que aun Alexander sujetaba y se levantó de prisa.

—No me digas que cometiste esa locura de comprar terrenos fuera de la ciudad. ¿Quieres que me dé un infarto? ¡Eso quieren ustedes dos, que me vuelva loca!

—Norma, cálmate, no es para tanto. Deja que Alexander te cuente bien de qué se trata.

—Sí, mamá. Siéntate, por favor. —Norma los miró muy enfadada—. Escúchame, sí es cierto que compré unos terrenos, pero si los conocieras estoy seguro de que te encantarían y si supieras lo satisfecho y feliz que estoy no te molestarías tanto. Por fin pude encontrar lo que siempre he soñado. Se presentó la oportunidad y la aproveché. Mamá, necesito que me apoyes esta vez. No estudié lo que querías y nunca estuve de acuerdo con la carrera que elegí, pero esto es más serio y necesito que ahora sí aceptes que soy el dueño de mis decisiones y lo único que debe importarte es mi felicidad.

—¿Cómo quieres que te apoye en esto? Mi único hijo se quiere ir a no sé qué lugar a jugar al campesino y ensuciarse con tierra y quién sabe cuántas cosas más. Dios mío, qué van a decir mis amigas.

—Eso es lo único que te importa, mujer, el qué dirán los demás. Nunca te ha importado la felicidad de nuestro hijo. Entiende, él ya no es un niño al que puedes manipular. Apóyalo aunque sea una vez en tu vida.

—Y tú, Ramón, siempre apoyándolo en sus locuras. Y claro que quiero que nuestro hijo sea feliz, pero porque no lo hace como cualquier joven de la ciudad, por qué no quiere escucharme. Aquí tiene un buen trabajo, puede hacer una familia maravillosa al lado de una mujer digna.

—No, mamá, ese siempre ha sido tú sueño, no el mío. Aquí no encontraré a la mujer que quiero a mi lado el resto de mi vida. Tienes que entender eso, quise hacer las cosas bien y venir a decirte todo. No quiero que te enojas conmigo. No me gustaría marcharme así.

Norma se quedó callada, estaba tan acostumbrada a que hicieran lo que ella quería que ni siquiera sabía cómo asimilar la situación.

—¿En qué lugar compraste esos terrenos?

—No es demasiado lejos. Unas cuantas horas en auto. El lugar está en Turrialba. Es hermoso, el aire es limpio, no hay ruidos de autos y la vista al volcán es espectacular. Tienen que ir a conocer.

Ramón se acercó a Alexander.

—Claro, Alexander, debe de ser muy lindo ese lugar. Yo estaría feliz de ir a conocer dónde vas a vivir.

—¡A vivir! ¿Quieres decir que te vas a mudar? Ay, Dios... Solo espero que pronto te aburras de tu capricho, Alexander.

—No, Norma, esta vez nuestro hijo encontró lo que tanto buscaba, déjalo que haga su vida.

—Espero que sepan lo que están haciendo. No les diré más nada, pero no me pidan que vaya a ese lugar. Saben cuánto aborrezco el campo. Eso sí, Alexander —añadió con gesto serio—, ni se te ocurra enamorarte de una campesina, eso no lo voy a permitir.

—Ya, mamá, deja de decir eso, nunca me ha importado la clase social de la que estas tan orgullosa. Sabes lo que pienso de las mujeres que quieres para mí, no me interesan en absoluto,.

—Mujer, cuándo vas a comprender que el dinero no hace ninguna diferencia en la vida. Te recuerdo que cuando nos casamos tú y yo éramos pobres y que gracias a un buen amigo fue que logramos tener la clase social de la que tan orgullosa estás ahora, Norma.

—A veces eres insoportable, Ramón. Mejor iré a decirle a la muchacha del servicio que nos sirva el almuerzo. Si es que logro probar bocado después de tal disgusto que me han causado.

Ramón puso los ojos en blanco mientras veía a su esposa marcharse con dirección a la cocina.

—Alexander —dijo a su hijo—, no te preocupes más. Pronto se le pasará, ya sabes cómo es tu madre, siempre nos tiene que contradecir en todo.

—Gracias por estar a mi lado siempre apoyándome. No sé qué haría sin ti.

—Eres mi hijo y así es como debe de ser. Vamos a tomar una cerveza mientras me cuentas cómo te ha ido en esa nueva aventura. ¿Cómo es la gente? ¿Ya tienes alguna jovencita en la mira?

—Papá, conocí a la mujer más hermosa que he visto, su forma de ser es impresionante, creo que me estoy enamorando.

—¿Tan pronto, Alexander? Tú no eres así. No te apures tanto que te pueden romper el corazón.

—Melisa es diferente a todas las mujeres. Si la conocieras sé que te caería muy bien papá.

—Tal vez sea muy pronto, hijo, pero ya estoy ansioso por ir allá. Aunque tu madre no creo que me acompañe.

—Cuando quieras, papá. La casa donde vivo te gustará mucho, sus acabados son muy lindos.

Alexander le siguió contando sobre el vivero y todo lo que había pasado desde que había llegado a ese lugar. Ramón estaba sorprendido al escuchar lo que Leonardo le había hecho a su propia familia.

Su hijo le contó todo tal como había pasado y de quién se trataba su nueva socia. Después fueron a almorzar, luego Alexander se despidió de sus padres y se marchó para reunirse con Daniel.

Iban a ser las dos de la tarde, Alexander se había tardado en la casa de sus padres. Llamó a Daniel para que estuviera listo afuera del apartamento, recogerlo y marcharse de inmediato.

«Al menos mi madre quedó contenta, bueno dentro de lo que cabe. No le agradó la noticia, pero es normal en ella, por lo menos no fingió un desmayo», pensó mientras conducía.

Alexander llegó hasta donde estaba Daniel esperándolo. Pudo ver que tenía dos maletas en el suelo y un bolso en los hombros. Alexander aparcó el auto, se bajó y se llevó una mano a la cabeza. Lo bueno es que solo sería una semana, no quería ni pensar cuánto equipaje ocuparía su amigo si se iba un mes.

—Alexander, te tardaste mucho en casa de tus padres, creí que no llegarías.

—Disculpa, ya sabes cómo es mi madre. ¿Estás seguro de que llevas solo lo necesario, Daniel?

—Sí, empaqué solo lo básico. Incluso tuve que dejar algunas cosas, pero

creo que no eran tan indispensables.

Alexander sonrió.

—Qué bueno que fue así, algo más y ni siquiera podríamos meternos al auto. Creo que exageraste, solo vas por una semana.

—Pues no quiero tener que salir a un lugar extraño a conseguir algo que no lleve en mis maletas. Sabes que hombre prevenido vale por dos. Además, compré camisas de campo, un sombrero para el sol y hasta unas botas por aquello de que tenga que caminar en el lodo.

—Subamos las maletas al auto, ya te darás cuenta que no es como te imaginas.

Empezaron su viaje en silencio, Daniel se puso cómodo en su asiento de acompañante, luego de varios minutos miró a Alexander y le dijo:

—Llevo muchos repelentes para los mosquitos. No quiero llevarme una sorpresa.

—Te dije que no hay mosquitos en ese lugar, Daniel, por lo menos en estos días que estuve no había.

—Deben estar esperándome, con cuchillos y cubiertos. Sabes cómo son esos bichos.

—Deja el pánico, Daniel, creo que estás viendo mucha televisión.

—Puede ser que sea eso, Alexander. Esta semana no he tenido nada más que hacer y todo porque a mi mejor amigo se le ocurrió irse a vivir lejos.

—Ya te estás pareciendo a mi madre. No le gustó para nada la noticia.

—Sabes que te he apoyado en todas tus locuras, solo que sí extraño a mi amigo del alma.

Los dos sonrieron y se quedaron callados por un momento.

—Pero dime, Alexander, ¿tú madre aceptó que te fueras para el campo? Te confieso que sería muy extraño, la conozco desde hace muchos años y no es de las que se quedan muy tranquilas con una noticia así.

—Al principio, se alteró un poco. Pero con la ayuda de mi padre la logramos tranquilizar. Ya te la puedes imaginar, lo que me preocupa fue lo que me dijo.

—¿Qué te dijo amigo? ¿Por qué pones esa cara?

—Que no se me ocurriera enamorarme de una campesina. Sería algo que no aceptaría nunca por su clase social y todo eso.

—Ja, ja, ja. Ahora sí que te has metido en tremendo lío, Alexander. Si tu madre supiera sobre Melisa, ahí sí le daría un infarto.

—No te burles, Daniel, realmente estoy muy preocupado. Mi madre sería

capaz de cualquier cosa, con tal de separarme de Melisa. Recuerda cuando me gustaba Marian, la muchacha de la universidad, mi madre hizo hasta lo imposible por sacarla de mi vida y eso que apenas salimos un par de veces.

—Cómo olvidarlo, amigo. Pobre chica, creo que no se acercaría a ti ni aunque le pagaran una fortuna.

Siguieron conversando durante el viaje. Daniel estaba sorprendido por la vista hermosa hacia el volcán. No dejaba de tomar fotografías a todo lo que les rodeaba en el camino.

—Ya no estamos muy lejos, Daniel, te quiero pedir que te comportes. Melisa es alguien muy especial y lo sabes.

—Claro que puedo comportarme como todo un caballero. No tienes que decírmelo. Tenías razón, Alexander, todo lo que he visto es muy lindo, creo que empiezo a entender porque te gustó tanto este lugar.

—Ves que yo tenía razón.

Para cuándo llegaron al vivero solo Melisa se encontraba ahí. Ella salió a recibirlos al escuchar el auto. Los dos salieron del auto y Daniel no dejó de mirarla de arriba abajo.

—Hola, Melisa, te presento a mi querido amigo Daniel.

—Mucho gusto, Daniel, soy Melisa López —dijo ella mientras le extendía la mano para saludarlo.

—Daniel Torres, el placer es mío. Alexander tenía mucha razón, eres una mujer muy hermosa.

Melisa sonrió y sus mejillas se sonrojaron.

—Ya, Daniel, puedes soltar su mano —dijo Alexander con el ceño fruncido.

Daniel soltó la mano de Melisa al sentir la mirada fulminante de Alexander.

—Lo siento, Melisa. No me di cuenta. —Se acercó a ella y le dijo al oído—: Discúlpalo por su rostro, solo está un poco celoso.

—Daniel, ven para que bajes tus maletas, te enseñaré la casa. Ya casi es de noche así que debemos darnos prisa.

—Está bien, ya voy.

—Yo los dejo, ya me tengo que ir. Hasta luego.

Los dos se despidieron, mientras llevaban las maletas hasta la casa y Daniel se burlaba del ataque de macho alfa que había tenido Alexander.

—¿Cómo amaneciste, Daniel? —preguntó Alexander—. Me sorprende que te levantaras temprano, ya preparé el desayuno espero que te guste.

—Amanecí muy bien. Después del largo viaje caí como piedra en la cama. Tenías razón, el aire fresco es sensacional y no he extrañado para nada la ciudad.

Los dos se sentaron a la mesa riendo y conversando mientras tomaban café, con un delicioso gallo pinto y huevos revueltos.

Cuando terminaron de desayunar se dirigieron al vivero, Daniel estaba ansioso por conocerlo. Como era domingo Alexander no esperaba ver a Melisa por ahí.

Estaban terminando el recorrido y pasando justo debajo de unos helechos colgantes cuando una araña cayó sobre el rostro de Daniel que dio un gran salto.

El pobre hombre comenzó a correr como si tuviera encima a una serpiente golpeando como loco su cabeza en sus vanos intentos por quitarse la diminuta araña.

—¡Un bicho, un bicho! ¡Quítamelo, Alexander, por favor! ¡Dijiste que no había bichos!

Alexander se acercó y le quitó la pequeña araña que trataba de salvar su vida en la espalda de Daniel mientras este gritaba sin darse cuenta de que Melisa y Tania estaban justo detrás de él presenciando todo el espectáculo.

Las dos se quedaron de pie tratando de contener la risa al ver cómo Daniel se retorció gritando muy asustado como una damisela en apuros. Melisa carraspeó para llamar la atención de los amigos.

Alexander también estaba riéndose a carcajadas al ver el ridículo de su amigo frente a las chicas.

—Disculpen a Daniel, tuvo un encuentro con una pequeña araña.

—¿Pequeña? ¡Pequeña! Yo la vi gigante cuando cayó en mi rostro.

—Daniel, cálmate. ¿Qué van a pensar las chicas de ti? Ven que te voy a presentar. Hola —saludó—. Tania, él es Daniel mi mejor amigo.

—Mucho gusto, Daniel, soy Tania Elizondo.

La rubia tendió la mano fascinada con lo que veían sus ojos.

—Discúlpame por la actuación, soy Daniel Torres y el gusto es mío.

Daniel cambió el resplandor al ver frente a él a esa rubia de ojos verdes con un escote que no dejaba mucho a la imaginación.

—Al parecer tú también le tienes miedo a los insectos —dijo Tania sonriendo.

—No es lo que parece, solo les temo un poco —contestó Daniel.

—Hace un momento no parecía que fuera solo un poco —añadió Melisa mientras una risita salía de su boca.

—Tienes toda la razón, por dicha solo era una pequeña arañita —dijo Alexander sonriendo.

Daniel se acercó a Alexander tomándole por el hombro.

—Se supone que me tienes que ayudar, voy a quedar como un tonto asustado frente a ellas —susurró.

Todos soltaron una carcajada.

—Está bien, les voy hacer sincero —continuó Daniel—. Sí, le tengo miedo a todos los insectos y bichos, por eso nunca visito el campo.

Tania se le acercó a Daniel con una sonrisa cómplice.

—No te preocupes, por acá no hay muchos insectos. Eso de la araña solo fue mala suerte. Te aseguro que yo sería la primera en no estar aquí si hubiera bichos por doquier.

—Puede que esos miedos se me olviden con tu compañía Tania.

Él le sonrió mientras le guiñaba un ojo.

—Ey, ustedes dos déjense de coqueteos —les interrumpió Melisa riendo.

—No pensé que vinieras hoy al vivero, es domingo —dijo Alexander a su socia.

—Es que ayer olvidé preguntarte si compraste el producto para las orquídeas. Además, también vengo a invitarlos a cenar en casa hoy. Mi madre se alegrará mucho si aceptan.

—Uy, genial, claro que iremos. Ya me está gustando mucho esta familia, sí que me caes bien, Melisa —dijo Daniel mientras sonreía de oreja a oreja.

—Sí, Melisa, claro que te conseguí el producto, mañana mismo lo podemos aplicar. Estoy seguro de que sí funcionará. Y respecto a la cena será un gusto acompañarlas, gracias por la invitación.

—Cuidado no van, chicos —expresó Tania—. Me imagino que yo también estoy invitada a cenar, amiga.

Melisa puso los ojos en blanco y suspiró profundo.

—Claro que sí, Tania. Será mejor que nos vayamos ya. Supongo que Alexander llevará a Daniel a conocer el pueblo.

—Está bien, Melisa, pero si ellos quieren los podemos acompañar, conocemos mucho mejor el lugar —dijo Tania sonriendo.

Melisa la tomó del brazo alejándola un poco.

—¿Cómo se te ocurre decir eso, Tania? Deberías ser un poquito menos indiscreta e imprudente —murmuró Melisa.

—Relájate, Melisa. Yo con ese bombón me ofrezco para lo que sea.

Tania acomodó su escote un poco más abajo y se dirigió hacia donde estaban ellos. Melisa la siguió molesta, pues su amiga siempre se salía con la suya.

—A mí me encanta la idea de pasear con tan bellas mujeres, será perfecto —dijo Daniel con los ojos clavados en el escote de Tania.

—Por mí no hay ningún problema, siempre y cuando estés de acuerdo, Melisa —agregó Alexander.

A Melisa no le quedó más remedio que aceptar. Los cuatro subieron al auto de Alexander, Daniel y Tania decidieron ir juntos en los asientos traseros.

—Solo los podremos acompañar un rato —explicó Melisa—. Tania y yo debemos ir a comprar algunas cosas para la cena.

—Está bien, Melisa, pero mientras tanto no nos preocupemos por eso —contestó la amiga.

Tania no dejaba de mirar el cuerpo moreno de músculos fuertes de Daniel y sus labios gruesos que pedían ser saboreados. Tenía unos ojos claros que dejaban ver su propio reflejo en ellos.

Daniel, por su parte, no era para nada indiferente a ella. La miraba embobado. No recordaba haber visto a una mujer con pechos naturales tan grandes y perfectos, era como su sueño hecho realidad.

—Al parecer se caen muy bien estos dos, creo que ni verán el paisaje —susurró Alexander a Melisa mientras sonreía.

—Sí, tienes toda la razón, creo que hemos perdido a nuestros amigos.

—¿Tú lo crees, Melisa?

—Ummm conozco a Tania y a este ya le echó el ojo.

—¡Oigan aún estamos aquí! —dijo Tania.

Todos rieron a carcajadas mientras se dirigían a un lugar donde se podía observar mejor el volcán, no quedaba muy lejos y podían regresar temprano al vivero para que Melisa tuviera tiempo de hacer lo que Emma le había pedido.

Llegaron a uno de los miradores del volcán, era asombroso como se

lograba apreciar tanta belleza natural.

Daniel y Tania se alejaron un poco entre risas y muchos selfis. Melisa y Alexander se quedaron por un momento solos tratando de disimular su atracción. Melisa miró hacia el volcán evitando esos ojos azules que la hacían estremecer.

—Es hermosa la vista desde aquí —dijo Alexander recostado en la baranda del mirador.

—Es cierto. No muchas personas tienen la oportunidad de ver toda esta belleza.

Alexander se acercó a Melisa muy tiernamente, le quitó un mechón de cabello que le caía en el rostro. Melisa no pudo evitar quedar hipnotizada por esos ojos que no dejaban de mirarla y ese cuerpo que la atraía como imán. Se acercaron cada vez más, sus labios se estaban haciendo una clara invitación a ser probados.

Los latidos del corazón se aceleraron con cada respiración. Todo era perfecto. Entonces una voz chillona los interrumpió y rompió toda la magia de golpe. Ambos dieron un respingo y se separaron.

Era Tania que se acercaba sin aliento, había encontrado otro fantástico lugar para admirar. Melisa sonrió mientras seguía a su amiga deseando que no hubiese aparecido nunca e intentando controlar su respiración.

—Ven, apúrate, Melisa, que no está lejos.

Alexander fue tras ellas hasta llegar a donde se encontraba Daniel esperándolos.

—Vengan, acérquense, quiero tomar una foto de todos con este bello lugar de fondo —gritó Daniel con el teléfono en mano.

Se acercaron al mismo tiempo que sonrieron para tomar el selfi. Alexander y Melisa no podían dejar de mirarse discretamente después de lo que había estado a punto de suceder.

—Creo que es mejor que regresemos, Tania. No quiero que se me haga tarde.

—¡Estás loca, Melisa! Si apenas estamos empezando. Sabes que hay muchos más lugares hermosos por aquí —exclamó Tania entusiasmada.

—Me gustaría conocer más lugares —dijo Daniel apoyando a Tania.

Alexander miró a su socia y pudo ver que estaba preocupada por la hora. No quería que se atrasara por su culpa.

—Melisa tiene razón, es mejor regresar. Tendremos más tiempo otro día para conocer esos otros lugares.

Tania frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—De acuerdo. Pero queda pendiente un paseo, no se me olvidará, tengo muy buena memoria.

—Anda, Tania. No necesitas decirlo, te conozco bien y sé que no se te olvidará.

Todos sonrieron y regresaron al auto donde Daniel y Tania continuaron con el coqueteo hasta llegar al vivero.

—Ha sido muy lindo el paseo, la pasé genial con la compañía de estas hermosas mujeres —dijo Daniel, mientras miraba a Melisa y Alexander—. Aunque ustedes dos han estado muy callados durante el regreso.

—Daniel, ahora que lo dices tienes toda la razón. Conozco a mi amiga y es extraño cuando se queda tan callada. ¿Acaso nos están ocultando algo ustedes dos?

Ambos se miraron al sentirse interrogados por sus propios amigos.

—¡No! Para nada —dijeron en coro.

—Ustedes dos se están imaginando cosas, solo disfrutamos del paseo, ¿verdad, Melisa?

Alexander la miró serio.

—Es cierto. No estamos ocultando nada, porque nada ha pasado —contestó Melisa mientras sus mejillas se sonrojaban—. Vamos, Tania, se nos hace tarde. Nos vemos en la cena, chicos.

Tania aprovechó para despedirse de Daniel con un beso en la mejilla y luego ir tras Melisa.

—Chao, nos vemos. Cuidado nos dejan plantadas —gritó.

—Ahí estaremos sin falta —dijo Alexander con una gran sonrisa.

—Para nada nos perderíamos esa cena —replicó Daniel guiñándole un ojo a Tania.

Las dos amigas se alejaron. Daniel estaba feliz, la había pasado muy bien ese día. Fueron a la casa y ambos decidieron qué llevarían a la cena, no podían llegar con las manos vacías. Coincidieron en llevar una botella de vino, la mejor que pudieran encontrar en ese lugar y unas hermosas rosas para la señora Emma.

Conforme se acercaba la noche los nervios de Melisa crecían más, esas maripositas en el estómago no la dejaban en paz. Tania estaba con ella y parecían adolescentes preparándose para el baile de graduación. El vestido que escogieron les quedaba perfecto, solo debían buscar un buen peinado y el maquillaje.

—Del maquillaje me encargo yo —dijo Tania con su colección de los mejores cosméticos en las manos.

—Solo te quiero pedir, Tania, que no me dejes como payaso de circo como la última vez. Quiero algo sencillo y natural, nada llamativo.

—Está bien, eres muy exagerada, recuerdo que te salieron tres pretendientes ese día, Melisa.

—Por tanto maquillaje, creyeron que era una mujerzuela, recuerdo muy bien los malos ratos que pasamos ese día.

—Disculpa, Melisa, no recordaba esa parte, ha pasado mucho tiempo.

Las dos rieron a carcajadas al recordar lo que les sucedió. Tocaron a la puerta de la habitación un par de veces, era Yineth que pedía pasar. Al abrir la puerta quedó sorprendida al ver a Melisa y Tania muy elegantes.

—Y ustedes dos para dónde van vestidas así. Soló es una cena aquí en casa. No vamos para ninguna boda.

—Es mejor estar prevenidas, hasta en la casa una debe vestir elegante —dijo Tania sonriendo.

—¿Será que exageramos, Yineth? —preguntó Melisa un poco confundida.

—No para nada, Melisa, te ves hermosa, hace tiempo que no te veía tan radiante como hoy.

—Gracias, hermanita —dijo mientras la abrazaba.

—Alexander y su amigo quedarán deslumbrados por tan bellas mujeres. Tú también estas muy guapa, Tania.

Las tres acabaron de arreglarse mientras Emma terminaba de preparar todo para la cena. A las siete en punto se escuchó un auto, Yineth se asomó por la ventana.

—¿Son ellos, Yineth? —preguntó Melisa.

—Sí, ya llegaron. Se ven muy guapos, con razón ustedes dos están así.

—Calla, Yineth. Mejor ve a abrir la puerta, iremos tras de ti.

Las dos amigas se miraron y terminaron de acomodar su cabello para luego bajar por las escaleras.

Daniel y Alexander tocaron el timbre, iban muy elegantes, uno con la botella de vino y el otro con el gran ramo de flores. Yineth les abrió justo cuando Melisa y Tania bajaban.

—Hola, buenas noches, Yineth —dijo Alexander con una voz suave.

La adolescente respondió a su saludo y los invitó a pasar al tiempo que Emma aparecía y Alexander hacía las correspondientes presentaciones.

—Melisa, te ves hermosa —dijo Alexander.

—Tú también, te ves muy bien con ese traje.

Daniel, al igual que Alexander estaba encantado con lo que miraban sus ojos y también halagó a Tania.

—Pasen a la sala para que puedan charlar un poco. Chicas, ofrézcanle algo de beber y busquen alguna música bonita para relajar el ambiente. Melisa, ha preparado unas costillas de cerdo asadas que les encantarán.

—Con solo escucharlo se me abrió el apetito —replicó Daniel con una gran sonrisa.

—Toma, Melisa. Hemos traído esta botella de vino, espero les guste.

—Gracias, Alexander, la pondré en el refrigerador.

A la hora de cenar cada uno tomó asiento, Melisa y Emma sirvieron la cena. Daniel no dejó de elogiar las deliciosas costillas asadas.

—Tú madre tenía razón, Melisa, cocinas delicioso, estas costillas están sabrosas, puedo decir que no había probado nada igual antes —dijo Alexander.

—Gracias, pero mamá me ayudó a preparar todo.

—Entonces mis felicitaciones para las dos, está todo delicioso.

—Y yo también ayudé —chilló Tania—. Traje las bolsas del mercado hasta acá, eso es algo.

Todos rieron al escuchar a la chica tratando de llamar la atención.

—Qué tonto Leonardo —soltó Daniel sin ser consciente de su imprudencia—. Alejarse de tan bella familia por una chica que le está haciendo pasar tan mal rato en estos momentos...

Todos clavaron la mirada en él.

—Daniel, no seas tan inoportuno —dijo Alexander con su ceño fruncido.

—Déjalo, Alexander. ¿A qué te refieres, Daniel? —dijo Melisa con curiosidad.

—Cuéntanos, Daniel —dijo Emma sorprendida por el comentario.

—Está bien, les contaré. Pero primero me disculpo por mi indiscreción, sé por lo que ese hombre las ha hecho pasar.

—Ya cuenta, Daniel, que hasta yo tengo curiosidad por saber qué sucedió con ese tipo —agregó Tania.

—Hace unos días escuché decir a un amigo que conoce a su abogado, que Leonardo el mismo día que estuvo aquí con Alexander regresó a su apartamento, donde había dejado todo el dinero de la venta de los terrenos, y se encontró con que su noviecita se había escapado y no le había dejado ni un centavo partido a la mitad. El poco de dinero que le quedó en la cuenta

bancaria no le alcanzará ni para pagar las tarjetas de crédito que había usado para mantener a esa chica a su lado. Al parecer la está pasando muy mal, sin novia y sin dinero. Parece que está durmiendo en un apartamento pequeño de la zona más humilde de la ciudad y que está tomando mucho. Está claro que el karma sabe cómo trabajar...

—Todo en esta vida se paga —susurró Emma mientras apretaba fuerte el tenedor entre sus manos.

—Mamá, tú tienes razón, pero creo que no es suficiente para el daño que nos ha causado, se merece mucho más —contestó Yineth.

Todos se quedaron callados por un momento.

—No vale la pena arruinar esta linda cena hablando de ese hombre —agregó Alexander.

—Tienes razón, lo que pase con ese hombre ya no nos interesa, mejor sigamos disfrutando de este momento —dijo Melisa fingiendo una sonrisa.

La pasaron tan bien que nadie fue consciente de lo tarde que era.

—¡Oh, diablos! Ya me tengo que ir —exclamó Tania de pronto.

—Pero te puedes quedar en casa —dijo Melisa.

—No hoy no puedo, ¿será que me puedes llevar a casa, amiga?

—Si me lo permites —intervino Daniel—, yo puedo llevarte. ¿Me prestas el auto, Alexander?

—Claro que sí, Daniel. Yo puedo regresar a casa caminando, no está lejos.

—Entonces no se diga más, tú me llevarás a casa —dijo Tania mientras se lo comía con la mirada.

Los dos se despidieron y se subieron al auto para marcharse. Emma y Yineth también se despidieron de Alexander, estaban muy cansadas así que se retiraron a sus habitaciones dejando solos justo en la entrada de la casa a Melisa y Alexander.

Los dos suspiraron al mismo tiempo mientras se miraban a los ojos.

—Realmente estás muy hermosa, Melisa.

Alexander la tomó de las manos acercándose cada vez más. Melisa pudo sentir cómo le temblaban las piernas, no podía resistirse a Alexander que la miraba fijamente a los ojos.

—Desde que te vi sentí algo que nunca había sentido con nadie más, eres muy linda y especial.

Melisa se quedó inmóvil, esperaba ese ansiado beso que había sido interrumpido por Tania. Sin darse cuenta Alexander le rodeó la cintura con sus manos cálidas.

Entonces sintió como sus labios se unían dulcemente con un beso, buscándose y acoplándose a la perfección. Ella le rodeó el cuello a Alexander dejándose llevar por las sensaciones que recorrían su cuerpo como si estuviese sufriendo el contacto a un cable de alta tensión. El momento era mágico, la atracción había sido mutua desde el momento en que se conocieron.

Melisa se separó un poco después del largo beso que los dejó casi sin aliento. Pero Alexander la sujetó de la mano como si temiera que ella se escapara de sus brazos.

—Es mejor que te vayas, Alexander, es un poco tarde y creo que debemos tomarnos las cosas con más calma. Esta noche ha sido muy amena, pero creo que este no es el lugar más cómodo. Te veré mañana.

Alexander asintió.

—Tienes razón, Melisa. Gracias por tan linda noche. Hasta mañana.

Ella sonrió y antes de cerrar la puerta volvió a besar a Alexander con pasión. Cuando por fin se fue pudo sentir su aroma envolviéndola. Entre suspiros y sonrisas subió a la habitación donde seguramente soñaría con ese beso.

Alexander estaba igual de emocionado, Melisa se le había clavado en lo más profundo del pecho. Llegó a la casa casi sin darse cuenta, se recostó y se quedó dormido recordando la magnífica noche que había tenido sin siquiera prestar atención a que Daniel aún no había regresado.

Lo primero que hizo Alexander al levantarse fue asomarse por la ventana, su auto estaba estacionado en la calle. No se dio cuenta a qué hora llegó Daniel.

Preparó el desayuno, luego fue hacia la habitación en la cual Daniel se encontraba durmiendo. Alexander abrió la puerta despacio, sujetó un almohadón que estaba junto a la cama y golpeó la espalda de Daniel un par de veces.

—¡Despierta, es hora de levantarse!

Daniel cubrió su cabeza mientras refunfuñaba entre dientes.

—Es muy temprano, quiero dormir más.

—Daniel, no seas dormilón. ¿A qué hora llegaste anoche? No escuché cuando llegaste.

—Vine muy tarde. No te quise despertar, traté de no hacer ruido y por eso no te diste cuenta. Ummm si te contara, pasé un rato muy agradable con Tania.

—¿No me digas que te acostaste con ella? Es amiga de Melisa y no quisiera que metieras la pata y la lastimaras... Aunque no me extrañaría de ti, Daniel.

—No te preocupes, eso no pasó. Hasta estoy sorprendido de mí mismo y no creas que me faltaron ganas, pero esta vez me contuve.

—¡Seguramente ella te puso freno! —dijo Alexander con una risita.

—Claro que no, Tania no es como las otras mujeres con las que he estado. Ella me invitó a entrar a su casa y conversamos por mucho rato, el tiempo pasó muy rápido sin darme cuenta. Es una chica muy interesante, un poco extrovertida, pero me gustó mucho conocerla. Ah, por cierto, te quiero pedir el auto. Hoy saldremos a conocer más lugares de la zona.

—Me tienes sin palabras, Daniel. No puedo creer que solo hablaran. No eres de los que se conforman con solo eso. Realmente estás cambiando.

—No lo sé, debe ser el aire del campo que me está afectando.

Los dos sonrieron para luego quedarse en silencio.

—Melisa no se queda atrás, es una linda mujer, me ha caído muy bien y su familia es encantadora, bueno excepto Leonardo. Pienso que están mejor sin

ese tipo a su lado.

—Daniel, fuiste muy indiscreto ayer en la cena. No debiste hacer ese comentario sobre él.

—Lo sé, Alexander, pero ya me conoces, tarde o temprano se iban a enterar.

—Tienes razón, Daniel, pero sigo pensando que no era un buen momento. Definitivamente Leonardo fue muy iluso al pensar que esa jovencita estaba enamorada de él, se merece eso y mucho más. Pero ya, Daniel, no quiero arruinar mi día hablando de ese hombre, vamos a desayunar que Melisa está por llegar.

—Ummm tus ojos brillan con solo decir su nombre. ¿Acaso hay algo que no me has contado? Recuerda que te conozco muy bien, sé que está pasando algo entre ustedes.

—Creo que Melisa también siente algo por mí, anoche nos besamos y fue... Ni siquiera tengo palabras.

—¡Qué! ¿Melisa y tú se besaron? —Daniel hizo una mueca de admiración.

—No entiendo por qué te asombras, Daniel. Sabes que me gustó desde que la conocí. Sé que es muy pronto, pero realmente me interesa.

—No tienes que decírmelo, lo he sabido desde que me hablaste de ella. Nunca te había visto así. Espero que Melisa sienta lo mismo, porque a ti sí que te flechó Cupido y creo que no tienes escapatoria esta vez. —Daniel sonrió mientras se dirigían a la cocina—. Quién lo diría, Alexander, que vendrías a encontrar a la mujer de tus sueños en este lugar.

—Es verdad, Daniel y creo que no está muy lejos que Cupido te fleche a ti también.

Daniel dejó de sonreír de inmediato, por su mente no había pasado esa idea, era una locura. El don Juan atrapado por una chica de campo parecía algo imposible.

—No, Alexander, Cupido anda muy lejos de mí. Sabes que no soy hombre de una sola mujer.

Daniel se sirvió café y tomó un sorbo grande. Alexander lo miró y sonrió, sabía que los dos estaban hechizados por esas dos mujeres hermosas. Siguieron conversando durante el desayuno. Al terminar Alexander fue a la habitación, se roció con su perfume preferido, peinó su cabello y miró su rostro en el espejo para asegurarse de que todo estaba bien, luego se dirigió hacia el vivero mientras Daniel se preparaba para salir más tarde con Tania.

Melisa había amanecido radiante, estaba feliz, hasta Emma se daba cuenta

de la alegría que tenía y no podía evitar ocultarlo. Cuando estaban desayunando Emma sonrió y la miró de reojo.

—Ummm, veo a alguien muy feliz hoy —dijo mientras saboreaba el café.

—¿Por qué lo dices, mamá? Es un día normal, como cualquier otro.

—A mí no me puedes engañar, Melisa, te conozco. Puedo ver que estas muy feliz. ¿Acaso anoche sucedió algo que no sabemos?

—Sí, cuéntanos —pidió Yineth—. Mamá y yo estamos ansiosas por saber.

—No ha pasado nada. No entiendo por qué me dicen eso. —Melisa se quedó callada, mientras ellas aun la miraban—. Dejen de mirarme así, me hacen sentir incómoda, siento que me miran como si hubiera matado a alguien.

—Para nada, mi niña, solo creo que te estás enamorando, pero no importa. Me cae muy bien Alexander, parece que es un buen muchacho y mira que te lo dice la mujer con menos experiencia en el amor.

—A Melisa le gusta Alexander... ¡Le gusta, le gusta! —canturreó Yineth con una risita.

—Pues sí, me gusta un poco, pero solo un poco —reafirmó Melisa—. Mejor me voy. Con ustedes no se puede, hoy amanecieron como detectives, solo interrogación. Chao, las veo luego y tú, Yineth, apúrate o se te hace tarde para ir al colegio.

—Es temprano aun, Melisa, prefiero seguir como detective aquí —le dijo Yineth sonriendo.

—Ja. Ja. Ja... Muy chistosa, pero aquí ya se terminó el chisme, me tengo que ir.

Melisa preparó todas sus cosas para irse.

—Está bien, hija. Cuídate mucho, te veo luego. Solo quiero decirte que tienes mi apoyo con Alexander. Mi corazón me dice que es el indicado para ti.

—Está bien, mamá.

Melisa sonrió mientras se marchaba hacia la camioneta. No tardó mucho en estar en el vivero. Antes de bajarse se miró en el retrovisor acomodando su cabello. Se sentía un poco nerviosa por lo que había pasado, pero tenía que disimular, no debía de ser tan evidente su interés frente a él.

Alexander salió de la oficina en cuanto escuchó la camioneta, esperaba con ansias la llegada de Melisa y fue a su encuentro. Ese beso había significado mucho para él. Pudo darse cuenta que al menos con el beso sí fue correspondido.

—Buenos días, Melisa —saludó Alexander mientras le besaba la mejilla.

—Buenos días, Alexander —respondió Melisa.

—Te vez muy bien.

—Gracias... Parece que te rociaste toda la loción.

—Solo fue un poco —contestó sonriendo.

—Pero no te preocupes, me gusta mucho ese olor.

—Me alegra escuchar eso, estaba a punto de irme a cambiar de ropa.

Ambos sonrieron.

Melisa miró a todos lados y luego le preguntó:

—¿Dónde está Daniel? No lo veo por aquí.

—Se está preparando, al parecer nuestros amigos se cayeron muy bien, creo que saldrán un rato. Tania lo llevará a conocer más lugares en la zona.

«Solo espero que Tania se comporte», pensó Melisa.

—Te quedaste callada, ¿sucede algo?

—Temó que tu amigo salga lastimado.

Melisa sonrío.

—¿Por qué lo dices, Melisa? Me asustas. ¿Acaso lo va a secuestrar?

—Claro que no es eso. Lo digo porque a Tania le encantan las aventuras extremas y la adrenalina. De seguro lo llevará a saltar de un *bungee* o a hacer rápidos.

—Ahora sí me preocupaste, pero no creo que lo pueda convencer de hacer una locura así.

—Ummm, no conoces a Tania, su poder de convencimiento es muy grande. Que lo diga yo, que me ha hecho hacer muchas de sus locuras. Pero tranquilo, Alexander, que nadie ha muerto por saltar del *bungee*... Aún.

Melisa solo quería ver el rostro de Alexander que cada vez se notaba más preocupado por su amigo Daniel. Ella sonreía, al parecer disfrutaba verlo así.

—Ya, Alexander el *bungee* es muy seguro. No es para tanto, puede que Tania ni haya pensado en algo así y te estás preocupando en vano.

—Eso espero, Melisa. Daniel no está acostumbrado a esas cosas, pero no es un niño ya sabrá qué hacer.

Los dos sonrieron, mientras se dirigían hacia la oficina.

—Aquí tengo el producto, Melisa, que nos ayudará contra el hongo de las orquídeas, si quieres podemos ir a aplicarlo ahora mismo, tendremos que hacerlo durante un mes dos veces al día, sé que funcionará. En un mes, cuando las plantas ya estén preparándose para florecer, nos daremos cuenta de ello.

—Confío en ti, Alexander. Son las únicas que tengo para el festival, si no funciona perderé la oportunidad que esperé toda mi vida.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

Prepararon el atomizador, Alexander agregó la dosis adecuada, la mezcló con agua. Tenían que tener mucho cuidado, si agregaban mucho del producto las orquídeas podrían no soportarlo. Luego se dirigieron hacia el invernadero donde aplicaron el producto.

Melisa cruzó los dedos, muchas veces había intentado combatir ese hongo sin ningún resultado, era su última esperanza y no quedaba mucho tiempo.

Alexander pudo darse cuenta de la angustia de Melisa, sentía que estaba en sus manos el que logrará llevar las más hermosas orquídeas al festival. Sería una forma de acercarse más a la mujer que empezaba a adueñarse de su corazón.

—Lo lograremos, Melisa, al final estarás orgullosa de tus logros con estas orquídeas, aunque ya lo deberías de estar, afuera tienes muy lindas plantas. No cualquier persona logra lo que tú has hecho aquí.

—Gracias por tu ayuda, Alexander. Si estas orquídeas florecen será por ti, por tus conocimientos. Es algo que lograríamos juntos.

Los dos suspiraron al mismo tiempo mientras se miraban a los ojos.

—Ya hemos terminado aquí, es mejor que empecemos a trabajar con los pedidos de hoy, Melisa. Hay que tener en cuenta que por la tarde debemos aplicarlo otra vez.

—Es cierto, Alexander. No se me olvidará, tenlo por seguro. Vamos, que tenemos muchos pedidos.

Cuando salieron del invernadero llegó Daniel, al parecer estaba muy emocionado por salir con Tania.

—Hola, Melisa —dijo mientras se acercaba y besaba su mejilla.

—Hola, Daniel. Te ves muy bien, me contó Alexander que saldrás con Tania.

—Sí, así es. Tania me llevará a conocer algunos lugares de la zona, al menos eso me dijo.

Melisa sonrió y miró a Alexander.

—Espero que la pases bien, Daniel. Mi amiga Tania es muy buena como guía turística, ella conoce cada rincón de este lugar, la pasarás genial con su compañía.

—De eso no tengo ninguna duda, Melisa —dijo Daniel sonriendo.

—Solo quiero que tengas mucho cuidado —advirtió Alexander—. No te vayas a arrepentir de alguna mala decisión.

—No entiendo, ¿porque me dices eso? Me conoces bien, no soy de tomar decisiones a la ligera.

—Solo quería recordártelo. Date prisa, Daniel, que Tania debe de estar esperándote.

—Sí, salúdala de mi parte y cuídala que es como mi hermana —dijo Melisa.

—Tranquila, soy todo un caballero.

Daniel subió al auto y se marchó. Melisa y Alexander se miraron sin poder evitar sonreír por la suerte que correría Daniel ese día.

Luego se dirigieron a trabajar como todos los días. Todo trascurría con normalidad, habían cortado las flores, las habían empacado, hasta habían entregado todos los pedidos de ese día.

Emma y Yineth ya se habían retirado a la casa, igual que don Juan y Damián. Quedando solos Melisa y Alexander, ya se hacía tarde y no tenían noticias de Tania y Daniel, fumigarían nuevamente las orquídeas para luego llamar a sus amigos, ya estaban un poco preocupados.

Al terminar Melisa tomó el celular en sus manos, estaba a punto de marcarle a Tania cuando escucharon el sonido del auto que entraba muy deprisa. Los dos salieron de inmediato, Tania era la que conducía, Daniel estaba en el otro asiento, tenía cara de moribundo.

—¡Dios mío! ¿Qué sucedió? —dijo Melisa mientras abría la puerta del auto.

Tania le ayudó a quitar el cinturón de seguridad a Daniel para que pudiera salir.

Daniel casi no dio tiempo de abrir la puerta, se bajó de prisa alejándose unos cuantos pasos para vomitar hasta lo que había comido en la cena del día anterior.

—¿Qué sucede, amigo, te encuentras bien? —dijo Alexander mientras le ayudaba a reponerse.

—Tranquilo, estoy bien, solo necesito recostarme un momento.

—Vamos, te llevaré a la casa, te recostarás hasta que estés bien.

—Los acompañamos —dijeron en coro Melisa y Tania.

—Nos contarás todo lo que ha pasado, Tania —dijo Melisa un poco enfadada.

—Está bien, no creí que le sucediera esto, él me dijo que ya lo había hecho en otra ocasión.

—¿Y qué se te ocurrió hacerle a Daniel para que esté así?

Tania se encogió de hombros, también estaba preocupada. Las dos ayudaron a Alexander a llevar a Daniel hasta la habitación y lo recostaron,

Alexander le quitó los zapatos, mientras Tania acomodaba las almohadas.

—Iré a preparar un té, lo veo muy pálido —dijo Melisa.

—Está bien, solo espero no tener que buscar un doctor.

—No es para tanto, solo tiene el estómago revuelto —dijo Tania sonriendo.

—¿Ahora sí nos dirás por qué Daniel se encuentra así? —replicó Melisa cruzando los brazos.

—No es su culpa —dijo Daniel mientras sostenía su abdomen.

—Yo y mi machismo... Pude haber dicho que no...

Todos lo miraron con atención.

—¿Pero qué sucedió? —preguntó Alexander.

—Yo les contaré —dijo Tania—. Habíamos pasado un día hermoso, visitamos muchos lugares, hasta fuimos a comer unos camarones al ajillo en el restaurante de Chente, tomamos una copa de vino y recorrimos los senderos del lugar pues son hermosos y fuimos al mariposario. Estuvimos ahí un par de horas.

»Todo iba de maravilla hasta que Daniel me comentó que amaba la aventura. Sabes cuánto me encantan esas cosas, Melisa, y que soy feliz saltando del *bungee*, la adrenalina que se siente es súper. Así que lo lleve allá, lo vi un poco nervioso, pero me dijo que ya lo había hecho antes.

Alexander la interrumpió.

—Tengo muchos años de conocerlo y sé que no es capaz ni de saltar de la mesa de la abuelita.

—Gracias, Alexander. Sí que me conoces bien, pero ayúdame, ¿de acuerdo? —dijo Daniel frunciendo el ceño.

—Sigue, Tania, que esto está interesante —dijo Melisa.

—Como les iba contando, nos colocaron todos los instrumentos de seguridad, nos dieron las instrucciones a seguir, yo le dije que me lanzaría primero, pero Daniel insistió en hacerlo él. Pude notar como sus manos sudaban, creí que era por la adrenalina que se siente al lanzarse al vacío.

»Lo dudó por un segundo, pero tuvo el valor de hacerlo, creímos que todo estaba bien aunque gritaba como niña, hasta que no lo escuchamos más, se había desmayado. Por dicha el personal del lugar tiene mucha experiencia y pronto lo tuvieron a mi lado, pero ha estado así como un papel y vomitando mucho, me asusté y lo que se me ocurrió fue traerlo a casa.

—Te dije que te cuidaras, Daniel, no sé por qué nunca me escuchas, por eso te suceden estas cosas.

—Ahora lo sé, amigo. Pero no quiero ni recordar ese momento, mi

estomago se revuelve con solo imaginar el vacío.

Melisa le llevó el té.

—Tómalo todo, Daniel, te hará muy bien, pronto estarás como nuevo.

—Eso espero, nunca me había sentido así, ahora sé que la aventura extrema no es para mí.

Todos sonrieron al escuchar a Daniel que ya parecía ir tomando color.

—Ya aprenderás que algunas veces es mejor decir que no, aunque sea a una bella chica —dijo Alexander.

—Bueno, nosotras ya nos vamos —dijo Melisa—. Es mejor dejar que descanses, Daniel.

—Sí, discúlpame por el mal rato, no quería terminar así —dijo Tania un poco apenada.

—No, para nada, Tania. A pesar de todo la pasé muy bien contigo hoy, discúlpame a mí por ser tan tonto y lanzarme al vacío, eché a perder nuestra cita.

—Vamos, Tania, ya tendrán más tiempo para salir otra vez.

Melisa sonrió y salió de la habitación dejando a Tania para que se despidiera.

—Te acompaño —dijo Alexander—. Tenías razón, Melisa, sí que conoces bien a Tania.

—Te lo dije, ella es muy predecible, sabía que Daniel sufriría por sus locuras.

Los dos sonrieron y siguieron caminando hacia la camioneta. Alexander se detuvo y la miró a los ojos mientras la tomaba de las manos.

—No hemos hablado sobre lo que pasó anoche, quiero que me des la oportunidad de estar a tu lado, de conquistar tu corazón, Melisa. Te estás convirtiendo en alguien muy importante para mí.

Melisa sonrió deseando besar esos labios otra vez, su corazón palpitaba más deprisa al sentir su cuerpo cada vez más cerca del suyo.

—Tú también eres importante para mí.

Alexander la tomó por la cintura acercándola aún más, el tiempo se detuvo con un beso profundo uniéndolos en un solo palpitar.

Hasta que Tania carraspeó para hacerlos regresar a la realidad.

—Ummm, me alegro por los dos —chilló—. ¡Hacen tan linda pareja!

Suspiró y subió a la camioneta.

—Me tengo que ir, te veo mañana —dijo Melisa al soltar sus manos.

—Chao, Melisa, hasta mañana.

Melisa encendió la camioneta y se marchó, sabía que su amiga la interrogaría todo el viaje sin dejar ningún pequeño detalle por preguntar. Pero la emoción que sentía era muy grande como para no compartirla con su mejor amiga.

Pasaron varios días y Daniel ya debía regresar a la ciudad, la había pasado muy bien en el campo, no era lo que siempre había imaginado. Se marcharía, pero de seguro que visitaría muy seguido a su amigo Alexander.

Todos estaban en el vivero para despedirlo, Daniel les había simpatizado mucho. Tania no podía faltar, era la más interesada en despedirse de él.

—Ha pasado muy rápido el tiempo, creo que voy a extrañar este lugar, ya empezaba a acostumbrarme —dijo Daniel con nostalgia.

Tania se acercó dándole un beso intenso en la boca, todos se quedaron boquiabiertos al verlos. Cuando Daniel recuperó el aliento dijo:

—Después de ese beso creo que lo extrañaré más.

—Sabes que puedes venir cuando quieras. —Tania le guiñó un ojo y sonrió—. Aquí te estaré esperando.

—Sí, Daniel. Sabes que puedes venir cuando quieras, eres bienvenido —dijo Melisa mientras le daba un abrazo.

—Gracias, Melisa, me voy tranquilo. Alexander no puede estar en un mejor lugar. Ustedes son una familia encantadora, sé que estará muy bien aquí.

—Buen viaje, muchacho, no te olvides de visitarnos otra vez y como lo dijo Melisa siempre serás bienvenido —agregó Emma.

—Gracias, señora Emma, cuide a mi amigo. Es muy buena persona —le susurró al oído mientras le daba un beso en la mejilla.

—Tranquilo, yo lo cuidaré muy bien.

—Buen viaje, Daniel, ven pronto —dijo Yineth.

—Gracias, Yineth. Y tú cuida mucho a tu madre y a tu hermana. A Alexander vigílalo para que no se meta en problemas por aquí.

—Claro, yo lo vigilaré. Puedo ser muy buena para eso —replicó Yineth sonriendo.

—Anda, vamos ya, Daniel, que se nos hace tarde y quiero regresar hoy mismo.

—Ya voy, Alexander. Me despediré de Don Juan y de Damián.

Daniel se despidió de ellos y se dirigió hacia el auto con una de las maletas que aún le faltaba por subir. Tania se acercó nuevamente.

—Cúidate, Daniel. Me encantó conocerte, espero que no te olvides de mí.

—Claro que no te olvidaré, Tania, eres la mujer más hermosa que he conocido. Pronto volveré, de eso puedes estar segura.

—Eso espero, Daniel, de lo contrario hasta puede que te vaya a buscar a la ciudad.

Melisa se acercó a Tania.

—Ya, amiga, déjalos que se vayan. Qué tengan buen viaje. Ve con cuidado, Alexander. Espero que puedas regresar hoy mismo.

—Gracias, Melisa —dijo Alexander sonriendo mientras subía al auto.

Encendió el motor al tiempo que Daniel se subía por el otro lado, ambos se despidieron con un gesto de la mano y una sonrisa sincera. Melisa y Tania permanecieron mirándolos hasta alejarse. Melisa miró a Tania un poco triste.

—Ya, Tania. No tienes por qué estar triste, él regresará pronto, vas a ver que sí.

—Tú estás muy tranquila, Melisa, porque sabes que Alexander regresará hoy mismo a tu lado. En cambio, yo no sé cuándo volveré a ver a mi bombón. Al menos le robé un buen beso.

Tania sonrió.

—Tú y tus cosas, Tania. Creí que lo devorarías con ese beso. Pero ya, tenemos mucho trabajo por hacer y me imagino que tú también tienes mucho trabajo en la tienda hoy.

Todos se retiraron a trabajar dejando a Tania y Melisa en la oficina del vivero.

—Sabes, Melisa, en estos días hubiera deseado que Daniel me hubiera tocado o al menos dado un beso, pero nada de nada, hasta llegué a pensar que no le gustaba.

—Estás loca, Tania, era obvio que lo traías babeando. Si no te tocó es porque es un caballero y te respeta.

—Sí, claro, Melisa. Pero sabes que no soy como tú. Ojalá me hubiera faltado al respeto aunque fuera un poquito... Sé que volvería loca a cualquier mujer, no tengo duda de eso... con ese cuerpazo.

Con una risita Melisa se acercó a su amiga.

—Ahora que lo dices, no comprendo cómo Daniel se resistió a tu encanto Tania. Te conozco bien y cuando te propones a conquistar en alguien lo logras con facilidad. No sé cómo Daniel se pudo escapar de tus garras.

—Melisa, no te burles de mí o puedo pensar que estoy perdiendo mi encanto.

—Para nada, Tania, ya tendrás oportunidad de conquistar a Daniel cuando regrese otra vez.

Tania suspiró pensando en el momento en que lo volviera a ver, esos días que estuvo compartiendo al lado suyo se la había pasado muy bien, esperaba que Daniel pensara lo mismo sobre ella.

—Bueno, amiga, te dejo trabajar. Yo iré a la tienda. Mi madre debe estar esperándome, llegarán algunos pedidos de ropa hoy y debo encargarme de eso, aunque estaré muy ansiosa esperando la llamada de Daniel. Ojalá al menos me avise cuando llegue tal como lo prometió.

—Chao, Tania. Claro que sí te llamará, por eso no tienes que preocuparte.

—Si no me llama es que no significó nada en su vida y tendré que resignarme con solo ese beso que le planté.

—Sí que eres dramática, Tania, déjalo respirar al pobre. Apenas es que se conocen y tú ya luces como una novia desesperada.

—Cuánto desearía ser la novia de ese bombón. Pero, bueno, mejor me voy, debo ocupar mi mente en el trabajo.

Melisa sonrió al recordar las ocurrencias de Tania, la comprendía muy bien, ella estaría igual si Alexander se tuviera que ir de nuevo a la ciudad. La pasaba tan bien a su lado que con solo pensarlo su corazón se estremecía. Suspiró un par de veces y se dirigió hacia las orquídeas que debía fumigar.

Durante el camino Daniel permaneció callado, no era normal verlo así. Alexander lo miró de reojo, lo veía pensativo. Daniel suspiraba una y otra vez.

—¿Qué te sucede? Estás muy callado. No has dicho nada desde que salimos, me estás preocupando.

—No me sucede nada, solo estaba pensando en Tania. Estos días que compartí con ella la pasé muy bien, creo que hasta me empezaba a gustar. Es algo extraño... No me atreví a tocarle ni un pelo, me conoces bien y sabes que siempre busco a las mujeres para un buen rato, pero con Tania fue diferente...

—Realmente me sorprendes, Daniel, pero te comprendo muy bien. A mí me sucede igual con Melisa. Es tan linda, deseo pasar todo el tiempo a su lado, estaría igual que tú si me tuviera que alejar de ella. Te diste cuenta de lo lindo que es el pueblo, cada día estoy más convencido de eso.

—Tienes razón, es un lugar muy lindo, pero lo más hermoso son sus bellas mujeres.

Ambos sonrieron.

—Aunque creo que a tu madre no le gustará para nada descubrir que su

querido hijo está a punto de ser conquistado por una campesina.

—Sí, Daniel, me preocupa mucho que mi madre sea tan incomprensiva, es mejor que no sepa nada de lo que me sucede con Melisa. Haría hasta lo imposible por sacarla de mi vida.

—No sé cómo le harás, Alexander, tu madre siempre ha sido una experta en descubrir a tus admiradoras. No sé cómo le hace.

—No lo creo, Daniel. Ahora está muy lejos para saber sobre Melisa, por dicha estoy seguro que no vendrá aquí, odia demasiado el campo para hacerlo. Hoy visitaré a mis padres, me quiero asegurar de que ella no empiece a preguntarse cosas, le diré que estoy muy bien y que solo estoy trabajando. No sabrá nada de que me estoy enamorando, al menos hasta que mi situación se concrete con Melisa. Cuando eso suceda mi madre tendrá que aceptarla.

Siguieron conversando durante el viaje hasta llegar a la ciudad. Alexander y Daniel se despidieron, el primero estaba seguro de que su amigo lo visitaría pronto, no dejaba de hablar del campo.

Alexander fue directo a la casa de sus padres, quería darles una sorpresa pues no se esperaban su visita, aunque conversaba por teléfono seguido con ellos no había querido mencionar sobre el viaje a la ciudad.

Sabía que su madre lo interrogaría mucho, así que lo mejor era no hablar sobre ninguna mujer y menos sobre Melisa, si se enteraba no lo dejaría en paz, conocía muy bien a su madre.

Al llegar pudo ver que el auto de su padre no se encontraba ahí, seguro que no estaba en casa. Aparcó para luego dirigirse a la entrada, aún conservaba una llave de la puerta, por lo que pudo entrar sin ningún problema. Norma bajaba por las escaleras deprisa, había visto por la ventana cuando Alexander llegó, lo recibió con un gran abrazo.

—Qué linda sorpresa me has dado, cariño. ¿Por qué no nos avisaste que vendrías? Tú padre tuvo que salir a una reunión muy importante. ¿Cómo estás? Pasemos a la sala, allí hablaremos más tranquilos.

—Estoy muy bien, mamá, gracias. Lástima que papá no está, tengo muchas ganas de verlo, me hace falta conversar con él. ¿Cómo han estado por aquí?

—Bien. Sabes que siempre paso muy ocupada con mis amigas. Tú padre está muy bien con mucho trabajo. Sabes cómo es eso.

—Me alegro que estén bien, lástima que no pueda quedarme muy tarde, debo regresar hoy mismo.

—De verdad que ya no tienes tiempo para tus padres. Debes estar muy bien en el campo, supongo... No sé cómo puedes soportar un lugar así, no lo

comprendo.

—Ya, mamá. Sabes que lo amo. Y por el momento no puedo darme el lujo de estar viniendo muy seguido. Te prometo que cuando ya todo esté más estable vendré a visitarlos más seguido.

—Lo sé, solo que temo que te olvides de nosotros. Sabes que eres lo que más amo en esta vida y me haces mucha falta.

—Mamá, puedes ir a visitarme cuando quieras, las puertas de mi casa están abiertas.

—No, Alexander. Sabes lo que opino del campo, prefiero esperar a que vengas tú a la casa. No me convencerás de lo contrario, sé que pronto te darás cuenta de que no es lo tuyo vivir en ese lugar.

—Para nada, mamá, cada vez estoy más feliz de haber tomado esa decisión, si vieras el vivero, hay flores hermosas, sé que te gustarían mucho.

—Puede que sí, cariño, pero estoy segura de que no es lo mío.

Norma frunció el ceño, mientras miraba fijamente a Alexander.

—Mamá, vine a saludarte y charlar y no haces más que discutir...

—Está bien, Alexander. No insistiré más por hoy. Le pediré a la muchacha que nos prepare algo de comer, debes tener hambre y mientras tanto te pongo al día.

—Gracias, mamá.

Alexander siguió hablando con su madre, feliz porque a pesar de todo la amaba. Lamentó no poder quedarse a esperar a su padre, así que prometió regresar pronto. Estaba anocheciendo cuando tomó dirección al pueblo.

No esperaba encontrar a nadie en el vivero, pero pudo notar que las luces aún estaban encendidas.

«Seguro olvidaron apagarlas», pensó.

Mientras se dirigía hacia la oficina pudo ver que había alguien en el invernadero donde Melisa tenía las orquídeas.

La puerta se encontraba abierta, entró lentamente y miró a Melisa muy concentrada con sus orquídeas. Ella tenía los auriculares puestos. Ni siquiera había escuchado el auto de Alexander llegar y mucho menos que estaba justo detrás de ella. Alexander sonrió.

Ella se volteó y quedó justo frente de él. Dio un salto de sorpresa y se llevó tremendo susto, tanto que soltó el frasco que llevaba en las manos derramando el líquido que se encontraba en él.

—Alexander, ¡me asustaste! —dijo Melisa muy nerviosa.

—Lo siento, no fue mi intención. Creí que me habías escuchado, pero ya

me di cuenta que no fue así. Al parecer debo acostumbrarme a que me recibas mojando mi ropa.

Alexander sonrió y miró a Melisa con atención como si se tratase de una pieza de arte única e invaluable.

—Lo siento, pero esta vez no fue mi culpa.

Melisa resopló con fuerza, con lo que consiguió apartar un mechón de su cabello. Fue en busca de una toalla para dársela a Alexander y que se limpiara.

—Déjame, yo lo limpiaré. Reconozco que debí avisarte que estaba aquí, pero te veías tan concentrada en lo que hacías que decidí mirarte por unos segundos.

Melisa se sonrojó y le entregó la toalla a Alexander, él aprovechó para tomar sus manos entre las suyas.

—Te extrañé mucho hoy, estaba ansioso por verte.

Melisa apartó sus manos y se dio la vuelta.

—Eres un exagerado, Alexander, solo fueron unas cuantas horas...

Él volvió a ponerse frente a ella.

—Para mí fueron más que unas cuantas horas, Melisa. De verdad me hiciste mucha falta, extrañé esos lindos ojos ámbar, esos rizos que caen sobre tu rostro tan delicados como seda y estos labios que me invitan a besarlos cada vez que te veo —agregó acariciando su labio suavemente.

Melisa se dejó llevar por esas palabras que la hacían estremecer en su interior. No podía evitar sentir lo mismo por Alexander. Así que no se resistió a besar esos labios que cada vez se acercaban más.

Con sus brazos rodeó el cuello de él, mientras Alexander la acercaba más a su cuerpo rodeándola con sus manos por la cintura. Sentían que no podían separar sus cuerpos. Necesitaron varios minutos para poder recuperarse de todo lo que estaban sintiendo.

—Creo que me estoy enamorando de ti, Melisa.

—Yo también siento lo mismo por ti, Alexander, pero no quiero ir tan deprisa. No quisiera echar a perder esta linda relación.

Ella lo abrazó, recostó la cabeza en el pecho de él e inhaló el aroma de su perfume.

—Tienes razón, Melisa, pero no te prometo poder resistir estar sin besar tus deliciosos labios.

—¡Yo no te pedí que dejaras de hacerlo!

Melisa sonrió y él aprovechó para volver a robarle un beso. Después se

dirigieron hacia la salida.

Alexander suspiró al ser consciente de que ella debía irse.

—Es mejor que me vaya a casa, ya se hizo tarde. Ni siquiera me había dado cuenta.

—Si quieres te puedo acompañar, Melisa.

—Está bien, así podremos conversar en el camino. ¿Cómo te fue en la ciudad? De seguro Daniel estaba feliz por regresar.

—Te equivocas, todo lo contrario. No estaba feliz por haber regresado. Parece que también quedó encantado con lo que hay aquí, estoy seguro de que muy pronto estará de vuelta.

—Tania estará feliz de verlo otra vez.

Ambos sonrieron y empezaron a caminar, aunque no era lejos duraron mucho para llegar a la casa de Melisa.

Conversaron sobre sus vidas, estaban empezando a conocerse cada vez más. Era una buena forma de empezar una linda relación.

Había pasado un mes, ya las orquídeas parecían estar bien, solo debían esperar a que se empezaran a preparar para la floración, era la única forma de saber si Alexander había acertado con el producto con el que fumigaron todo ese tiempo.

El amor de Melisa y Alexander crecía, el tiempo que compartían juntos los unía cada vez más. Entre coqueteos y lindos detalles Alexander estaba logrando conquistar el corazón de Melisa.

Unos días atrás cuando visitaban otro de los maravillosos miradores del volcán, frente a mucha gente que al igual que ellos visitaba el lugar, Alexander se subió a una de las barandas y gritó muy fuerte mirando hacia el volcán:

—Te amo, Melisa López. Eres el amor de mi vida. ¿Quieres ser mi novia?

Melisa que se encontraba muy cerca se llevó las manos al rostro debido a la emoción ya que no esperaba que Alexander hiciera algo así. Todos se quedaron esperando la respuesta de la chica, la miraron ansiosos por saber la respuesta e incluso se le acercó una anciana y le dijo:

—Dale la respuesta a ese joven tan guapo o yo aceptaré en tu lugar.

La anciana había mirado a Alexander y le había guiñado un ojo.

—¿Que dices, Melisa, aceptas ser mi novia o tendré que pedírselo a esta bella señora?

—¡Sí, claro que acepto ser tu novia, Alexander!

Él bajó de prisa, la tomó de las manos y le dio un beso, todos los que estaban mirándolos les habían aplaudido por su lindo gesto de amor. Melisa y Alexander se habían abrazado fuerte mientras recibían lindas palabras de los que estaban allí.

—¿Ves, Melisa? Incluso estas personas pueden notar nuestro amor.

Se habían mirado a los ojos con sus cuerpos muy juntos, Alexander acariciándole la mejilla muy suavemente.

—Eres tan hermosa que creo que me estoy volviendo loco. ¡Te amo!
—volvió a gritar.

—Ya, calla. Van a pensar que realmente estás loco.

—Sí, pero loco de amor por ti, te amo y no me cansaré de repetirlo.

—Yo también te amo, Alexander Fernández. Eres mi loco preferido.

Los dos habían sonreído mientras se tomaban de la mano para seguir el recorrido.

Los únicos que no tenían ni idea de la relación de Melisa y Alexander eran Norma y Luis.

Alexander quería tomarse un poco más de tiempo. Su madre aun no terminaba de asimilar que él viviera lejos, así que esperaba a que eso sucediera para dar el siguiente paso.

Tal como se lo había comentado a Melisa, estaba seguro de que ella se enojaría al principio, pero sabía que en cuanto su madre conociera a su novia y descubriera la clase de persona que era, olvidaría sus prejuicios y le abriría su corazón.

Melisa esperaba que así fuera, no quería estar en medio de Norma y Alexander y aunque deseaba conocer a sus padres, estaba de acuerdo en que lo mejor sería esperar un poco.

Ramón, en cambio, sí que se sabía toda la historia de amor de su hijo y estaba ansioso por conocer a esa mujer que le había robado el corazón.

Alexander había pensado que para el festival podía ser un buen momento para llevar a Melisa a casa de sus padres y presentarla como su novia. Así ellos podrían acompañarlos en el festival y ver todo lo que la pareja estaba consiguiendo con el vivero.

Quienes conocían a Melisa estaban muy felices por la relación. Emma había recibido a Alexander como si fuera un hijo más y Yineth había estado encantada de que su hermana por fin tuviera a un hombre que la apoyara a su lado.

Pero Melissa también tenía alguien a quien ocultárselo, Luis. Hablarle sobre su relación significaría destapar todo el asunto de Leonardo y quería atrasar la noticia para cuando las cosas marcharan mejor en el vivero y estuviera segura de que no arruinaría los planes de su hermano. Coincidió con Alexander en que la fecha del festival era la idónea.

Mientras tanto el trabajo en el vivero era cada vez más, todo el mundo estaba corriendo con lo de la competencia, ya que Melisa había tenido que dedicar mucho tiempo a las orquídeas.

Pero entre todos habían formado un gran equipo. Hasta Daniel les ayudaba cuando iba de visita. Tania y Daniel también habían sido atrapados en las redes del amor y ya eran pareja. Parecía que muy pronto se llevaría a Tania a la ciudad. Las aventuras del don Juan ya eran cosa del pasado.

Alexander y Melisa estaban completamente enfocados en el festival, aunque el mismo les estaba absorbiendo mucho tiempo. Casi no podían salir ni pasar mucho tiempo a solas. Sin embargo, cuando lo hacían disfrutaban hasta el último segundo de su compañía.

El festival estaba cada vez más cerca. Tan solo faltaba una semana. Los nervios se adueñaban de la mente de Melisa, era la oportunidad que había esperado toda su vida.

Alexander la miró desde lejos, podía ver su preocupación. Se acercó por detrás, despacio y muy tranquilo mientras la envolvía con sus brazos por la cintura.

—Melisa, no te preocupes. Tienes las orquídeas más lindas que conozco.

—En el festival estarán personas de otros países que son expertos en orquídeas. Ellos observarán cada detalle. ¿Sabías que califican la posición de las flores, sus colores, sus hojas, sus raíces, el aroma y la calidad de la planta? Son muchas cosas, no sé si lo lograremos.

—Debes de confiar más en tus orquídeas, has puesto tanto amor, trabajo y esfuerzo en ellas que sé que te sorprenderán con su belleza. Creo que ya deberíamos elegir las candidatas para el festival.

—Justo eso te iba a decir, Alexander.

Fueron directo al invernadero en donde estaban las orquídeas. Eran muchas, pero debían escoger las mejores. Melisa estaba revisándolas de pies a cabeza para asegurarse de que las que fueran seleccionadas no tuvieran ni el más mínimo defecto. Entonces de pronto se quedó como congelada en el tiempo.

Alexander frunció el ceño cuando vio que los ojos de ella se llenaban de lágrimas. Siguió su mirada y vio lo que le había causado esa reacción. En el centro de todas las orquídeas había unas flores que no habían estado allí esa mañana.

Melisa no podía creer lo que veía, tantos años esperando ver florecer la orquídea de su amada abuela Regina y por fin podía ser testigo de ello.

—Esto es un milagro —exclamó Melisa—. Todavía no lo puedo creer. Mira, Alexander es la orquídea que me dio mi abuela, son las flores más hermosas que he visto.

La chica salió a toda prisa y tomó la planta en sus manos. La posición de sus hojas y flores sería un deleite para cualquier experto en orquídeas, pero lo que más impresionaba era el color azul intenso de las flores y el hermoso

bordeado dorado de los pétalos en contraste con el tono negro que parecía ser el corazón de cada delicada orquídea.

Alexander se acercó enseguida.

—Es cierto, Melisa. He escuchado que es muy raro ver el color azul en las flores y más cuando son orquídeas. Dios mío, con esta combinación de colores dudo que esta especie no resulte premiada. Sé que será la ganadora, ahora sí no tengo ninguna duda. Tiene todo lo que necesitas para ganar.

—Puedo sentir que mi abuela ha estado siempre a mi lado, ahora más que nunca. Ella sabe cuánto necesito esta bella orquídea. ¡Es una señal, Alexander!

—Sí, Melisa, lo que me preocupa es cuánto puede tardar esa hermosa flor. Recuerda que debe permanecer perfecta hasta el festival y como nunca había florecido no tenemos ni idea.

—No te lo puedo asegurar, Alexander, pero sé que hay un ángel detrás de todo esto, lo sé, lo puedo sentir. Y esta flor resplandecerá el día del festival tanto o más que hoy.

Melisa suspiró profundo, casi podía sentir la presencia de su abuela Regina a través de esa hermosa orquídea. Estaba feliz de lo que estaba pasando. Alexander se acercó y la abrazó fuerte, Melisa sonrió mientras lo miraba a los ojos.

—También te tengo que agradecer, Alexander, sin ti no tendría estas orquídeas listas para el festival, me has ayudado mucho. A pesar de todo lo que he pasado con Leonardo, llegaste a mi vida en el mejor momento.

—Para mí ha sido un placer ayudarte, mi amor. Esta es la experiencia más bonita de mi vida.

Los dos se miraron fijamente a los ojos que les brillaban con más intensidad.

—Te amo, Melisa —dijo Alexander con una voz suave.

—Y yo a ti —respondió ella preparando sus labios para un beso mágico.

Los dos se dejaron llevar por la pasión y terminaron sobre una de las mesas que se encontraban en ese lugar. Pero fueron interrumpidos por Damián que los llamaba desde la oficina. Ambos tuvieron que ponerse de pie a toda prisa, recomponiendo su ropa y tratando de regular su respiración.

—Es mejor que salgamos, Alexander —dijo Melisa mientras acomodaba su cabello.

—Estoy tan feliz, mi amor, que hasta había olvidado que no estábamos solos.

—Yo también, pero será mejor que nos controlemos.

—Lo sé, solo prométeme que vendrás a cenar a mi casa esta noche... Tenemos mucho por celebrar.

—Está bien, claro que acepto. Quiero probar esa famosa lasaña que Daniel mencionó el otro día.

—Pues voy a complacerte, Melisa. Por ti haría muchas cosas, hasta convertirme en un experto en la cocina.

Melisa sonrió.

—Sé que te quedará muy bien, mi amor. Pero vamos, quiero darle la noticia de la orquídea a todos, sé que les encantará.

Salieron del invernadero tomados de las manos con una gran sonrisa en sus rostros, se acercaron donde se encontraban todos reunidos. Ya casi era hora de irse a casa después de mucho trabajo.

Melisa les contó lo que les sucedió con la orquídea que su abuela Regina le había regalado, ellos le demostraron que estaban igual de sorprendidos y felices.

—Realmente hoy es un gran día —dijo Emma.

—Sí, deberíamos celebrarlo —susurró Yineth.

—Pues yo me encargo de eso —dijo Alexander muy entusiasmado—. Hoy les prepararé una deliciosa lasaña en mi casa

—No te imaginaba como alguien que pueda preparar una deliciosa cena —dijo Yineth sonriendo.

—Te sorprenderás, Yineth, de lo que puedo hacer en la cocina. Será mejor que vaya a comprar los ingredientes porque me faltan casi todos.

—Si quieres te puedo ayudar —dijo Melisa.

—No, amor, tú ve a descansar un poco. Yo me encargaré de todo. Tú también estás invitado, don Juan. Y tú, Damián, ven con tu familia.

Damián tuvo que rechazar la invitación ya que ellos tenían un compromiso para esa noche, su madre y su hermano estarían esperando su llegada para ir a visitar a su abuela a quien no veían desde hacía mucho tiempo.

Al final, todos se marcharon dejando solos a Melisa y Alexander.

—¿Seguro que podrás con todo, Alexander?

—Claro que sí. No es algo de otro mundo, solo es una cena.

—Está bien, te veo luego.

Melisa le dio un beso y se marchó. Alexander debía apresurarse eran muchas cosas por hacer. Hacía mucho que no preparaba lasaña. No estaba seguro de conseguir todo. Fue al mercado de una vez. Recordaba muchas veces haber escuchado a Daniel decir que ese platillo le quedaba muy bien.

Aunque desconfiaba de su amigo, era muy comelón y todo le resultaba sabroso.

Cuando llegó a la casa, tomó un baño y después empezó a preparar la cena. Tuvo el tiempo justo para conseguirlo. La mesa ya estaba lista y de seguro sería una gran noche.

Don Juan llegó primero, Alexander lo hizo pasar a la sala mientras esperaban. Melisa, Emma y Yineth no tardaron mucho en llegar, las esperó justo a la puerta. La belleza de Melisa lo dejó inmóvil justo en la entrada.

Yineth pasó por su lado.

—Cuñadito, cierra la boca —le susurró con una risita.

Alexander volvió en sí al escuchar la burla de la chica.

—Pasen adelante —dijo a las mujeres—. Me da mucho gusto que estén aquí. —Detuvo a Melisa y agregó—: Estás hermosa, mi amor.

Le dio un beso en la mano como todo un caballero.

Melisa no podía estar más feliz, era como un sueño hecho realidad. Todo era perfecto. Había encontrado al amor de su vida y estaba a punto de dar a conocer en el festival a la flor más hermosa antes vista.

Melisa ayudó a Alexander a servir la lasaña que se veía deliciosa. Había acertado con pedirle ese agradable platillo, pues todos lo disfrutaron mucho.

—Sí que me sorprendiste, cuñado. Esta lasaña estaba deliciosa, mi hermana tiene suerte, encima de tener un novio guapo resultó que además es buen cocinero.

Todos rieron al escuchar a la joven. Melisa tomó la mano de Alexander.

—Yineth, tienes razón. He encontrado al hombre más maravilloso que conozco.

Todos sonreían con la felicidad de la pareja. Al terminar la cena Emma le agradeció a Alexander y se despidió junto a Yineth y don Juan.

Melisa se quedó a ayudarlo a Alexander a recoger todo. Sin embargo, apenas se cerró la puerta, él sirvió dos copas de vino y se llevó a su novia a la sala.

—Soy tan feliz a tu lado, Melisa. Hoy ha sido un día que nunca olvidaré. No puedo explicar lo que siento por ti.

—Yo también siento lo mismo, amor. Eres tan lindo que a veces pienso que esto es un sueño del que temo despertar.

Sus miradas se cruzaron, se estremecían al estar juntos. No pudieron evitar entregar sus cuerpos. Primero fue un beso, luego vinieron las caricias y después un deseo incontrolable que los hizo terminar enredados entre las

sábanas.

El amor que sentían era real y sincero. No había duda de que los dos deseaban con ansias ese momento. Todo era mágico e inolvidable, era lo que anhelaban desde que se conocieron, eran el uno para el otro. Sus cuerpos habían estado buscándose a cada instante. Ambos encajaban a la perfección.

Melisa despertó algunas horas después, debía regresar a casa para prepararse para un día más de trabajo.

Alexander la envolvió con sus brazos y ella deseó no tener que irse de su lado, pero no tenía más opción. Se levantó despacio tratando de no despertarlo, pero fue imposible irse sin un beso.

—Te veo más tarde, mi amor. Gracias por esta noche tan especial —le susurró al oído.

—Quédate, por favor, Melisa. Ya no quiero estar lejos de ti.

—No, hoy no. Tengo que ir a casa, no vine preparada y mamá puede preocuparse si no llego esta noche.

—Está bien, pero déjame vestirme para acompañarte. No voy a dejar que te vayas sola.

—Está bien, amor.

Alexander la fue a dejar a la casa. Se despidieron con un largo beso, ninguno quería separarse después de lo que había pasado. Pero por el momento no tenían más opción, pronto tendrían mucho más tiempo para estar juntos.

La reunión de Norma con sus amigas había cambiado de lugar, almorzarían en un sitio no muy grato para ella ya que no lo consideraba acorde a su clase social porque podía entrar cualquier persona, pero como no quería quedarle mal a sus amigas decidió aceptar. Fue cuando terminó la reunión que un hombre que había pasado todo el rato observándola se le acercó.

—Hola, ¿cómo está? Es usted la esposa de Ramón, ¿cierto? Soy Leonardo López, un viejo amigo de él. Seguramente no se acuerde de mí ya que muy pocas veces coincidimos en alguna fiesta.

Norma lo miró de reojo, la apariencia de ese hombre no le agradaba para nada.

—Lo siento, señor. No me acuerdo de usted. Discúlpeme, no quiero ser grosera, pero ya me tengo que retirar.

—Señora, no quiero incomodarla, solo quiero preguntarle cómo se encuentra su hijo Alexander. Debe estar muy feliz al lado de mi hija Melisa.

Norma sintió un escalofrío al escuchar las palabras de ese hombre tan impresentable. Apestaba a licor y tenía una apariencia descuidada.

—¿Conoces a mi hijo Alexander?

—Sí, señora. Fui yo quien le vendió esos terrenos en Turrialba.

—No he escuchado cosas muy buenas sobre usted.

—Señora Norma, no debería hacer mucho caso a los chismes.

Norma frunció el ceño, no confiaba para nada en ese hombre, pero lo que comentó sobre Alexander no podía obviarlo.

No se quedaría con la duda, era mejor asegurarse de que había escuchado bien. Decidió olvidar su orgullo y lo invitó a sentarse a una mesa.

Leonardo la siguió hasta la mesa más escondida del lugar, era consciente de que ella se avergonzaba de que la vieran a su lado. Sonrió mientras tomaba asiento, sabía que había encontrado nuevamente la forma de fastidiar a su querida hija Melisa. Si él no iba a ser feliz, pues que nadie más lo fuera.

—Señora, no ha respondido a mi pregunta sobre su hijo.

—Él está muy bien. Las pocas veces que lo he visto lo he notado muy alegre con la compra. Parece que el vivero ha sido invitado a un festival

importante y ha estado trabajando duro para preparar todo para esa fecha.

—Me imagino que usted ya ha estado por allá, señora Norma.

—La verdad es que no. No es de mi agrado ir al campo y no me gusta en absoluto que mi hijo ahora pertenezca a ese lugar. Estoy segura que debe ser un capricho que pronto se le pasará.

—Oh, no creo que mi hija vaya a dejar que se le escape un pez gordo como ese... Alexander es un joven atractivo y adinerado... y Melisa una chica preciosa que sabe cómo encantar a cualquiera que se cruce en su camino. Es igual a su madre, una mujer que solo se preocupa por lo material. Por eso le decía que no se fiara de los chismes, sé muy bien lo que dicen de mí, pero no son más que mentiras.

»Le aseguro que mi exesposa me arrebató esas tierras, mi herencia, por años. Me echó como un perro de ahí, me dejó sin nada y fue hasta hace poco que logré recuperarlas. Cuando se las vendí a su hijo, jamás pensé que el fuera a pasar por lo mismo que yo.

—No comprendo qué insinúa.

—Caer en las garras de una arpía. ¿Acaso no sabe que su hijo ahora es novio de mi hija? Suena muy feo e incluso cruel que tenga que ser yo quien hable mal de mi propia hija, pero es que su hijo me agradó mucho y no le deseó a nadie lo que me hizo mi exesposa. Señora Norma, estoy seguro de que mi hija es igual que esa maldita mujer y solo quiere engatusarlo.

»Antes de que Alexander comprara esas tierras Melisa estaba enredada con un hombre que casi le duplicaba la edad y todo por su dinero. Ya le digo yo que es igual que su madre. Pero claro cuando vio que llegaba un nuevo hombre al pueblo que además de adinerado es joven y atractivo, no lo dudó ni un segundo para dejar al vejete y lanzarse sobre Alexander.

—¡Mi hijo no está enredado con ninguna campesina!

—Pues eso no es lo que he escuchado yo. Si fuera usted me aseguraría de tal cosa. No dudo que Melisa esté con su hijo por conveniencia.

—Al parecer no se lleva muy bien con su hija.

—Se puede decir que no somos muy cercanos. Su madre le metió basura en la cabeza y la convirtió en una mala mujer, al igual que a mis otros dos hijos.

—Alexander no es ningún tonto y jamás se dejaría utilizar por una mujer así. Dios mío, ¿una vulgar campesina?

—Melisa puede ser todo lo campesina que usted quiera, pero es muy hermosa. No hay hombre que no se impresione con su belleza.

—Si lo que usted asegura es cierto, no permitiré que mi hijo Alexander sea

víctima de esa chica.

—Pues si desea separarlos yo sé cómo lo podríamos hacer. Melisa me odia porque cree que le quité sus tierras, cuando fue su madre quien me despojó de ellas por años.

—No entiendo que gana usted con ayudarme.

—Pues... mi ayuda no sería gratis. Tengo un precio, señora Norma.

—Ya empiezo a entender la clase de hombre que es usted, pero sé que no necesitaré de su ayuda porque Alexander jamás me ocultaría algo así.

—Aquí le dejo mi número de teléfono, sé que me llamará muy pronto, señora Norma. Ah, una cosa más, no se deje enredar por mi hija, parece buena... pero solo es parte de su engaño.

Sonrió y le dejó una tarjeta sobre la mesa mientras se retiraba del lugar. Había dejado a Norma con la duda y sabía que ella no se quedaría con la inquietud. Estaba seguro de que pronto iría a descubrirlo por sí misma.

Norma regresó a su casa sin poder sacarse de la cabeza las palabras de Leonardo. Ni siquiera tuvo que ir a confirmar lo que él le había dicho, en el fondo de su corazón sabía que Alexander ya no era el mismo de antes y era obvio que era por alguien.

Llamó a Leonardo y le pidió que le dijera todo lo que sabía sobre ellos, para así ir preparada ese horrible pueblo.

—Quiero que estés preparado por si te necesito —le dijo Norma—. Iré a la casa de Alexander en cuanto pueda y comprobaré todo lo que me ha dicho.

—Sí lo desea, puedo acompañarla.

—No va a ser necesario. No quiero que mi hijo me relacione con usted. Si ese romance es cierto voy a cortarlo de raíz. Lo llamaré luego para que nos pongamos de acuerdo sobre el plan a seguir.

—Está bien, señora Norma, esperaré sus indicaciones.

Norma colgó el teléfono pensando cómo le haría si tal locura era cierta. Quizá improvisara, era muy buena para eso y más cuando se trataba de sacar mujeres indeseables de la vida de Alexander.

Decidió que el día siguiente iría a conocer ese lugar. Los problemas había que cortarlos de raíz y de inmediato.

Por supuesto, lo haría sin decirle nada a Ramón. No dudaba en que fuera un cómplice de su hijo, como siempre. Además, Ramón no había estado muy bien de salud y no quería tener que discutir con él y provocarle más preocupaciones. No le contaría nada de lo que estaba enterada.

Melisa y Alexander disfrutaban de su amor sin imaginar que una vez más Leonardo seguía metiéndose en sus vidas. Aprovechaban cada momento para demostrarse sus sentimientos. Todo les parecía como un sueño que se hacía realidad, no se imaginaban estar separados.

Alexander se acercó a Melisa después de mirarla mientras ella revisaba sus orquídeas para que estuvieran perfectas para el festival. La sujetó de la cintura mientras le daba un beso en el cuello, ella se estremeció con solo sentir su piel.

—Me encantas —le susurró al oído.

Melisa se volteó mientras rodeaba su cuello.

—Y tú a mí, mi amor. Eres tan especial...

—¿Cómo no serlo si eres la mujer más increíble que conozco?

—Solo exageras, Alexander, soy como todas las demás.

—No, tú eres distinta. Eres la mujer perfecta para mí. Otras aunque son muy bellas, por dentro están vacías. Tú eres hermosa en todos los sentidos. Créeme, estuve con muchas mujeres así y es por ello que sé que eres invaluable.

—Pobre de ti, me imagino que gran sacrificio fue ese de estar con tantas mujeres bellas —dijo con una risita irónica.

—No te burles. Te digo la verdad.

Ella le dio un beso rápido, luego su mirada se perdió en el horizonte y suspiró al tiempo que sonreía.

—¿Qué sucede, Melisa? Te quedaste callada.

—Yo también tuve mis novios, Alexander, y al igual que tú no tuve mucha suerte. El último se fue con otra a la ciudad y nunca más volví a saber de él, sufrí mucho. Ahora comprendo que no era el indicado para mí, estaba muy lejos de serlo.

—Cuánto me alegro de que eso sea así y que ahora estés a mi lado. ¿Yo sí te parezco el indicado?

—Desde que te conocí pude darme cuenta de que contigo había algo diferente. Mi corazón me dice que el amor que tenemos va más allá de lo que hemos conocido antes.

Se tomaron de las manos mirándose a los ojos, se quedaron callados por un momento hasta que Alexander rompió el silencio.

—Yo también siento lo mismo que tú, Melisa.

Respiraron lentamente, sus corazones parecían querer salirse del pecho, ambos deseaban volver a juntar sus cuerpos con pasión y devoción. Se dieron

un beso largo y apasionado. Tendrían que conformarse con solo eso mientras tanto, ya que no era el momento apropiado.

—Te amo tanto, Melisa, que no deseo separarme de ti ni un momento. No sé si soy muy cursi, pero a veces siento que no puedo pensar correctamente si no te tengo a mi lado.

—Si Tania te escuchará te diría que eres muy cursi, pero yo no pienso así. Eso me comprueba que no me equivoqué en entregarme por completo a ti. Y que lo que siente mi corazón vale la pena.

—Así es, sé que nuestro amor es mutuo.

Melisa sonrió.

—Solo quiero que me prometas algo, Alexander.

—Tú dime, princesa, estoy para cumplir todo lo que me pidas.

—Tienes que comprenderme, mi vida no ha sido muy fácil y confiar en los hombres no es nada sencillo para mí. Lo que nos pasó con Leonardo, lo que sufrimos por su culpa, no fue nada fácil. Por eso no puedo dejar de sentir miedo a equivocarme. Prométeme que no me mentirás y que tampoco te marcharás dejándome sola.

Alexander la besó una vez más mientras la abrazaba fuerte.

—No tengo que prometerte eso, Melisa. No es necesario. Te amo tanto que no sería capaz de hacerte daño, siempre te he sido sincero y no hay nada en el mundo que me haga separarme de ti. Pero si eso te hace sentir más tranquila, te lo prometo.

Melisa se recostó sobre el pecho de él dejándose confortar por sus cálidos brazos.

A tan solo cuatro días del festival trabajaban mucho para tener todo preparado. El traslado de las orquídeas a la ciudad debía de ser de mucho cuidado, tenían que llegar en perfecto estado. El camión que las llevaría ya estaba acondicionado para hacerlo, solo tendrían que subir todas las orquídeas e irían rumbo a la ciudad.

Pero la visita que estaban por recibir ese día no sería muy grata para Melisa, la tomaría por sorpresa. Justo al atardecer cuando regresaban de entregar unos pedidos, escucharon un auto llegar. No prestaron mucha importancia, era normal que llegaran clientes al vivero.

La sorpresa para Alexander fue ver cómo bajaba su madre de aquel auto. Por un momento se quedó inmóvil, no esperaba esa visita. Melisa solo pudo observar a una señora elegante con vestido negro y una cartera grande color rojo que combinaba muy bien con sus zapatos. Aunque era un poco mayor no pasaba por desapercibida su belleza.

—¿Quién será esa señora tan elegante? —preguntó Melisa.

—Es mi madre —susurró Alexander.

Él fue a su encuentro, no sabía cómo sería la reacción de su madre en ese lugar, sospechaba que algo había detrás de esa visita y más aún cuando no le había avisado.

—Hola, mamá. No esperaba verte aquí —dijo mientras le daba un beso en la mejilla y le sostenía las manos.

Norma le correspondió, pero no dejaba de ver a esa chica que estaba justo detrás de él.

—Solo quise venir a visitarte, cariño.

Soltó las manos de Alexander y dio un paso adelante mientras miraba fijamente a Melisa.

—Así que este es tu escondite, Alexander.

Melisa permaneció callada, casi inmóvil, respirando profundo, mientras Norma la rodeaba lentamente.

—¿Y esta chica, Alexander, trabaja contigo?

Melisa se le adelantó a responder.

—Sí, señora. Soy Melisa López, la socia de su hijo Alexander —dijo mientras extendía su mano hacia ella.

Norma dio un giro sobre sí misma ignorando a Melisa.

—Así que socia... No me habías dicho nada sobre una socia, Alexander. ¡Y menos que se trataba de una vulgar campesina!

Alexander se puso frente a su madre.

—Mamá, no te permitiré que vengas a tratar mal a Melisa, quiero que sepas que ella no es solo mi socia. —Se acercó a Melisa y la abrazó—. Melisa es mi novia y espero lo comprendas.

Norma puso los ojos en blanco y apretó fuerte la cartera con sus manos.

«Lo que me dijo Leonardo es cierto», pensó.

—No comprendo Alexander cuál es tu empeño en hacerme sentir mal, soy tu madre deberías de considerar lo que pienso.

—Yo mejor los dejo solos —dijo Melisa—. Creo que tienen mucho de qué hablar.

La chica se retiró con la cabeza en alto. Al parecer no había sido del agrado de la madre de Alexander, podía darse cuenta que no aceptaría su relación.

Alexander se acercó a Norma.

—No debiste hablar de esa forma, mamá. Ya sabes lo que pienso de tus caprichos. He encontrado a una mujer hermosa y admirable, con la que me siento un hombre diferente y feliz. Algo que nunca sentí con las mujeres que tú querías para mí. Hasta por fin estoy seguro de lo que quiero y ni tú ni nadie me harán cambiar de parecer.

—Estás muy decidido. Sabes muy bien lo que pienso de estas mujeres campesinas, no me agradan. Así que no esperes que acepte a esta chica, estoy segura que pronto se te pasará y solo es una más de tu lista.

—No, mamá. Sabes muy bien que no es así, estoy muy seguro de lo que quiero.

Norma respiró profundo, aunque tenía mucha rabia por lo que estaba pasando debía ser inteligente, sabía que no lograría nada con sus palabras así que era mejor llevar todo en paz, mientras buscaba la forma de separar a Alexander del lado de Melisa.

—Ya, hijo, veo que no podré convencerte. No vine desde tan lejos para discutir sobre estas cosas. ¿Dónde está tu casa? ¿Quiero descansar un rato? Podremos conversar más tranquilos ahí.

—Sí, mamá. Discúlpame. Vamos, la casa está aquí al lado, te la mostraré.

Norma no dejó de prestar atención al vivero, se estremecía con solo ver ese lugar, odiaba tanto estar ahí, pero por su hijo era capaz de muchas cosas, debía soportar todo lo de ese lugar hasta encontrar la forma de salirse con la suya.

Entraron a la casa, Norma revisó cada detalle, hasta se cercioró de que todo estaba limpio, su desagrado era evidente.

—Esta es mi casa, mamá. Como puedes ver no es como las de la ciudad, pero me gusta mucho y estoy muy feliz aquí.

—No comprendo aun qué te gusta de este lugar, cariño, pero tú sabrás...

—Dime, mamá, ¿por qué papá no vino contigo? Él tenía muchas ganas de conocer este lugar.

—Tu padre no ha estado muy bien de salud. Ya sabes, lo mismo de siempre, su presión alta... Encima, ha tenido mucho trabajo estos días. Decidí venir sola, quería saber si estabas bien, hoy mismo regresaré. Ya tendrá tiempo tu padre para visitarte otro día.

—¿Pero está bien? ¿No es nada complicado?

—Claro que no, Alexander. Él estará bien mientras tome sus medicamentos. Solo que tiene mucho trabajo pendiente y pasa muy estresado. Conoces a tu padre, le gusta todo a la perfección.

—Sí, cuánto me hubiera alegrado que estuviera aquí. Melisa estaría muy contenta de conocerlo y sé que mi padre también. Lo bueno es que pronto podrán hacerlo.

—¿Por qué lo dices, Alexander?

—El fin de semana es el festival al que iremos a participar. Melisa tiene las orquídeas más hermosas que yo hubiese visto antes, estoy seguro que ganaremos el primer lugar.

—Dime, ¿cómo es que terminaste siendo socio de esa chica? Según lo que tengo entendido, estos terrenos los compraste tú. Entonces, cómo es que esa chica dice ser tu socia.

Alexander le contó a su madre todo lo sucedido, pero Norma estaba tan concentrada en cómo deshacerse de Melisa que solo le prestó verdadera atención a lo que le convenía.

—Está bien, cariño. ¿Sabes?, tengo mucha sed... ¿Podrías traerme algo para tomar? Natural, si no es mucha molestia.

—No es ninguna molestia, mamá. Te lo preparo y regresó.

Alexander fue a la cocina y Norma pudo ver que colocaba su teléfono sobre la mesita del salón. Era hora de empezar con su plan de separarlos.

Tomó el teléfono y agregó el número de Leonardo a los contactos, luego rápidamente le envió un mensaje que decía:

Todo está saliendo según lo acordado, Leonardo. Tu hija es una ilusa, ha creído en mí ciegamente. Muy pronto tendremos el dinero del festival y cuando el vivero sea reconocido podremos deshacernos de ella.

Colocó el teléfono de nuevo donde estaba sin que Alexander se diera cuenta de lo que había hecho, ahora solo tenía que buscar la forma de que Melisa lo viera. Alexander terminó de preparar el refresco y se lo llevó a Norma.

—Toma, mamá, espero que te guste.

Se sentó a un lado del sofá, mientras Norma tomaba un sorbo del refresco.

—Al menos hay algo bueno en este lugar, el refresco está delicioso.

—Me alegro de que te guste.

—Retomando nuestra conversación, cariño. No tienes ninguna obligación con esa gente, las tierras tú las compraste, son solo tuyas.

—Sí, mamá, pero no pude dejarlos sin nada. Sabes que no soy así. Además, sin la ayuda de Melisa y su familia, no hubiera podido seguir adelante. Ella es la que hace posible que todo funcione aquí. Ella me pagará poco a poco. Por eso es tan importante este concurso, el primer lugar ganará mucho dinero y podrá exportar a otros países. Sé que Melisa es la mejor. No tengo ninguna duda.

—Esa chica de seguro que solo quiere aprovecharse de ti. Claro, cómo iba a despreciar ese trato que le hiciste si ella es la única beneficiada. Me imagino que se te ha metido por los ojos, te enamorará y cuando consiga lo que quiere te dejará sin dinero y sin los terrenos. Y por lo que he visto lo está consiguiendo.

—Te equivocas. Melisa no es así, es diferente a las mujeres que te rodean.

—Pues yo siendo tú, no me confiaría. Soy mujer, sé muy bien lo que podemos hacer cuando nos lo proponemos.

—Quisiera conocer el vivero.

—Claro que sí, mamá. Solo te pido que no trates mal a Melisa, llevemos la fiesta en paz, si te das la oportunidad de conocerla te darás cuenta la bella mujer que es. Me harías muy feliz si aceptaras mi relación con ella.

Norma lo abrazó tiernamente.

—Así será, cariño, yo solo quiero verte feliz —le susurró al oído mientras

sonreía.

Alexander estaba tan entusiasmado hablando del vivero que ni siquiera fue consciente de que toda la información que le daba, Norma solo la utilizaría para separarlo de Melisa. Cuando la mujer escuchó lo de la orquídea que la madre de Leonardo heredó a su nieta, supo que esa sería la clave de todo.

Se dirigieron hacia el vivero, Melisa estaba junto a los demás terminando de revisar todo por última vez. Serían tres días en la ciudad. Emma, Yineth y don Juan se quedarían a cargo de todo en el vivero, aunque anhelaban poder estar con Melisa en el festival, pero no era posible. Así que les daba las instrucciones para que todo siguiera con normalidad.

Melisa vio que Alexander y su madre se acercaban, disimuló al acomodar unas cajas en el suelo. Emma salió al encuentro y se paró frente a Norma tendiéndole la mano.

—Hola, señora. Soy la madre de Melisa. Mi nombre es Emma.

Alexander le tomó el brazo a Norma.

—Mamá, por favor. Tú no eres así —le susurró al oído.

Norma hizo un gesto de desagrado. Mientras le rozaba la mano a Emma estuvo a punto de hacer una mueca de desprecio. Pero no era bueno para lo que tenía en mente.

—Mucho gusto, soy Norma.

Emma apretó fuerte la mano de Norma.

—Para nosotros es un placer que esté por acá. Le confieso que su hijo es un ángel, debe estar muy orgullosa de él.

Norma soltó su mano apenas pudo.

—Claro que lo estoy, es mi hijo —dijo muy segura.

—Mira, mamá, te presento a los demás. Ella es Yineth, la hermana de Melisa; él es don Juan, trabaja con nosotros; y Damián es un joven muy valiente que nos ayuda también.

—Mucho gusto —dijeron en coro.

Yineth se acercó a Melisa y la llevo hacia ella.

—¡Qué señora más estirada! No me cae nada bien. Pobre de ti, Melisa. Vaya suegra te fuiste a conseguir —susurró Yineth.

—Calla, no te vayan a escuchar. Imagínate si tiene cara de pocos amigos así, ahora si te escucha, no lo quiero descubrir... la verdad.

—¿Y ustedes dos qué cuchichean? Es de muy mala educación —dijo Norma fulminando a las hermanas con la mirada.

—Lo siento, no quisimos ser mal educadas —explicó Melisa—. Solo le

decía a Yineth algo sobre el cuidado que debe de tener estos días que Alexander y yo no estaremos. Me imagino que ya Alexander te comentó sobre el festival.

Yineth soltó una risita, qué buena actriz era su hermana. Melisa le apretó fuerte las manos para que se callara.

—Claro, mi amor. Ya le conté a mi madre. De hecho, sé que a ella le encantaría ver tus hermosas orquídeas.

—Sí, cariño —mintió Norma—. Deja que Melisa me enseñe esas famosas orquídeas, así pasaremos un rato a solas y nos podremos conocer mejor.

—Está bien, mamá, es mejor que Melisa te acompañe. Yo debo de terminar de preparar algunas cosas con don Juan.

Melisa sonrió con amabilidad.

—Vamos —dijo a Norma—. Te mostraré el vivero.

Norma siguió a Melisa unos cuantos pasos, luego se dio media vuelta y se dirigió a Alexander.

—Hijo, ¿será que me puedes prestar tú celular? El mío se ha quedado sin carga y quiero llamar a tu padre.

Alexander sacó su teléfono del bolsillo.

—Claro, aquí lo tienes.

—Gracias, cariño, eres un amor.

Se volteó sonriendo mientras seguía a Melisa.

—Vamos, llévame a ver tus orquídeas, a ver si son tan impresionantes como dicen.

—Te aseguro que te gustarán, son hermosas.

—Bueno, pero antes necesito hablar con mi esposo.

Norma se alejó un poco, pero en lugar de llamar a Ramón, llamó a Leonardo y le dio indicaciones para que estuviera atento al teléfono.

Luego regresó ante Melisa y fingió interesarse en lo que ella le comentaba sobre las plantas, hasta que no pudo contenerse más y la sujetó del brazo con fuerza para encararla.

—Mírame muy bien, campesina aprovechada, y no te olvides de lo que te voy a decir, no eres mujer para mi hijo. Él se merece a alguien de su misma clase social no como tú. No quiero a tu familia cerca de mi hijo. Primero tu padre estafa a Alexander vendiéndole estas tierras casi al doble de su valor real y luego tú intentas robarle el vivero. ¿Acaso crees que no conozco a la gente de tu calaña?

—Estás muy equivocada yo...

—¡Eres como tu padre! Mi marido me ha contado la clase de hombre que es y...

—No te voy a permitir que me compares con ese hombre...

Melisa soltó su brazo apartándose de ella.

—A ti y a Leonardo los quiero lejos de mi hijo. Alexander era un hombre honorable y bueno hasta que empezó a juntarse con ese desgraciado que solo alimentó avaricia y egoísmo en su corazón. Y ahora tú intentas hacerle daño por tu parte. No cabe duda que tú y tu padre son iguales.

Melisa frunció el ceño sin entender nada de lo que decía la mujer.

—No tengo idea de lo que me habla, pero no voy a permitir que me ofenda.

—Eres tan tonta que ni siquiera eres consciente de que Alexander no te quiere y solo está siendo utilizado por tu padre.

Melisa sintió un escalofrío clavársele en el pecho.

—Piensas abusar de él y robarle este vivero y no te das cuenta que es Leonardo quien está detrás de todo esto.

—¿Qué quieres decir?

Norma hizo su mejor actuación, sonrió con ironía y dejó que se le escaparan unas lágrimas.

—Oh, ya veo que no eres tan lista como crees. Al principio pensé que tú y Leonardo estaban compitiendo a ver quién conseguía aprovecharse más de mi hijo, pero parece que tú ni siquiera sabes...

—¿Qué es lo que no sé?

—¡Qué Leonardo envió a mi hijo a enamorarte solo para ganar ese concurso!

—Eso que dice no es cierto... Alexander no es capaz de...

—Leonardo le ha ensuciado la mente a mi pobre hijo, es por eso que estoy aquí. Antes que nada soy madre y Alexander es lo más valioso que tengo, no voy a dejar que nadie se aproveche de él. Así como hoy me enfrento a ti, después lo haré con tu padre.

—Nada de lo que dices tiene sentido.

—¿De verdad crees que alguien como mi hijo, guapo, adinerado y acostumbrado a tener las mujeres que quiera, va a estar con una campesina como tú? No, eres muy poca cosa para él. Si está aquí solo es por ese maldito hombre que resulta ser tu padre.

—Alexander no tiene nada que ver con Leonardo y mucho menos yo.

—¿Eso es lo que crees, campesina ignorante?

—Lo siento, pero no pienso tolerar más tu...

Norma no la dejó terminar, tomó el teléfono de Alexander y abrió el mensaje enviado a Leonardo.

—A ver, dime qué opinas de esto...

Melisa no pudo evitar clavar los ojos en la pantalla. El corazón se le retorció al leer lo que decía el mensaje. Negó con la cabeza...

—Eso no puede ser verdad —susurró—. Alexander sería incapaz...

—Dios mío, eres tan estúpida. Te crees tan importante, que ni viendo la verdad ante tus ojos de das cuenta de lo que sucede...

Norma le dio al botón de llamar y puso el aparato en altavoz. Melisa se alejó, necesitaba una explicación de Alexander, sin embargo cuando escuchó la voz de Leonardo en el celular se le heló la sangre y se quedó como congelada en el tiempo.

—Hola, muchacho —dijo Leonardo a través del aparato—. Espero que me llames para darme buenas noticias. ¿De verdad crees que la orquídea de mi madre Regina ganará el primer lugar? —Todo quedó en silencio—. ¿Alexander? ¿Estás ahí? —dijo Leonardo fingiendo muy bien su papel—. ¿Muchacho? ¿Hola?

Norma cortó la llamada y fue hasta Melisa que tenía los ojos al borde de las lágrimas. No quedaba duda, Alexander solo le había visto la cara. No había otra explicación, si no cómo iba a saber Leonardo de la orquídea que le había regalado su abuela...

—¿Te das cuenta de que no te he mentado? —dijo Norma.

Melisa negó un par de veces, sin poder expresar nada de lo que sentía con palabras, luego salió corriendo deprisa. Antes de subir a la camioneta se topó con Alexander que al verla en ese estado se interpuso en su camino y la detuvo sujetándola del brazo.

—¿A dónde vas, amor? ¿Por qué estas llorando?

Melisa soltó su brazo sintiendo asco por su contacto. Lo miró a los ojos con furia y resentimiento. Sentía tanta rabia al saber cómo estaban jugando con ella. No podía callar ese dolor que salía de su corazón.

—¿Tienes el descaro de preguntarme por qué estoy llorando? ¡Ya sé tus intenciones, Alexander! Tal como lo pensé al principio eras su cómplice... Y yo caí en tu juego como una estúpida... Pues te digo de una vez que no jugarán más conmigo. Te dejo todo lo que he logrado aquí, espero que lo aproveches. Por mí puedes irte al infierno.

—No te comprendo. No sé de qué me hablas.

Melisa suspiró profundo mientras le daba una cachetada en la mejilla.

—No quiero verte nunca más en mi vida.

Subió a la camioneta y se marchó. Alexander quiso ir tras ella, pero su madre llegó en ese preciso momento y lo detuvo.

—Déjala, cariño, ella necesita estar sola. Pude escuchar todo lo que te dijo, esa chica no te merece. ¡Te lo dije!

Alexander no comprendía nada de lo que estaba pasando ni de qué hablaba Melisa, estaba muy confundido. Miró a su madre que estaba a su lado.

—¿Acaso tuviste algo que ver con esto, mamá? ¿Qué fue lo que le dijiste?

—Nada, hijo, estoy tan confundida como tú. Melisa me estaba mostrando las orquídeas y de pronto recibió una llamada, se puso muy extraña, quise preguntarle, pero salió corriendo hasta que se topó contigo.

—Mamá, no puedo quedarme aquí como si nada, iré a buscarla, todo esto debe tener una explicación.

—No seas tonto, Alexander, te diste cuenta de cómo estaba. No escuchara nada de lo que le digas, debes dejarla sola hasta que se le pase, es lo mejor.

Alexander obedeció a su madre, pero sabía que no estaría tranquilo hasta aclarar todo.

Mientras tanto Melisa solo quería alejarse del lugar, fue lo más lejos que pudo, aun no podía creer que Alexander le hubiera hecho algo así, parecía tan sincero cuando le decía que la amaba.

Las lágrimas corrían por sus mejillas. No podía evitarlo, se había enamorado como una tonta de él. Lloraba sin control, lo menos que quería era mirarlo otra vez. Debía pensar muy bien que haría para que no se salieran con la suya. Aunque había anhelado toda su vida participar en ese festival no lo iba hacer.

Melisa sabía muy bien que sin ella no lograrían ganar ese premio. Regresaría a recoger su orquídea, era lo único de lo que estaba segura que sí le pertenecía y no regresaría más a ese lugar. Dejaría de una vez por todas el vivero, pero no pisotearían más sus sentimientos. Empezaría de nuevo lejos de ese lugar, al fin y al cabo, no era la primera vez que lo hacía.

Norma trató de consolar a Alexander que daba vueltas de un lado a otro con desesperación. Se acercó y lo abrazó mientras sonreía, sabía que ya se había salido con la suya. Melisa no querría ver a Alexander nunca más. Y se había asegurado de borrar el mensaje del celular, Alexander jamás imaginaría que ella había sido la culpable de su separación. Él marcó al número de Melisa una y otra vez sin ninguna respuesta. Se dirigió hacia donde estaban todos.

—¿Alguien sabe dónde está Melisa? Se fue y estaba muy molesta, no la puedo localizar.

Todos se miraron el uno al otro.

—No, Alexander, ninguno de nosotros sabe dónde está —dijo Emma preocupada.

—Ay, no sé por qué te preocupas, cariño. Ahorita debe de llegar, ya se le pasará esa rabieta.

—Lo siento, señora Norma, pero mi hija Melisa no es así. Ella no se enojaría por nada, algo le tuvo que pasar.

Sonó el teléfono de Norma, contestó al instante, era una llamada del hospital, sus manos empezaron a temblar. Conforme escuchaba lo que le decían al teléfono su buen humor desaparecía.

—¿Qué te sucede, mamá, estás pálida?

—Me acaban de decir que tu padre tuvo un preinfarto y está en el hospital... Oh, Dios mío... Debemos irnos de prisa, hijo.

—Vamos, mamá. Por favor, Emma, dígame a Melisa lo que le sucedió a mi padre. Le pido que me llame, necesito hablar con ella cuanto antes, haré todo lo posible para acompañarla al festival, pero no sé si podré.

—Ve con cuidado, Alexander. Nosotros nos encargaremos de todo aquí, espero que no sea nada grave lo de tu padre.

—Gracias, Emma, yo les avisaré en cuanto pueda.

Subieron al auto y se fueron deprisa hacia la ciudad. Llegaron al anochecer al hospital, Alexander estaba muy preocupado por su padre. Encontraron a Ramón un poco mejor. Ya había pasado la crisis, pero debía descansar, era mejor que no lo despertaran.

Debía permanecer en el hospital al menos un día, luego podría regresar a casa. Lo mejor era que no lo dejaran solo ni un momento y de eso Alexander se iba a asegurar.

Norma y Alexander se quedaron toda la noche en el hospital. Muchas veces Alexander intentó comunicarse con Melisa, pero no logró que le respondiera. Estaba destrozado por lo de su padre y a la vez no podía dejar de pensar en lo que le había pasado con Melisa.

Por la mañana Ramón no había despertado. Pero Alexander seguía insistiendo en hablar con Melisa. Apenas pudiera iría a buscarla. No soportaba estar sin saber de ella y menos que las cosas hubieran quedado así. Apenas despertó su padre, Norma y Alexander corrieron a su lado y lo tomaron de las manos.

—Hola, papá, ¿cómo te sientes?

—Hola, estoy bien. Aun no me tocaba morir, solo fue un susto, no se preocupen. ¿Cómo voy a morir sin ver a mi único hijo con una buena mujer e hijos?

—Ya, no digas tonterías, Ramón. ¿Cómo me ibas a dejar sola, que haría sin ti? —dijo Norma con lágrimas en los ojos.

—No te preocupes, amor, que tienes marido para rato.

—Papá, prométeme que te vas a tomar tus medicamentos y que te vas a cuidar mucho. Tremendo susto nos diste.

Los tres se abrazaron, la alegría de que Ramón estuviera bien era evidente. El doctor les había dicho que todo estaba bien, solo había sido un pequeño percance y que ya podía regresar a casa, pero que debía tener reposo y tomar sus medicamentos. Por esa vez había tenido suerte de que lo atendieran a tiempo, de no ser así hubiera sido más grave.

Lo llevaron a casa y aunque Alexander estaba feliz por su padre, no podía dejar de pensar en Melisa. No había podido saber de ella. Ramón se dio cuenta de que algo no andaba bien con Alexander, lo había visto inquieto y preocupado. Miró a Alexander mientras lo llamaba a su lado.

—¿Qué te sucede, Alexander? Desde que desperté pude ver que estás inquieto y triste. Me doy cuenta de que ya no es por mí. Porque, como dijo el doctor, estoy bien. Me preocupas. ¿Acaso pasó algo con Melisa?

—Sí, papá. A ti no te lo puedo ocultar, me conoces bien. Ayer pasó algo muy extraño antes de que nos avisaran que estabas en el hospital. Ya de por sí era extraño que mi madre se apareciera sin avisar por allá...

—¿Tú madre te fue a visitar? No sabía que ella había ido a verte.

—Ayer estuvo por el vivero, creí que tú lo sabías.

—No lo sabía, pero no me extrañaría que haya sido con segundas intenciones. —Ramón frunció el ceño—. Conozco bien a tu madre y sé que algo se trae entre manos, no te visitaría solo por verte. Sé muy bien cuánto odia el campo. Además, ¿por qué no me lo dijo?

—Lo mismo pensé yo, papá. Le confesé que Melisa era mi novia. Al principio no le agradó mucho la noticia, lo pude ver en sus ojos. Pero después de que hablamos, lo digirió mejor. Incluso accedió a que Melisa le hiciera un recorrido por el vivero.

—¿Y tú le creíste a tu madre? No sé, pero esto no me parece nada bien. Sé que ella es capaz de hacer cualquier cosa con tal de que haga su voluntad.

—No sé qué sucedió, cuando regresé a ver cómo estaban encontré a Melisa llorando, le pregunté qué sucedía y solo me dijo que ya no podría hacerle más daño y que sabía toda la verdad. Por más que traté de detenerla no lo logré. Me dio una cachetada, me dijo que no quería verme nunca más y se marchó. Desde entonces he tratado de hablar con ella y no responde. No comprendo qué sucedió si todo estaba muy bien entre nosotros.

—Ahora sí pienso que tu madre tiene algo que ver con esto.

—También lo pensé, papá, pero cuando se lo pregunté, me aseguró que no. Estaba muy extrañada con la reacción de Melisa, dijo que se puso así después de haber recibido una llamada. No creo que mi madre sea capaz de inventar tal cosa.

Ramón se quedó callado, presentía que Norma era la causante de todo ese problema. Sin embargo, esta vez no iba a permitir que se saliera con la suya, amaba demasiado a Alexander para verlo sufrir por su culpa.

—Está bien, hijo. Te voy a dar un consejo, yo en tu lugar iría ahora mismo a buscarla, es la única forma de aclarar qué fue lo que pasó.

—Lo sé, papá. Pero en este momento no quiero dejarte solo con mamá. Si tienes una recaída no me perdonaría el no estar contigo.

Ramón sonrió.

—Tal como puedes ver, yo estoy bien. Escuchaste al doctor, solo debo tomar mis medicamentos y tener reposo. Creo que ahora lo más importante es tu felicidad, Alexander. Ve allá y habla con Melisa, no estaré tranquilo hasta que lo hagas.

—Está bien, papá. Me iré de una vez, ya te avisaré qué sucede. Deséame suerte, la voy a necesitar.

—Que te vaya muy bien, espero que logres aclarar todo con Melisa. Aunque no la conozco sé que es una buena mujer y ambos merecen ser felices.

—Gracias, te veo pronto.

Alexander salió de prisa de la habitación, justo antes de salir se topó con Norma.

—¿Y tú para dónde vas tan de prisa, cariño?

—Voy a arreglar mi problema con Melisa. Te pido que cuides a papá mientras regresó.

Le dio un beso y se marchó sin dar tiempo de que Norma le dijera nada. Ella empuñó sus manos, mientras hacía un gesto con su rostro.

—No puedo creer que me deje sola con su padre por culpa de esa campesina —murmuró.

Melisa ya estaba más tranquila, muy temprano por la mañana había ido a recoger sus cosas personales del vivero, pero lo más importante fue recoger la orquídea que su abuela le había regalado.

Estaba dispuesta a empezar de nuevo, nada la detendría esta vez, se aseguraría de hacer todo muy bien para que nadie le volviera hacer daño. Ya les había contado todo a Emma y Yineth, ellas no podían creer que Alexander fuera de esos hombres que se prestara hacerle daño a los demás. Pero todo era posible, aunque ya empezaban a tenerle mucho cariño a Alexander, era mejor alejarse de él y apoyar a Melisa en todo lo que pudieran.

Melisa ya estaba resignada a que el amor no se había hecho para ella, solo pensaría en trabajar y volver a salir adelante, los hombres solo se le acercaban para hacerla sufrir y no lo iba a seguir permitiendo.

Ya tendría la oportunidad de participar en el festival en otra ocasión, le molestaba mucho pensar que no lo haría por culpa de Alexander y su cómplice, pero era la mejor decisión. Trabajaría muy duro por tener esa oportunidad de nuevo. Sabía cómo trabajar y aunque le llevara muchos años sabría cómo lograrlo.

Alexander llegó antes del atardecer al vivero, tenía la esperanza de encontrar a Melisa en ese lugar. Revisó por todas partes sin conseguirlo. Fue al invernadero donde estaban las orquídeas, pero su corazón se llenó de tristeza al ver que la orquídea más especial de Melisa no se encontraba ahí, observó con más atención y pudo ver que las pertenencias de ella tampoco estaban. Corrió de prisa hasta la casa de Melisa, Emma le abrió la puerta.

—Hola, Emma. Necesito hablar con Melisa, desde ayer la he estado llamando y no me contesta.

—Y no lo hará, mi hija no tiene nada que hablar con usted. Es mejor que se

vaya y nos deje tranquilas.

—¿Tú también, Emma? No comprendo qué sucede. ¿Por qué Melisa me rechaza de esta forma?

—Eres igual que Leonardo, las personas así no merecen a nadie como nosotras, te ruego que te vayas, Alexander, y nunca más busques a Melisa. Ya ha sufrido suficiente.

Alexander empezó a llamar a Melisa sin importarle lo que Emma estaba diciendo, no podía irse sin hablar con ella. Desde la habitación Melisa pudo escuchar su voz, se levantó rápidamente de su cama, salió de la habitación y bajó las escaleras. Aprovecharía para decirle unas cuantas cosas a Alexander.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —reclamó Melisa muy enojada.

Alexander se quedó mirándola, podía ver cuánta tristeza había en la mirada de ella, sabía que estaba sufriendo, pero aún no comprendía por qué.

—Necesito hablar contigo, mi amor. Solo quedan tres días para el festival.

Melisa suspiró profundo, tarde o temprano tendría que enfrentarlo.

—Déjanos solos, mamá. Esto es algo que debemos arreglar entre él y yo.

Emma asintió antes de marcharse.

—¿No me invitarás a pasar? —dijo Alexander.

—Claro que no, lo que te tengo que decir es algo muy rápido. No va a ser necesario que entres a mi casa.

—Está bien, como digas, Melisa. Pero creo que no merezco que me trates así.

Melisa lo fulminó con la mirada, cómo era posible que le dijera eso.

—Veo que quieres seguir con tus mentiras, Alexander. No puedo creer que haya hombres como tú que se presten para hacerle daño a las personas, eres tan ruin y miserable.

—Un momento, Melisa. No comprendo por qué me dices todas estas cosas si lo único que he hecho es quererte y entregarte mi corazón.

—No entiendo qué quieres conseguir con este teatrillo. Ya sé toda la verdad. ¿Crees que voy a continuar después de descubrir que eres el cómplice de Leonardo y que solo quieren burlarse de mí?

—¿De dónde sacas esas tonterías, Melisa? Me duele que pienses eso de mí. No soy como ese hombre y te lo he demostrado. No comprendo cómo te has dejado llevar por esas mentiras que no se dé donde las sacaste, pero ya no importa. Creo que ya tomaste una decisión, no tengo nada que hacer aquí es mejor que me vaya.

Melisa se quedó callada mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, no

creería más en él, era mejor así. Alexander dio la vuelta y se marchó, sentía que su corazón se destrozaba con cada paso que daba alejándose de ella.

Pero su orgullo era más fuerte y la desconfianza que Melisa tenía hacia él era muy grande. No lucharía contra eso, aunque la amaba con todas sus fuerzas no podía soportar que Melisa desconfiara de él como lo había hecho.

Todo por lo que habían trabajado ese tiempo se había perdido por la desconfianza, ya no valía la pena seguir ahí. Quizás Norma tenía razón y ese no era un lugar para él ser feliz.

Alexander regresó al vivero, en cada lugar podía recordar lindos momentos vividos al lado de ella. Ya era muy tarde para regresar a la ciudad, trataría de descansar, aunque sabía que no lo lograría con tanta tristeza, ya no le importaba nada de lo que había en esos terrenos, llamaría a su padre para comentarle todo, luego empacaría sus cosas y se iría por la mañana después de hablar con don Juan.

Ramón había esperado toda la tarde la llamada de Alexander. No se sacaba de la cabeza que Norma tenía algo que ver con todo eso. No podía esperar más tiempo para sacarle toda la verdad a su esposa. Se levantó de la cama y fue hacia la sala donde se encontraba Norma.

Justo en ese momento la encontró hablando por teléfono, pudo escuchar que decía algo sobre Alexander, así que decidió escuchar escondido tras la pared. Norma hablaba de un plan que sí había dado resultado y no era necesario la ayuda de él para separar a Melisa y Alexander.

—No quiero que me vuelva a llamar. Leonardo, yo puedo sola con los problemas de mi hijo —decía ella al teléfono, luego colgó.

Ramón sintió mucha rabia, no podía creer lo que había escuchado, salió y se puso frente a Norma con su ceño fruncido.

—¿Así que fuiste tú la responsable de separar a Alexander de Melisa? No puedo creer de lo que eres capaz por tu tonto orgullo.

—Por favor, Ramón. Vamos a la cama, no deberías estar aquí.

Norma lo tomó del brazo, pero Ramón se soltó de inmediato.

—No voy a ningún lugar hasta que me digas qué fue lo que le hiciste a Melisa. Y no quiero escuchar ninguna mentira, te advierto que no lo voy a permitir.

Norma se quedó callada, nunca había visto a Ramón tan enojado, sabía que no tenía más remedio que decirle la verdad, si le sucedía algo no se lo perdonaría nunca.

—Está bien, vamos a sentarnos y te contaré toda la verdad. No quiero que te suceda nada.

—Pues creo que debiste de pensarlo antes, le estás causando mucho sufrimiento a nuestro hijo con tus tonterías. Cuéntame cuál fue tu plan maléfico contra esa jovencita.

—Está bien. Te contaré, pero te pido que me comprendas.

Norma le contó a su esposo todo lo que había sucedido, desde el encuentro con Leonardo, hasta el momento en que Melisa salió corriendo del vivero.

—No sé cómo es posible que no vieras el gran amor de Melisa y Alexander. Estás ciega por tu orgullo. Cómo fuiste capaz de querer separarlos, si supieras cómo sufre él en este momento por tu culpa. Te rompería el corazón escuchar sus palabras de tristeza, porque Melisa ya no lo quiere ver más.

—De verdad no quise hacer sufrir a mi hijo. Sabes cuánto lo amo y que daría mi vida por él.

—Creo que todavía estás a tiempo para arreglar lo que hiciste.

—No te comprendo, Ramón. ¿Qué puedo hacer? Alexander no me perdonará por esto.

—Creo que si hablas con la verdad, Alexander te perdonará.

—No resistiría tener a mi hijo enojado conmigo, eso me destrozaría el corazón.

Y no solo tú querido Alexander, yo tampoco te lo perdonaré si no logras que ellos estén juntos de nuevo.

Norma no pudo evitar soltar el llanto, estaba a punto de perder a las personas que más amaba.

—Está bien, Ramón. Estoy dispuesta a hacer lo que sea por no perderlos.

—¿Lo que sea, Norma?

—Sí, así es. Ya no me importa si Alexander quiere estar con esa chica. Como dices, lo más importante es que sea feliz.

—Pues no se diga más, mañana en la madrugada iremos a buscar a Melisa, le dirás toda la verdad, aceptarás que ellos se aman y de una vez te digo que dejarás de tratarla mal. Les pedirás perdón y dejarás que sean felices juntos.

Norma suspiró profundo, sabía que se había equivocado.

—Está bien, Ramón, será como digas, pero no quiero que esto complique tu salud. Temo que el viaje no te haga bien.

—Por mí no te preocupes, estoy bien. Seré feliz con ir al campo, hace mucho que quiero conocer ese lugar.

Para Alexander la noche fue fría y larga. El frío también helaba su corazón. Cuánto dolor sentía al tener que marcharse de ese lugar el cual ya creía suyo. El sitio ideal para formar la familia que siempre había querido.

Dejaría todo tal como estaba y regresaría a la ciudad, pero primero hablaría con don Juan. No lo dejaría desamparado sin trabajo. Cuando el hombre llegó Alexander le dio las gracias por el apoyo que siempre le había dado.

—Quiero que te hagas cargo de todo, don Juan. Yo me voy hoy mismo para la ciudad, no es lo que yo quería, pero ya no tengo nada más que hacer aquí.

—¿Qué sucede, joven Alexander? ¿Qué pasará con el festival?

—Ya te darás cuenta, ahorita no quiero hablar sobre eso. Y en cuanto el festival no tiene ningún sentido ir sin Melisa, ese era su sueño no el mío.

Alexander dejó a don Juan a cargo de todo mientras él decidía qué hacía con el vivero. Le estrechó la mano, le entregó las llaves y se fue dejando al pobre hombre muy confundido, sin entender qué estaba pasando.

Alexander condujo a la ciudad mientras muchos recuerdos pasaban por su mente, no podía creer que estuviera sucediendo eso. Dejaba atrás todo lo que amaba, los mejores momentos de su vida.

Norma y Ramón habían salido temprano de la ciudad, no querían que pasara mucho tiempo para poder contarle todo a Melisa. Ramón estaba encantado del paisaje que veían sus ojos, el lugar era de su agrado, estaba feliz por conocerlo, aunque fuera en esas circunstancias. Al llegar al vivero ya Alexander se había ido, solo se encontraron con don Juan.

—Buen día, señor —saludó Ramón—. ¿Dónde está Alexander? Necesito hablar con él?

—Buen día, señores. El joven Alexander ya se marchó, me dejó a cargo del lugar. ¿Les puedo ayudar en algo? Supongo que son sus padres.

Ramón le explicó a don Juan que necesitaban hablar con Melisa y este les dio la dirección de la chica, enseguida se fueron en busca de ella. No tardaron mucho en encontrarse frente a la casa. Ramón tocó un par de veces la puerta.

Emma fue quien abrió y los recibió, Ramón se presentó ante ella muy atento y, luego preguntó por Melisa.

—No quiero ser grosera, señor —dijo Emma—. No es mi costumbre serlo. Pero es mejor que se vayan, no son bienvenidos aquí y menos a esta señora que le ha hecho tanto daño a Melisa.

—Sé que tiene mucha razón en estar disgustada con mi esposa, sé que no se portó muy bien que digamos. Pero necesitamos ver a Melisa.

—No le harán más daño, no lo permitiré.

Norma se puso frente a Emma, la miró fijamente a los ojos.

—Sé que por nuestros hijos somos capaces de hacer muchas cosas, la comprendo muy bien, pero en estos momentos está en juego su felicidad.

—Como si eso le importara...

Emma frunció el ceño mientras seguía mirándola de frente.

—En este momento sí me importa, por eso estoy aquí, necesito confesarle la verdad a Melisa. Cometí un error, pero estoy dispuesta a solucionarlo. Sé que me equivoqué.

—Sí, señora Emma —intervino Ramón—. Es necesario que mi esposa hable con ella, debe de saber la verdad de lo que pasó.

Emma se quedó pensativa, no sabía si creer en lo que decían.

—Está bien, los dejaré pasar, voy a llamarla. Pero de una vez les digo que si es para hacerle más daño, se las verán conmigo.

Los dos esperaron al pie de las escaleras. Norma sabía que no iba a ser sencillo tragarse su orgullo.

Melisa bajó despacio las escaleras. Ramón la miró.

—Es muy bella —susurró a Norma.

—¿Qué hacen aquí? —cuestionó Melisa—. ¿Los envió Alexander? ¿Acaso quiere seguir arruinando mi vida?

Melisa se quedó muy seria con la frente en alto.

—Soy Ramón, el padre de Alexander. Sé que no es el mejor momento, pero yo sí estoy muy feliz por conocerte. Y, te equivocas, nadie nos mandó hasta aquí, vinimos por nuestra cuenta. Mi esposa tiene que hablar algo muy importante contigo, Melisa.

—Creo que el otro día me dijo lo suficiente. ¿Verdad, señora Norma? Ese día me dejó muy claro lo que piensa de las campesinas como yo. También le entendí muy bien que no somos de la misma clase social y que su hijo jamás se fijaría en alguien como yo. Está muy claro, señora. Pues déjenme decirle que más bien es su hijo quien no me merece, pueden regresar tranquilos a la

ciudad. Alexander ya no me interesa ni nada que tenga que ver con él.

—Déjame hablar. Voy a ser directa, Melisa. Estoy muy arrepentida por lo que hice y por el daño que te causé a ti y a mi querido Alexander. Él es inocente, no sabe nada de lo que te dije y mostré ese día.

Melisa sonrió incrédula.

—Lo que me faltaba, que ahora vengas con mentiras tratando de defender a Alexander. Díganme la verdad, ¿él los envió a convencerme para que yo vaya a participar al festival? Por supuesto, para luego quedarse con el dinero del premio y dejarme sin nada.

—No, Melisa, nuestro hijo Alexander no sabe que estamos aquí —dijo Ramón muy serio.

—Yo fui la que escribí el mensaje a Leonardo ese día. Alexander no sabe nada de eso, él nunca te haría daño. Leonardo me habló muy mal de ti y tu familia, me hizo creer que solo estabas aprovechándote de mi hijo, así que vine dispuesta a separarte de él. Fui yo quien lo planeó todo y él me ayudó.

Melisa se quedó callada, vinieron a su mente las veces que ella le había dicho a Alexander que era igual a Leonardo. Qué tonta fue al no creer en lo que Alexander decía. Se dio la vuelta mientras una lágrima rodaba por su mejilla. Pudo comprender por qué él se había mostrado tan confundido.

«¿Pero y si es una mentira más de esta mujer?», se preguntó.

—En estos momentos me cuesta creer lo que me dices. No puedo creer que alguien pueda hacer tanto daño a una persona sin conocerla.

—Sí, lo sé, Melisa. No sabes cuánto me arrepiento de todo lo que te dije ese día, estaba cegada por mi maldito orgullo. No pensaba en el dolor que le estaba causando a Alexander, quien realmente está enamorado de ti. Creí que esto era un tonto capricho, pero ya veo que no es así.

—Y se puede saber, ¿qué te hizo cambiar de opinión?

—Te lo diré, Melisa. Ese día que nos avisaron de que mi esposo Ramón estaba en el hospital, temí tanto perderlo, recordé que cuando nos casamos éramos pobres. Pero con nuestro amor logramos salir adelante. Mi esposo y mi hijo son lo más importante que tengo en esta vida, no quiero perderlos por mis tontas ideas de ser diferente a los demás.

»Pude ver cómo Alexander estaba sufriendo por ti, su desesperación por venir a buscarte y aclarar todo. No tuve el valor para confesarle la verdad, sé que él no me perdonará lo que hice, pero al menos tendré el consuelo de que será feliz a tu lado, Melisa.

—Espero que tus palabras sean sinceras. No permitiré que se vuelvan a

burlar de mí.

Ramón se acercó a Melisa y la miró a los ojos mientras colocaba una mano en su hombro.

—Te aseguro que mi esposa te dice la verdad y yo me aseguraré de que mi hijo Alexander y tú sean felices. Te pido que confíes en mí, Melisa. Por favor, ve a buscarlo y habla con él. Deben solucionar todo esto.

Ella se quedó callada no sabía qué hacer en ese momento, estaba muy confundida con la confesión de Norma.

Melisa sintió un escalofrío al pensar que quizás Alexander ya no quisiera perdonarla por haber desconfiado de él y compararlo con el miserable de Leonardo.

Se dio la vuelta y salió corriendo hacia el vivero, quería ver cuanto antes a Alexander. Al llegar lo buscó por todas partes sin poder encontrarlo. Norma y Ramón lograron llegar al vivero justo cuando Melisa le preguntaba a don Juan dónde estaba Alexander.

Los ojos de Melisa se llenaron de lágrimas al escuchar la respuesta.

—Lo he perdido, seguro me odia por no creer en él.

—Tranquila, Melisa, puedes ir con nosotros a la ciudad —dijo Ramón.

—No lo sé, lo amo y quiero ir a buscarlo, pero está el festival. Aun las orquídeas no están en el camión y deben llegar mañana muy temprano a la ciudad.

Emma también había llegado al vivero, podía ver la preocupación de Melisa.

—No te preocupes por eso, Melisa. Nosotros llevaremos las orquídeas a la ciudad, estaremos muy temprano para tener todo listo para el festival. Tú debes de buscar a Alexander cuanto antes. Sé que si todo salió bien, Alexander no nos perdonaría si no te llevamos las orquídeas al festival. Juan y yo lo podremos preparar todo. Llamaré a Yineh para que nos ayude también.

—No lo sé, mamá.

—Ve con ellos, Melisa. Busca tu felicidad, no puedes tardar más. Yo hablé con Luis y él ya sabe todo lo que ha pasado aquí.

—Mamá, ¿cuándo lo hiciste?

—Eso ya no importa, Melisa. Él sabe todo, nos ayudará apenas lleguemos a la ciudad con las orquídeas. Daniel y Tania también estarán allá, puedes ir tranquila.

—Está bien, mamá. Te lo agradezco. Iré a casa a preparar las cosas que necesito y nos iremos apenas esté lista.

—Nosotros te esperamos aquí —dijo Ramón sonriendo.

—Ven, mamá. Necesito que me acompañes.

—Está bien, voy contigo. Ya casi regreso para ayudar a don Juan con las orquídeas.

Las dos se dirigieron a la casa. Melisa preparó todo para el viaje, no sabía cuál sería la reacción de Alexander, pero iría preparada para el festival. Tomó la orquídea que le había regalado su abuela.

—Toma, mamá. Te encargo esta orquídea, sabes que es la más especial de todas. Debes llevarla con mucho cuidado, tiene que estar perfecta para el festival.

—Está bien, Melisa. La cuidaré con mi vida. Puedes ir tranquila, espero que todo se arregle entre tú y Alexander.

—Eso espero, mamá... Eso espero.

Melisa se despidió de su madre con un beso y se fue hacia el vivero donde la esperaban. No podía dejar de pensar cuál sería la reacción de Alexander, cuánto daño les había causado Norma con su egoísmo.

Llegó al vivero con su maleta, aún no muy segura de qué haría en la ciudad. Durante el camino le escribiría a Tania, al menos tenía seguro donde pasar la noche. Llegarían al atardecer. No podía evitar sentir temor de perder al amor de su vida.

Durante todo el viaje permaneció callada, no se sentía muy segura de confiar en Norma.

—Ya estamos por llegar, Melisa, pero no te puedo asegurar que Alexander este en casa. Me siento un poco cansado por el viaje, mucha acción para un solo día.

Norma lo tomó de la mano.

—¿Te sientes bien, amor? Deberías de estar en reposo, recuerda lo que te dijo el doctor.

—Tranquila, Norma. Estoy bien, solo es cansancio, algo que con una buena siesta se puede arreglar.

Melisa lo miró preocupada.

—Tranquila, Melisa. Puedes llamar a Daniel, él te llevará al apartamento de Alexander. Siempre que tiene algún problema ese es su refugio. Ahí podrán hablar tranquilos.

—Yo la acompañaré, Ramón. Recuerda que fui la causante de este problema y primero debo hablar con mi hijo. Tú te puedes quedar descansando en casa.

—No soy una tonta, señora. Creo que puedo arreglar esto sola, me pueden dar la dirección y yo lo iré a buscar.

—No voy a discutir contigo, Melisa. Hablaré primero con Alexander, es lo menos que puedo hacer por ustedes.

—Está bien, Norma, hablarás con Alexander, pero quiero que sepas que no he olvidado lo que hiciste el otro día.

—Melisa, te puedo asegurar que mi esposa está arrepentida. Solo se dejó llevar por un mal consejero.

Melisa frunció el ceño y respiró profundo.

—Demasiado mal consejero diría yo —susurró entre dientes.

—¿Dijiste algo, Melisa? —cuestionó Norma mientras la miraba muy seria.

—No, señora. Solo estoy muy ansiosa por ver a Alexander.

Ramón entró a la casa mientras sonreía, había logrado escuchar a Melisa.

Como lo imaginaron, Alexander no estaba en la casa. Dejaron a Ramón ahí y se fueron hacia el apartamento. Bajaron del auto cuando ya casi anocheecía, las luces de la ciudad empezaban a encenderse por todas partes. Entraron al edificio y fueron directo a su apartamento. Norma tocó la puerta mientras lo llamaba.

—Alexander, ¿estás ahí? Abre la puerta, necesito que hablemos.

Él estaba recostado en el sofá, le extrañó mucho escuchar a su madre a esas horas en el apartamento, se levantó y fue a abrir. Para su sorpresa Melisa estaba ahí justo al lado de su madre.

Norma lo abrazó fuerte con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué sucede, mamá, acaso le pasó algo a mi padre?

—No, hijo. Tu padre está bien. Solo quise abrazarte y saber que estás bien.

Alexander miró a Melisa.

—¿Qué haces aquí?

—Alexander, necesito hablar contigo.

—Al parecer ya se te olvidó lo que me dijiste ayer. Te confieso que a mí no se me ha olvidado, lo tengo muy presente, dijiste que no me querías ver nunca más.

—Lo sé, Alexander, me equivoqué contigo. Ahora sé que no me has mentido y todo este tiempo solo me has cuidado.

—Me duele mucho que hasta ahora te des cuenta, Melisa, no sé qué te ha hecho cambiar de pensar.

—Cariño, por eso estoy aquí. Yo causé todo este problema.

—Creo que ahora no importa qué fue lo que pasó, mamá. —Alexander

miró a Melisa quien tenía los ojos llenos de lágrimas—. Me dolió mucho tú desconfianza, Melisa, no podré perdonar que pensaras que yo era capaz de hacerte daño y menos que soy como tu padre.

—Lo siento, perdóname, me equivoque. Nunca debí compararte con él, soy una tonta.

—Es mejor que te vayas, Melisa. No puedo perdonarte, no te imaginas lo que sufrí por tus palabras.

Norma se puso frente a él tomándole de las manos.

—Escúchame, por favor.

Norma le dijo a su hijo todo lo que había sucedido y se disculpó prometiendo no volver a interponerse en su felicidad ni meterse en su vida.

Alexander se volteó mientras respiraba profundo.

—No puedo creer que fueras capaz de tanto, mamá. Cómo pudiste arruinar mi vida de esta forma. Nunca te lo perdonaré.

Norma lo tomó del brazo y lloró.

—Te pido que me perdones, me dejé llevar por mi orgullo. Estaba ciega de odio. Sabes lo que pensaba de todo esto.

Alexander soltó su brazo y se alejó de ellas.

—Nunca imaginé que llegarás a esto, mamá.

—Lo siento tanto, no quise hacerte daño, cariño. Estoy tan arrepentida. Sé que ustedes se aman de verdad, quiero que sean felices.

Melisa lo miró fijamente a los ojos y agregó:

—Te amo, Alexander. Por eso estoy aquí, te necesito a mi lado.

Alexander se quedó callado por un momento. Norma se acercó y quiso abrazarlo.

—Déjame, mamá, quiero estar solo. No quisiera decir palabras de las que después me pueda arrepentir. —Miró a Melisa y dijo—: Yo también te amo, Melisa, pero no puedo con este sentimiento de desconfianza que tienes hacia mí. Es mejor que cada quien siga su camino.

Melisa sintió que todo a su alrededor se derrumbaba, sabía que lo había perdido para siempre.

—Alexander, deberían darse una oportunidad —insistió Norma.

—Déjame solo, mamá, ya nada importa.

Norma agachó la cabeza y fue tras Melisa que ya se marchaba.

—Lo siento tanto, Melisa. Creí que todo cambiaría cuando le confesara la verdad. Pero no lo logré, él está muy dolido y lo conozco bien. Sé que no cambiará de pensar. Te llevaré al apartamento de Daniel, tu amiga te debe de

estar esperando. Debes descansar, mañana te espera el festival.

Melisa permaneció callada conteniéndose para no llorar.

Al llegar al apartamento de Daniel salió del auto, sin siquiera mirar atrás. Tania la esperaba justo en la puerta, la abrazó fuerte mientras Melisa lloraba.

—Vamos adentro, amiga, ahí me contarás lo que ha pasado.

Melisa les contó todo lo sucedido, Tania y Daniel no podían creer lo que les decía.

—Qué bruja resultó ser esa señora —dijo Tania—. Yo le habría sacado los ojos. La iré a buscar y la pondré en su lugar.

—Ya, Tania, no vale la pena. Todo terminó entre Alexander y yo, él no me quiere ver más.

—¿Cómo se van a alejar por esto? Sé cuanto se aman, son el uno para el otro.

—Pienso lo mismo que Tania. Ahora mismo iré a hablar con Alexander, lo haré entrar en razón.

—No, Daniel. Alexander fue muy claro, quiere estar solo, está decepcionado de mí. Ya no hay marcha atrás, debo resignarme. Quiero descansar y estar sola. Mañana será un día difícil para todos.

Tania la abrazó fuerte y la llevó a la habitación.

—Aquí estaré para lo que necesites.

—Lo sé, gracias por todo, Tania.

—Bueno, te dejaré descansar.

Tania salió de la habitación y Melisa cerró la puerta, sabía que no podría dormir, pues la tristeza que tenía en su corazón era demasiado profunda.

El cansancio le había ganado a Melisa, la noche había sido larga, pero al fin había logrado quedarse dormida. Tania la dejó dormir un poco, pero sabía que debían ir muy temprano a preparar todo para el festival. Así que se dirigió hacia la habitación donde estaba Melisa, abrió la puerta y se acercó a la cama.

—Despierta ya, dormilona, se nos hace tarde.

Melisa abrió los ojos.

—¡Oh, por Dios! ¡El festival! Cómo fue que me quedé dormida. ¿Por qué no me despertaste temprano, Tania?

—Te conozco muy bien, imaginé que no habías dormido mucho y cuando vine a despertarte no pude, preferí dejarte dormir un poco más.

—Debiste haberme despertado. Llegaremos tarde al festival, todo debe estar listo antes de las nueve y ya son las siete de la mañana.

—Tranquila, Melisa. Todavía hay tiempo, dúchate y ven a desayunar, te esperamos en la mesa.

—Gracias, amiga.

Melisa no podía dejar de pensar en Alexander, deseaba tanto que todo fuera diferente, tal como ella y Alexander lo habían soñado. Se apresuraron, pero justo antes de llegar al festival llamó a su madre, quería asegurarse de que ya habían llegado a la ciudad.

—Hola, mamá. ¿Dónde estás?

—Hola, Melisa. Ya estamos aquí. ¿Por qué no has llegado? Te estamos esperando.

—Pronto llegaremos, mamá. Solo quería saber si ya estaban ahí.

—Está bien, Melisa. Nos vemos.

Tardaron pocos minutos en llegar. Ya estaban terminando de acomodar todas las orquídeas. Luis también estaba en el lugar, él salió al encuentro de Melisa.

—Hola, Melisa, estoy feliz de verte.

—Hola, Luis. Te he extrañado, me alegro mucho de que estés aquí. Han sucedido tantas cosas, siento mucho no haberte contado, pero estoy segura que fue lo mejor.

—No te voy a negar que me enojé mucho cuando mamá me contó todo lo que había pasado desde que me vine a la ciudad. Pero ya no vale la pena reclamarte nada de lo que pasó.

—Gracias, Luis. No te imaginas cuánto me has hecho falta.

—Lo sé.

Se dieron un fuerte abrazo. Tania se acercó sonriendo mientras se unía al abrazo.

—¿Y a mí no me vas a saludar, Luis? Me imagino que también me has extrañado.

—Claro que sí, loquita. También me has hecho falta, pero puedo ver que vienes muy bien acompañada.

—Te presento a mi novio Daniel.

Ambos se dieron la mano y se saludaron.

Luis sonrió y miró a Melisa.

—Sí que han cambiado muchas cosas. ¿Qué pasó con Alexander, Melisa? Creí que venía contigo, tengo muchas ganas de conocerlo.

Melisa agachó la mirada y su rostro se llenó de tristeza.

—Él no vendrá, Luis. Ya todo se acabó entre nosotros, no me perdona que dudara de él.

Luis la tomó de la mano, mientras la miraba a los ojos.

—Puedo ver cuánto lo amas. No lo conozco, pero según lo que mi madre me contó es un buen hombre. Sé que te ha ayudado mucho con estas orquídeas.

—Sí, Luis. Lo amo con todo mi corazón, pero eso no cambia que él ya no me quiera a su lado.

Todos se quedaron callados, pensaban en la forma de arreglar el problema entre ellos.

—Y tú, Daniel, ¿cuánto conoces a Alexander? —preguntó Luis.

—Puedo decir que mucho, soy su mejor amigo. Por eso pienso que nada lo hará cambiar de parecer, cuando toma una decisión no hay quien lo detenga.

—Ves, Luis, no hay nada más que hacer. Alexander ya tomó la decisión. Es mejor que terminemos de preparar todo, pronto empezarán a pasar los jueces por los cubículos. Debemos de estar listos, aunque no sé si valga la pena esto para mí.

—¿Cómo que no vale la pena, amiga? Siempre soñaste con participar en este festival.

—Lo sé, pero antes solo me importaban las orquídeas y el vivero. En cambio ahora eso no es lo más importante para mí.

—Ánimo, Melisa, no puedes dejar pasar esta oportunidad para ti. Las orquídeas que traes son hermosas, sé que ganarás este festival —dijo Daniel.

—Ven, Melisa. No sé dónde poner tu orquídea especial —dijo Emma.

Todos la miraron, sin duda alguna sostenía la orquídea más hermosa de todas.

—Melisa, esa orquídea es perfecta. ¿De dónde la sacaste? —preguntó Luis.

—¿Recuerdas la orquídea que la abuela Regina me regalo? Después de tantos años floreció y este fue el resultado, es como un milagro. Alexander me ayudó a conseguirlo.

—No puedo creerlo, tantos años viendo esta orquídea sin florecer y ahora es la más hermosa de todas.

Todos la admiraban sin dejar de ver sus lindos colores.

—¿Dónde la colocarás, Melisa? —preguntó Yineth.

Melisa se quedó pensativa, gracias a Alexander esa orquídea estaba entre las más hermosas del lugar. Cuánto deseaba tenerlo a su lado.

—Ya no será más mi orquídea —dijo Melisa con firmeza—. Quiero que me hagan un gran favor, Daniel y Luis.

—Claro que sí —dijeron en coro mirándose sin entender muy bien lo que Melisa quería de ellos.

—Quiero que le lleven esta hermosa orquídea a Alexander.

—Pero es la más hermosa de todas, sin duda esta podría ser la ganadora del festival —dijo Emma.

—Lo sé, mamá, pero no me importa. Quiero que él la tenga, así sabrá que este festival no es lo más importante para mí.

—Está bien, Melisa. Todos te apoyamos y será como tú digas —dijo Emma.

Empacaron la orquídea con mucho cuidado. Melisa escribió una carta que luego entregó a Luis en un sobre.

—Quiero que se la den. Sé que estará muy bien cuidada, mi abuela me comprenderá.

—Está bien, Melisa, iremos lo más rápido posible —dijo Luis—. Quiero estar aquí acompañándote cuando pasen los jueces.

Luis y Daniel salieron hacia el apartamento de Alexander, durante el camino Luis no pudo evitar sentir como se iba la gran oportunidad de Melisa de ganar el festival.

—Lástima, hacen una linda pareja Melisa y Alexander. Si hubieras visto lo

felices que estaban antes de que pasara todo esto —dijo Daniel mientras conducía.

—Sí, lo imagino. Nunca había visto a mi hermana así, siempre ha sido muy fuerte, dedicada a su familia y a su trabajo. Me duele verla tan triste.

Los dos miraron al frente y suspiraron profundo.

—Espero que mi amigo Alexander esté en el apartamento, ya casi llegamos.

—¿Crees que esté ahí?

—No lo sé, Luis. Puede que haya salido.

—Ojalá que no sea así, quiero entregarle la orquídea y regresar cuanto antes con Melisa.

Llegaron al apartamento y Daniel tocó la puerta. Alexander abrió casi al instante, no esperaba la visita de su amigo tan temprano.

—Hola, Daniel. ¿Qué haces aquí?

—Hola, amigo. Solo vinimos a dejarte algo que te enviaron, es un regalo muy especial. Espero que te haga entrar en razón.

—¿Y él quién es, Daniel? Me parece conocido.

Luis se le adelantó.

—Un gusto conocerte, Alexander. Soy Luis, el hermano de Melisa. Quizá me hayas visto en alguna foto. Disculpa que no te dé la mano, como puedes ver las tengo muy ocupadas.

—Mucho gusto, Luis. ¿Pero a qué debo su visita? Pasen, no se queden en la puerta.

—Tranquilo, Alexander. Solo te dejamos esto y nos regresamos —dijo Daniel—. Dale el regalo, Luis, debemos regresar pronto. Por si no lo recuerdas, Alexander, está a punto de empezar el festival.

—Claro que no lo he olvidado, pero ya no tiene ningún sentido para mí. La desconfianza de Melisa nos ha separado para siempre.

—Eso solo porque tú lo quieres, sé cuánto se aman tú y Melisa. Pude ver el sufrimiento de ella por estar separados.

Luis se puso frente a Alexander mirándolo fijamente a los ojos.

—Yo sé que no me conoces, pero sí conozco muy bien a mi hermana Melisa. Sé que te ama de verdad, nunca antes la vi así. Realmente está sufriendo por ti, tanto que te ha mandado lo más preciado para ella. Ten, cuídala mucho. —Melisa está confiando en ti.

Luis descubrió la orquídea lentamente frente a los ojos de Alexander.

—Mira, Melisa te está dando lo más preciado para ella y la gran

oportunidad de ganar el primer lugar en el festival.

Alexander se quedó sin palabras, sabía lo importante que era esa orquídea para Melisa y lo que significaba ganar el festival.

—Ella no ganará sin esta orquídea, es la más hermosa de todas. No puedo aceptarla, tienen que llevársela cuanto antes.

—No lo podemos hacer, ella nos envió a dejártela, no me perdonaría si llego con la orquídea. Además, se me olvidaba que te mandó también esta carta.

Alexander sostuvo la carta entre sus manos.

—Vamos, Luis, se nos hace tarde. Debemos regresar al festival antes de que pase el jurado.

Luis miró a Alexander.

—Lástima que pasó todo esto, hubiera sido bonito ver a Melisa ganar el concurso y, lo más importante, ser feliz al lado del hombre que ama.

Ambos se despidieron y salieron hacia el festival, debían apresurarse o no llegarían a tiempo. Mientras tanto Alexander abrió el sobre y empezó a leer la carta.

Hola, mi amor

Sé que no me perdonas por lo que pasó. Mi desconfianza fue mi mayor error. Sé que no es ninguna excusa, pero lo que tu madre me dijo ese día destrozó mi corazón en mil pedazos, fui una tonta por creerle todo, pero sé que tú hubieras pensado lo mismo.

Creo que ya no importa, has tomado una decisión igual que yo.

Te regalo lo más preciado para mí, es como si te entregara mi corazón por completo. Cuídala como lo has hecho siempre.

Te amo, Alexander, y sé que no podré amar a nadie más como te amo ti.

Con amor, Melisa L.

Los ojos de Alexander se llenaron de lágrimas, el corazón le latía con fuerza, debía dejar su orgullo y ser feliz al lado de la mujer que amaba tanto. Tomó las llaves del apartamento y del auto, sostuvo con mucho cuidado la orquídea mientras salía.

Daniel y Luis llegaron al festival. Ya no faltaba mucho para que el jurado pasara a ver las orquídeas que Melisa tenía para presentar. Estaban rodeados de muchos viveros, cada uno con sus más hermosas orquídeas. La competencia

era muy dura.

—Lo siento, Melisa. Quisiera decirte que él vendrá, pero no es así —dijo Luis.

Melisa se sintió desfallecer, había tenido la esperanza de ver llegar a Alexander al lado de Luis y Daniel. Se encogió de hombros mientras esperaba a que el jurado pasara. Todos estaban ahí por la misma razón con ansiedad y positivismo a partes iguales. Aunque para Melisa ya no tenía mucha importancia, solo esperaba terminar pronto y regresar a su pueblo.

El jurado se acercó a la mesa donde Melisa tenía algunas de las orquídeas, entonces uno de ellos le preguntó:

—Estás representando al vivero La hermosa flor, ¿verdad?

—Sí, señor —respondió Melisa.

—Queremos que nos digas cuál es la orquídea con la que participan en el concurso, señorita.

Melisa se quedó en blanco, aún no había escogido la orquídea que participaría, tenía frente a ella a cinco de las mejores, pero sabía que ninguna era la idónea para ganar. Cuando estaba a punto de señalar una de ellas, el juez le repitió la pregunta.

—¿Con cuál orquídea participará?

Melisa miró a todos los que estaban esperando su respuesta.

—Es, es...

De pronto una voz fuerte y clara los interrumpió.

—Lo siento, señores del jurado. Me disculpo por llegar tarde, aquí tengo la orquídea que representa al vivero La hermosa flor.

Alexander se abrió paso en medio de todos y colocó en la mesa de exhibición la orquídea de Regina.

El corazón de Melisa se detuvo por un momento, no podía creer que Alexander estuviera en ese lugar. Sus miradas se cruzaron sin dejar de sentir la emoción del momento. Uno de los jurados los interrumpió.

—Lo siento, joven, ¿usted quién es? No podemos aceptar una orquídea que no pertenezca al vivero o a su dueño o dueña.

Alexander sujetó la mano de Melisa.

—No hay ningún problema, señores. Nosotros somos los dueños del vivero La hermosa flor.

—Siendo así, no hay ningún problema. Revisaremos la orquídea para dar nuestra calificación mañana por la tarde.

Melisa y Alexander se sostuvieron fuerte de las manos, mientras miraban a

el jurado revisar la orquídea muy lentamente.

Escribían en sus libretas, hablaban entre ellos y no dejaban de ver la orquídea. Revisaron las hojas y su brillo, sus tallos, el tamaño de las flores, sus colores y hasta su aroma que no dejaba de sobresalir sobre todas las demás.

—Mañana les daremos los resultados. Mucha suerte —dijo uno de los hombres muy entusiasmado.

—Gracias —dijeron en coro los dos muy emocionados mientras el jurado se alejaba del lugar y continuaba su evaluación.

La pareja se miró a los ojos sin soltar sus manos.

—Gracias por estar aquí, mi amor.

—Discúlpame por tardar tanto en comprender que no puedo estar sin ti, Melisa. Eres mi vida.

Se acercaron cada vez más uniendo sus cuerpos hasta respirar el mismo aire con un beso. Todos les aplaudieron sin poder evitarlo, estaban felices de verlos juntos.

Tania carraspeó interrumpiendo tan bello momento mientras se acercaba a ellos.

—Ya, tortolitos, pueden dejar eso para más tarde. Es hora de vender estas hermosas orquídeas, hay personas esperando aquí.

Todos sonrieron mientras empezaban a atender a muchas de las personas que se empezaban a acercar para comprar las lindas orquídeas que tenían. Tuvieron mucho trabajo durante el resto del día.

Al atardecer, cuando ya debían ir a descansar, Tania y Daniel planearon la forma de que Melisa y Alexander tuvieran esa noche solo para ellos.

—Mamá, iremos a un hotel. Ahí pasaremos la noche, debemos descansar. Ha sido un día muy largo —dijo Melisa.

—Gracias, sí que lo necesito. Estoy tan cansada que creo que dormiré toda la noche sin despertarme ni un segundo.

—Yo estoy igual, Melisa, ha sido mucho trabajo para un día —dijo Yineth.

—Pues nosotros tenemos una idea mejor —agregó Tania mirando a Daniel—. Pueden quedarse en el apartamento, ahí podrán descansar tranquilos hay espacio para todos. Menos para ti, mi querida amiga —agregó clavando los ojos en Melisa—. Creemos que tú y Alexander tienen mucho de qué hablar, así que se pueden ir al apartamento de Alexander. ¿Qué les parece?

—Me parece muy buena idea, Tania. Es verdad que tienen una buena conversación pendiente —dijo Luis—. Es más, mañana incluso podrían venir

más tarde, nosotros nos encargaremos de todo.

Yineth se acercó a Melisa y la tomó de la mano.

—Te irás con Alexander, hermanita, no se diga más.

La adolescente la empujó hacia Alexander y le guiñó un ojo.

—Ya se pueden ir, nosotras estaremos bien, Melisa.

Los dos subieron al auto y se fueron al apartamento. Todos se quedaron viéndolos mientras se alejaban, sabían que lo que menos harían esa noche sería hablar, pero estaban felices de ver que de nuevo se encontraban juntos.

La emoción era muy grande, ellos iban a aprovechar cada momento, no dejarían que nadie los volviera a separar.

Fue una noche de amor y pasión. Había sido como un sueño. Eran muy felices por estar juntos de nuevo. Esa mañana no deseaban salir de la cama, sus cuerpos querían permanecer juntos por siempre, pero debían de regresar al festival. Debían presentarse a los resultados del concurso.

—Vamos, amor. Tenemos que apresurarnos —dijo Alexander—. Avisaré a mis padres, sé que estarán felices por estar con nosotros hoy en el festival. Aunque no puedo perdonar a mi madre por lo que nos hizo.

—Está bien. Creo que ya no importa, debemos de disfrutar nuestro amor. Eso es lo único que importa en este momento.

Se abrazaron y salieron hacia el festival.

—Buenas tardes —dijeron en coro Melisa y Alexander a todos los demás.

Tania se les acercó sonriendo.

—Muy buenísimas diría yo, mis queridos enamorados.

Daniel tampoco pudo contenerse.

—Ummm, te compraré un buen energizante, amigo. Creo que lo necesitarás. Ambos se sonrojaron, era evidente la gran noche que habían tenido.

—Ya, Daniel, no seas envidioso. Solo disfrutamos de nuestro amor, no hay nada de malo en eso.

—Claro que no, Alexander, no es envidia. Ahora solo hay que esperar los resultados del jurado y la felicidad será completa.

Ya no faltaba mucho para que dieran el resultado de los tres primeros lugares, las tres orquídeas más hermosas estaban por darse a conocer. Todos estaban ahí, hasta Ramón y Norma disfrutaban de la felicidad de Melisa y Alexander. Justo antes de dar los resultados tuvieron una visita inesperada.

Con una voz gruesa que Melisa jamás olvidaría se les acercó un hombre.

—Veo que están muy felices aquí reunidos, cuánto me alegró —dijo Leonardo con ironía.

—¿Qué haces aquí? —dijo Alexander muy alterado.

—Tranquilo, joven, puedo ver que el plan de tu madre falló...

—Eres un... desgraciado —dijo Melisa intentando contenerse para no lanzarse contra él y armar un escándalo en el lugar.

—Debes controlarte, Melisa, no te conviene un escándalo en este momento, los descalificarían con algo así —dijo Leonardo provocándola aún más.

—No puedo contenerme, te sacaré esa sonrisa del rostro...

—Melisa, él tiene razón —comentó Luis—. No es el lugar ni el momento, yo también desearía ponerlo en su sitio, pero no vale la pena. Se puede ver que es un infeliz, está pagando con soledad todo el daño que ha hecho.

Norma se puso frente a Leonardo.

—¿Qué haces, Norma, te estás ganando su confianza debido a tu nuevo plan de separarlos? —dijo Leonardo con una sonrisa.

—No, Leonardo, esta vez no me dejaré llevar por tus palabras. Eres miserable y no puedes aceptar ver feliz a tu familia. Ahora comprendo que mi hijo y Melisa se aman de verdad y deben estar juntos. No quiero enterarme que te vuelves a acercar a ellos o seré capaz de matarte si lo haces. Vete ahora mismo de aquí si no quieres que llamemos a la policía.

Leonardo agachó la cabeza, comprendió que no habría nada que los separara. Tenían razón, estaba pagando todos sus errores con la soledad y miseria que tenía. Dio la vuelta y se alejó. Norma se puso frente a Alexander y Melisa y los tomó de las manos.

—Sé que no los volverá a molestar, no permitiré que alguien les vuelva a hacer daño, de eso me encargaré. Espero que me puedan perdonar algún día.

—Gracias, mamá. Vemos que eres sincera, no queremos rencores, no valen la pena.

—Sí, Norma. No vale la pena recordar esas cosas, podemos empezar de nuevo.

—Gracias, mis queridos hijos. Les prometo que cambiaré mi forma de pensar sobre el campo, me tendrás que enseñar a cuidar de las plantas, Melisa.

Todos sonrieron al ver a Norma tan cambiada. Ya sé la imaginaban ensuciando sus manos con la tierra del campo y haciendo todo lo que decía aborrecer.

—Vamos, olvidemos este mal momento. Ya casi dan los resultados —dijo Ramón.

—Es cierto, debemos acercarnos a donde está el jurado, deben de estar por empezar.

Todos se reunieron frente a la mesa donde estaban, ya todo estaba listo. Los nervios se adueñaron de todos los presentes en el lugar, eran muchos los que esperaban los resultados.

—Atención, por favor, estamos preparados para dar a conocer a los ganadores —dijo uno de los hombres en la mesa principal.

Primero dieron a conocer los premios y todo lo que el jurado había calificado de cada orquídea. Las ansias de saber quién era el ganador crecían cada vez más.

—Daremos a conocer primero al tercer lugar. Y este premio es para el vivero La fuente.

Melisa y Alexander se tomaron de las manos, sus corazones latían rápidamente.

—El segundo lugar es para el vivero Lankester.

Solo quedaba una oportunidad para el lugar más importante de todos.

—Y el primer lugar, quien posee la orquídea más exótica y hermosa de todas, es para La hermosa flor.

Todos saltaron de la emoción. Melisa y Alexander se abrazaron mientras los ojos de ella se llenaban de lágrimas de felicidad, aun no podían creer que eran los ganadores del festival. Las puertas de un nuevo mercado se les abrían, tendrían muchas más ventas de ahora en adelante.

—Viste, Melisa, te dije que eras la mejor en esto. Estoy tan orgulloso de ti —dijo Luis mientras la abrazaba.

—Yo también estoy orgullosa —exclamó Emma—. Te amo, mi preciosa y valiente hija.

—Gracias a todos, sin su ayuda no hubiera sido posible estar aquí.

La felicidad era grande, muchos extranjeros se interesaron en las hermosas orquídeas que tenían en el vivero La hermosa flor. Habían vendido todas las orquídeas, solo les quedaba la más hermosa de todas, esa que no venderían por ningún precio. Era el regalo más hermoso que la abuela Regina le había dado a Melisa. Celebraron toda la tarde, hasta no poder más por el cansancio.

Debían regresar esa misma noche al vivero, no lo podían dejar por más tiempo solo, así que se despidieron de Tania y Daniel. Alexander recogió sus cosas para ir a casa. Su propia casa, donde formaría al lado de Melisa una hermosa familia.

Al llegar al vivero Melisa y Alexander colocaron el premio en el lugar donde se exhibían todos los demás. Ella se sentía orgullosa de sí misma, lo que había logrado hasta ese momento era mucho más de lo que había

imaginado. Alexander la tomó de las manos.

—Estoy muy orgulloso de ti, Melisa López.

—Y yo de ti, Alexander Fernández. Sin ti no lo hubiera logrado.

—Desde el día en que te conocí, te adueñaste de mi corazón. Sé que juntos lograremos muchos más sueños. Te amo, Melisa.

—Y yo a ti, Alexander.

Se dieron un largo beso. Sabían que ese día iniciaba un gran futuro juntos y que nadie nunca más los iba a separar.

Epílogo

Un año después

Melisa tuvo que morderse el labio con fuerza para que no se le escapara una lágrima. Estaba de pie frente a un espejo de tamaño completo con los ojos clavados en el blanco impoluto de su vestido de novia.

Un puñado de cristales se desperdigaban desde su escote en forma de corazón hasta su cintura. Parecía una princesa. Llevaba un recogido alto y de él colgaba un lindo velo con delicados bordados de flores.

Melisa no podía llorar, si lo hacía su mejor amiga la mataría. Se había pasado casi dos horas maquillándola y peinándola. El resultado había sido perfecto, el recogido era elegante y el maquillaje era femenino y delicado justo como ella.

—No puedo creer que hoy sea el gran día, Tania —dijo al fin cuando consiguió hablar.

—Así es, querida amiga. Hoy por fin serás la esposa de Alexander.

Melisa se volteó hacia la chica y sonrió al ver cómo Tania acariciaba su ya abultado vientre. Sabía que ella iba a ser una buena madre. Ese pequeño fruto de su amor con Daniel, sería el niño más feliz del mundo porque todos se habían vuelto locos con su llegada.

—Este último año ha sido una locura. Pero una de las buenas. Nuestra vida ha cambiado por completo. Tenemos todo lo que hemos soñado, incluidos unos novios dignos de portada de revista.

—El mío más que el tuyo —bromeó Tania.

—Eso solo se lo creen tú y la mamá de Daniel. Todo el mundo sabe que Alexander es mucho más guapo.

Tania abrió la boca indignada, sin embargo, al ver la sonrisa de su amiga decidió ir hasta ella y abrazarla.

—Lo voy a dejar pasar solo por hoy —aclaró—. ¡Nada más porque es tu boda!

Melisa suspiró.

—Gracias por estar siempre a mi lado. Te quiero.

—Y yo a ti, loquita, pero será mejor que nos demos prisa. Ya se nos ha

hecho tarde.

Justo en ese momento Emma y Yineth entraron a la habitación.

—¡Oh, por Dios! —dijo Emma con los ojos llenos de lágrimas—. Cariño, te ves... preciosa.

—Alexander se va a quedar con la boca abierta cuando te vea —secundó Yineth.

—Gracias —respondió la novia—. Estoy tan ansiosa y nerviosa que no sé si pueda si quiera caminar hacia el altar.

—Es normal —contestó su madre—, hoy es un día muy importante. Pero te traemos algo para que te sientas más acompañada cuando camines hacia Alexander.

Melisa frunció el ceño, sin comprender. Yineth sonrió y sacó de detrás de su espalda un hermoso ramo de orquídeas. El corazón de Melisa se estremeció al ver las flores que lo decoraban en su mayoría, esta vez no pudo evitar que una pequeña lágrima se le escapara.

—Dios mío, es precioso —susurró.

—Sabemos que a la abuela le encantaría estar aquí ahora, así que por eso usamos sus orquídeas.

Melisa lo tomó y se lo llevó al pecho, cerró los ojos con suavidad y se permitió creer que Regina la acompañaba y estaba tan feliz como ella.

Alexander caminaba de un lado a otro, mientras Daniel trataba de calmarlo.

—Tienes que tranquilizarte, amigo, ya deben de estar por llegar.

—¿Y si sucedió algo? Daniel, te dije que debías ir por ellas y no quisiste hacerme caso.

—Alexander, solo han pasado diez minutos, es normal que la novia se atrase un poco. Además, Luis es quien se va a encargar de traer a las chicas.

—Pues no me importa sin son dos minutos o mil. Para mí ha sido una eternidad.

—Eres un exagerado...

Daniel se interrumpió al oír el sonido de un motor frente a la iglesia. Levantó la vista y vio que era el auto en el que venía Melisa. Alexander estaba girándose cuando su amigo lo tomó con firmeza de los hombros.

—Ah, no —sentenció Daniel—, tú no vas a ver a la novia.

—¿Pero qué dices?

—Tania me advirtió que si te dejaba ver a Melisa antes de tiempo, hoy me tocaría dormir en el sofá y, te aseguro, que eso no va a suceder.

Alexander estaba boquiabierto.

—No puedes obligarme a no verla.

—¡No me digas!

Sin más demora Daniel se llevó al novio para que ocupara su lugar sin permitirle que se volteara ni por un segundo.

Melisa bajó del auto y suspiró profundamente al ver la puerta de la iglesia. Caminó hasta allí y esperó en silencio mientras todos tomaban su lugar. Las primeras palabras del sacerdote le causaron un escalofrío debido a los nervios.

Luis sonrió al verla estremecerse, la abrazó con fuerza y le susurró:

—Te vez preciosa, Melisa. Alexander es un hombre muy afortunado. Te quiero.

Ella soltó el aire que había estado conteniendo.

—Gracias, Luis. Yo también soy afortunada.

—Más le vale, porque si no ese ciudadano tendrá que vérselas conmigo.

Ambos sonrieron. Entonces comenzó a sonar la marcha nupcial y Melisa tomó el brazo de su hermano. El primer paso fue como saltar al vacío; pero cuando sus ojos se cruzaron con los de Alexander supo que aunque hubiese un millón de caminos a elegir el único hacia el que deseaba ir era el que la llevaría a esos ojos azules que tanto amaba.

Alexander sintió un nudo en la garganta cuando vio a Melisa avanzando hasta él. Esa mujer preciosa que le sonreía con complicidad era a quien había elegido para amar. Nunca había estado tan seguro de nada en su vida como de que Melisa era todo lo que siempre había esperado.

—Hoy, en nombre de mi familia, te entrego lo más preciado que tenemos —dijo Luis a Alexander—. Espero que la hagas la mujer más feliz del mundo, porque ella no se merece menos.

Alexander estaba tan deslumbrado que Daniel tuvo que darle un codazo para que reaccionara. Sacudió la cabeza al darse cuenta de lo que sucedía.

—Ah, sí. Por supuesto —contestó, aunque sin poder despegar los ojos de Melisa—. Prometo hacerla feliz cada día. No los defraudaré.

El sacerdote dio las indicaciones y la pareja ocupó su lugar frente a él. Alexander se inclinó un poco hacia la novia, ignorando lo que decía el hombre, y susurró:

—Eres la casualidad más bonita del mundo, no sabes lo feliz que me haces...

Ella tomó su mano y la apretó con fuerza.

—Y tú a mí.

La boda siguió entre suspiros y alguna que otra lágrima. Daniel tuvo que pasarle un pañuelo a Tania quien lloraba desconsolada.

—Es que el embarazo me pone muy sentimental —mintió ella mientras tomaba el pañuelo.

—No puedo esperar a que nazca el bebé, para que seamos nosotros quienes estemos frente al altar.

Tania se acurrucó en los brazos de él, ellos que nunca habían pensado en una relación seria, ni en niños o bodas, estaban sentados allí deseando que el tiempo pasara rápido para hacer justo la vida que jamás habían planeado.

La fiesta fue sencilla, pero alegre y cálida. Todos se encontraban felices con la unión de la pareja. Sabían que ambos se amaban más allá de todo y que su vínculo sería para siempre.

A la hora de lanzar el ramo de novia, Tania se aventuró entre todas las solteras como si no tuviera un embarazo de siete meses. El vientre no le estorbó en absoluto para dar un salto y atrapar el significativo puñado de flores.

—Ahora sí, no tienes escapatoria, amigo —se burló Alexander de Daniel cuando vio a Tania alzar el ramo como si fuera un trofeo.

—Pues para que lo sepas, no quiero escapar en absoluto.

Daniel fue hasta su novia, tomó su rostro entre sus manos y le plantó un beso en la boca. Melisa se acercó a Alexander sonriendo.

—Esos dos son tal para cual —dijo mientras se abrazaba a su esposo.

—¡Ni lo dudes!

Daniel cogió a Tania en brazos y dio un giro con ella. Melisa abrió los ojos como platos al ver que él tropezaba, afortunadamente logró estabilizarse antes de que se cayeran, Tania reía sin parar.

—Dios mío, están locos.

Alexander miró a su esposa con malicia.

—Hablando de locura...

Melisa notó travesura en la voz de él por lo que se giró para verlo a los ojos, en ellos brillaba una chispa de diversión.

—¿Y ahora tú qué estás planeando?

—¿Qué te parece si nos escapamos?

—No podemos, escaparn...

Alexander se separó del abrazo de ella, dio unos pasos hacia atrás y le ofreció una mano, dejando clara su invitación.

—¿Vienes?

Ella suspiró fingiendo estar resignada, aunque en realidad estaba tan ansiosa como Alexander por empezar su vida juntos como marido y mujer. Tomó la mano de él sin dudarle.

—¡Contigo hasta el fin del mundo!

Sobre la autora

Mi nombre es Lorena, tengo treinta y nueve años, soy ama de casa y vivo en Costa Rica. Estoy casada y soy madre de tres hijos que amo con todo mi corazón. Mi pasatiempo favorito es cuidar de mi jardín, me encantan las plantas y las flores. Me gusta leer, escribir y ver películas de acción y comedia.

Soy sentimental, divertida y amigable. Me gusta conversar con las personas que me rodean y hacer nuevas amistades. He vivido toda mi vida en el campo y amo la naturaleza. Además, me encanta pasear y conocer nuevos lugares.

Mi primer libro publicado fue *Siempre te voy a amar*, una corta historia de amor que escribí con mucha ilusión, esfuerzo y orgullo; la historia con la que me atreví a ingresar al mundo de la escritura. *Entre flores y algo más*, mi segundo libro, es un proyecto que me llenó de emoción desde el primer momento en que se me ocurrió, una historia más larga que también me llena de orgullo.

Gracias por leer la historia de Melisa y Alexander, espero que la disfrutaras tanto como yo.